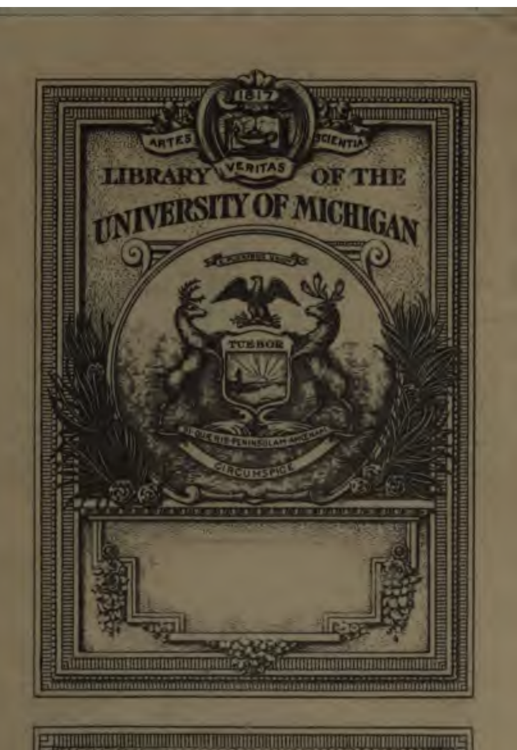


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

[illegible]

Y

ESPAÑA

LOS ÁRABES

EN

ESPAÑA.

HISTORIA

DE LA

DOMINACION DE LOS ÁRABES

EN ESPAÑA,

SACADA DE VARIOS MANUSCRITOS Y MEMORIAS ARÁBIGAS;

por el doctor

D. JOSÉ ANTONIO CONDE.

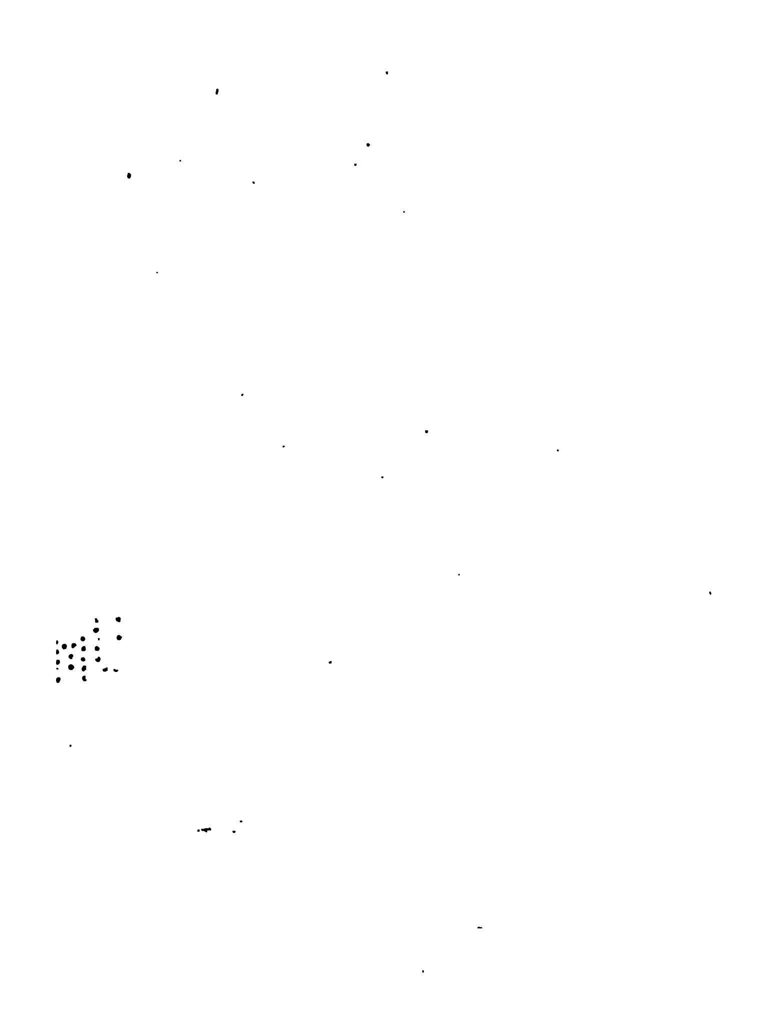




IMPRENTA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA,

CALLE ANCHA,

1844.



NOTICIA

DE LA VIDA Y ESCRITOS

DE

D. JOSÉ ANTONIO CONDE.

Es muy sensible que el erudito continuador de la *España sagrada*, el P. Mro. Fr. José de la Canal, que tuvo el encargo de concluir la edicion de la ***Historia de la dominacion de los árabes***, no nos diese alguna noticia de su autor, prematuramente arrebatado á la república de las letras. Solo él, que se contaba como uno de sus mejores amigos, podia darnos luz sobre esta vida, que, consagrada al estudio desde sus primeros años, pasó desapercibida para todos los que no tuvieron ocasion de admirar de cerca su vasto saber, su modestia y su resignacion en la adversa suerte: pero la siniestra pintura que hubiera debido hacer de sus últimos dias, cuando repudiado por el pais que le vió nacer, y que él habia ilustrado con sus escritos, tuvo que buscar un asilo en tierra estraña; le retrajo sin duda

de prestar este homenaje á su amistad y relevantes prendas. Sin mas noticias ahora que las que han podido suministrarnos los mismos escritos del autor y los de algunos cuerpos sabios de que fue individuo, á ellas debemos concretar la biografía de D. José Antonio Conde.

Nacido por los años de 1765, hizo sus estudios en la universidad de Salamanca, y despues de haberlos cumplido con notable aprovechamiento, recibióse de doctor en ambos derechos en la universidad de Alcalá. Mas no pudo la jurisprudencia absorver su atencion hasta tal punto, que no se dispertase en él muy luego la aficion á otros estudios, y en particular al de los idiomas y literatura orientales. Convencido de cuán importante y necesario era el conocimiento del arábigo, para entender é ilustrar la historia de nuestra nacion, ocupada durante el espacio de ocho siglos por árabes y moros, que nos legaron gran parte de sus usos, costumbres, lenguaje, artes y agricultura; dedicóse á él con empeño, y procuró demostrar esta necesidad en un discurso leido en la Real Academia de la Historia en agosto de 1800. Ya en 1779 habia dado una prueba de sus profundos conocimientos en aquella lengua, publicando traducida y anotada la *Descripcion de España hecha por Xerif Aledris, conocido por el Nubiense*; y acreditólos mas y mas en lo sucesivo con la *Memoria sobre la moneda arábiga, y en especial la acuñada en España por los príncipes musulmanes*, que en 21 de julio de 1804 leyó á la misma Academia. Deseosa esta corporacion de honrar y aprovechar los talentos de tan distinguido escritor, se habia apresurado á seguir el ejemplo de la Real Academia Española, admitiéndole tambien en su seno, nombrándole en 1801 su individuo supernumerario, luego de número, y posteriormente su anticuario. Los importantes trabajos en que se ocupó por encargo de aquel cuerpo justificaron

el acierto de la eleccion, para gloria del autor y de los que le llamaron para que les ausiliase en sus tareas. Esparcida la fama de su saber, procuraron todos honrarle á porfía: el señor don Carlos IV le nombró su bibliotecario, y la Academia de ciencias y buenas letras de Berlin quiso tambien contarle entre sus individuos.

Aunque la historia nacional y los conocimientos que pueden contribuir á ilustrarla fueron los que cultivó con preferencia, no dejó por esto de ocuparse en otros estudios, mayormente filolójicos, sobresaliendo sobre todo en el conocimiento del griego y del hebreo. A él somos deudores de una buena traduccion de las poesías de Anacreonte, Teócrito, Bion y Mosco, que se publicó en 1786: traduccion perfecta, en cuanto lo permite el habla castellana comparada con el dulcísimo dialecto dórico, formado, como él mismo decia, para las delicias de las musas; y es lástima que quedase inédita la que hizo del cantar de Salomon por el testo hebreo, preciosísimo resto de la poesía oriental, cuyas bellezas son admirables y en estremo difíciles de ser trasladadas á las lenguas modernas. Solo el que conozca la gracia de los orijinales en ambas lenguas, puede apreciar debidamente las dificultades que ofrece su version, y cuanto injenio y saber debian adornar al traductor que tan cumplidamente alcanzó lo que él mismo tenia por imposible, dejando muy atrás á cuantos le habian precedido en aquel trabajo.

Mas la ***Historia de la dominacion de los árabes***, que ahora publicamos, fue su obra predilecta, y á la que consagró todos sus desvelos. La historia de España, durante la dominacion sarracena, no habia tenido hasta entonces mas luz que la que la prestaban las apuntaciones sobrado compendiosas de algunos antiguos cronistas, casi siempre parciales, no siempre verídicos. Sin embargo, durante algunos siglos, la historia

de los árabes y moros fue casi la única que pudo llamarse de España; pues ocupado lo mas de su territorio por aquel pueblo, ahora abatido, entonces importante por su número, su poder, su ilustracion y cultura, aun por los mismos cristianos de las provincias septentrionales solia darse esclusivamente el nombre de España á la parte ocupada por los árabes. Persuadido nuestro Conde de la importancia de aclarar los hechos ocurridos durante aquel largo período, teniendo á su disposicion los preciosos manuscritos arábigos de la biblioteca del Escorial y solicitada copia de otros existentes en la Real de París, dotado de profundos conocimientos en la lengua en que estaban escritos y de una crítica perspicaz, escribió y emprendió la publicacion de esta obra. ¡Ojalá hubiese podido llevarla á término y darla la última lima! Víctima de las discordias civiles que han ajitado á España en lo que va de este siglo, y proscrito de su patria, murió pobremente en Francia á los 12 de junio de 1820, dejando solamente publicado el primer tomo de su obra. El P. la Canal fue el encargado de continuar la edicion, ya que se sabia que el autor habia dejado la obra acabada, aunque no limada; y á los desvelos de aquel sabio, que puso en órden y cuidó de dar á luz el manuscrito de Conde, somos deudores de que podamos tener una completa noticia de aquella dilatada época, antes desconocida de propios y estraños, y bajo todos conceptos tan interesante para el estudio de nuestra historia nacional.

¡Quiera Dios que nunca mas veamos á un sabio español, distinguido literato, cuyas modestas virtudes eran iguales á su inmensa erudicion y á su mucha sabiduría, arrebatado fuera de su patria, muriendo en pais estranjero, sin otros ausilios y consuelos que los de la amistad!

Permítasenos trasladar aquí, en obsequio del autor, la mencion honorífica que hizo de él la Real Academia de la Historia en su junta de 2 de marzo de 1821, y la magnífica oda con que su buen amigo y justo admirador Moratin quiso eternizar su memoria.

Habia precedido (dice la Academia) en 12 de junio la muerte de nuestro benemérito anticuario el S. D. José Antonio Conde: pérdida sumamente lamentable para la Academia, tanto por las prendas de su corazon y sus virtudes, como por su vasta instruccion en materia de antigüedades en jeneral, y en particular de las españolas, y por sus profundos conocimientos en las lenguas sabias y en los diferentes ramos de la literatura oriental. Nosotros que tuvimos la satisfaccion de tratarle mas de cerca desde el año de 1801, en que entró de individuo supernumerario, hemos sido testigos de su constante moderacion, de la suavidad de sus costumbres, de su laboriosidad, de su modestia incomparable, de su resignacion y filosofía en la adversa fortuna. De su esquisita é inmensa erudicion, acompañada de la crítica mas perspicaz y juiciosa, responden los muchos informes dados á la Academia, que se conservan en su archivo, la traduccion de la jeografía árabe del Nubiense en la parte que trata de España, la de Anacreonte, su disertacion sobre la numismática de los reyes mahometanos de Andalucía y finalmente la historia jeneral de los moros de España que ha empezado ya á imprimirse, y en que este importante período de la historia de España, que abraza el dilatado espacio de ocho siglos, desde la invasion de Tarec hasta la emigracion de Boabdil, toma un aspecto enteramente nuevo para el público literario europeo, que apenas conocia de él mas que algunos vagos é incoherentes sucesos, envueltos entre muchas vulgaridades y errores. La numismática de los reyes godos de Es-

paña esperaba tambien grandes adelantos de la laboriosidad é intelijencia de nuestro difunto compañero. La Academia le habia encargado este trabajo, que enlazado con el de las monedas de los reyes andaluces inserto en nuestras memorias, hubiera ilustrado la numismática española de mil años, y que aunque menos nuevo y orijinal que el otro, hubiera probablemente dado mayor estension á los descubrimientos anteriores de nuestros sabios, y perfeccionado considerablemente esta parte de la literatura. El nombre de Conde, por una fatalidad que esperimentaron tambien otros hombres célebres, era quizá mas conocido y respetado fuera que dentro de su patria: la Academia de ciencias y buenas letras de Berlin le contaba entre sus individuos; apenas habia viajero literato estranjero que al llegar á la corte no buscase su comunicacion y trato. Sus amigos y compañeros hemos reparado, cuanto nos era dable, este y otros agravios de la suerte con sinceras y repetidas muestras del mas cordial aprecio; y la Academia, que es quien mas inmediatamente padece el dolor y los inconvenientes de su falta, no puede menos de decir en su elojio, que era uno de los ornamentos de nuestra nacion, y que el hueco que ha dejado en el mundo literario es sumamente difícil de llenarse.

Á la muerte de D. José Antonio Conde, docto anticuario, historiador y humanista.

¡Te vas, mi dulce amigo,
La luz huyendo al dia!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fria
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!

Y á mí, que débil siento
El peso de los años,
Y al cielo me lamento
De ingratitud y engaños,
Para llorarte ¡mísero!
Largo vivir me da.

Ó fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
Á aquellas almas ínclitas,
Del mundo admiracion:

Ó á mí solo llevara
La muerte presurosa,
Y tu virtud gozara
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nacion.

Al estudio ofreciste
Los años fujitivos,
Y jóven conociste
Cuanto le son nocivos
Al jeneroso espíritu
El ocio y el placer.

Veloz en la carrera,
Al templo te adelantas
Donde Temis severa
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas digno intérprete
Llegaste á florecer.

Ciñéronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicona,
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.

Con ella, renovando
La voz de Anacreonte,
Eco amoroso y blando
Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes,
Arabia, Roma y Ática,
Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
Que en bélica armonía
El pueblo fujitivo
Al númen dirijia,
Cuando al feroz ejército
Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones jenerosas
La edad que vuela rápida
Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael;

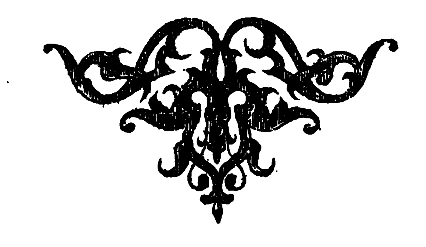
Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel;

Á tí fue concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á tí, de dos naciones
Ilustres enemigas,
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerte esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oir.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba,
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco jemir.
¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la rejion de olvido
Ciñes áurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardon;
No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes,
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambicion.



PRÓLOGO.

Parece fatalidad de las cosas humanas que los mas importantes acaecimientos de los pueblos, mudanzas de los imperios, revoluciones y trastornos de las mas famosas dinastías hayan de pasar á la posteridad por las sospechosas relaciones del partido vencedor. Los romanos escribieron la historia de su engrandecimiento, de sus rivalidades y sangrientas guerras con los de Cartago: y los escritores griegos que trataron de este mismo asunto, dependian del pueblo romano, y así no escasearon las adulaciones. Parécenos Scipion un héroe admirable, porque su historia es obra de sus elojiadores y apasionados; mas sin embargo comparece grande el ínclito Aníbal, aun en las relaciones de sus mortales enemigos. Y si el odio implacable, y ambiciosa política de los romanos no hubiera abrasado las memorias púnicas, no tendríamos á este famoso capitan africano por tan cruel y bárbaro como nos le presenta Livio. Nuestro Cid Ruy Diaz, el célebre Campeador, nó aparece en los escritos de los árabes tal como cuentan nuestras crónicas. En estas, tan humano como valiente, acoje y lleva en sus hombros al Gafo: en aquellas, pérfido y cruel, quema vivo al rendido gobernador de Valencia, atropellando los concertados pactos. Pero una sana y justa crítica pide que no nos contentemos con los testimonios de un solo partido, y que comparemos las relaciones de ambos con imparcialidad y discrecion, y con solo el ánimo de hallar la verdad.

Por eso me dediqué á ilustrar la historia de la dominacion de los árabes en España, compilándola de las memorias y escritos arábigos, de manera que pueda leerse como ellos la escribieron; y se vea el modo con que refieren los acaecimientos de esta época tan memorable. Diré con sinceridad que he puesto en este mi trabajo todo el estudio y dilijencia de que soy capaz, no perdonando ningun jénero de fatiga; y

tratando de superar las dificultades en cuanto he podido, y aprovechándome de todas las ocasiones y ausilios que se me han proporcionado. Y bien ha sido necesaria toda la constancia que he puesto al intento; porque no es negocio fácil el haber de indagar y referir con sencillez y sin afectacion, y siguiendo el órden de los tiempos y de los sucesos, así los oríjenes de una nacion célebre, como su incremento, sus conquistas y acciones famosas, las costumbres con que se distinguia, su cultura, y los acaecimientos y vicisitudes de su poder en la dilatada serie de ochocientos años. El haber de coordinar cosas tantas y tan varias, recojiéndolas de diferentes escritores, el comparar sus referencias, y el tomar partido en la incertidumbre de sus relatos, es sin duda un trabajo ímprobo y arduo; al que se allega el de traducir todo esto de la lengua de los árabes á nuestra castellana; y no de libros impresos y correctos, sino de antiguos y maltratados manuscritos. Mas sin esta fatiga no podian rectificarse los hechos, ni aclararse las cosas como fueron, sino á la luz de las memorias arábigas.

En los siglos de la mayor ignorancia de Europa, y cuando en ella solo sabian leer los obispos y los abades, eran doctos los árabes así de Oriente, como de África y de España. Bien conoció esta verdad el rey don Alfonso el Sabio, cuando en el año de 1254 ordenó que se estableciesen en Sevilla estudios jenerales de latin y arábigo. Y á este insigne rey se debieron muchas preciosas traducciones de obras arábigas, por la mayor parte astronómicas, segun el gusto de aquella edad, y de algunas de medicina y química. Pero siguiéronse tiempos desgraciados de ignorancia; y hasta la restauracion de los buenos estudios en Europa, no fue estimada la literatura de los árabes, ni se pensó en unir sus preciosos restos. Las bibliotecas de España debieran de haber sido las mas copiosas y escojidas en esta clase de manuscritos; pues además de las preciosidades que pudo proporcionar la conquista de Granada, hubiera habido no pocas ocasiones de aumentarlas con motivo de la jornada de Túnez, y la ocupacion de Oran, Ceuta y otras plazas de África. Mas, cuando la conquista de Granada, estaba en desprecio el nombre y la literatura de los árabes: y la estraña opinion de aquel tiempo, en el cual todo escrito arábigo se tenia por un alcoran, ó libro de errores y supersticion musulmana, los condenó á todos sin exámen; y el fuego consumió millares de volúmenes, á pesar de la dilijencia de los moriscos en ocultarlos y llevarlos á África. Leon Africano dice que se hospedó en Arjel en casa de un comisionado de aquella ciudad, que habia llevado á ella mas

de tres mil libros de los moriscos de Granada. Si en tiempo de Felipe III se resarció en algo esta falta con la presa de una nave, en que iba la recámara y librería de Muley Zidan, príncipe de Marruecos, la fatalidad que persigue á las letras hizo que desgraciadamente en el año de 1671 consumiese un incendio en el Escorial mas de ocho mil volúmenes, la mayor parte arábigos. ¡Pérdida irreparable! porque bien sabido es que despues de la espulsion de España los árabes fueron decayendo en su literatura, hasta hallarse en el dia en una lastimosa ignorancia, así los de Oriente como los de África. Sus buenos y apreciables libros son los antiguos: mas las copias de estos no se multiplican, y los orijinales perecen. La biblioteca del Escorial, á pesar de las calamidades que ha sufrido, conserva todavía magníficos restos de lo que fue; pero las obras mas grandes y preciosas están por la mayor parte incompletas. No se ha reparado esta pérdida por falta de atencion y dilijencia en promover el estudio de la literatura arábiga, tan conveniente y necesario para ilustrar nuestra historia y jeografía, como indispensable para conocer bien la índole de nuestra lengua, y los oríjenes de muchas y muy floridas y elegantes locuciones suyas. Nunca se han aprovechado las ocasiones de adquirir manuscritos arábigos, trayéndolos de África, donde fueron á parar las obras de nuestros andaluces, y donde van pereciendo olvidadas y desconocidas de sus bárbaros dueños. Por cierto que no hemos imitado la dilijencia y esmero de los sabios de Holanda, Francia é Inglaterra, en traer de Oriente y de África cuantos manuscritos han podido adquirir; allegando estas riquezas literarias, que son ahora el principal ornato de sus bibliotecas.

Mas, sin insistir en este asunto, ello es cierto que para mi propósito era indispensable consultar las memorias que nos han quedado de los árabes. Lo poco que hasta ahora sabíamos de su larga dominacion en nuestro suelo, está tomado de las lijeras noticias de nuestras antiguas crónicas; las cuales, así por la rudeza de su estilo, demasiada brevedad é inexactitud, como por la injuria de los tiempos, han llegado á nosotros faltas y oscuras, aun en lo perteneciente á nuestras cosas; y en lo poco que de los árabes contienen no hay sino especies confusas y alteradás. Por otra parte se deben considerar como relaciones sospechosas de enemigos, que escribian cuando el odio era mas vehemente; cuando no tenian entre sí otra comunicacion que la terrible y sangrienta de las armas, y cuando en su dominacion siempre odiosa, no veian en ellos sino sus tiranos. De aquí han procedido las

especies falsas, desfiguradas ó mal entendidas, que contaminan y oscurecen nuestra historia en esta parte tan principal de ella. De aquí proviene que se crea comunmente que los moros, cuando hicieron la entrada en España, eran innumerables, y no tanto guerreros valientes y afortunados, cuanto bárbaros crueles, sin cultura ni policía alguna. Que todo lo llevaban á sangre y fuego; é inhumanos y sin jénero alguno de piedad, no perdonaban edad ni sexo, ni dejaban piedra sobre piedra en las poblaciones. Y en suma, que delante de ellos huia despavorida la cristiandad, atropellada del furor de las bárbaras huestes; y detrás de las sangrientas vencedoras tropas no quedaba sino horror, desolacion y moros. Estas ideas que imprimió el espanto de las rápidas y asombrosas conquistas que los árabes hicieron en Persia, Siria, Ejipto, África y España, y sus sangrientas entradas en las Galias, perpetuadas por la tradicion en la oscuridad y tinieblas de los tiempos bárbaros, se descubren mejor tales como fueron en los antiguos escritos de ellos; y se ve como un ejército de fanáticos aguerridos entró en Andalucía, corriendo y talando los mal guardados campos de Lusitania; y venciendo un numeroso ejército de mal avenidos godos, sojuzgó en poco tiempo la España toda. Mas las condiciones que imponian á los vencidos eran tales, que los pueblos en vez de opresion hallaban comodidad en ellas; y si comparaban su suerte con la que antes tenian, se consideraban harto venturosos. El libre ejercicio de su relijion, la conservacion de sus templos, y la seguridad de sus personas, bienes y posesiones, recompensaba la sumision y el tributo que debian pagar á los vencedores. Y la fidelidad de estos en guardar sus pactos, y mantener justicia igual con todas las clases, sin distincion alguna, ganaba la confianza de los pueblos, así en comun como en particular. Y en estas prendas, jeneroso ánimo y hospitalidad eran estremados los árabes de aquellos tiempos.

Si la historia es la escuela práctica de los hombres, debe respetarse en ella la verdad, y no desfigurarla con falsedades y calumnias. La imparcialidad es el requisito mas esencial en un historiador, y sin esta prenda ¿qué fe pueden merecer sus relaciones? No es mi ánimo el deprimir el mérito y utilidad de las historias que han precedido á esta que ahora publico, trato solo de indicar que para la época de nuestros árabes son de poco provecho las que hasta ahora tenemos.

El cronicon de Isidoro de Beja, conocido por el Pacense, es el único contemporáneo á la venida de los árabes y sus

primeras conquistas en España. Esta crónica es muy concisa y de muy corto tiempo; y por otra parte tan depravada, que solamente conserva los desfigurados nombres de los amires ó primeros caudillos árabes que mandaron en España, hasta el año séptimo de Jucef el Fehri: esto es, hasta el año 754 de Jesucristo. Si por desgracia no se hubieran perdido las obras que este dilijente escritor dice haber compuesto, tal vez no seria tan oscura y desconocida la historia de aquella edad calamitosa. En lo poco que dice, aunque no tan rudo é inculto como los que escribieron despues, se conoce que es harto ponderativo y declamador, y ofrece pocas ideas de la policía y gobierno de los árabes vencedores.

Los que le siguieron copiaron de él con poca exactitud: y en lo que añadieron de sus tiempos, no fueron tan dilijentes como él, y sí mucho mas bárbaros, concisos y apasionados. Entre estos los mas conocidos y acreditados son Sebastiano Salmanticense, á quien se atribuye la crónica que llega hasta el año 886 de Jesucristo: el cronicon Abeldense, que añadió el monje Vigila, y llega al 973. Á este siguió el cronicon de Sampiro Asturiense hasta el 982: y luego el de Pelajio Ovetense que acaba en 1109. En todos estos no se halla sino alguna leve noticia de las cosas de los árabes: el suceso de una batalla; la nueva de una entrada ó rompimiento; el nombre desfigurado de algun caudillo; y todo ello oscuro y tenebroso. No hay que buscar la serie de los reyes muslimes, ni especie cierta de su gobierno ó de sus costumbres. Los anales Complutenses que llegan al año 1119; los Compostelanos al 1248, y los Toledanos al 1290, son todos rudos, áridos y concisos, y no merecen sino el nombre de apuntamientos, en que se nota el dia ó año de una batalla ó encuentro de los enemigos, ó algun acaecimiento de los mas notables. Los mas importantes sucesos se cuentan en dos palabras. Por ejemplo: la batalla que los árabes llaman de Zalaca, por el sitio en que se dió cerca de Badajoz, que fue muy célebre y sangrienta, y en la que nuestro rey don Alfonso VI peleó contra todo el poder de los reyes árabes de España, y las fuerzas reunidas de los moros almoravides, que habian venido de África para ausiliarles; la cuentan así estos anales. Los Complutenses dicen: *In Era* MCXXIV. DIE. VI. X. KAL. NOVEMBRIS. *die SS. Servandi et Germani, fuit illa arrancada in Baduzo, id est, Sacralias: et fuit ruptus Rex dommus Adefonsus.* Los Compostelanos: *Era* MCXXIV: *fuit illa die Badajoz.* Los Toledanos: *Era* MCXXIV, *arrancaron moros al rey don Alonso en Zagalla.*

De estos cronicones, y de algunos escritos arábigos, tor-

mó don Rui Jimenez, arzobispo de Toledo, su historia de los árabes: la primera latina que vió la Europa de aquellos célebres pueblos de Oriente. Este docto prelado vivió entre muzárabes, entre quienes era vulgar y comun la lengua arábiga, que el arzobispo hablaba como la suya propia. Aunque su historia es harto preciosa, no tiene la estension y claridad convenientes en la sucesion de las dinastías arábigas de España: y además de ser escasa y oscura, no pasa del año 539 de los árabes, esto es, 1140 de Jesucristo. Este escritor comparó mal la correspondencia de los años de la era de César con los años lunares de los árabes: error que estravió á célebres escritores de nuestras cosas, y pusieron la entrada de los moros en España en el año 713, y la batalla de Jerez en noviembre de 714.

La historia que se dice del moro Rasis, y que se supone traducida del arábigo por maestre Mahamad y Gil Perez, clérigo, de órden de don Donis, rey de Portugal, es una mezquina compilacion de los bárbaros cronicones antiguos, con algunas noticias tomadas de malos libros arábigos, toda llena de errores y fábulas absurdas. Únicamente merece alguna consideracion en la parte jeográfica, que, aunque muy depravada, sirve en este punto para el conocimiento de aquel medio tiempo. Es asimismo tan escasa, como bárbara y ruda; y no contiene mas que los nombres de algunos reyes de Córdoba, y de un reinado de cincuenta años, tan célebre como es el de Abderraman III, solo dice, que reinó cincuenta años: *é fue muy granado en sus fechos; é dejó fijos é fijas, é fue elejido por mandado de Amirabomelin.* Y despues de esta aridez y falta de exactitud y verdad, no pasa del hijo de este Abderraman, en el año 366 de los árabes. Con la autoridad y nombre de este historiador arábigo Iza ben Ahmed Razif, que ciertamente escribió historia de España, que citan muchos escritores árabes, se han esparcido no pocas fábulas en las crónicas castellanas.

La que se intitula Crónica jeneral es obra llena de escelentes cosas, de nobles descripciones y discretos conceptos; y es, á mi parecer, la mas elegante y culta que en lengua vulgar se escribió en Europa por aquellos tiempos. Pero no por eso deja de abundar en fábulas y ridículas consejas de moros y judios. Por mas que el sabio rey don Alonso diga que *fizo hacer este libro despues que ovo ayuntados todos los antiguos libros; et todas las crónicas, et todas las hestorias del latin, et del hebrayco, et del arábigo, que eran ya perdidas et caidas en olvido;* sin embargo, no mejoró, ni fue mas conocida y cierta la historia de nuestros árabes.

Lo mismo acaeció en las crónicas particulares recopiladas en tiempo de don Alonso el onceno, y en las posteriores; en las que solo se mencionan aquellas pocas cosas que tienen relacion con los sucesos de nuestros reyes; y no se detienen á referir lo que pasaba entre los moros.

Todos los historiadores, aun los mas doctos y críticos, no han reparado esta parte de nuestra historia; y esto ha sido sin duda alguna por falta de erudicion arábiga; pues sin ella era imposible hacer otra cosa que copiar lo poco que de esto dicen los antiguos, y conjeturar sobre ello: lo que en realidad no es mas que palpar tinieblas, y andar á oscuras y desatinados. No merece mencionarse la absurda fábula, que con título de traduccion de la historia de Tarif Aben Taric, publicó el morisco Miguel de Luna, que la finjió, manifestando su ignorancia en la materia, y su impudente osadía literaria.

Cuanto he dicho hasta aquí, esponiendo mi juicio acerca de nuestros antiguos escritores de la historia de esta época, no ha sido con ánimo de deprimirlos, ni de ensalzar á su costa á los escritores arábigos. Debo ser imparcial; y acerca del mérito de estos diré mi parecer con igual franqueza.

Los árabes han tenido siempre gran copia de escritores; porque en esto no les aventajan las naciones mas cultas, antiguas ó modernas. Y si desde sus buenos tiempos, y cuando ya no escribian solo poesías, y canciones de amores, y de aventuras y valerosos hechos, sino que se dieron al estudio de las ciencias físicas, y trasladaron á su lengua todo lo bueno que de ellas habia en Grecia; si con el mismo fervor se hubiesen entonces aplicado á leer y traducir las historias griegas y latinas, hubieran imitado los ejemplos que dieron ambas naciones. Y ahora, en vez de impertinentes y pueriles biógrafos, secos analistas, y vanos autores de *hadices*, ó historias tradicionales; llenos de pompa y de lascivas gracias de estilo, tendríamos en ellos buenos historiadores; pues los árabes ni en lengua ni en injenio ceden á ninguna otra nacion.

Hadji Chalfa cuenta mas de mil y doscientos historiadores en su Biblioteca oriental; pero los mas de ellos son compiladores y abreviadores de diez ó doce principales: y como ni aun estos están libres de preocupaciones y errores por falta de crítica y de conocimiento de las naciones, de sus leyes y costumbres, los modernos, con menos sabiduría y disposicion para escribir de cosas antiguas, los han copiado sin reflexion, y han propagado muchas fábulas, que dan ocasion á las disputas y desconfianzas de los críticos.

Algunos de sus autores, como Aben Ishak Tabari, Aben

Omar el Wakedi, el Mesaudi, Seif Alezdi, Aben Kelbi, Novairi y otros, tratan en sus historias de muchas naciones y de tiempos diferentes. Algunos se han reducido á ciertos pueblos y ciertas épocas: otros á los sucesos de su pais ó de sus contemporáneos. Así Aben Rejig, ó Rechic, se limitó á la historia de África; y Aben Hayan, el mejor historiador de las cosas de España, se ciñó á este asunto, y á los reinados de los Omeyas en Córdoba. Los infinitos escritores que han venido despues no han hecho sino copiar á su modo, y apropiarse las noticias de los antiguos en sus compilaciones, con mas ó menos discrecion y crítica. Y no pocos, por un amor escesivo á lo maravilloso, no se contentaron con repetir los sucesos antiguos como los hallaron, sino que los presentan enriquecidos con adornos de su imajinacion, llenando la historia de circunstancias finjidas: llegando la manía de algunos á desfigurar y disfrazar los acaecimientos de que fueron testigos y participantes. Pero el gusto mas comun de los árabes es epitomar á los antiguos, así historiadores como jeógrafos; de manera que han hecho por lo comun de la historia y jeografía un esqueleto, que solo contiene nombres de pueblos y de reyes, y de épocas impertinentes y minuciosas: llegando la ridícula prolijidad de algunos á contar hasta las horas de la vida, ó del reinado de los príncipes; cuando pasan por alto circunstancias y sucesos de los mas importantes. Los árabes antiguos son mas puntuales y exactos, y tienen mas conformidad en sus relaciones: los modernos, á escepcion de algun otro, como Abulfedá, y ben Chaledun, son inconexos y desiguales; unas veces concisos, y otras prolijos y redundantes en descripciones, especialmente de aquellas batallas en que fueron venturosos; y con dos palabras refieren aquellas en que quedaron vencidos, tal vez con horrible matanza. Tal es el jenio de estos escritores por lo comun, pues ya he significado que esta censura no comprende á todos, porque hay algunos buenos historiadores que no deben confundirse con la turba de escritores de poco mérito.

Los autores arábigos conocidos en Europa, y publicados en ella por los doctos Saldeno, Pocok, Erpenio, Golio, Schultens y Reische, son de muy corta utilidad para nuestra historia. Ni en la de las dinastías de Abulfaraji, ni en los anales de Aben Batrik de Alejandría se hace mencion de nuestras cosas. En los anales de Elmacin, abreviacion de los de Tabari, hay una lijera relacion de la conquista de España, en que se nota el año en que acaeció, y el fallecimiento de los principales Omeyas, reyes de Córdoba; y todo esto en dos palabras. Los anales muslímicos de Abulfedá ni siquiera

notan la entrada de los árabes en España, ni mencionan sus primeros amires ó prefectos, ni sus guerras. Únicamente dicen algo del último tiempo de los Omeyas, la muerte de algunos y su fisonomía, alguna cosa de los hamudes de Málaga, y edrises; pero todo en estremo oscuro y superficial. La historia sarracénica que publicó en inglés Simon Ocley, tomada del Wakedi y de otros, no pasa de la conquista de Siria y algo de Ejipto. Y así para nuestro asunto no es de provecho.

El señor Cardonne escribió en francés una historia de las conquistas de los árabes en Africa y en España, que han traducido los alemanes y los ingleses. Pero este escritor no consultó otros historiadores arábigos que los que habia estractado nuestro sabio arzobispo don Rodrigo, algo de las notas de Herbelot, en que se halla lo que refiere el Novairi, y lo que leyó en nuestro Castellanos acerca de los sucesos del reino de Granada. Incurrió en el error cronolójico del ya dicho arzobispo, á quien copia, en cuanto al año de la entrada de los árabes en España. Llama á Taric ben Zeyad con el nombre de Taric ben Malic el Meafir: y como si fuese diferente persona el caudillo árabe, le llama en la pájina siguiente Tarid ben Ziad ben Abdullah. Hace entrar á Muza en España en el año 97 de la Hejira, ó sea 715 de nuestro cómputo, cuando ya en aquel año habia salido de España para Siria de órden del califa. Habla de la conquista de Murcia como si la hubiese hecho Taric, cuando los escritores árabes refieren la capitulacion de Turiola hecha por Abdelaziz en el año de 94. Y copia sin discrecion las relaciones de nuestras crónicas, los milagros y otras soñadas proezas, de que no hay mencion en los escritores árabes. Y sus descuidos llegan hasta el punto de señalar la entrada de Jelid ben Hatim en Fez, cuando todavía no existia esta ciudad; porque Fez no se fundó hasta el año 192.

El señor Deguignes, en su historia de los hunnos, abrazó mucha erudicion tártara y china; pero de nuestros árabes no trae mas que algunos nombres y noticias superficiales, con errores notables y estrañas equivocaciones. Por ejemplo: dice que el rey Hixem II fue depuesto por su primer hajib, ó ministro, Almanzor en el año 399. Es notable error y falsedad: porque este célebre Almanzor fue muy leal toda su vida, y la empleó y la perdió por engrandecer el estado de su rey Hixem. Y despues de veinte y cinco años de gloriosos servicios y grandes pruebas de acendrada lealtad, murió peleando por su rey en el año 392: esto es, siete años antes que el rey Hixem fuese depuesto, segun el errado cómputo

del señor Deguignes. Y otra prueba bien clara de la lealtad de Almanzor es que sus dos hijos le sucedieron en el cargo de hajib, y sirvieron al rey Hixem II con la misma fidelidad, si no con la misma fortuna que su padre.

La historia de los árabes del señor de Marigni apenas menciona las conquistas de estos en África y en España.

En nuestros dias han creido algunos que se podia formar la historia de los árabes de España sobre los fragmentos históricos que publicó Casiri en su obra de la Biblioteca Escurialense. El inglés Morphy y nuestro crítico Masdeu lo han hecho así sin otra guía. No hablaré del mérito de estas dos obras; pero el amor á la verdad me obliga á decir que los fragmentos traducidos por Casiri han sido para las tinieblas de nuestra historia como la luz de los relámpagos, que deslumbran y desatinan, mas que aclaran ó ilustran. Hay en dichos fragmentos frecuentes equivocaciones de personas, lugares y tiempos, que no puede correjir el que no consulte los orijinales que leyó Casiri, y copió y trasladó con precipitacion, con muchos vacíos, y espresando á las veces cosas muy diversas, y aun contrarias de lo que en ellos se dice. Seria menester un largo discurso para notar tantos errores históricos y cronolójicos: bastará en prueba de la verdad apuntar algunos. Dice en la pájina 65 del tomo II que los Beni Alaftas empezaron á dominar en Badajoz, año de la Hejira 561; y que despues estendieron su imperio á Zaragoza y otras ciudades de España. En esto hay notable error; porque la dinastía de los Beni Alaftas dejó de existir el año de la Hejira 487, y por consiguiente no pudo principiar sesenta y cuatro años despues de su estincion. Tambien es absolutamente incierto que esta familia, que solo dió cuatro reyes al algarbe, tuviese dominio en Zaragoza y otras ciudades. Y solo un Labib ben Alaftas, hermano del primer rey de Badajoz, fue walí ó gobernador de Tortosa; pero nunca fueron reyes en la parte oriental. En la pájina 103 nombra cuatro personajes reyes de España y de Sevilla; los tres primeros de la dinastía de los Beni Abed, y el cuarto rey de Sevilla de otra familia diferente. Mas esto es una confusion. El que llama Abu Chaled fue hijo del rey Abulcasem; pero no llegó á reinar en parte alguna. El Abulcasem es el mismo que Muhamad Almostadem, rey de Sevilla, á quien sucedió en el reino su hijo Abu Amru, apellidado Almotamed Bila, que fue el último de los Beni Abed, y uno de sus muchos hijos fue el Abu Chaled Jezid de Radhi, á quien su padre dió el gobierno de Aljeciras; y fue el que en el año 484 recibió á Juzef cuando vino á ausiliar á los reyes de España; y luego pasó á Ronda, donde le

asesinó Carur, caudillo de los almoravídes. El Abu Muhamad Omar ben Almodafar jamás reinó en Sevilla: fue sucesor de Gehwar en Córdoba, y perdió la ciudad y el estado que ganó el rey de Sevilla. En la pájina 104 introduce un Almanzor, rey de Calat Hamad (que Casiri tráduce Alamedilla); pero no hubo tal cosa ni tal reino en España. Calat Hamad era un fuerte en el estado de Magreb el Wast, ó medio; estoces en el reino de Túnez; y es un absurdo lo de Alamedilla. En la pájina 112 dice que los benimerines de África principiaron en el año 672 de la Hejira; y es otro error. Segun todos los historiadores, los benimerines principiaron el año 610 de la Hejira en la parte occidental de África; y se apoderaron de Fez contra los almohades: y en 667 ocuparon á Marruecos. Hay en la misma obra equivocaciones no menos estrañas, como el llamar rey de los almoravides á Jacub Juzef que fue rey de los almohades; el confundir á los walies con los reyes, á los hijos con los padres, atribuyendo á los unos las acciones y empleos de los otros, como á don Sancho las conquistas del rey de Granada Muhamad II: equivocar á los galos con los gallegos, la ciudad de Málaga con la de Ronda, á Cosutia con Écija, y al Cid Campeador con el emperador Alonso, estropeando para esto una relacion muy importante que trae Ben Besam, escelente escritor, á quien copió mal, y no pudo traducir bien. Haciendo de esta manera que desaparezca de la historia arábiga de España el héroe de Castilla, de quien hacen frecuente mencion los autores árabes; y dando ocasion á los críticos para que miren como fábulas las crónicas enteras, y los famosos hechos del Cid, y hasta su existencia, como si fueran patrañas y consejas, ó como los romances de los doce Pares, ó bandos de Zegríes y Abencerrajes de Jinés Perez de Hita. No basta por cierto el conocimiento de la lengua arábiga sin crítica y erudicion en la historia, para hacer útiles y oportunos estractos de los libros en que estaban esparcidas las noticias sin órden ni concierto. Un historiador mas moderno suele abreviar ó desfigurar un suceso ó relacion que escribió exactamente otro mas antiguo; y el que sin estudio y justa reflexion estracta á la lijera y copia sin discernimiento está espuesto á incurrir en muy graves errores.

Por lo dicho hasta aquí es fácil conocer que he procurado estudiar cuantos libros y autores han llegado á mi noticia de los que podian tener conexion con mi asunto. Fuerza ha sido examinarlos todos, para aprovecharme de sus noticias y compararlas y rectificarlas con imparcialidad. Y lo mismo he hecho con los escritores arábigos, cuyas obras nombraré despues al dar razon de los manuscritos de que me he valido.

Esta historia de la dominacion de los árabes en España, está compilada de varias memorias y libros arábigos escojidos, antiguos y acreditados; y me he propuesto decir lo que ellos refieren, y lo hago casi siempre con sus propias palabras fielmente traducidas. Así, al mismo tiempo que se ven los hechos de aquella nacion, se puede conocer el jenio y estilo de que usan para historiarlos. He omitido sí las referencias tradicionales en que los árabes fundan sus narraciones, para escusar la molesta y prolija cadena de sus historiadores, sus nombres, apellidos, patrias y demás circunstancias que espresan ellos á la larga y á cada paso.

Los lectores, pues, deben ponerse en el caso de leer este libro, cual si estuviera escrito por un autor árabe; porque en efecto es un estracto y traduccion fiel de muchos de ellos. Y así no deberán estrañar la diferencia notable entre las narraciones de esta historia y las de nuestros libros, ni la poca noticia que se da de nuestros reyes ó caudillos, de sus proezas y su gobierno. Este libro es como el reverso de nuestra historia; y así como en ella se dice bien poco ó nada de la sucesion y órden de las dinastías arábigas y de las costumbres moriscas, así en esta se habla muy poco de las de Leon y Castilla. Y si fuese de otro modo, deberia parecer increible. Los nombres de Ruderico, Teodomiro, Atanaildo, Alfonso, Ramiro, Ordoño y Veremundo son los únicos que se mencionan en los antiguos libros árabes. Y en los tiempos posteriores los Alfonsos, Fernandos, Garcías, Sanchos, Remondos, Armengaudos, Gacumes, condes de Barcelona, Ruderico el Campidor, Albarhanis, el conde de Gomis y Almanrig. En términos que para ellos ha sido tan desconocida y oscura nuestra historia, como para nosotros la suya.

De propósito he conservado en arábigo, castellanizadas las terminaciones, ciertos nombres de dignidades y empleos políticos y militares, que traducidos suelen ofrecer una significacion vaga y en jeneral menos clara y distinta de la que les conviene en las costumbres arábigas. Así se hallarán á cada paso amires, walíes, wacires, cadíes, alcaides, jeques, hajibes, almucademes, arrayaces, etc., y otros nombres de espediciones y conquistas como algihet, algara, que distinguen el intento y fin de la guerra, entrada, tala, correría ó conquista; porque los escritores arábigos distinguen con prolijidad cada cosa de estas. Sin embargo procuro que no causen oscuridad en el contesto. Asimismo conservo en los primeros tiempos las depravaciones que los árabes hacian de los nombres de nuestras ciudades y provincias; por-

que esto puede ayudar á conocer los orijenes de muchos de los nombres que ahora tienen, y rastrear los primitivos. Tambien algunas veces he usado los nombres que ellos dan á sus horas ó divisiones del dia: como hora de azohbi, hora del alba: hora de adoha, de dia claro: de adohar, al mediodia: alazar, de media tarde: almagrib, á puesta del sol: alatema ó alaxá, al anochecer, al oscurecer, ya entrada la noche; porque esto, una vez entendido, no produce confusion, y espresa sus costumbres relijiosas de dividir el tiempo por las horas de sus oraciones ó azalaes.

Como la erudicion y la poesía eran una parte principal de la educacion caballeresca de nuestros árabes, y sirven tanto para notar su injenio y sus costumbres, no he querido privar á mi historia de este ornato de gusto arábigo: pues no hay entre ellos historia alguna de mérito que no esté adornada de versos con mas ó menos profusion. Por eso he insertado los que me han parecido mas característicos, y que por lo regular tienen relacion con los sucesos históricos. Aun en esta parte he querido imitarlos en la traduccion, haciéndola en nuestros versos de romance; que es jénero de composicion la mas usada en la métrica arábiga, de donde procede sin duda. Y los he hecho imprimir como ellos los escriben; porque cada dos versos de nuestros romances equivalen á uno arábigo, que ellos dividen en dos partes. Y así nuestro primer verso equivale á la primera mitad ó primer hemistiquio árabe, que ellos llaman sadrilbait ó entrada del verso; y nuestro segundo verso al otro hemistiquio árabe, que llaman ogzilbait ó cabo del verso; y ambos hemistiquios son de igual número de sílabas. La cafia ó consonancia está en el ogzilbait, ó cabo del verso; de modo que una estrofa de nuestros romances, compuesta de cuatro versos, corresponde á cuatro hemistiquios, ó sean dos versos arábigos. He debido notar esto, porque no se estrañe la novedad en el modo de imprimir los versos castellanos: lo he hecho así porque salte á los ojos esa prueba material del orígen arábigo de nuestra métrica. Cuando pueda publicar una traduccion que tengo hecha de varias poesías árabes, probaré en un discurso preliminar la gran influencia de la poesía arábiga en la castellana.

En todo el discurso de la historia uso de las fechas y años arábigos, y al márjen se nota el correspondiente año de Jesucristo. En jeneral se debe tener presente que cada año arábigo coincide con dos de la era cristiana; esto es, con algunos meses del principio ó del fin de cada año. No siempre he reducido los meses y dias, por evitar esta prolijidad, que

po
ver
y
co
en
ár
te
por
dia
árab
gui
jum
zan
apari
luna
de vein
el último
treinta d

Las ma
fueron tom
grandes se
computaron d
que es el tem
por Abrahan ó p
la guerra Etiópic
elefante, y por eso
fante. Por último, co
fuga ó retirada de Me
ella; y es el cómputo qu
cálculos, convienen los
á 16 de junio del año 622

En cuanto al estilo en que
una traduccion de varios escri
desigualdad, aunque no tanta
á la índole de nuestro idioma
muy bien la narracion histórica.
sido el mostrarme fiel y exacto, y da
le corresponde, siendo como es un
Otro con mayor intelijencia y manejo
ca hecho en esta parte mucho mas: as
así lo conozco. Pues nuestra rica lengua
biga, no solo en palabras, sino en modism
ciones metafóricas, que puede mirarse en es
dia lecto arábigo aljamiado. El estilo y espresi
ca jeneral de don Alfonso X, el libro del conde

algunas otras obras del infante don Juan Manuel, como la historia de Ultramar, estan en sintaxis arábiga; y no las falta sino el sonido material de las palabras, para tenerlas por obras escritas en muy propia lengua árabe.

Resta decir y señalar los escritores y las obras arábigas que me han servido para formar esta historia. Este es un requisito esencial para responder á los lectores de mi buena fe y de mi veracidad; pues no bastaría protestar con palabras la sinceridad de mi ánimo, ajeno de la disimulacion y supercherías. Y es razon que otros instruidos ya en el árabe, ó que se instruyan en adelante, puedan cotejar los orijinales, y ponerse en estado de juzgar de mi trabajo y correjir mis yerros é imperfecciones, ilustrando mas y mas el asunto con utilidad y provecho de todos. Básteme á mí la sola satisfaccion que pueda caberme de haber dado principio á la empresa.

Los manuscritos de que me he valido son los siguientes:

La obra de Abu Abdala Muhamad ben Abi Nasr, el Homaidi de Córdoba, que contiene una breve crónica de la conquista de España, sucesion d los amires ó prefectos de ella: la serie de los Beni Omeyas, reyes de Córdoba; y vidas de varones ilustres de España. Escribia este autor por los años 450 de la Hejira; y continuó esta obra Ahmed ben Yahye ben Ahmed ben Omeira, eddobi de Mallorca, que llegó hasta el año 560. El Homaidi, además de ser harto antiguo, cita á Abdelmelic ben Habib Zalemi, á Abdala ben Junes, á Abdala ben Wahib, á Alaitz ben Saad, y á Abul Casem Abderahman ben Abdala ben Abdelhakem: todos los cuales fueron escritores de los primeros tiempos de los árabes; y trataron de sus conquistas en Occidente. Es un tomo en folio escrito en papel moreno y grueso.

Asimismo me ha servido para los sucesos de la conquista, gobierno de los walíes y amires, la época de la primera dinastía, y medios tiempos de la dominacion arábiga, la historia de Aben Alabar, el Codai, valenciano: y el suplemento á la misma obra de varones ilustres de España y de África. Este escritor era muy docto; y estractó y copió mucho de la célebre historia de España de Abu Meruan ben Hayan ben Chalf, el mas dilijente y famoso historiador de la dinastía de los príncipes Beni Omeyas. Y tambien se sirvió de los anales de Abul Hasan ben Besam, y de otros autores de menos nombre, entre otros de Iza ben Ahmed ben Muhamad ben Muza el Razif, del Mocri Abu Abdala ben Abdelaziz ben Saad Axati, y de Muhamad Abu Becar ben Jucef ben Casem Xelbi en su historia de Aben Abed, rey de Sevilla. Y tam-

bien me ha servido un precioso fragmento de historia de España, que hay al fin de este códice del Codai, en que se refieren la entrada y primer tiempo de los árabes. En este fragmento se cita á Admed ben Abi Alfeyadh. Son tres tomos en folio, escritos en papel; y la copia mas antigua que he visto no pasa de nuestro siglo XV.

Para el medio tiempo de la dominacion arábiga me he valido tambien de la obra de Moraudi, intitulada Prados áureos; pues este célebre y antiguo historiador, que trató de los sucesos de todas las naciones en su tiempo, refiere en unos breves artículos sobre España importantes acaecimientos del año 327 de los árabes, y la espedicion de Abderraman III, talas y conquistas recíprocas de Zamora por las tropas del rey de Córdoba, y los cristianos acaudillados por el rey Radmir de Galicia. Llegan sus noticias hasta el año 336, en que florecia este autor; el cual menciona á los reyes de Galicia Odron y Adfons, esto es, Ordoño y Alfonso de Leon, que ellos comprendian bajo el nombre de Galicia. Son dos tomos en cuarto grueso y de mediana antigüedad, copia africana.

Para los sucesos de la guerra civil que se suscitó despues de acabada la dinastía de los Omeyas en España, entre los diferentes régulos, ó reyes de tayfas que ellos decian, independientes y confederados unos contra otros, y que se dividieron las provincias de España, me ha servido la historia de varones ilustres españoles de Abul Casem Chalaf ben Abdelmelic ben Bascual, de Córdoba, que comprende lo acaecido desde el primer siglo de la Hejira hasta el quinto en que vivió el autor. Un tomo en folio, escrito en papel acartonado antiguo.

Por lo que hace á la época de los moros almoravides, y de los almohades, me ha servido enteramente la historia de Fez de Abdel Halim, de Granada, escritor dilijente del año 726, que vió y estractó los principales historiadores de Africa y de España, y muchas veces cita los rejistros de las cámaras rejias, documentos muy auténticos para los sucesos de los reyes. Es un tomo en cuarto escrito en papel; copia africana de mediana antigüedad. Este autor en su obra estractó entre otras la de Aly ben Muhamad ben Aly Zerich, ó sea Zara, que dicen otros manuscritos, intitulada Libro del amigo apacible en el jardin del Cartás, de los sucesos de los reyes de Occidente, é historia de la ciudad Fez.

En cuanto al último periodo de la dominacion arábiga, he consultado las obras de Lizan-Edin ben Alchatib Asalemaní, secretario de los reyes de Granada. Sus principales escritos, y de los que me he aprovechado, son la historia de las dinas-

tías de Africa y España en verso, y con notas suyas en prosa; la historia de Granada, que intituló Plenilunio de la dinastía nasrina en Granada; y tres tomos en folio de memorias biográficas: copias todas de mediana antigüedad.

Asimismo me he valido para las cosas de Granada de la historia de sus reyes, escrita por Abdala Aljiazami de Málaga; y tambien de la que escribió Ahmed Almaxarsi del reinado del Augusto de Granada, el Rey Jucef Abul Hajiag; y de la de los Beni Merines, escrita en verso y prosa por Ismail ben Jucef, amir de Málaga; intitulada el Olor de la rosa; copias todas de poca antigüedad.

He consultado los anales de Abulfedá, los de Xakiki y del Fesani: códices incompletos, pero de harta antigüedad; y los anales de Aben Sohna, copia muy elegante.

He estractado tambien de la obra de Abu Teib de Ronda, que entre las historias y anécdotas de varios poetas y de príncipes jenerosos con ellos, ofrece algunos sucesos, y noticias muy curiosas de nuestros árabes.

Por último haré mencion de la obra rara de Abdala Aly ben Abderahman ben Huzeil de Granada, que trata de las espediciones sacras, ó guerras contra cristianos: de arte militar, de hacer frontera, de ardides y estratajemas de guerra, armas, máquinas y caballería. Este autor me ha suministrado muchas noticias de sucesos militares y trances de batallas que no mencionan otros escritores; y es muy curioso en los usos y costumbres de los árabes españoles. Un tomo en folio, escrito en papel moreno y grueso, de harta antigüedad.

La mayor parte de estos manuscritos estan en la biblioteca Real pública de Madrid, y en la del Escorial: y algunos pocos son mios y de mis amigos.

En prueba de mi deseo y eficacia de mejorar mi obra en lo posible, añadiré que en el año de 1807 hice una reverente súplica al señor don Cárlos IV, para que se mandase sacar una copia exacta de un manuscrito arábigo, que existe en la blioteca Real de Paris, á fin de aprovecharme de las noticias que contiene. La obra es historia de España y su descripcion, por Ahmed el Mocri Almagrebi. Tuvo la dignacion S. M. de mandar que se hiciese dicha copia, costeando jenerosamente los gastos. Cuidaron de este trabajo y de su correccion los dos sabios orientalistas franceses, los señores Sacy y Langles, bajo cuya direccion no podia menos de salir la copia con la mayor exactitud. Sabiendo yo que estaba concluido este trabajo, insté, y logré que en 1818 se remitiera á Madrid por la embajada de Paris, á cuyo cargo habia corrido la empresa, y que la habia desempeñado tan completamente. Pero

al fin no he podido aprovecharme de esta preciosa copia, ni verla, ni aun indagar su paradero, para indicarlo en provecho de otros que puedan ser mas felices.

Como era preciso guardar órden y método en la larga narracion de esta historia, la he dividido en cuatro partes. La primera trata de la entrada de los árabes en España, y la sucesion de los amires ó caudillos de la conquista, dependientes de los califas de Oriente. La segunda contiene el establecimiento de los Beni Omeyas, y la sucesion de estos reyes. La tercera comprende la guerra civil y la division de los reinos en España; venida de los moros almoravides y almohades; y la sucesion de estas dinastías. Y la cuarta es toda del reino de Granada: último período de la dominacion arábiga en España.



PRIMERA PARTE.

Es mi ánimo escribir la historia de la dominacion de los árabes en España, desde su entrada y conquista de ella: larga serie de acaecimientos grandes y de circunstancias memorables, en gran parte desconocidas, mezclada la verdad con tradicionales fábulas, que autorizó el tiempo y la popular ignorancia; pero antes de venir al principio de estas cosas será bien decir de los árabes qué jente eran, y cuáles sus costumbres: qué causa les movió á salir de los campos de Yemen y conducir las vencedoras insignias del islam (1) hasta los estremos de Oriente y Occidente, y la opinion y nombre que por sus maravillosas conquistas tenian entonces, para decir despues cómo sojuzgados los moradores de Ejipto, de la Cirenáica, los pueblos antiguos de Cartago y de ambas Mauritanias, hasta las últimas tierras donde el sol se pone, pasaron, no sin ventura, á España, y fundaron en ella tan poderoso y floreciente imperio.

(1) Islam, así se llama la creencia de los mahometanos: la voz significa y se declara por confianza, seguridad y resignacion en la voluntad *de Dios*, manifestada en su Alcoran; y de es*ta voz nace el llamarse* muslimes los sectarios de Mahoma.

CAPÍTULO I.

DE LOS ANTIGUOS ARABES.

Los árabes, así llamados de la dilatada rejion que habitan entre la Persia, la Siria, el Ejipto y la Etiopia, eran idólatras antes del tiempo de su famoso lejislador Mahomad. Las dos Arabias, la Feliz por su apacible temple y aromas, y la Desierta por sus llanuras de arena menos poblada, eran la rejion de diferentes cabilas ó tribus, algunas que moraban en poblados, y muchas errantes que vagaban mudando sus tiendas y pabellones á sitios abundantes de yerba y agua para comodidad de los rebaños que pastoreaban, conservando en sus rancherías aquella vida patriarcal que aprendieron de sus abuelos, hijos de Ismael. Hablar de las costumbres de estos antiguos árabes será describir las virtudes y los vicios de la infancia de la sociedad. Decia Saad ben Ahmed, que fue cadí de la ciudad de Toledo, que se deben considerar dos jeneraciones de árabes, una que ya pasó y otra de los que todavía restan. Los que acabaron, que eran muchas jentes, como las tribus de Ad, de Themud, Tesm y Jadis, ha mucho que perecieron, y nos faltan sus memorias y los medios de averiguar sus prosapias y descendencias. En cuanto á los que permanecen, son dos castas de Cahtan y Adnan, y sus épocas ó estados fueron dos, de ignorancia y de islam. El estado de los árabes, cuando la ignorancia, era célebre entre las naciones por su poderío y sus hazañas: el imperio estaba en la cabila ó tribu de Cahtan, y la principal familia de los reyes entre los Homiares: de estos hubo reyes, señores y tobeos ó sucesores: los otros árabes en los tiempos de ignorancia eran de dos clases, unos moradores de las ciudades, *y otros rústicos* pastores: los de las poblaciones vivian

de sus labranzas, siembras y plantíos, de la cria de sus ganados, de la industria y tráfico que hacian dentro y fuera de sus pueblos. Los rústicos pastores pasaban su vida en los campos y andaban por los desiertos, y se sustentaban de la leche y de la carne de sus camellos, y se mudaban buscando sitios yerbosos para apacentar sus ganados, y los arroyos manantiales y pozos, y asentaban sus tiendas en valles y sitios de yerba y agua, sin dejar de andar así errantes y vagando: esta era su costumbre en las temporadas de primavera y estío, y á la venida del invierno, cuando ya falta la yerba y frutos al campo, se mudaban á las campiñas de Iraca ó Caldea, y á los confines de Siria, y procuraban pasar el tiempo de su mesta ó invernadero con la posible comodidad, llevando con buena paciencia las inclemencias de la estacion.

En cuanto á sus sectas eran diferentes, pues Homiar adoraba al sol, Canenah á la luna, Misam la estrella Aldebaran, Laham y Jedam la estrella de Júpiter, Tay la constelacion de Sohail, Kais la Ashera al Obur, Asad la de Mercurio, Tzaquif un templillo en las alturas de Nahla que se llamaba Alat: entre ellos habia algunos que creian la resurreccion de los muertos, y decian que era conveniente sacrificar su camello ó su caballo sobre su sepultura..... Su sabiduría, y de lo que mas se preciaban, era de saber su lengua y la propiedad de su habla, el hacer versos y elegantes discursos. Sabian el curso de los astros, su nacer y ponerse, y cuáles eran entre sí opuestos, de manera que cuando el uno sale el otro se traspone, y cuál trae lluvia, y cuál tiempo sereno; y esto nacia de su continua atencion mirando al cielo de dia y de noche, por sus necesidades y manera de vida, que no era por ciencia metódica: de filosofía sabian poco, no lo queria Dios ni los hizo para esto; y este era su estado en tiempo de ignorancia: en tiempo de islam, esto es bien conocido, y lo diré si Dios quiere.

En los tiempos poco anteriores al islam los árabes estaban gobernados por sus amires ó reyes de taifas, esto es, de ciertas tribus que ocupaban alguna comarca, ó vagaban errantes por ellas: como pueblos independientes y vagos, divididos por valles, aduares y pozos, andaban por lo comun en guerras entre sí y con sus vecinos, suscitadas siempre por lijeras causas; querellas y desavenencias de rústicos pastores sobre sus pastos y abrevaderos, robos y venganzas, que fácilmente se terminaban y componian por el consejo y autoridad de sus amires ó ancianos, que solian ser sus mayorales ó caudillos de sus tribus, ó por la mediacion de alguna cabila imparcial. Los mas poderosos amires ó reyes de taifas solian estar protejidos de los soberanos de Persia, y otros de los reyes ó emperadores griegos. Se ocupaban mucho en criar y enseñar caballos, disparar con destreza el arco y manejar con soltura la espada y la lanza, revolviendo con facilidad y jentileza sus caballos, y en esto sobresalian á competencia. Se preciaban principalmente de su antigua nobleza ismaelítica y de su independencia, de la gracia y elegante espresion de su lengua y de sus poesías sublimes y conceptuosas, de su hospitalidad y jenerosa proteccion.

CAPÍTULO II.

DEL PRINCIPIO DEL ISLAM.

Nació Mahomad en Meca, ciudad de Hejiaz, célebre por su antiguo templo Alharam, frecuentado de todos los pueblos de Oriente desde remotos tiempos, y tenido por fundacion de Ismael, y dedicado al verdadero Dios. Era Mahomad de la cabila de Coraix, una de las mas ilustres tribus de Arabia, y de la familia mas noble y principal de

ella (1). Con su injenio, valor y política, acreditó, no sin graves dificultades, entre sus jentes su nueva secta: si alguno duda de su heróico valor y esforzado ánimo, pregúntelo á los campos de Honain, de Bedre y de Ohod. Propuso á los pueblos la creencia y la adoracion de un solo Dios todopoderoso y eterno, criador de los cielos y de la tierra, y de cuanto hay en ellos: la perfecta resignacion en su divina voluntad, que todo lo tiene dispuesto por sus sabios y eternos decretos, que premia en la otra vida á los buenos en paraisos de delicias inefables, y castiga á los malos en fuego atormentador: ordenó asimismo ciertas prácticas de limpieza y purificacion, y oracion diaria, limosna, ayuno en el mes de ramazan, y peregrinacion relijiosa al templo Alharam.

Logró Mahomad destruir la idolatría de Arabia en poco tiempo: reunió las tribus divididas, inspirando á sus secuaces el fanatismo de islam y el ardiente deseo de estender su creencia en todo lo descubierto de la tierra. Contaban los árabes poco antes de Mahomad sus años desde la época de la guerra Etiópica, que llamaban la entrada del Señor del Alfil, ó del Elefante (2); pero despues de la cé-

(1) Su padre se llamó Abdalah, hijo de Abdelmotaleb, hijo de Hasem, hijo de Abdmenaf, hijo de Kosa, hijo de Kelab, hijo de Morra, hijo de Caab, hijo de Lova, hijo de Galeb, hijo de Fehr, hijo de Malec, hijo de Alnadhr, hijo de Kenanah, hijo de Hozaimah, hijo de Modreca. hijo de Alyas, hijo de Modhar, hijo de Nazar, hijo de Maad. hijo de Adnan: su madre se llamó Amina, de la misma tribu. Esta jenealojía es cierta segun todos los cronolojistas árabes, que convienen en que Adnan era uno de los descendientes de Ismael.

(2) En esta guerra acaudillaba á los árabes Abdelmotaleb, abuelo de Mahoma, que defendió su pais y destruyó el ejército del rey de Etiopia. Las circunstancias de esta guerra, que se menciona en el Alcoran, las escribieron varios autores, y entre ellos con mucha elegancia Jusuf ben Said de Illora, en su comentario al poema Elborda. M. S.

lebre Hejira, fuga ó retirada de Mahomad y de los suyos de Meca á Medina Yatrib (1), principiaron á contar sus años desde este famoso acaecimiento: tenia entonces Mahomad cincuenta y cuatro años (2), pues habia nacido á la hora del alba del dia martes, 8 de la luna de rabié primera, correspondiente en los meses de los cristianos al dia 22 de nisan, del año 882 de Alejandro: de suerte, que segun los mas acertados cómputos cronolójicos principió la cuenta de la Hejira á 16 de julio del año 622 de nuestro señor Jesucristo.

CAPÍTULO III.

DE LAS ESPEDICIONES MILITARES DE LOS PRIMEROS CALIFAS CONTRA GRIEGOS Y PERSAS.

Habia fallecido Mahomad, el año 11 de la Hejira en dia lunes de la rabié primera, sin dejar declarado sucesor de su imperio, y los principales muslimes, de comun acuerdo nombraron seis electores, que elijieron sucesivamente los cinco primeros califas ó sucesores de Mahomad.
632 Abu Becre, que fue el primero, no menos celoso que el lejislador de propagar la ley alcoránica, se determinó á enviar sus jentes fuera de la Arabia, para llevar á otros pueblos el conocimiento de Dios, y hacerlos tributarios de su imperio. Apaciguadas algunas desavenencias domésticas, y resuelta la espedicion, escribió el califa una proclama en Medina, y se envió á todas las provincias de Arabia: decia así: «En tu nombre, ó Dios hacedor de cielos y tierra, Señor misericordioso y clemente: Ab-

(1) Este era su antiguo nombre: despues se llamó Menatalnabi, ciudad del Profeta, y por escelencia Medina.
(2) Así dice Tabari; pero en verdad no tenia sino cincuenta años.

dala Athic ben Abi Cohafa Abu Becre, á todos los muslimes seguidores de la ley de Dios, salud y prosperidad: loado sea Dios, y engrandezca las perfecciones de su siervo: esta carta es para que sepais que he determinado enviar á Siria jentes escojidas de vosotros para sacar aquel pais de poder de los infieles; y quiero que sepais tambien, que trabajando por la propagacion del islam obedeceis á Dios, seguis las intenciones del enviado de Dios, y todos vuestros pasos serán recompensados del Señor con abundantes premios en el paraiso.»

Convocados los árabes para la guerra, acudieron sin dilacion y como á porfía de todas las tribus, así los habitantes de las ciudades, como los moradores del campo, atravesando las arenosas llanuras del Hejiaz, dejando sus rancherías y aduares los de los valles del Yemen, y los pastores de las montañas de Oman: cuantos calienta el sol desde la punta septentrional de Belis sobre el Éufrates, hasta el estrecho de Babelmandeb al mediodia, y desde Basora sobre el golfo Pérsico á la parte del oriente, hasta Suez y confines del mar Rojo al occidente: vinieron muchedumbre sin cuento, todos voluntarios, y pobres todos de armas y vestidos; pero llenos de fervor y relijioso zelo: todos alegres y confiados en los venturosos sucesos de las primeras guerras del Profeta, y animados de sus promesas. Se reunieron en poco tiempo innumerables tropas de á pie y de á caballo en Medina, y acamparon al contorno de la ciudad.

Los habitantes de la ciudad salieron todos á presenciar el alarde de estas numerosas huestes; y en presencia de ellas el califa Abu Becre encargó el mando jeneral de sus huestes á Iezid ben Abi Sofian, y delante de todos le mandó pasar á la conquista de Siria. Hizo una breve oracion rogando á Dios que amparase á los suyos, y les diese esfuerzo y moderacion, y no los dejase caer en manos de sus enemigos. Despues habló á Iezid en voz alta, que

todos oyeron con maravilloso silencio: « Iezid, á tu cuidado confío la espedicion de esta santa guerra, y te encargo el mando y acaudillamiento de nuestra jente: no la oprimas, ni trates con altanería ni aspereza; mira que todos son muslimes: entiende que van en tu compañía prudentes y esforzados caudillos, consúltalos en las ocasiones, no presumas demasiado de tu parecer, aprovéchate de sus consejos, y cuida siempre de obrar sin precipitacion, no como temerario y sin juicio. Con todos has de ser justo, que quien no fuere justo y cabal no prosperará. » Á las tropas dijo: « Cuando encontreis en la pelea á vuestros enemigos, haced como buenos muslimes, acordaos de ser dignos descendientes de Ismael: en la ordenanza y disposicion de las huestes, y en las batallas, seguid vuestras banderas, seguid y obedeced á vuestros caudillos: no cedais ni volvais la espalda á vuestros enemigos, pues peleais por la causa de Dios, no os lleven otros viles deseos: así nunca temais entrar en las peleas, ni os espante el escesivo número de los contrarios. Si Dios os diere la victoria, no abuseis de vuestro vencimiento ni ensangrenteis vuestras espadas en los rendidos, ni en los niños, ni en las mujeres y débiles ancianos: en las entradas y paso por tierra de enemigos no hagais talas de árboles, ni destruyais sus palmas y frutales, ni estragueis ni quemeis sus campos ni sus casas; y de ellos y de sus ganados tomad cuanto os convenga. No destruyais ninguna cosa sin necesidad, ocupad las ciudades y fortalezas, y destruid aquellas que puedan ser asilo á vuestros contrarios. Tratad con piedad á los rendidos y humillados, y así Dios usará con vosotros de su misericordia. Oprimid á los soberbios y rebeldes, y á los que sean pérfidos á vuestras condiciones. No haya falsía ni doblez en vuestros convenios y tratos con los enemigos, y siempre seais con todos fieles, leales y nobles; y mantened constantes vuestra palabra y prometimiento. No turbeis la

quietud de los monjes y solitarios, ni destruyais sus moradas; pero tratad con rigor de muerte á los enemigos que resistan armados las condiciones que les impongamos.»

Dividió estas tropas en dos grandes ejércitos: partió el primero á Siria, y dió el mando del segundo á Chalid ben Walid, y con las mismas prevenciones salió para las Iracas y confines de Persia. Hizo Dios venturosas estas espediciones, y dió á los muslimes repetidas y muy señaladas victorias de los griegos y persas. Entraron por fuerza de armas en las ciudades de Tadmor, Hira, Hauran, Bosra, Hemesa, Damasco y Balbec: la fama de estas conquistas infundia jeneral terror en los enemigos, de suerte, que ni los mas numerosos ejércitos, ni la fortaleza de las ciudades resistia el ímpetu de las huestes muslímicas. Siempre peleaban con jentes atemorizadas y dispuestas á la fuga; y por el contrario, los árabes acometian seguros de la victoria, despreciando los peligros y
horrores de las batallas. En el año 13 de la Hejira, 634
al mismo tiempo que la antigua y populosa ciudad de Damasco se habia entregado á los dos caudillos de las tropas árabes, Abu Obeida y Chalid, despues de largo y sangriento cerco, el califa Abu Becre falleció: imperó dos años, tres meses y nueve dias.

Fue elejido por califa ó soberano sucesor Omar ben Alchitab, que tambien fue dueño de la fortuna, y quiso Dios que en su tiempo pusiesen los muslimes sus vencedoras banderas sobre los soberbios alcázares de los poderosos reyes de Persia, y destruyeron aquella antigua y famosa monarquía. Conquistada toda la Siria, el caudillo Amrû ben Alâs entró por órden del califa en Ejipto el año 20 de la
Hejira, y despues de muy gloriosas hazañas se apoderó 640
de la gran ciudad de Alejandría y de todas las otras ciudades de aquella rejion feracísima, llena de maravillosos monumentos de la sabiduría y del poder de los antiguos ejipcios y griegos: hizo tributarios seis millones de coftos,

sin contar los judíos, que eran muchos. El zelo, la frugalidad y rigorosa disciplina de los caudillos y tropas muslimes hicieron inútiles todos los esfuerzos de los griegos para oponerse y contener el ímpetu de tan rápidas conquistas. Seria necesario un gran libro para referir las proezas y estraños hechos de armas de algunos esforzados caudillos, aun de los menos famosos.

CAPÍTULO IV.

ENTRADA DE LOS ÁRABES EN ÁFRICA Y CONQUISTA DE LA CIRENAICA.

Despues de la muerte del califa Omar ben Alchitab,
643 acaecida en la luna de dilhajia, año 23 de la Hejira, en
el califado de Otman ben Afan, el año 29 de la misma
entró en África el caudillo Abdala ben Saad ben Abi Serah,
el Carsi: pocos años despues Moavia ben Horeig Azo-
653 cuni hizo tres espediciones de conquista en África
la primera el año 33 de la Hejira antes de la muerte
del califa Otman, y la segunda y tercera algunos años despues de este califa. En el año treinta y cuatro entró Moavia con mucha jente ilustre de los muhajeríes y alansaríes. (1), y fue en su compañía el ínclito Abdelmelic ben Meruan, y conquistaron ciudades y grandes alcázares, y la antigua ciudad de Cirene; y allegaron muy grandes riquezas y despojos en aquella tierra. Para que no se cansaran de los afanes de la santa guerra habia cedido el califa Otman á Moavia ben Horeig y á los demás caudillos el quinto que le pertenecia en los despojos, que era muy grande, para que pudiesen gratificar y premiar á los mus-

(1) Muhajeríes, los que salieron con Mahoma en su fuga; y alansaríes sus ausiliares.

limes que se distinguian en ocasiones de batallas y en otros servicios de importancia. El año 35 de la Hejira murió el califa Otman á manos de conspiradores, habiendo reinado cerca de doce años. 655

En el año 40 envió este sabio caudillo al noble Abdel- 660
melic ben Meruan con una poderosa hueste de ochenta mil hombres á Jelula, y la conquistaron, haciendo en esta espedicion admirables proezas; y no fue menos señalado en victorias el año 45. En el siguiente de 46 entró 665
en África acaudillando diez mil caballos el famoso Ocba ben Nafe, el Fehri, y recuperó la ciudad de Cirene, que habia sacudido el yugo de los muslimes, confiada en la fortaleza de sus muros y muchedumbre de sus habitantes. En el cerco arruinó Ocba ben Nafe muchos antiguos y grandes edificios que habia en aquella ciudad, que era la principal y cabeza de toda la tierra. Edificó en ella mezquitas, y estableció escuelas para enseñar la lengua y las doctrinas de la ley á los niños y mancebos, que andaban antes perdidos y sin amparo.

CAPÍTULO V.

CONQUISTA DE BERBERÍA Y FUNDACION DE CAIRVAN.

Mientras en esto se ocupaba el ínclito Ocba ben Nafe, el califa Moavia ben Abi Sofian unió el gobierno de Ejipto y de África, como si fueran dos pequeñas provincias, y dió el mando á Muhejir Dinar, el Ansari. Envidioso este caudillo de la gloria y pública estimacion que merecia Ocba ben Nafe al ejército y á los pueblos, escribió contra él al califa, y por sus artes y sujestiones mandó el califa á Muhejir que depusiese á Ocba del gobierno de Cirene. El walí Muhejir envió á este fin á Muslama ben Machlad, encargándole que le tratase con atencion y mucha honra, porque recelaba que las tropas intentasen alguna resistencia

por el mucho amor y respeto que le tenian. Llegó Muslama al campo donde estaba Ocba y le presentó la carta del califa: mandábale en ella que luego que la recibiese se pusiese en camino y fuese á su presencia: dióle tambien Muslama otra carta del walí Muhejir que le ordenaba que obedeciese sin escusa alguna, autorizando en ella á Muslama y á los otros caudillos para que le prendiesen si no la obedecia. Partió Ocba sin entrar en su casa, y al llegar á Alcazaralme descansó y hizo allí oracion, y al acabarla dijo en voz alta: Señor Alá, no me quites la vida hasta que manifiestes mi honradez, y me defiendas de Muhejir ben Om Dinar. Cuando llegó esto á noticia del walí, no dejó de temer los efectos de esta oracion.

Cuando entró Ocba en tierra de Ejipto le salió á recibir Muslama ben Machlad, que se habia adelantado á Ocba para avisar de su llegada; y con él salieron muchos caballeros y principales caudillos, que le hicieron mucha honra, y le aposentaron y trataron con atencion y respeto. Allí le fue ordenado hacer declaracion de su conducta en el gobierno, de lo que habia hecho y habia mandado hacer, y qúe diese razon de sus comunicaciones con Muhejir, y de las diferencias que entre ellos habian ocurrido. Salió pocos dias despues para presentarse al califa Moavia, y cuando le recibió en su corte delante de sus consejeros y caudillos, le dijo el noble Ocba ben Nafe: Conquisté pueblos y rejiones de infieles, llevando á ellas el conocimiento de Dios y de su santa ley: edifiqué mansiones y mezquitas; y en premio de estos servicios envias á Abdel Ansar para que me prenda: si esto no es á sin razon, tu justicia lo diga. Moavia le respondió: Ya estoy informado de la causa de estos agravios: ya sé quien es Muhejir, y quien es Ocba. Yo estoy muy contento de tu zelo y de tu justo y noble proceder. Ordenó el califa que volviese á tomar el mando de la conquista; si bien algunos dicen que quien le restituyó al mando fue Iezid, el hijo de Moavia, despues

de la muerte de su padre, que acaeció el año 60 ; y esto es lo mas cierto. 679

El califa Iezid distinguió y honró mucho á Ocba, y le dijo: Ya tienes tu provincia, vé á ella, yo quiero que repares tu agravio. Partió Ocba con mucha dilijencia para África : durante su ausencia, Muhejir, por envidia y odio á sus cosas y memoria, habia mandado destruir un lugar que Ocba habia cercado, y habia trasladado la poblacion á dos millas de donde pasa el camino para Túnez, y habia mandado edificar y cercar una ciudad allí en Audan, que todavía quedan rastros de ella : destruyó todas las obras de Ocba haciendo salir la jente de Cairvan. Llevaba Ocba la deposicion de Muslama de órden del califa Iezid, y cuando se la comunicó le mandó quedar en Fustat de Ejipto, y esto fue ya entrado el año 62. Pasó Ocba en África y depuso á Muhejir, y le puso en prisiones. No estrañó Muhejir estas providencias, que ya esperaba despues de la muerte del califa Moavia, su favorecedor. Asimismo mandó Ocba que no siguiese la puebla de Muhejir, y que los moradores tornasen á Cairvan, haciendo de ella ahora mas cuenta que habia hecho en su anterior gobierno. No falta quien diga que Cairvan fue poblada por el walí Moavia ben Horeig, que al llegar al sitio de Cairvan de ahora, que era un valle de muy espesa arboleda, acojida de salvajes fieras, leones, pardos, tigres y serpientes, dijo con altas voces: Salid de este lugar, fieras que morais en este valle, salid, dejad este bosque y espesa selva; y lo dijo tres veces ó en tres dias, y no quedó allí fiera, leon, onza ó sierpe, que no dejase luego aquel bosque. Mandó á su jente cercarlo de altos muros, y fijó en medio su lanza y les dijo: Este es, este es vuestro Cairvan. Cuando acabó Ocba estas cosas, pasó á la conquista de Sûs, llevando consigo en fierros á Muhejir. Sojuzgó aquella tierra, y llegando á la orilla del mar se metió en él con su caballo hasta tocar el agua en las cinchas, y dijo: ¡Oh, señor Alá! si estas pro-

fundas aguas no me detuvieran, yo seguiria para llevar mas adelante el conocimiento de tu ley y santo nombre.

Estaba Ocba en Sûs y le avisaron que los berberíes de Africa se habian rebelado: dió órden á su hueste, y tornó con mucha diligencia hácia Africa: el caudillo de los berberíes Aben Cahina, que poco antes huia á los desiertos de las tropas muslimes, siguió la marcha de la hueste de Ocba, y mataba á los muslimes que se rezagaban ó salian de sus compañías. Como á su llegada á Cairvan hallase sosegada y allanada la rebelion, dividió Ocba su ejército y lo repartió en las comarcas para mayor comodidad de los pueblos y de su jente. Con un campo volante de caballería corrió Ocba la tierra de Zâb y ocupó un lugar llamado Téhuda: allí fue acometido de innumerable muchedumbre de berberíes y cristianos. Dispuso y ordenó su jente en batalla, hizo sus oraciones y exhortó á sus muslimes á la pelea: mandó quitar las prisiones á Muhejir, que luego vino á su presencia, y le dijo Ocba: Hoy, amigo, es dia de libertad, de martirio y de ganancia, la mas preciosa para los muslimes; no quiero que pierdas tan buena ocasion: Así es la verdad, respondió Muhejir, y te doy gracias porque me concedes esta oportunidad, que cierto deseo la misma ventura. Mandóle Ocba dar un buen caballo y armas; y luego cada uno de ellos rompió la vaina de su espada, y todos los caballeros muslimes hicieron lo mismo. Trabóse entre ambas huestes atroz pelea, y fue horrible la matanza: casi todos los muslimes murieron allí como buenos, que rodeados de la multitud de los enemigos, muy pocos escaparon. Quedaron prisioneros Muhamad ben Aus, el Ansari, y Iezid ben Chalaf y pocos caballeros mas, que rescató de los enemigos Aben Mesad, señor de Cafisa, y los envió á Zohair ben Cais, el Balui, que le habia dejado Ocba ben Nafe en el gobierno de Cairvan cuando su salida á la conquista de Sûs, y á Omar ben Aly, el Coreisi, caudillos ambos de valor y de mucha

autoridad. Fue esta sangrienta batalla de Téhuda en el año 63. 682

El berberí Aben Cahina, muy ufano y envanecido de esta victoria, vino con sus huestes hácia Cairvan: salieron contra él los caudillos Zohair y Omar. Traia el berberí mas de treinta mil hombres; pero con el favor de Dios vencieron los muslimes, y huyó Aben Cahina y los suyos en desórden, perseguidos de siete mil caballos, que era toda la jente de Zohair. Esta victoria animó á los muslimes, y acreditó mucho mas á este noble caudillo: le escribió Abdelaziz ben Meruan, que era walí de Ejipto, dándole gracias á él y á todo el ejército por su constancia y valor, y á nombre del califa le encargó el mando de la conquista y sosegar las inquietudes y revueltas de los berberíes. Entre tanto Zohair allegó la jente que estaba en Atrobolos, y con esta y la que llegaba de Ejipto salió de Barca, donde se habian reunido, y se puso en marcha. Cuando llegaron estas tropas á Cunia, les salió al encuentro una hueste innumerable que parecia una inundacion. Tuvo Zohair consejo con los caudillos y principales caballeros, y dijo á las tropas: O compañías de muslimes, ya vuestros amigos se os han adelantado, y gozan las delicias del paraiso; ya otra vez el Señor á quien adoramos os franquea las puertas de la bienaventuranza, así que no temais el inmenso jentío de estos bárbaros, que hoy peleando como valientes, ó tendremos la apetecida victoria, ó el paraiso y su triunfal corona. Se opuso á la resolucion de entrar en batalla Abu Sajea, y gran parte de la caballería ejipcia siguió á este caudillo, y no quisieron arriesgarse, y en el momento que Zohair y sus valientes acometian á los enemigos, esta caballería se retiró del campo con precipitada marcha. Los árabes honrados de Zohair pelearon con maravilloso valor, pero fueron vencidos de los innumerables enemigos, y la hueste de los muslimes se dispersó por diferentes partes, y Zohair con algu-

nos pocos tornó á Barca, año 64, y mantuvo con mucha constancia aquella frontera. Con esta victoria los berberíes ocuparon aquella comarca de Cairvan, y se apoderaron tambien de la ciudad.

Con noticia de este desman vino á Africa Abdelmelic ben Meruan; encontró en Barca á Zohair ben Cais, y juntas las tropas de ambos, hicieron cruda guerra á los berberíes, y recuperaron la ciudad de Cairvan, y allanaron aquellas jentes. Continuó gobernando la provincia de Barca el walí Zohair, y fue muerto en una celada por los cristianos con muchos de los suyos. Hasan ben Naaman, el Gasani, era walí de Ejipto cuando la muerte de Zohair; y le mandó Abdelmelic que siguiese la conquista de África: para esta empresa allegó la jente de aquella frontera, y reunió cuarenta mil hombres de muy escojida jente. Con esta hueste se dirijió contra la ciudad de Cartajena la antigua, que era la principal de África, y la cercó y apuró tanto, que al cabo de largo sitio la entró por fuerza, destruyó sus muros, mató en ella muchos cristianos y griegos que la defendian: muchos de sus habitantes se pasaron á Sicilia y á España, perdiendo sus bienes. En este tiempo vino con gran poder contra él la reina de los berberíes, que se llamaba Cahina, que en aquellas partes era muy poderosa: mantuvo la guerra con varia fortuna por algunos años; pero al fin en una sangrienta batalla la vencieron los muslimes y la hicieron prisionera con los principales de su corte: las tropas que la cautivaron la dejaron con vida por ser mujer y reina, y la llevaron á presencia del caudillo Hasan; propuso á Cahina las condiciones que aseguraban la quietud de la tierra, la obediencia y tributos á los califas, y la exhortó á que siguiese la verdadera creencia; se negó á toda propuesta, y la mandó descabezar, y así se hizo, y puso la cabeza canforada en una preciosa caja, y la envió á Abdelmelic ben Meruan con las nuevas de esta insigne victoria y muy ricos presentes.

Poco tiempo despues, escitado de la fama de las grandes riquezas que los muslimes hallaban en las ciudades de Africa, quiso venir á ella el hermano de Abdelmelic, y este condescendió á su deseo, y lo envió al gobierno de Barca en lugar de Hasan ben Naaman, á quien depuso del mando de aquella provincia. Entró en África Abdelaziz ben Meruan, y luego que llegó á Barca despojó al walí Hasan de cuanto tenia, y lo tomó para sí: Hasan no mucho despues adoleció, y de puro pesar y despecho murió.

CAPÍTULO VI.

CONQUISTAS DE MUZA EN ALMAGREB Ó MAURITANIA.

Por órden del walí Abdelazis ben Meruan corria las tierras de Almagrêb el caudillo Muza ben Noseir, y se
distinguió mucho su valor y prudencia el año 78 de 697
la Hejira, y adelantó las conquistas á las rejiones
de poniente y hasta los desiertos del mediodia: envió á Abdelaziz ben Meruan muy preciosos despojos, y esclavos y esclavas de mucha hermosura, y muy escojidos caballos, sabiendo su condicion avara. Logró persuadir á los berberíes que eran aulad-arabí, ó hijos de los árabes; y tratándoles con blandura, de su propia voluntad pidieron que les diese lugar en sus tropas, y reunió de los mas valientes doce mil del pais de Gadam y Zâb. Muy complacido de esto, escribió Abdelaziz ben Meruan al califa celebrando el valor y la prudencia del caudillo Muza ben Noseir, y refiriendo sus grandes servicios.

Venido el año 83 de la Hejira, bien informado el 702
califa de las escelentes prendas del caudillo Muza ben Noseir, le dió el mando de las tropas muslimes de África y el encargo de la conquista de Almagrêb, y le nombró amir de África: este ínclito capitan fue aquel héroe que entrando en España abrió tan glorioso campo á las victo-

riosas armas de los árabes. Para mantener en obediencia los pueblos subyugados, y adelantar sus empresas, allegó numerosas tropas, así de Siria y Ejipto, como de Barca y de Cartajena la antigua, y del pais de los berberíes. Con estas huestes allanó las tribus rebeladas, venció y apaciguó las belicosas jentes que moraban en Dara, Sahra y Tefilet. Para evitar que estas tribus fuesen incitadas á la rebelion y ayudadas de las de Sùs y otras de los desiertos, envió á su hijo Abdelaziz con diez mil caballos á correr la tierra y mantener frontera contra aquellos pueblos. Era Abdelaziz, aunque muy jóven y en la flor de su edad, muy apacible y de harta prudencia en sus pocos años, y así logró, ya con suavidad y persuasion, ya con propio valor, domar aquellas tribus bárbaras y guerreras.

CAPÍTULO VII.

IMPERIO DEL CALIFA WALID BEN ABDELMELIC.

705 El año 86 murió el califa Abdelmelic, y le sucedió en el imperio su hijo Walid ben Abdelmelic, que confirmó á Muza ben Noseir en el mando de las tropas de África y gobierno de ella. Apellidábase el califa Walid Abulabâs, la madre que le parió se llamaba Abbasia, hija de Alabâs: el tiempo de este califa fue de los mas venturosos para los muslimes por las muchas conquistas que hicieron en Grecia y Mawaralnahar: su hermano Muslema, y su sobrino Coteiba, hijo de Muslema, hicieron muy felices espediciones en Sogda, Fergana, Bochara y Pagras contra los turcos: Coteiba entró en Samarcanda y quemó los ídolos que estaban adornados de clavos de oro; hizo paz con ellos y se allanaron á las condiciones del tributo de mil millares de doblas al año. Por otra parte Muhamad el Tsakifi entró en la India y Sindia, y venció al Rey Da
705 haro; y los muslimès le cortaron la cabeza. En el año 86

mandó Walid edificar la grande aljama de Damasco, y siendo necesario el espacio que ocupaba una iglesia que tenian los cristianos, les mandó pagar por ella cierta suma de dinero, y como ellos no quisiesen venderla, la mandó derribar de propia autoridad sin darles nada: trabajaban en la obra doce mil pedreros; pero no se acabó este edificio en su tiempo, sino en el de su hermano Suleiman. Envió por gobernador de Ejipto á su hermano Abdala, que impuso tributo á los monjes de un dinar (1) al año, y este fue el primer tributo que pagaron los monjes.

Con igual ventura hacian la guerra Muza ben Noseir y su hijo Abdelaziz en tierras de Almagrèb, rompiendo las taifas innumerables de los berberíes á caballo, que intentaban echarlos de su pais, sujetaron las principales alcabilas de ellos; y despues de larga y obstinada guerra con los de la tribu Zeneta, se avinieron con ellos, y se pacificaron, y tomó Muza rehenes de las tribus moras de Mazmuda, Zanhaga, Ketama y Hoara, que eran las mas antiguas y mas numerosas de la tierra. Así él como su hijo Abdelaziz trataban bien y con blandura á los sometidos, y los defendian de las incursiones y algaras de los rebeldes. De esta manera ganaron los ánimos de aquellas jentes bárbaras. Envió Muza á su hijo Meruan á tierra de Tanja (2) para mantener allí frontera, y puso un fuerte presidio en ella de diez mil hombres, todos árabes y ejipcios, mandados por el caudillo Taric ben Zeyad el Nefeci, que era de su mayor confianza; y este corria toda la tierra de algarbe hasta las fuentes del rio Moluya y los montes de Aldaren. Cuidaba con ardiente celo el walí Muza de instruir á las tribus berberíes en la ley alcoránica, que abrazaban sin repugnancia, que así lo queria

(1) Dinar, así llaman la moneda de oro: cada dinar es de valor de veinte dirhames ó monedas de plata.

(2) Tanja, la antigua Tinjis, que llamamos Tanjer.

Dios, porque saliesen de su ignorancia y barbarie; y tambien fue bien recibida de muchos cristianos infieles, que moraban en Azile, Tetewan y Tanja; pero otros muchos se pasaron á España perdiendo sus bienes, segun las avenencias concertadas en la entrada de sus ciudades. En pocos años toda aquella tierra de Almagrêb quedó sujeta y tributaria, sin deseo ni esperanza de otra mejor suerte.

Despues de la muerte de Abdala puso el califa Walid por gobernador de Ejipto á Corraho ben Xaric, que fue cruel y avaro; pero duró poco tiempo su tiránico gobierno, y respiraron los pueblos que con inhumanidad oprimia y desesperaba; al contrario, en Africa los pueblos bendecian el gobierno y la justicia de Muza ben Noseir y de sus hijos, que mandaban en dilatadas provincias. Las tribus berberíes por la mayor parte habian abrazado el islam, y siendo naturalmente belicosas é inquietas, seguian voluntarias la vida de los árabes, y no querian otra ocupacion que la de la guerra. Los moradores pacíficos de las ciudades y de las aldeas, y los del campo, contribuian con sus frutos y ganados, y daban á las huestes muy hermosos caballos, que volaban como águilas en aquellos dilatados desiertos.

CAPÍTULO VIII.

PROPUESTA É INTENTOS DE PASAR Á ESPAÑA.

En este tiempo algunos cristianos de Jezira Alandalus, que es la península de España, ofendidos (1) de su rey

(1) Debió de ser esta ofensa la de los amores del rey don Rodrigo con la Cava, hija del conde don Julian, como se refiere en la crónica jeneral que mandó escribir el rey don Alonso el Sabio. Los nombres de la Cava, de su doncella Alifa, y toda la serie de este cuento descubre que fue ficcion morisca, fundada en las hablillas y canciones vulgares que corrian entre moros y cristianos.

Ruderic, que era señor de toda España desde la Galia Narbonense hasta dentro de la Mauritania ó tierra de Tanja, vinieron á Muza ben Noseir, y le incitaron á pasar con tropas á España, apartada de Africa por un estrecho de mar llamado Alzacâc, ó de las Angosturas; representábanle aquella empresa como fácil y segura, y ofrecieron que le ayudarian en ella con todas sus fuerzas: tanto puede el deseo inconsiderado de venganza. Era Muza emprendedor ambicioso; pero tan prudente como amante de gloria, no despreció la propuesta, y disimuló con ellos algun tiempo sus intenciones; informóse con secreto del estado de España, de su jente y calidad de la tierra, de las divisiones de su gobierno, del poder del rey, y de los bandos y desavenencias que á la sazon habia entre sus señores. Se cuenta que un principal cristiano de Tanja le refirió con mucha verdad cuanto convenia saber de la condicion y estado de los pueblos, del mal gobierno del rey Ruderic, de su falta de justicia, y como por esta causa era muy poco amado de sus jentes, que todos le tenian por un injusto usurpador del reino de los godos.

Escitaban el ánimo de Muza para emprender esta conquista las apacibles descripciones que hacian de España los moradores de Tanja y otros africanos: hablaban de su delicioso temperamento, de su claro y sereno cielo, de sus muchas riquezas, de la calidad y virtud maravillosa de sus plantas y frutos, de la sucesiva bondad del tiempo en todas las estaciones, sus oportunas lluvias, sus rios y copiosas fuentes, los magníficos restos de sus antiguos monumentos, sus vastas provincias y muchas y ricas ciudades. En suma, que las amenidades de España no las puede igualar ni espresar el mas elegante discurso, ni en la carrera de sus escelencias hay quien se la adelante, que en esta competencia aventaja á todas las rejiones de Oriente y Occidente: que España es Siria en bondad de cielo y tierra, Yemen ó feliz Arabia en su

temperamento, India en sus aromas y flores, Hejiaz en us frutos y producciones, Catay ó China en sus preciosas y abundantes minas, Adena en las utilidades de sus costas: que en ella hay ciudades y magníficos monumentos de sus antiguos reyes y de los jonios, que fueron siempre pueblo sabio, y que todavía se conservan restos de ellos en España, como de Hércules el grande en la estatua de Jezira Cadis, y el ídolo de Galicia[1], y las grandes ruinas de Mérida y Tarracona, que no se ha visto cosa semejante.

Persuadido Muza, y resuelto con la esperanza de tan rica y gloriosa conquista, escribió al califa y le propuso la importancia de esta empresa; decíale como con ayuda de Dios habia hecho tributarios á los zenetes y otras tribus berberíes, de Zâb y Derâr, Sahra, Mazmuda, y Sûs; que los vencedores muslimes tremolaban las banderas del islam en las torres de Tanja, que de esta ciudad hasta la opuesta costa de Andalucía no hay mas que un estrecho de mar de doce millas, que con su licencia y mandamiento haria pasar en España los conquistadores de Africa, para llevar á ella el conocimiento de Dios y la ley alcoránica. El califa aplaudió este intento, fundado así en las tradiciones que habia del enviado de Dios, que prometia la estension de la ley en el último occidente, y la conquista de las últimas rejiones, como en la confianza de su constante fortuna.

CAPÍTULO IX.

ENTRADA DE TARIC EN ESPAÑA.

Habida licencia del califa, ordenó Muza ben Noseir, que el caudillo Taric ben Zeyad con escojida caballería desembarcase en la opuesta costa de Andalucía, para reconocer la tierra y asegurarse de lo que habia infor—

mado el señor de Tanja. Con ayuda y consejo de este, pasó Taric con quinientos caballeros árabes en cuatro barcos grandes de Tanja á Sebta, y de esta á Andalucía, y el paso fue muy venturoso (1): entraron en su compañía con otros nobles caudillos Abdelmelic el Moaferi de Wasit, que se estableció despues en Jezira Alhadrâ, y Almondar ben Mêasemai de Hemesa, y Zaide ben Kesid el Sekseki. Corrieron estos valientes muslimes aquella tierra de las marismas de Andalucía, tomaron algunos ganados y jente sin que nadie se les opusiese. Con esta presa y feliz suceso tornó Taric á Tanja con sus caballeros, y fueron recibidos con jeneral contento: fue esto en la luna de ramazan, año 91.

Consideró Muza esta entrada como feliz presajio de la prosperidad de sus armas en España, y con la mayor dilijencia y presteza, aderezadas las barcas para pasar un buen ejército, encargó su mando al caudillo Taric ben Zeyad, dejando en su lugar en el presidio de Tanja á su propio hijo Meruan ben Muza. Todos los árabes querian pasar á la espedicion, y todo dispuesto, atravesaron venturosamente el estrecho, y desembarcaron en Jezira Alhadrâ, la isla Verde, que con su situacion favoreció el desembarco. Opusieron los cristianos alguna resistencia por impedir el que desembarcaran; pero fueron vencidos y se retiraron atemorizados. Fortificóse Taric con su jente en el monte de la punta de Jezira Alhadrâ, que desde entonces en honor suyo y para perpetua memoria se llamó Jebal Taric ó monte de Taric, y tambien monte de la Victoria ó Entrada, por la que felizmente se abrió por allí á la conquista de España: fue

(1) Esta primera entrada ó reconocimiento que hizo Taric en España fue en el mes de julio del año 710: el Edobi, maltratado en esta parte de su historia, no menciona sino la entrada del año 92, y á este copiaron los mas de los historiadores árabes.

esto el dia jueves, 5 de la luna de rejeb del año 92; y 711 cuenta Xerif Edris, que Taric quemó sus navíos para quitar á sus tropas toda esperanza de fuga: defendian aquel monte y paso mil y setecientos cristianos mandados por el caudillo Tadmir, que era de los principales caballeros del rey Ruderic, y con esta jente hubo algunas escaramuzas en los tres primeros dias; pero vencidos y puestos en fuga, no osaron ya presentarse contra los muslimes.

Cuentan que Tadmir escribió entonces á su rey Ruderic para que le socorriese, diciéndole: «Señor, aquí han llegado jentes enemigas de la parte de África, yo no sé si del cielo ó de la tierra: yo me hallé acometido de ellos de improviso: resistí con todas mis fuerzas para defender la entrada; pero me fue forzoso ceder á la muchedumbre y al ímpetu suyo: ahora á mi pesar acampan en nuestra tierra: ruégoos, señor, pues tanto os cumple, que vengais á socorrernos con la mayor dilijencia y con cuanta jente se pueda allegar: venid vos, señor, en persona, que será lo mejor.» Llenó de espanto á Ruderic esta inesperada nueva, y mandó llamar sus jentes de consejo y de guerra, y envió delante de sí la flor de la caballería de los godos: partió esta hueste con mucha presteza, y se reunió á la que mandaba el caudillo Tadmir, y se adelantaron contra los muslimes, y hubo entre ambas huestes algunas sangrientas escaramuzas; pero siempre con notable pérdida y grave daño de los godos. Mandaba la caballería delantera de los muslimes Mugueiz el Rumi, insigne caudillo que se habia distinguido en las peleas y conquista de África. En tanto Ruderic allegaba sus jentes de todas las provincias, y venia con todo su poder contra los muslimes: Taric corria la tierra de Aljezira y Sidonia, y hasta riberas del Guadiana, difundiendo terror y espanto en aquellos pueblos, que ni tiempo ni ánimo tenian para la defensa. Por todas partes vaga-

ban tropas de caballería que atemorizaban los pueblos, talaban y quemaban los campos.

CAPÍTULO X.

DE LA BATALLA DE GUADALETE.

Llegó Ruderic á los campos de Sidonia, con un ejército de noventa mil hombres con toda la nobleza de su reino. No intimidó á Taric esta numerosa hueste, que parecia un mar ajitado; pues aunque sus muslimes eran muy inferiores en el número, tenian gran ventaja en las armas, destreza y valor. Venian los cristianos armados de lorigas y de perpuntes en la primera y postrera jente, y los otros sin estas defensas, pero armados de lanzas, escudos y espadas, y la otra jente lijera con arcos, saetas, hondas y otras armas, segun su costumbre, hachas y mazas y guadañas cortantes. Los caudillos árabes reunieron sus banderas, y se congregaron las tropas de caballería que corrian la tierra. Juntos los muslimes, ordenó Taric sus escuadrones, los preparó y llenó de confianza para dar batalla á los cristianos. Avistáronse ambas enemigas huestes en los campos que riega el Guadalede, un dia domingo, dos dias por andar de la luna del ramazan. Temblaba debajo de sus pies la tierra y se estremecia, y resonaba el aire con el estruendo de los atambores y añafiles, y con el sonido de guerreras trompas, y con el espantoso alarido de ambas huestes. Acometiéronse con igual ánimo y saña, aunque muy desiguales en número, pues habia cuatro cristianos para cada muslim. Principió la batalla al rayar el dia, y se mantuvo con igual constancia por ambas partes, y sin ventaja alguna duró la matanza hasta que la venida de la noche puso treguas á los sangrientos horrores. Pasaron ambas huestes sobre el campo de batalla, y esperaban con impaciencia el punto del alba para renovar la atroz pelea. Venido el dia,

con enemigo furor principió la batalla, y el horno del combate permaneció encendido desde la aurora hasta la noche.

Como al tercero dia de la sangrienta lid viese el caudillo Taric que los muslimes decaian de ánimo y cedian campo á los cristianos, se alzó sobre los estribos, y dando aliento á su caballo, les dijo: « Ó muslimes, vencedores de Almagrèb, ¿ á dónde vais? ¿á dónde vuestra torpe é inconsiderada fuga? El mar teneis á las espaldas, y los enemigos delante; no hay mas remedio que en vuestro valor y en la ayuda de Dios: haced, caballeros, como vereis que haré. » Y diciendo esto arremetió con su feroz caballo, y atropellando á derecha y á izquierda cuantos se le ponian delante, llegó á las banderas de los cristianos, y conociendo al rey Ruderic por sus insignias y caballo, le acometió y le pasó de una lanzada, y el triste Ruderic cayó muerto, que Dios le mató por su mano, y amparó á los muslimes: á ejemplo de su caudillo rompieron y desbarataron á los cristianos, que con la muerte de su rey y de otros de sus principales caudillos se desordenaron y huyeron llenos de terror. Los árabes siguieron el alcance con su caballería, y la espada muslímica se cebó en ellos por mucho espacio, y murieron tantos, que solo sabe cuantos Dios que los crió: acabóse la batalla y alcance de Guadalede dia 5 de la luna de xawal, y quedó aquella tierra cubierta de huesos por largo espacio de tiempo.

Tomó Taric la cabeza del rey Ruderic, y la envió á Muza, dándole parte de sus venturosos sucesos, así en el paso de Alzacâc, como en las victorias sucesivas; y largamente le refirió la sangrienta y peligrosa batalla de Guadalede, en que habia vencido todo el poder del rey de los godos y sus numerosas huestes, y le contaba como el rey entraba en la batalla los primeros dias en un carro bélico, adornado de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos, que llevaba su cabeza ceñida de una corona ó diadema de perlas, con una clámide de púrpura bordada de oro: que

en el tercero dia de la sangrienta pelea Dios habia dado á sus muslimes cumplida victoria, y él habia muerto por su mano al rey Ruderic, cuya cabeza le enviaba. Decíale asimismo los caballeros muslimes que mas se habian señalado en los dias de batalla, y cómo se habia seguido el alcance otros tres dias, sin que se alzase la espada de los muslimes de sobre ellos.

El caudillo que llevó estas nuevas al walí Muza ben Noseir, le dió las cartas de Taric, y de palabra le refirió el suceso del paso del estrecho para llegar á tierra de España, como habian desembarcado en Jezira Alhadrâ, y á pesar de los cristianos se habian apoderado del monte grande de Jebal Alfeth, que ya llamaban Jebal Taric del nombre del ínclito caudillo que habia derrotado la jente que defendia el paso y monte, en quien esperaban los cristianos: que allí era su caudillo Tadmir, que habia pedido socorro al rey de los cristianos Ruderic, informándole de las jentes que habian llegado á sus tierras, que el rey habia venido en su ayuda con noventa mil cristianos: que Taric habia salido contra ellos, y que en la delantera de la caballería estaba el caudillo Mugueiz el Rumi, siervo de Walid: que la batalla fue mantenida por ambas huestes tres dias: que el tercero vió Taric á cuantos hombres estaban con él, que ya les faltaba esfuerzo, y que les habló á caballo, y los alentó á pelear con valor, y les exhortó á morir peleando como buenos muslimes y ofreciendo á todos grandes premios; y que entonces les dijo: «¿Dónde pensais tener asilo? el bravo mar detrás de vosotros, los fatigados enemigos delante: no hay para nosotros mas remedio que valor: haced como haré yo; gualá (1) que acometeré á su rey, y si no le quito la vida, yo moriré á sus manos.» Que se afirmó en su caballo, y

(1) Gualá, es como decir por Dios: se usa para afirmar, negar o encarecer alguna cosa.

rompiendo los enemigos, como conocia el caballo y las insignias del rey Ruderic, hizo como decia, y Dios mató á Ruderic por su mano, y despues hicieron cruel matanza en los enemigos, y de los muslimes no murieron muchos, que los cristianos huyeron en desórden, y los siguieron tres dias: que Taric mandó cortar la cabeza de Ruderic, y que se la enviaba. Muza oyó estas nuevas con mucho placer, y dijo que enviaria al califa Walid la cabeza del triste rey, que tal desgracia aviene á los reyes que toman lugar señalado en las peleas.

CAPÍTULO XI.

DE LA ENTRADA DE MUZA EN ESPAÑA Y CONQUISTAS DE TARIC EN ANDALUCÍA.

Envidioso Muza de las glorias del caudillo Taric, no celebró en su ánimo estos venturosos sucesos como debiera, y luego escribió á Taric que no pasase mas adelante, que le esperase en el lugar que le llegara su órden, para continuar con mas fuerzas y seguridad tan importante empresa: al mismo tiempo envió sus cartas al califa Walid, dándole cuenta de las victorias alcanzadas en España, diciéndole que las batallas habian sido terribles como el dia del juicio, y envió tambien canforada la cabeza del rey Ruderic: atribuíase Muza en sus cartas toda la felicidad de esta venturosa espedicion. Luego sin tardanza ordenó las cosas de Africa: allegó tropas, dicen que diez mil caballos y ocho mil peones entre árabes y africanos: puso en su lugar para el gobierno de África en Cairvan á su hijo Abdelaziz (1), y en la luna de rejeb del año 93

(1) Dice Alabar que dejó en Africa á su hijo mayor Abdala: Edobi dice que Abdelaziz, y al otro llama Abdelola: el Ifriki dice que tardó Muza cuatro meses en venir á España.

pasó el estrecho del mar, y saltó en España acompañado de sus hijos Abdelola y Meruan, de quien tomó despues nombre el palacio que está al poniente de Córdoba sobre su rio.

Asimismo entraron con Muza en España muchos caballeros de la tribu Coraix y otros árabes muy principales, como Almonazir, Aly ben Rebie Lahmi, Hayut ben Reja Temami, Hanâs ben Abdala Asenani, que despues fundó la grande aljama de Saracusta.

Entre tanto que este ejército acàmpaba en las marismas de Andalucía hácia el Guadiana, Taric con sus vencedores muslimes corria toda la tierra, llenando de espanto á sus moradores; y lo que no esperaba, le vinieron las cartas de Muza que le ordenaban no pasar adelante hasta que el walí se juntase con él. Hubo luego su consejo con los principales caudillos, y todos manifestaron disgusto de tan importuno mandamiento; ¿cómo era posible detenerse en tan favorable ocasion? Entendió bien Taric de dónde procedia aquella resolucion, y sin manifestar que penetraba la envidia declarada de Muza, dijo á los caudillos, que viesen lo que les parecia conveniente hacer en tan importante ocasion. A todos pareció que no era bien perder tiempo tan precioso: entre otros habló Julian el cristiano, y aconsejó á Taric diciéndole: «Puesto que ya venciste el grande ejército de los godos, y los principales señores cristianos que asistieron con su rey en la batalla de Guadalede se han esparcido, no debes perder este tiempo en que todavía llevan en sus corazones el terror de tus armas: persíguelos ahora sin darles espacio ni lugar; porque si se recobran, fácil cosa es que se rehagan y alleguen nuevas jentes, y se concierten y animen las atemorizadas tropas, así que sin tardanza debes penetrar á las provincias y ocupar las principales ciudades, que en siendo dueño de ellas, y en especial de la capital, ya nada hay que temer.»

A todos parecieron bien estas razones, y las esforzaron tanto, que Taric, que no deseaba otra cosa, ordenó luego las haces y distribuyó las banderas, y mandó pasar alarde su hueste, y alabando su valor por lo pasado, y exhortándolos á nuevas victorias, ordenó que las tropas se abstuviesen de ofender á los pueblos pacíficos y desarmados: que solo persiguiesen á los que tuviesen armas, favoreciesen y tomasen parte en la guerra y obstinada defensa del pais: que no robasen ni apañasen despojos, sino en campo de batalla, ó en entrada por fuerza en las ciudades enemigas.

Dividiò Taric el ejército en tres cuerpos: el primero confió á Mugueiz el Rumi, y lo envió á Córdoba: el segundo encargó á Zayde ben Kesadi el Sekseki para que caminase á tierra de Málaga; y el tercero, acaudillado por él mismo, partió á lo interior del reino por tierra de Jayen á Tolaitola (1), que era la capital de los reyes de España: antes que á ella llegase se le juntó la hueste de Kesadi, que solo halló alguna resistencia delante de Estija; pero las tropas muslímicas vencieron á los cristianos á vista de su ciudad, y los moradores atemorizados se allanaron á pagar tributo, y tomadas rehenes de los principales de ella, continuó el ejército su marcha hasta juntarse con el de Taric, como estaba concertado. Siguieron el ejemplo de Estija las ciudades de Málaga y de Elvira. Mugueiz el Rumi acampó delante de la ciudad de Córdoba, muy principal y antigua; envió á decir á los moradores que se rindiesen á las condiciones y seguridades que ofrecia el islam, que sujetos al tributo estaban seguros en sus personas y en sus posesiones: que el tributo era

(1) Tolaitola, así desfiguraron los árabes el nombre de Toledo, depravacion de *urbs Toletana,* que oirian á los cristianos: así como de *Astigi* hicieron Estija, por Ecija; y de *Cæsarugusta* Saracusta, por Zaragoza; y de *Spali* Esbilia, por Sevilla.

leve, y el furor y la saña de las tropas vencedoras seria terrible: que no se obstinasen en su resistencia con vanas esperanzas: que hiciesen como otras muchas ciudades que se habian entregado á la jenerosidad de los árabes, redimiendo á poca costa el derramamiento de su sangre: que no esperasen socorro de ninguna parte, que ya todo estaba en manos del vencedor. No quisieron dar crédito á estas propuestas, engañados de algunas tropas, restos de la batalla de Guadalede, que se habian refujiado á esta ciudad y confiaban poder defenderla. ¿Pero de qué les servian sus muros ni el valor de sus tropas, si la fortuna estaba declarada contra ellos? Informado Mugueiz de la poca jente que defendia la ciudad, y de que la muralla tenia fácil entrada por la parte del rio, aprovechando la oscuridad de una lluviosa noche, pasó á nado el rio con mil caballos que llevaban á la grupa mil peones; y con el posible silencio y dilijencia se apoderaron de aquella parte de la muralla, y degollando las guardias de aquellas puertas, abrieron á los mil caballeros, y se facilitó la entrada á gran parte del ejército, que ocupó la ciudad antes de venir el dia: el gobernador con cuatrocientos hombres se acojió á un templo, y se fortificaron en él: los vecinos imploraron la clemencia del caudillo Mugueiz, y se pusieron bajo la fe y amparo de los árabes. Mandó Mugueiz combatir el templo, y los cristianos se defendieron con obstinado valor hasta que todos perecieron peleando. La ciudad se allanó á la condicion del tributo de sangre, y tomó rehenes á su contento; y dejando sosegada la ciudad, y encargado el gobierno de ella á los mas principales, partió de ella con su ejército á correr los pueblos de la comarca, para mantener en ellos el terror de la invasion y de la victoria. Así los enemigos estaban maravillados del valor y lijereza de las tropas árabes, que á un mismo tiempo estaban en diferentes y apartadas provincias.

CAPÍTULO XII.

DE LA CONQUISTA DE TOLEDO Y DE SUS COMARCAS.

Llegó Taric á la ciudad Tolaitola, capital de España, ciudad antigua y fuerte, rodeada del rio Tajo, habiéndole precedido la fama de sus rápidas y continuadas victorias y el espanto de las tristes reliquias del derrotado ejército de su rey Ruderic: el temor de los vencidos en Guadalede ponderaba el valor de las tropas árabes, y acrecentaba sobre la verdad su número y el valor y lijereza de su caballería. Los principales señores que habian seguido á su rey en la guerra habian muerto en la batalla, ó andaban errantes y fujitivos: los que habian quedado en la ciudad, con la nueva de la desgracia del ejército y de la direccion de los muslimes, habian huido con sus familias; de suerte que la ciudad tenia muy poca jente de guerra ni de importancia. Aunque la fortaleza del sitio de la ciudad, que es un alto y escarpado monte ceñido de un rio grande, les podia dar confianza y proporcion para defenderse, faltos de ánimo, de intelijencia y práctica de cosas de guerra, á cabo de pocos dias, faltos de provisiones y de esperanza de ser socorridos, vinieron á tratar sus avenencias con Taric, que los recibió con bondad y firmeza. Concertaron su entrega con estas condiciones: que habian de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad: que se pudiesen retirar libres de la ciudad los que no quisiesen quedar en ella, perdiendo sus bienes: que los que permaneciesen en ella serian dueños pacífica é inviolablemente de sus casas y posesiones: todos sujetos á un moderado tributo gozarian el libre ejercicio de su relijion, el uso y conservacion de sus iglesias; pero que no edificarian otras sin licencia del gobierno: que no harian pro-

cesiones públicas: que se gobernarian por sus leyes y jueces; pero no impedirian ni castigarian al que se quisiese hacer muslim. Los de la ciudad entregaron armas y rehenes, y entraron algunas tropas y los caudillos árabes en la ciudad.

Ocupó Taric con su guardia el alcázar del rey, que estaba en una altura sobre el rio: la casa era grande y labrada á maravilla, y en ella halló Taric muchos tesoros y preciosidades. En una apartada estanza del alcázar real encontró veinte y cinco coronas de oro, guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas, pues era costumbre que despues de la muerte de cada rey que reinaba en España se colocaba allí su corona, y escribian en ella el nombre de su dueño, su edad, y los años que habia reinado; y veinte y cinco habian sido los reyes godos de España hasta el tiempo de esta conquista.

CAPÍTULO XIII.

DE LA CONQUISTA DE MÉRIDA, Y VENIDA DE ABDELAZIZ Á ESPAÑA.

Cuando el walí Muza desembarcó con su ejército en las costas de algarbe de Andalucía, luego supo que Taric habia continuado la conquista contra su mandamiento: pesóle de ello y se llenó de saña contra él, y propuso en su corazon perderle: se informó del camino que habia llevado, y halló entre los cristianos guias fieles que le enseñaron la tierra, y nunca le estraviaron ni fueron pérfidos. Cuando la Providencia te pone en la mano la cuerda de la felicidad, todas las criaturas concurren á hacerte feliz, tus mismos enemigos te ayudan; y si se ofrece alguna dificultad, la fortuna cuida de vencerla y de allanarte el paso. Determinó Muza seguir la conquis-

ta por todas partes donde Taric no hubiese estado, y en su comarca estuvo un mes: entregóse la ciudad por avenencia y con las condiciones del islam, tomó rehenes á su contento, y dejó en ella por gobernador al caudillo Isâ ben Abdila el Towail, de Medina, con alguna tropa por la importancia de la poblacion, y asistencia de los muslimes enfermos. Continuó su marcha y ocupó de paso la ciudad de Carmuna, que aunque fuerte por su sitio y antiguas murallas, se rindió á ejemplo de Esbilia y otras de Andalucía.

Llevaba Muza en su hueste diez y ocho mil caballos con poca jente de peones, que iba dejando en las ciudades, como para recíproca confianza y seguridad de los rehenes que tomaba en ellas, y por tantear el corazon de los naturales. No halló resistencia en ninguna parte; así, inflamado su ánimo y deseoso de nuevas conquistas, le pareció campo estrecho el de Andalucía, y pasó á la Lusitania, que es el algarbe de España. Se le entregaron al paso las ciudades de Libla, Ossonoba, Myrtilis, Beja y otras, y llegó sin dar batalla alguna á la grande ciudad de Mérida. Cuando vió Muza aquella magnífica ciudad dijo á sus caudillos: parece que todos los hombres han reunido su arte y poderío para engrandecer esta ciudad: venturoso el que logre rendirla. Envió á la ciudad su intimacion para que se sometiesen á las condiciones acostumbradas; pero los de la ciudad, confiados en sus altos y torreados muros, respondieron con altanería y salieron á impedir que los árabes pusiesen su campo; pero fueron rechazados, y se retiraron á su ciudad.

Viendo Muza que la ciudad era grande y fuerte á maravilla, para combatirla con acierto la rodeó por el contorno de sus muros, y conoció que seria forzoso detenerse en aquella empresa; y para seguir la conquista envió á llamar á su hijo Abdelaziz, para que viniese con mucha dilijencia con cuanta jente pudiese allegar, para lle-

var el terror á todas partes y asegurar la conquista. Entretanto cada dia daba un recio combate á la ciudad por diferentes partes, y los de ella salian con mucho valor á pelear con los muslimes; pero se les llevaba y retraia malparados á su muros, y desde ellos se defendian y hacian harto daño á los cercadores. Habia visto Muza que á cierta distancia de la ciudad estaba una honda cava cortada en peña, y en ella escondió de noche mucha jente de á pie y de á caballo. A la hora del alba, como tenia de costumbre, salió de su campo para combatir los muros, y asimismo los cristianos, que ya estaban acostumbrados á sus rebatos y alboradas, salieron á estorbar sus combates. Mandó Muza á los muslimes hacer una bien finjida retirada, de suerte que cargando la jente de los cercados se fueron arredrando los muslimes hácia su emboscada. Los cristianos, empeñados en la pelea y en seguir á los árabes con la ventaja que creian obra de su esfuerzo, llegaron peleando y maltratando á los muslimes mas adelante de la celada, que estaba al costado de la pelea: de súbito salió aquella jente, y acometió con grande ímpetu y vocería: los muslimes antes fujitivos hicieron frente á sus contrarios con denodado ánimo, y se trabó una recia pelea que duró muchas horas, hasta que los cristianos acabaron despedazados, que muy pocos escaparon de la muerte; pero vendieron muy caras sus vidas. En adelante los de la ciudad no osaron ya salir á pelear con los árabes. Como en un asalto hubiesen ocupado los muslimes una fuerte torre, los cristianos se esforzaron por echarlos de ella, y pelearon con tan bárbaro valor, que no escapó ninguno de los valientes muslimes que entraron en ella; y los árabes la hubieron de perder con gran matanza, y así llamaron despues á aquella torre Borg-Axuhuda, torre de los Mártires.

Llegó en este tiempo Abdelaziz ben Muza con siete mil caballos africanos, y gran ballestería de los berberíes: co-

mo los de la ciudad viesen que el campo de los árabes se acrecentaba con nuevas tropas, y que en la ciudad faltaba jente de guerra y escaseaban las provisiones, que esperanza de socorro no habia ninguna, que la jente menuda y la mayor parte del pueblo murmuraba y pedia que se tratase de avenencia. Los principales tuvieron su consejo, y acordaron enviar sus mensajeros á pedir paz al caudillo Muza. Fueron presentados en su pabellon, y le vieron con su larga y cana barba muy respetable. Hicieron su propuesta, y Muza les ofreció condiciones mas jenerosas que las que merecia su resistencia: mandóles venir otro dia á la misma hora: aquella tarde acordó Muza con los caudillos muslimes las condiciones que se debian dar á los de la ciudad: aleñó Muza aquella noche su barba y la enrojeció, y cuando venido el dia entraron en su presencia los enviados de Mérida, apenas creian que fuese el mismo, y se maravillaron mucho de su barba negra que tiraba á roja: propúsoles sus condiciones, y ellos tornando á la ciudad decian á sus jentes: ¿Por ventura pelearéis con hombres que rejuvenecen cuando quieren en su vejez? pues sus reyes así lo hacen, y nosotros los hemos visto mozos, despues que los habiamos visto canos viejos: así que salid y conceded cuanto os pidieren si quereis ser salvos. Fueron las condiciones convenidas entre ellos: entregar las armas y caballos, los bienes de los fujitivos de ellos á Galicia, los de los muertos en la celada, los de los que se retirasen de la ciudad, las alhajas y riquezas de los templos, los vecinos seguros en sus personas y en sus bienes, y entregar rehenes á contento de los muslimes. Entonces abrieron las puertas de la ciudad, y entró Muza en ella dia de alfitra (1), en principio de xawal del año 93, y maravillóse mucho de la grandeza de la ciudad y de sus magníficos edificios: tomó en rehenes

(1) Alfitra, pascua de la salida del ramazan.

la juventud mas principal de la ciudad con la reina goda, mujer del rey Ruderic, y otras jentes y mancebos de la primera nobleza que allí se habian acojido.

En tanto que esto pasaba en la Lusitania, Taric, despues que ocupó los alcázares y fortalezas de Tolaitola, y la aseguró, trató de correr aquella tierra, y perseguir algunas derramadas tropas que andaban en ella. Encontró ciertas compañías de ellas en una ciudad que estaba tras los montes, y la rindió con facilidad, que el temor peleaba por los muslimes, y no habia entre los cristianos caudillo que los reuniese ni animase, y por todas partes la jente de armas huia sin confiar en campo ni en poblado. Esta ciudad se llamó entonces la ciudad de Taric, del nombre del caudillo conquistador. Envió desde aquí parte de sus tropas á Tolaitola, y con el resto siguió sus marchas y llegó á Guadilhijiara, y pasó este rio, y tomó el monte, y lo atravesó por un valle que se llamó entonces Feg-Taric de su propio nombre. Ocupó una pequeña ciudad que estaba tras el monte; y como en ella se hallase una preciosa mesa guarnecida de verdes jacintos, se llamó Medina Almeida, ciudad de la mesa, que decian la mesa de Suleyman. Luego siguió su camino á Medina Maya: en esta encontró muchas alhajas, oro y piedras preciosas, y cargado de ricos despojos tornó á Tolaitola.

CAPÍTULO XIV.

DE LA VENIDA DE MUZA Á TOLEDO Y DE LAS DESAVENENCIAS DE AMBOS CAUDILLOS.

Cuando Muza ben Noseir estaba ocupado en el cerco y conquista de Mérida, la jente menuda del pueblo de Sevilla, con inconsiderada temeridad, acometieron á los muslimes que allí estaban bien descuidados, y mataron de

ellos como treinta hombres; que los demás lograron librarse de sus pérfidos enemigos, y llegaron al ejército de Muza por caminos estraviados. Sin tardanza ordenó el walí que su hijo Abdelaziz con un cuerpo de caballería muy numeroso partiese para Sevilla, y castigase con severidad á los culpados. La jente principal de la ciudad nó habia tenido culpa en aquella inútil temeridad, y cuando llegó la hueste de Abdelaziz querian salir á ofrecerse al caudillo, y escusarse de la alevosía; pero el pueblo mandaba, y cerró las puertas, y quiso defenderse á todo trance. Acometieron los muslimes con el ardiente deseo de venganza, y forzaron las puertas, y saciaron sus espadas sedientas de vidas, haciendo en el pueblo gran matanza: por desgracia suele ser comun el castigo de la culpa de algunos pocos. Pacificó Abdelaziz la ciudad, y avisó de ello á su padre, que le envió órden para que continuase la conquista á la parte meridional de España.

Dispuestas las cosas de la seguridad y quietud de Mérida, partió Muza con su ejército hácia Tolaitola, tomando al paso por avenencia algunas ciudades, persuadiendo á los pueblos que los árabes no venian á destruirlos, ni despojarlos, ni quemarles sus campos, é incendiarles sus poblaciones: que no hacian la guerra sino á los rebeldes y obstinados en su vana é inútil resistencia. Ofreciéronse á los árabes en esta marcha maravillosos puentes, obras de los antiguos jonios, que nunca habian visto edificios de igual magnificencia, pues no parecian obras de hombres, sino de jenios divinos: sobre todo, les complacia la elegancia y la comodidad de los puentes del Tajo y del Guadiana.

Cuando Muza llegó á Medina Talbera, el caudillo Taric, que sabia cuan ofendido estaba el walí de sus buenos sucesos, salió á recibirle sin temor ni desconfianza de quien ha faltado, ni con altanería y orgullo de vana presuncion: para templar su enojo, llevó consigo algunas joyas preciosas,

que le habian tocado en la distribucion de los despojos como á principal caudillo de la conquista. Fue Taric á recibirle, y todavía llegó á encontrarle en Talbera. Al presentarse á Muza le dijo este walí con mucha severidad: ¿porqué no obedeciste mis órdenes? y Taric le respondió con mucha sumision, que por mejor servir la causa del islam, y por creer que él mismo no podia desear cosa mas acertada; que por lo demás bien sabia que él era hechura suya, y muy servidor; y con esto le presentó aquellas alhajas, que eran su parte como principal caudillo de la conquista. Luego pasaron á Tolaitola juntos: las tropas acamparon fuera de la ciudad, entraron en ella Muza con Taric y otros caudillos, y subieron al alcázar. Allí, en presencia de todos, le dijo Muza, ¿que dónde estaba la preciosa mesa de Suleyman? y Taric se la dió falta de un pie, diciendo que así se habia encontrado: la tomó Muza, y le dijo: que su desobediencia en cosa tan grave, confiando mas en la fortuna de las armas muslímicas, que en la prudencia y buen consejo, y en la esperiencia de su walí, que á nombre del califa le privaba del mando de su ejército que le habia dado. Concluyó Muza dando gracias á los demás caudillos por su valor y zelo en los trabajos, y propagacion del islam. Todos callaron, y solo Taric dijo: señor, mi deseo fue servir á Dios y al califa: mi conciencia me absuelve, y espero que nuestro soberano hará lo mismo, á cuya justicia y amparo me àcojo.

Estas razones de Taric no aprovecharon para templar el ánimo llagado de envidia del walí, antes mas ensañado contra él, lo encarceló, y escribió al califa su desobediencia. Encargó á Mugueiz el mando que antes tenia Taric, y este mismo caudillo fue el único que le habló allí en favor de Taric, y le dijo: que las hazañas y servicios de Taric eran muy públicos y gloriosos, y no merecia, en su dictámen, reprension ni cárcel, sino las mas distinguidas honras; que viese lo que hacia, que Taric tenia muchos ami-

gos en el ejército. Muza no mudó de propósito, y no trataba menos que de hacerle morir.

CAPÍTULO XV.

DE LAS CONQUISTAS DE ABDELAZIZ EN TIERRA DE MURCIA.

En este tiempo Abdelaziz, despues de aseguradas las ciudades de Andalucía, pasó con su hueste á la parte de España meridional, donde hacia frontera contra los árabes el caudillo de los cristianos que se llama Tadmir, que era de las principales familias de los godos, y se llamaba rey de aquella tierra, que de su propio nombre se conocia por tierra de Tadmir. Era este príncipe muy esforzado, y se habia distinguido en varias ocasiones contra los muslimes, y en especial manifestò su ánimo y prudencia en la batalla de Guadalede, cuando desbaratados los cristianos reunió y retiró este Tadmir las reliquias de su jente, y las libró de las espadas de los vencedores. Cuando entendió Tadmir ben Gobdos, que Abdelaziz se encaminaba á sus tierras, salió á defender el paso con las tropas que pudo allegar; y aunque no osaba presentar su jente en campo raso ni venir á batalla con los árabes, temiendo con razon la ventaja de la caballería, con mucha intelijencia ocupaba los montes y los pasos difíciles, y acometia en los desfiladeros, y en donde con pocos y sueltos incomodaba y hacia grave daño á los escuadrones y tropas numerosas. De esta manera, peleando con varia fortuna, fue avezando á los suyos á pelear y contener el ímpetu de los árabes. Abdelaziz y su caudillo Habib procuraban todas las ocasiones de dar batalla; pero Tadmir, con mucha destreza y conocimiento de la tierra, las evitaba y salia por donde menos se pensaba. En fuerza de su constancia fueron internándose hasta los campos de Lorca, y aquí lograron dar á los cristianos una sangrienta batalla, en que los rom-

pieron y desbarataron: la caballería los siguió, alanceándolos con mucha ventaja. Huyeron los cristianos, y se acojieron á la ciudad de Auriola, única fortaleza en que pudieron ampararse. Viendo Tadmir la pérdida de su jente de pelea, para engañar á los muslimes, y que creyesen que habia muchas tropas en la ciudad, dispuso que las mujeres se disfrazasen y vistiesen como varones, y subiesen armadas á las torres y muros, con sus cabellos cruzados porque pareciesen barbas.

Este engaño salió bien á Tadmir, y los árabes pusieron cerco á la ciudad con todas las precauciones convenientes como suele hacerse delante de una numerosa guarnicion. Dispuso Abdelaziz sus jentes para combatir la ciudad, y entonces salió de ella un caballero enviado de Tadmir, que se acercó y pidió seguro, y le fue concedido. Presentóse á Abdelaziz, que le recibió muy bien, y este mensajero, á nombre de Tadmir y de la ciudad, pidió seguridad y paz, porque se allanaban á entregarse con buenas condiciones, conforme á la jenerosidad de los caudillos muslimes y á la nobleza del príncipe, que las pedia por bien de sus pueblos. Dijo este caballero que venia autorizado á concluir el concierto y avenencia que otorgase; y se escribió en esta forma. ***Escritura y convenio de paz de Abdelaziz ben Muza ben Noseir con Tadmir ben Gobdos, rey de tierra de Tadmir.*** «En el nombre de Dios clemente y misericordioso, Abdelaziz y Tadmir hacen este convenio de paz, que Dios confirme y proteja: que Tadmir haya el mando de sus jentes, y no otro de los cristianos de su reino: que no habrá entre ellos guerra, ni se les tomarán cautivos sus hijos ni mujeres: que no serán molestados sobre su religion, ni se les incendiarán sus iglesias, sin otros servicios ni obligaciones que las aquí convenidas: que esta avenencia se entienda tambien sobre siete ciudades Auriola, Valentila, Lecant, Mula, Bocsara, Ota y Lorca: que él no recibirá nuestros enemigos, ni nos faltará á la fidelidad, ni

ocultará trato hostil que entienda: que él y sus nobles pagarán el servicio de un dinar ó áureo cada año, y cuatro medidas de trigo, y cuatro de cebada, y cuatro de mosto, y cuatro de vinagre, y cuatro de miel, y cuatro de aceite; y los siervos ó pecheros la mitad de esto. Fue escrita en 4 de rejeb, año 94 de la Hejira. Testificaron sobre esto Otzman ben Abi Abda, Habib ben Abi Obeida, Edris ben Maicera y Abulcasim el Mezeli.»

Despues que firmaron el convenio, declaró el mensajero de los cristianos que él era el mismo Tadmir, y Abdelaziz fue muy contento, y se holgò de su franqueza y noble proceder, y le hizo mucha honra, y comieron juntos como si de luengo tiempo fuesen amigos. Tornò Tadmir á la ciudad aquella noche, y ordenò que al dia siguiente á la hora del alba se abriesen todas las puertas de la ciudad; y él con los principales de ella salieron, venida la mañana, á recibir á Abdelaziz, Habib y otros principales muslimes, que con escojida jente de á pie y de á caballo entraron en la ciudad. Maravilláronse mucho de ver en ella tan poca jente de armas, y preguntò Abdelaziz á Tadmir: ¿que has hecho de tus tropas las que coronaban los azuores ò muros de esta ciudad? y Tadmir le refiriò su estratajema, que pareciò muy bien á todos. El cristiano los obsequiò tres dias, y luego partiò Abdelaziz sin hacer daño ni correr la tierra. Pasò la hueste á las comarcas de las sierras de Segura, y entrò en Batza, y en Acxi, y en Jayen, y en Elvira, y en Garnata, que tenian los judíos, y en Anticaria, y entrò en Málaga y otras ciudades de la costa del mar, sin hallar resistencia en ninguna parte: le acompañaron en esta espedicion los caudillos Otzman ben Abi Obeida el Carsi, que fue siempre compañero de Muza ben Noseir, su padre, y así fue el primero que confirmò la escritura de paz y convenio con Tadmir ben Gobdos el cristiano, rey de la parte oriental de Andalucía: su propio nombre de este era Obeida: tambien le acompañò Abdala ben Maicera el Fahemi, que

asimismo era compañero de Muza ben Noseir, y confirmó la escritura de paz con Tadmir el cristiano, y Habib, su amigo, hijo de otro amigo de su padre Muza, que confirmó la paz, y Abulcasim el Mezeli y otros mas jóvenes.

En este tiempo llegaron á Muza órdenes del califa, mandándole restituir á Taric el mando de las tropas que tan gloriosamente habia conducido, diciéndole que no inutilizase una de las mejores espadas del islam. Aunque á su pesar, Muza obedeció, sin manifestar su disgusto, la órden del califa; le puso en libertad, y aquel dia comieron juntos, y le restituyó en público el mando de sus tropas: fue jeneral el aplauso y alegría de todos los muslimes, por la satisfaccion dada á tan digno caudillo. Dispuso Muza que luego sin dilacion partiese Taric con su hueste hácia España oriental, y él mismo dió sus órdenes para seguir con su jente la conquista. Mandó que todas las tropas fuesen muy descargadas y á la lijera, la caballería con su piel y saco de provision, y su hortera de cobre, y sus precisas armas, y la infantería sin mas embarazo que las armas. Las provisiones de cada taifa en acémilas bastantes, divididas por el número de banderas, y estos bagajes conducidos por pocos hombres; de suerte que no se inutilizasen brazos vigorosos para las armas, ni se empleasen aparatos que estorban los progresos de las rápidas marchas, ni jente y bestias sobradas, que solo sirven para consumir las provisiones y forrajes de la tierra. Ambos caudillos repitieron á sus tropas la prohibicion de robos y pillaje con pena de la vida, solo permitido despues de las batallas en el campo enemigo y en entradas por fuerza de ciudades, cuando les fuese dada licencia.

CAPÍTULO XVI.

CONQUISTAS DE TARIC EN LA ESPAÑA ORIENTAL, Y DE MUZA EN TIERRAS DEL NORTE DE ESPAÑA.

Siguió Taric al oriente buscando las fuentes del Tajo, atravesó las ásperas sierras de Arcabica, Molina y Segoncia, y descendió á las vegas y campos que riega el rio Ebro. Muza pasó tras las sierras á Sentica y Salmantica, que se entregaron sin resistencia, y allanó la tierra hasta Astorica, y volvió subiendo por las corrientes del rio Duero á la parte oriental de España; y descendiendo al rio Ebro llegó al cerco de Medina Saracusta, que tenia en mucho estrecho el ejército de Taric. Habia ya ocupado esta hueste todas las ciudades de la comarca; pero en esta ciudad se habia reunido mucha jente de toda España: el rigoroso cerco y los combates la tenian ya muy apurada, y cuando llegó Muza decayeron de todo punto de ánimo los cristianos, y luego salieron á proponer su entrega con buenas condiciones. Muza sabia que allí estaban depositadas muchas riquezas de todos los pueblos de España oriental; y sabiendo el triste estado en que se hallaban por falta de provisiones, les impuso sobre las condiciones ordinarias una muy grave exaccion, que debian pagar el dia de la entrada en la ciudad: esta era la contribucion de sangre, porque con ella se redimian de las violencias de la espada del vencedor. La necesidad los forzó á todo, y allegaron y recojieron todas las alhajas de los vecinos poderosos y de los templos, para cumplir la gran cuantía que pidió Muza ben Noseir: asimismo tomó rehenes á su contento de la juventud noble de esta ciudad: puso en ella un buen presidio con escojida jente, dando el gobierno á Hanâx ben Abdala Asenani, que poco despues edificó allí una mezquita magnífica y una principal aljama.

Continuó el ejército su espedicion, y entró sin resistencia en las ciudades de Wêsca, Turiazona, Calagurra, Ilerda,

Taracona, hasta los montes de Afranc: al mismo tiempo que Taric desde los montes descendió por el Ebro á Tortuxa, á Murbiter, á Valencia, Játiva y Denia, que todas se sujetaron á las condiciones del islam, quedando los moradores, bajo la fe y amparo de los muslimes, dueños pacíficos de sus bienes. El ejército de Muza ben Noseir puso en obediencia del islam las ciudades de Barciluna, Gerunda y Empuria, y otras de los montes orientales. Cuenta Novairi que ocupó Medina Narbona; y halló allí siete ídolos de plata á caballo, que estaban en un templo. Luego se tornó á España, y caminó al gufó norte de ella hácia Galicia por Asturica, y entró en Lujidania (1), y en todas partes sacó muchas riquezas, que no partia con nadie. Taric en su conquista seguia otra via y otra conducta: los despojos y contribuciones repartia con los muslimes, sacando el quinto que reservaba para el califa con mucha justicia; y no comunicaba á Muza sus empresas, sino escribia al califa, y censuraba la codicia y exaccion del walí, que era insaciable. Por su parte Muza vituperaba los procedimientos de Taric, y se quejaba al califa de cuanto perjudicaba á la union de los muslimes y al ejemplo de subordinacion y buena disciplina la conducta absoluta y la prodigalidad de Taric. De estas quejas infirió el califa Walid ben Abdelmelic que convenia poner aquella conquista en otras manos, y llamar á Siria á estos dos caudillos.

CAPÍTULO XVII.

DE LA PARTIDA DE MUZA Y TARIC DE ESPAÑA PARA DAMASCO.

Escribió el califa sus cartas á Muza y Taric ben Zeyad para que sin dilacion partiesen á Damasco, ordenando á

(1) Así depravaron el nombre de Lusitania, que fueron despues olvidando.

Muza que dejase en el gobierno de España y de Africa personas de confianza. Pesó mucho á Muza de esta determinacion: pero esperando todavía que lograria volver á esta conquista, se dispuso para la partida. Mandó que su hijo Abdelaziz quedase por amir ó gobernador de España durante su ausencia: encomendó las tropas de la frontera al caudillo Naaman ben Abdala, y con una buena compañía de caballos tornó por Toledo á Córdoba y Sevilla, recojiendo al paso los tesoros que tenia allegados: dejó en Sevilla á su hijo Abdelaziz; y para que le ayudase con su prudencia y valor dejó allí en su compañía á su sobrino Ayûb, hijo de su hermana, caudillo muy estimado de todos los muslimes: y á Isâ ben Abdala el Towail de Medina, su intendente de presas y despojos. Asi mismo ordenó Muza, que partiesen con él á Siria cuatrocientos varones de familias rejias godas que tenian en rehenes, que llevaban sobre sus cabezas diademas de oro, y cintos tambien de oro ceñidos. Partió el walí Muza ben Noseir de España con muchas riquezas que sacó de ella, y aportó en Africa con mucha felicidad. Era en este tiempo almirante del mar para las comunicaciones de España á Africa Muhamad ben Umên ben Thabita, y fue el que pasó las tropas de Taric y Muza para la conquista, segun cuenta de él Abu Said, autor de la Historia de Ejipto; y el año 102 todavía estaba sobre el mar de Túnez, segun Abdala ben Abdelhakem en su historia. Allí mandó que su hijo Abdelola quedase por gobernador de Tanja y de Almagrêb, y en Cairvan otro hijo suyo que se llamaba Meruan, y con las rique-
713 zas de estas rejiones de Occidente entró en Siria el año 95 de la Hejira.

El caudillo Taric, que habia recibido la misma órden del califa para pasar á Damasco, partió poco antes que Muza, y su hueste quedó encargada á Habib ben Abi Obeida para que hiciese la conquista de Galicia y Lusitania. Cuando Taric llegó á Damasco no estaba allí el califa, y

pasó á Dair Marûn, en donde á la sazon se hallaba, Walid le recibió con mucha honra, y holgó mucho de ver al célebre conquistador de España, y le aseguró que estaba bien persuadido de su buena conducta; pero que habia sido forzoso que viniese para saber de su boca la verdad de sucesos tan importantes, y por evitar otros inconvenientes que podian resultar quedando en Africa ó en España, en donde eran tan poderosos los hijos de Muza, que cierto no era su amigo: dió cuenta Taric de sus hechos todos, y concluyó diciendo: Señor, los muslimes honrados de tus huestes que me han conocido en Africa y en España, pueden decirte cual he sido en todas ocasiones, y aun nuestros enemigos los cristianos dirán si he sido cobarde, si cruel, si avaro. Quedó Walid muy pagado de las razones de Taric, y respondió que todo lo sabia, y estaba muy satisfecho de sus buenos servicios.

Entretanto Abdelaziz, que estaba en Sevilla, donde habia puesto la corte y aduana (1) de los árabes, por estar mas cercana á las comunicaciones de Africa, tenia en su compañía una mujer goda que habia sido mujer del rey de España Ruderic, era muy hermosa, se llamaba Ayela, y Abdelaziz la amaba, y la persuadió á que fuese su mujer: celebraron sus bodas con grandes fiestas en Sevilla, y fue su nombre Omalisam (2). Luego partió Abdelaziz para seguir la conquista, y dió sus órdenes á Habib ben Abi Obeida ben Ocba ben Nafe, para que por su parte las adelantase tambien.

Cuando Muza se acercaba á Siria con los despojos y riquezas de España y de Africa, adoleció Walid de grave

(1) Aduana entre los árabes es la casa del senado, ó del consejo, donde se congregan los mexewâres ó consejeros: asimismo daban nuestros árabes este nombre á la casa donde se llevaba la cuenta y razon de las rentas públicas, y donde se depositaban: entre turcos todavía se llama divan el consejo.

(2) Esto es, la de los preciosos collares.

enfermedad: entonces el hermano de Walid, Suleiman ben Abdelmelic, escribió á Muza desde Ramla, donde estaba, que se detuviese en el camino y no se presentase hasta que su entrada fuese ya en sus dias, pues su hermano no podia naturalmente convalecer de su grave dolencia. Muza no lo hizo así, y llegó antes de la muerte del califa: ordenó Walid que ambos caudillos se presentasen á un tiempo, y así lo hicieron: y al ofrecer Muza los tesoros y preciosidades que traia para el califa, le dió la preciosa mesa verde orlada de jacintos, y le dijo: yo la hallé, señor; y dijo Taric: no, sino yo la hallé, ó amir de los fieles: replicó Muza que no era verdad lo que decia; y Taric dijo: veamos si la mesa está falta de alguna pieza, y pregúntese al que la trae dónde está; y el que suplirá lo que falta, ese en verdad la halló. Vió el califa y los presentes la mesa, y en lugar del pie que le faltaba habia Muza puesto uno de oro; y dijo Taric al califa: pregúntale si así la halló, si estaba con ese pie: preguntóselo á Walid, y Muza respondió: así la hallé. Entonces Taric sacó el pie propio de la mesa y lo puso en su lugar, que convenia con la labor de los otros, y se maravilló el califa, y se vió claro la impostura de Muza. Pocos dias despues falleció el califa Walid de su dolencia, y sucedió en el imperio su hermano Suleiman. Cuenta Aly ben Abderahman ben Hudeil de Granada, que preguntó el califa Suleiman ben Abdelmelic á Muza ben Noseir cuando se le presentó de España: ¿has hallado pueblos muy valientes en tus conquistas? Señor, respondió, muchos mas de los que yo acertaré á describirte: pues dime de los cristianos, y dijo: son leones en sus castillos, águilas en sus caballos, y mujeres en sus escuadrones de á pie; pero si ven la ocasion la saben aprovechar, y cuando quedan vencidos, son cabras en escapar á los montes, que no ven la tierra que pisan. Y dime de los berberíes; y dijo: son jente muy semejante á los árabes en acometer, pelear y ayudarse, y en el sufrimiento y en la fisonomía y hospitalidad; pero los

mas pérfidos hombres del mundo, no cumplen palabra ni guardan pacto ni fe alguna. ¿Y de los de Afranc qué me dices? Son jente infinita, prontos y animosos en el acometer y pelear; pero medrosos y tímidos en la fuga. ¿Y cómo te ha ido con estas jentes? ¿les has superado, ó te han vencido? Eso no, por Alá, ni una bandera me huyó jamás: y los muslimes mios no han dudado acometerles aunque fuésemos cuarenta contra ochenta; y se complació Suleiman de sus razones. Ofendido este de la conducta de Muza, lo mandó encarcelar, y lo espuso al sol, y lo fustigó, y lo multó en cien mil mictales: otros dicen doscientos mil pesantes.

CAPÍTULO XVIII.

DEL IMPERIO DEL CALIFA SULEIMAN.

Fue jurado califa ó sucesor del imperio Suleiman, el mismo dia que falleció su hermano Walid: su madre fue Abesa, hija de Alabâs: se apellidó Abu Ayûb: fue su pro-
714 clamacion á mediada luna de jiumada postrera, año
96. Su sobrino Coteiba, hijo de Muslema, se intentó rebelar en Corasan; pero los fieles muslimes le resistieron y le quitaron la vida. Puso Suleiman por walí de aquellas conquistas á Jezid ben Mahlabi ben Abi Sofra, que adelantó las conquistas al Taberistan y Jiorjian, y puso aquellas rejiones en tributo y obediencia. Su hermano Muslema llegó contra los griegos hasta Constantinia, su capital. Habia fallecido el gobernador de Ejipto Corraho, y envió en su lugar Suleiman á Asama, que fue muy cruel exactor, y obligaba á los moradores de sus provincias á llevar consigo manxur ó cédula de paso, y para obtenerla pagaba cada uno diez dinares, y el que era hallado sin manxur, albará ó cédula de libre paso, tenia pena de ser marcado con fuego, y así nadie osaba estar sin su manxur hasta que quiso Dios que acabó este cruel amir. Reparó ó mas bien hizo construir este Asama la medida de las cre-

cientes del Nilo, porque la que habia antigua en Hulwan se habia arruinado, y con licencia de Suleiman se construyó la que hay en la isla entre el rio de Fostat (1)
y el rio de Jiza, obra maravillosa que se acabó en
715 el año 97.

En España adelantó Abdelaziz la conquista hasta los estremos de Lusitania á la costa del gran mar Océano, y sus caudillos corrieron toda la tierra alguf (2) y Pamplona, y montes Albaskenses; y allegaron muchas preciosidades. Ordenó Abdelaziz enviar las rentas de estos pueblos de España á Siria, y noticia del estado de las conquistas: nombró para esto á Muhabad ben Habid ben Abi Obeida el Moaferi, Assama ben Melic el Chulani, y á Ismail ben Abi Abdala de Beni Mahrûm, con otros principales caudillos, en todos diez varones: solian juntarse las rentas de las provincias de España con las de Africa, y en una sola caja debia todo recaudarse por los mechtisebes ó contadores y recibidores de cada provincia. Allegóse en esta conducta de España inmensa suma,
que llevaron á Siria estos diez diputados, y entra-
715 ron en Damasco el año 97. Fueron muy bien reci-
bidos del califa, y mandó volver á España á ocho de ellos, otros dicen cinco: de ellos Assama, Ismail, Habib y Naaman, con órden secreta del califa para que luego que llegasen á Africa depusiesen de sus gobiernos á los hijos de Muza ben Noseir, que estaban en Cairvan y en Tanja: ordenándoles que despues de privados del mando, les quitasen la vida. Lo mismo previno en sus cartas á los cinco principales caudillos de las tropas de Es-

(1) Fostat, esto es, pabellon ó tienda de campaña: se dió este nombre á un sitio de la antigua Menfis, donde estuvo acampado Amru ben Alâs, el conquistador de Ejipto: luego fue parte del gran Cairo, segun Edris y Elmacin.

(2) Alguf ó algufia es la parte norte, alquibla la de mediodia, axarkia la de oriente, y algarbe ó algarbia la de poniente

paña: receloso del poder de la familia de Muza, que consideraba ofendida, no quiso dejar ninguno de ella. Estraño premio dió la suerte á los distinguidos servicios de esta noble jente.

CAPÍTULO XIX.

DE LA MUERTE DE ABDELAZIZ Y GOBIERNO DE AYUB.

El primero que abrió y leyó estas crueles órdenes en España fue el fiel amigo de Muza ben Noseir, y compañero de Abdelaziz su hijo, el caudillo Habib ben Obeida el Fehri, y lo mismo se prevenia al caudillo Zeyad ben Nabaä, que era tambien amigo de ambos: quedaron suspensos, y las cartas con el temblor les cayeron de las manos, y dijo Habib: ¡ es posible que tanto puede la envidia y enemistad de los contrarios de Muza, que hacen olvidar tan gloriosos servicios, tan felices empresas! Pero Dios es justo, y nos manda obedecer á nuestros soberanos. Estaba entonces Abdelaziz en una alquería cerca de Sevilla, que se llamaba Kenisa Rebina, donde habia mandado edificar una mezquita, y en ella se congregaba el pueblo á la oracion. En esta alquería pasaba el tiempo con su familia el walí Abdelaziz. Recelosos los encargados de cumplir las órdenes del califa, temiendo que las tropas se alborotarian y defenderian á Abdelaziz, que era muy amado de ellas, para evitar que resultase inquietud ni division entre los muslimes, acordaron de calumniarlo de mal muslim, y que por influjo de la mujer goda Ayela favorecia mucho á los cristianos, y aun el vulgo añadió que su mujer queria hacerlo rey, y que le ceñia diadema, y que los cristianos confiaban en que por su medio se alzarian con la tierra. Esparcidas estas hablillas entre la jente menuda, y en el vulgo de los muslimes, ya todo fue fácil, se hicieron públicas las órdenes del califa, y á todos pareció muy justa providencia, y tódos querian tener el mérito de la ejecucion. Con todo eso que—

rian algunos oponerse á esta resolucion, y fue necesaria toda la firmeza y valor del caudillo Zeyad ben Nabigat el Temini para contener á las tropas mas afectas á Abdelaziz, que intentaban á todo riesgo defenderlo. Era la hora de la oracion del alba, y estaba Abdelaziz en ella cuando entraron en confuso tropel en su estancia, y lo asesinaron á porfía: cortaron su cabeza, y el cuerpo fue sepultado en el patio de su casa. Hubo algun movimiento y disgusto entre sus guardias y algunos de sus parciales; pero la voz jeneral y la órden del califa sosegó á to-
715 dos. Fue la muerte de Abdelaziz en fin del año 97
(1) de la Hejira; y quedó España sin amir ó gobernador nombrado por el califa cerca de un año. Salieron los comisionados para llevar la cabeza de Abdelaziz al califa, y partió con ellos Habib ben Obeida el Fehri. Envió en esta misma ocasion Tadmir sus mandaderos al califa, suplicándole que confirmase los tratados de paz y proteccion que tenia concertados con los muslimes, y el califa los mandó guardar y le alivió los impuestos que antes pagaba; así tornaron muy contentos á España.

Los caudillos y muslimes principales tuvieron su consejo, y de comun acuerdo elijieron por walí ó gobernador interino al caudillo Ayûb, primo hermano del desgraciado Abdelaziz, por su autoridad y jeneral concepto que le daba siempre el primer lugar entre todos los muslimes de España. Mudó Ayûb la aduana y corte de los árabes de Sevilla á Córdoba, por estar mas en lo interior para atender al gobierno de las demás provincias de España. Ordenadas las cosas de Andalucía, partió con su hueste á visitar la España oriental, y visitó de paso la ciudad de Toledo, y se detuvó en ella oyendo quejas y descargos de los pueblos y de los gobernadores. Pasó los montes y entró en Zaragoza, donde gobernaba Hanâx ben Abdala ben

(1) Hay algun escritor que dice que fue muerto el año 98.

Amru ben Hantala ben Fehid ben Kenan ben Thalbe ben Abdala ben Thamir Asafei el Senani, conquistador de Ejipto, de Africa, Almagrêb y de España, en donde hizo grandes proezas; compañero de Muza ben Noseir, habia construido una gran mezquita en Zaragoza: allí murió en este tiempo, y fue enterrado con mucha honra, y su sepulcro y el de Muza ben Aly ben Rebah están en un mismo sitio, á la puerta Alquibla ó del Mediodia, saliendo de la ciudad cerca del muro, y al lado de los sepulcros de ambos está el de Abu Amer Ahmed ben Muhamad ben Derag. Mandó Ayûb reparar las ruinas de una antigua ciudad, y construyó en ella un fuerte que se llamó de su nombre Calat-Ayûb. Pasó á las ciudades del estremo de Afranc, y en esta espedicion aseguró aquellas fronteras de los montes de España oriental.

Cuando los comisionados que llevaban la cabeza de Abdelaziz á Siria, la presentaron al califa Suleiman canforada y en una preciosa caja, tuvo la crueldad dé manifestarla á Muza ben Noseir, que con otros caudillos habian entrado á visitarle; y descubriéndola delante de todos ellos le dijo: ó Muza, ¿conoces esta cabeza? y respondió Muza sinceramente y con indignacion, apartando su cara: sí, bien la conozco; la maldicion de Dios sea sobre quien asesinó á quien era mejor que él: y sin decir otra cosa se salió del palacio lleno de dolor, y luego se partió á Merat Dheran, ó á Wadilcora, y allí falleció de gran melancolía en aquel año de las muertes de sus hijos. Otros dicen que este suceso y su muerte acaeció habiendo salido á la peregrinacion de Meca con el califa, el cual falleció tambien poco des-
pues, ya entrado el año 99, y Muza ben Noseir al fin 716
del año 98.

Poco antes de la muerte de este califa se acabó la obra de la grande aljama de Damasco, y se gastaron en su fábrica cuarenta cestas de á catorce mil doblas de oro cada una: se pusieron en ella seiscientas lámparas, pendientes

de cadenas de oro, y era tanto el resplandor de sus luces á las horas que se encendian, que no se podia orar: con el humo se oscurecieron, y el califa Omar las mandó quitar en su tiempo, y puso otras de menos valor, llevando las cadenas de oro al tesoro del estado. Suleiman habia declarado futuro sucesor del imperio á su hijo Ayûb: pero este mancebo falleció poco despues, y declaró para futuro sucesor á Omar ben Abdelaziz ben Meruan. Era el califa Suleiman muy hermoso; y como cierto dia se mirase á un espejo, diciendo á sus esclavas: yo soy el rey de la juventud, una doncella le dijo estos versos:

Eres bello, ¿quién lo niega? no fuera presuncion vana,
A no tener la hermosura de ser instable la falta:
Esta sola tacha tienes el ser tu belleza humana,
Que pasa cual sombra leve, como flor del campo acaba.

Despues estuvo melancólico algunos dias, y á poco tiem-
po falleció Suleiman en 21 de safar, año 99, en Merg-
717 Dabic de tierra de Kinsarina: imperó dos años y ocho
meses.

CAPÍTULO XX.

DEL IMPERIO DEL CALIFA OMAR BEN ABDELAZIZ, Y GOBIERNO DE ALHAÚR EN ESPAÑA.

Sucedió á Suleiman en el imperio su primo Omar ben Abdelaziz: la madre que le parió se llamaba Om-asima, hija del gran califa Omar I: se apellidó Abu-Hafas: el primer dia de su mando probibió la costumbre de maldecir á Aly en los púlpitos de las mezquitas al fin de la oracion pública: esta mala práctica habia desde el tiempo de Moavia ben Abisofian, primer califa de los Omeyas, que lo mandó en el fervor de sus rivalidades y guerra civil; pero

este Omar la prohibió diciendo: Dios manda la justicia y la beneficencia. Sabiendo el califa Omar las crueles exacciones del walí de Ejipto Asama, envió por gobernador á Ayûb ben Sarhabil, con órden de enviar preso y encadenado á Asama; y así lo hizo echándole una pesada argolla de hierro al cuello, y murió en el camino de pura fatiga. Mandó Omar que se dejase á los cristianos en pacífica posesion de sus templos, conforme á las estipulaciones que hubiesen intervenido, sin que ningun muslim los inquietase con ningun pretesto; y así se observó en todas las provincias. Confirmó en el gobierno de África á Jezid ben Abi Muslema, y era parte de su amelia ó gobernacion la España, que encargaba á walíes de su confianza: este fue el encargado por Suleiman para deponer de sus gobiernos de Africa á los hijos de Muza ben Noseir, y lo mismo de España, como ya hemos referido; y cuando supo que Ayûb era tambien de la familia de Muza, escribió para que dejase el mando, y lo encargó en su lugar á Alhaûr ben Abderraman el Caisi, caudillo muy acreditado en ella. Estas órdenes, y las comunicaciones que se ofrecian entre España y Africa, las conducia el walí de las naves de España Ayâx ben Xerahil el Homiari. Fue pues Ayûb amir de España siete meses, y procedió con mucha prudencia en todas las cosas, y como irreprensible, no halló en su conducta donde morder el venenoso diente de la malignidad.

El amir Alhaûr, codicioso de gloria y de riquezas, partió á las fronteras de España oriental, y con buena hueste penetró en la Galia Narbonense, que es tierra de Afranc. Conquistó la ciudad de Narbona, y corrió y sojuzgó todas sus comarcas, sacando de ellas muchos tesoros y cautivos, niños y mujeres. Era este amir duro, inflexible, y tan cruel para los enemigos como para los muslimes. La mas leve licencia castigaba con pena de la vida, y todos temblaban en su presencia. En tanto que él esparcia el terror de sus algaras en las tierras que riega el rio Garuna, al otro

lado de los montes de Albortât (1), llegó á España la triste
nueva de la muerte del virtuoso califa Omar ben Abde-
719 laziz, que falleció en Hasira dia 25 de rejeb, año 101;
imperó dos años y cinco meses. Parece fatalidad que
persigue á las cosas humanas, que por lo comun los buenos príncipes duran poco tiempo. Fue llorado aun de los enemigos de su familia, y decia Xarif el Musawi: «ó hijo de Abdelaziz, si humanos ojos debiesen llorar por alguno de los Omeyas, los mios te hubieran plañido á tí: tú nos libraste de la infamia de la maldicion, y si posible fuera á tí te libraria de ella.»

CAPÍTULO XXI.

DEL IMPERIO DEL CALIFA JEZID BEN ABDELMELIC, Y GOBIERNO DE ALSAMA.

Sucedióle en el imperio Jezid, hijo de Abdelmelic y de Atica, hija de Jezid ben Moavia, no por disposicion de su primo el califa Omar, sino porque así lo habia mandado Suleiman su hermano: fue proclamado el dia
que murió el virtuoso califa Omar, á 6 de la luna de 719
rejeb del año 101. Este mismo año se rebeló en
Basra el gobernador Jezid ben Mahlab ben Abi Sofra: se le allegó mucha jente y entró en Cufa; pero el califa Jezid envió contra él á su hermano Muslema y á su sobrino Abas ben Walid con la jente de Siria: se encontraron ambas huestes, y huyeron derrotados los rebeldes, y el caudillo Jezid cayó en manos de Muslema y le cortó la cabeza, que envió al califa. Moavia, hijo del rebelde, entró por sorpresa en Wasit y mató al gobernador Adi y á treinta y dos de sus guardias: luego pasó á Basra, y se embarcó

(1) Llamaron Jebâl-Albortât, montes de las puertas, á los Pirineos, arabizando el nombre latino bárbaro *portas*: nosotros llamamos puertos á las angosturas de los montes y pasos por ellos de unas rejiones á otras, como las célebres Termópilas, las puertas Caspias, Cilicias y Armenias.

y pasó á Candabil en Sindia: Muslema envió contra él á Helal ben Achor el Mazani, que persiguió al rebelde y sus parciales; y habiendo caido en sus manos, los envió al califa, que los mandó matar con ignominia. Dió Jezid el gobierno de la Iraca y del Corasan á su hermano Muslema. En este año depuso el califa Jezid del gobierno del Ejipto á Ayùb ben Sarhabil,, y puso en su lugar á Baxar ben Sefuan el Kelbi: habiendo este pasado poco despues á Africa, dió el gobierno de Ejipto al hermano de este, Hantala ben Sefuan.

En España el amir de ella Alhaûr continuaba sus escursiones, sacando á los pueblos cuanto tenian: en vez de hacer justicia para remediar la opresion y los robos, la hacia para ser solo el cruel exactor: á todos oprimia, á los cristianos, á los que habian abrazado el islam, y á los mas antiguos caudillos muslimes, que osaban advertirle del disgusto y escándalo que daba á todos los buenos con su conducta. Encarceló á muchos alcaides y caudillos walíes de provincias, con pretesto de que ocultaban los tesoros y productos de las rentas de sus pueblos. Por esta causa muchos se retiraban de los ejércitos de frontera, y abandonaban la propagacion del islam. Todas estas cosas fueron representadas con mucha claridad y enerjía al gobernador de Africa, y este lo comunicó al califa, y le envió las cartas que sobre esto le habian escrito el caudillo Ambisa ben Sohim el Kelbi, Naaman ben Abdala el Hadrami, y otros ilustres muslimes. El califa mandó que Alhaûr saliese de España, y se encargase del mando de aquella conquista el walí Alsama ben Melic el Chulani, que acaudillaba parte de aquel ejército: por este medio lograron los pueblos de España verse libres de las vejaciones de tan avaro y cruel amir. Fue la deposicion y salida de España de Alhaûr
721 ben Abderahman el Caisi, año 103 de la Hejira (1).

(1) El Edobi dice que fue depuesto el año 106, si no es error de copia, que así me parece.

Sel. partió el amir Alsama á la frontera de la tierra de Afranc acompañado de todos los principales caudillos muslimes de España oriental, y con numerosas huestes entró en la comarca de Narbona, Carcasona y Tolosa, y puso cerco á esta ciudad, se combatió con porfiado empeño, y la tenia ya en grande apuro, las tropas muslimes se preparaban para entrarla por fuerza, cuando llegó aviso á Alsama de que venia en socorro de los cercados el señor de Afranc con innumerable gente. No se atemorizó Alsama con esta nueva, antes bien ordenó y alentó sus tropas. La muchedumbre de los enemigos era tanta, que el polvo que levantaban sus pies obscurecia el cielo con densas nubes. Salieron al encuentro el ejército muslime, y los enemigos hicieron igual movimiento: esforzó Alsama á sus caballeros, y les dijo: no temais la multitud que viene, que si Dios está con nosotros ¿quién será contra nosotros? Los dos ejércitos se acometieron con el ímpetu que los torrentes que bajan de las cumbres, y se trabaron con igual ánimo sosteniéndose los unos y los otros como montes: la pelea y matanza fue atroz, y estuvo dudosa la batalla largo tiempo por ambas partes. Corria Alsama á todas partes como bravo leon, y animaba á los suyos en lo mas arduo y sangriento de la matanza: si no se oian sus palabras, se veian sus obras, hazañas increibles: sus brazos destilaban enemiga sangre que fluia al levantar su espada; pero una enemiga lanza le atravesó por un costado hallándose muy adelante entre sus enemigos, y cayó muerto de su caballo. Este fatal acaecimiento desmayó á la caballería árabe, y todo el ejército cedió el campo á los enemigos, dejándolo cubierto de cadáveres y bañado en sangre. Fue esta cruel batalla dia [illegible] attarviya (1) de dylhagia luna última del año 103:

(1) Es el dia nueve de esta luna, y por otro nombre se llama dia de Mina, porque en él los peregrinos de la Meca visitan con varias ceremonias y sacrificios el valle de Mina, y es dia de ayuno y de gran mérito para los muslimes,

murieron en esta batalla muchos principales caudillos del ejército, entre ellos Naaman ben Abdala el Hadrami, que fue de los primeros conquistadores de España. Tambien murió este dia peleando como bueno Naim ben Abderahman ben Moavia el Tejibi, y otros muy nobles caballeros. El ejército muslime se retiró á Narbona: allí los caudillos de la frontera oriental dieron el mando de las tropas á Abderahman ben Abdala el Gafeki, por su valor muy acreditado entre los soldados, así por sus hazañas en diferentes ocasiones, como en especial en esta última batalla, y en la retirada de Tolosa, en que hizo prodijios de valor: tenia además una prenda muy de soldado, que era una estremada liberalidad y jeneroso desprendimiento, que le daba gran opinion entre las tropas, y así todos le amaban, y aplaudieron su eleccion.

Luego que se supo en España este desman, se pusieron en movimiento las tropas muslimes de todas las provincias por órden de Ambisa ben Sohim, que habia quedado encargado del mando por disposicion del amir Alsama al tiempo de su partida á la frontera. Cuando llegó la nueva al gobernador de África, aprobó la eleccion de amir, que habian hecho las tropas de España en el ínclito caudillo
Abderahman ben Abdala el Gafeki: y en este mismo 722
año 104 dió el califa el gobierno de Ejipto á su propio hermano Muhamad ben Abdelmelic, que permaneció en él hasta que murió el califa Jezid en Harran, á 25 de la
luna xaban del año 105, habiendo imperado cuatro 723
años y un mes. Fue Jezid muy hermoso y muy dado á sus pasiones, juegos y espectáculos: gastaba mucho con sus esclavas, y tenia dos llamadas Hebaba y Selima, á las que amaba mas que á sí mismo. Habiendo muerto Hebaba, la conservó sin enterrar hasta que ya no pudo sufrir el ca—

segun su calendario, como si diesen mil caballos para la santa guerra.

dáver: reprendíale su hermano esta debilidad, y le respondió: todos me lo dicen; pero no hay mas remedio en mi pena que la muerte, y por esta yo iré tambien de hoy á mañana á la mansion eterna. Dicen que despues de enterrada, impaciente la sacó del sepulcro, y mirándola lleno de tristeza y como estúpido, murió pocos dias despues, siendo de veinte y nueve años: otros dicen que de treinta y tres.

En España el amir Abderahman ben Abdala no solo contuvo á los cristianos de la Galia Narbonense, sino que tambien allanó y sojuzgó á los cristianos de los montes de Afranc, que se habian rebelado por las ventajas de los de Narbona; y á unos y otros obligó á pagar sus tributos, y hubo de ellos muchos tesoros y preciosidades en oro, jacintos y esmeraldas; y reservado el quinto para el califa, todo lo demás repartia entre sus soldados: esta liberalidad hacia que sus tropas le amasen, y para ellas lo mismo eran cuestas que llanos, y en nada hallaban dificultad por servirle.

CAPÍTULO XXII.

DEL IMPERIO DEL CALIFA HIXEM, Y GOBIERNO DE ABDERAHMAN Y DE AMBISA EN ESPAÑA.

Sucedió á Jezid en el imperio su hermano Hixêm ben
Abdelmelic, su madre fue Fátima, hija de Hixêm el Mah—
rumi: se apellidó Abulwalid, fue proclamado el dia
723 25 de xaban del año 105, el mismo dia de la muerte
de su hermano. Estaba en Rusafa entonces, y al ins—
tante se vino á Damasco. Depuso del gobierno de Ejipto á
su hermano Muhamad, y puso en su lugar á su primo Ha—
san ben Jusuf ben Yahye.

En España envidiaban algunos caudillos la gloriosa fama y popularidad que en ella tenia el amir Abderahman ben Abdala, y en especial Obeida escribió contra él al gobernador de África: no negaba su valor y escelentes pren—

das militares; pero acusaba su administracion descuidada, y su indiscreta liberalidad, que viciaba las costumbres frugales y sencillas de los muslimes. El mismo aseguraba que no estaba en su mano dejar de ser tan liberal, y que aunque temblasen cielos y tierra, despues de una victoria, nada negaria á sus soldados. Con tanta dilijencia y empeño se hacian estas representaciones contra Abderahman, que lograron que se le reemplazase en el mando y gobierno de España, y se le encargó al caudillo Ambisa ben Sohim el Kelbi, que, además de sus propios méritos, era de la tribu y familia del gobernador de África Baxar ben Hantala ben Sefuan el Kelbi. Era Ambisa caudillo muy estimado por su valor y prudencia, y el depuesto Abderahman de tan noble corazon, que no se ofendió de esto, y se contentó con el antiguo mando de tropas que antes habia tenido en España oriental, y cumplimentó y dió su enhorabuena al nuevo amir Ambisa con muy sinceras espresiones y protestas de amistad.

El amir Ambisa vino á Córdoba, donde estaba la aduana de los árabes de España desde el tiempo de Ayûb, y dispuso y ordenó la recaudacion de las rentas de las provincias, y repartió tierras á los muslimes sin ofender á los cristianos; pero aplicó la mayor parte de los baldíos, y todavía quedó mucha de que disponer. Impuso la contribucion de un quinto á los pueblos que se habian conquistado por fuerza, y un diezmo á los que de su voluntad se habian puesto bajo la fe y amparo de los muslimes. Mandó reedificar el puente de Córdoba, y luego partió á visitar las provincias interiores de España. En todas partes hacia justicia igual con todos, no distinguia del muslim, ni del cristiano ni judío: así era de todos muy respetado. En España oriental se rebelaron algunos pueblos de la comarca de Turiazona: fué á ella con suma dilijencia, y entró en la ciudad por fuerza, y arrasó sus muros, y castigó á los fomentadores de la inquietud, y les dobló la contribucion á los

pueblos segunda vez sojuzgados. Por medio de sus caudillos hizo entradas en tierra de Afranc, que talaron y robaron la tierra, quemando algunos pueblos, matando hombres y cautivando niños y mujeres: cosas que no aprobaban Ambisa ni los buenos muslimes, ni les fue fácil remediar, porque la mayor parte decia que era justo y conveniente.

El califa Hixêm dió el gobierno de las provincias de África á Obeida ben Abderahman, sobrino de Abu el Awar el Lahmi, caudillo de la caballería en Safair de África; y depuso á Baxar ben Hantal ben Sefuan el Kelbi: sintió esta novedad todo el bando de los yemanies, árabes del Yemen, y entre otros el caudillo Husam Abulchatar, que habia venido á Cairvan, que no tenia muros hasta que se los mandó hacer Baxar ben Sefuan, que cuando llegó Obeida no hizo mas que ponerse la clámide y decir á las jentes: este es vuestro nuevo amir que viene, y que añadió: no hay gloria ni poderío sino en Dios, y que se retiró del ayuntamiento y se fue adonde Dios quiso. Luego que tomó Obeida el gobierno hubo grandes revueltas en África contra los kelebíes y otros del Yemen: que todos se disgustaron de la conducta de Obeida, porque tomó los bienes de Baxar ben Sefuan y de sus parciales, y los persiguió, y encarceló á Husam Abulchatar. Ofendido este caudillo de estas injusticias, y de la arbitrariedad del amir en la distribucion de los despojos tomados á los berberíes, escribió aquellos célebres versos, que dicen:

¡ Cual si el prado de Rahita nunca de vos fuese visto,
Ni los que allí fueron buenos nunca hubiérades sabido !
Allí nuestro pecho y lanza y de nuestra espada el filo
Vuestro cuello aseguró de los bravos enemigos:
No tuvísteis mas peones ni caballos que los míos.
Y cuando el punto llegó en que nosotros vencimcs,
Y os dimos de la victoria los aromáticos vinos,
Ya fuísteis para nosotros sin ojos y sin oidos:
Vos hicísteis vuestro fecho ante nuestros ojos limpios:

Mas como en la lid trabada nosotros en remolino
Los contrarios derrocamos por alzaros al Olimpo,
Así, no dudeis, tal vez hará fortuna lo mismo,
Y caerá de la alta rueda el pie mas alto subido.

Estos versos, que parecian aplicables á las intrigas de Africa, y como si se hubiesen hecho al suceso de la batalla de Merg-Rahita, llegaron á noticia del califa, y le agradaron cuando los oyó, y preguntó quien los habia compuesto; y habiéndole informado Said ben el Walid el Abrax el Kelbi que eran del caudillo de Husam ben Dhirar Abulchatar el Kelbi, no se olvidó de él y le premió oportunamente, como veremos.

En este tiempo los judíos que habia en España, que eran muchos y muy ricos, así de los antiguos como de los que habian pasado de Africa despues de la entrada de los muslimes, se alborotaron porque les vino nueva de que en Siria se habia aparecido un cierto Zonaria, impostor, que se decia ser su Mesiah, y rey prometido que ellos esperan; y todos los judíos de España y Galia partieron á Siria, abandonando sus bienes. El amir Ambisa aplicó todos sus bienes, casas y posesiones al estado. Ordenadas las cosas de España, pasó á la frontera de Afranc con numerosa hueste, y corrió y taló toda la tierra de Narbona, y mas adelante de allá del Ródano, tomando muchos despojos y cautivos; y en aquella entrada, peleando valerosamente contra cristianos, fue herido de muy graves heridas, y á pocos dias despues falleció. Encargó antes de morir el mando de las tropas al walí Hodeira, para que las acaudillase en tanto que Obeida ben Abderahman el Caisi nombrase amir de las provincias de España:
724 acaeció su muerte en fin del año 106.

de cadenas de oro, y era tanto el resplandor de sus luces á las horas que se encendian, que no se podia orar: con el humo se oscurecieron, y el califa Omar las mandó quitar en su tiempo, y puso otras de menos valor, llevando las cadenas de oro al tesoro del estado. Suleiman habia declarado futuro sucesor del imperio á su hijo Ayûb: pero este mancebo falleció poco despues, y declaró para futuro sucesor á Omar ben Abdelaziz ben Meruan. Era el califa Suleiman muy hermoso; y como cierto dia se mirase á un espejo, diciendo á sus esclavas: yo soy el rey de la juventud, una doncella le dijo estos versos:

Eres bello, ¿quién lo niega? no fuera presuncion vana,
A no tener la hermosura de ser instable la falta:
Esta sola tacha tienes el ser tu belleza humana,
Que pasa cual sombra leve, como flor del campo acaba.

Despues estuvo melancólico algunos dias, y á poco tiempo falleció Suleiman en 21 de safar, año 99, en Merg-
717 Dabic de tierra de Kinsarina: imperó dos años y ocho meses.

CAPÍTULO XX.

DEL IMPERIO DEL CALIFA OMAR BEN ABDELAZIZ, Y GOBIERNO DE ALHAÚR EN ESPAÑA.

Sucedió á Suleiman en el imperio su primo Omar ben Abdelaziz: la madre que le parió se llamaba Om-asima, hija del gran califa Omar I: se apellidó Abu-Hafas: el primer dia de su mando probibió la costumbre de maldecir á Aly en los púlpitos de las mezquitas al fin de la oracion pública: esta mala práctica habia desde el tiempo de Moavia ben Abisofian, primer califa de los Omeyas, que lo mandó en el fervor de sus rivalidades y guerra civil; pero

este Omar la prohibió diciendo: Dios manda la justicia y la beneficencia. Sabiendo el califa Omar las crueles exacciones del walí de Ejipto Asama, envió por gobernador á Ayûb ben Sarhabil, con órden de enviar preso y encadenado á Asama; y así lo hizo echándole una pesada argolla de hierro al cuello, y murió en el camino de pura fatiga. Mandó Omar que se dejase á los cristianos en pacífica posesion de sus templos, conforme á las estipulaciones que hubiesen intervenido, sin que ningun muslim los inquietase con ningun pretesto; y así se observó en todas las provincias. Confirmó en el gobierno de África á Jezid ben Abi Muslema, y era parte de su amelia ó gobernacion la España, que encargaba á walíes de su confianza: este fue el encargado por Suleiman para deponer de sus gobiernos de Africa á los hijos de Muza ben Noseir, y lo mismo de España, como ya hemos referido; y cuando supo que Ayûb era tambien de la familia de Muza, escribió para que dejase el mando, y lo encargó en su lugar á Alhaûr ben Abderraman el Caisi, caudillo muy acreditado en ella. Estas órdenes, y las comunicaciones que se ofrecian entre España y Africa, las conducia el walí de las naves de España Ayâx ben Xerahil el Homiari. Fue pues Ayûb amir de España siete meses, y procedió con mucha prudencia en todas las cosas, y como irreprensible, no halló en su conducta donde morder el venenoso diente de la malignidad.

El amir Alhaûr, codicioso de gloria y de riquezas, partió á las fronteras de España oriental, y con buena hueste penetró en la Galia Narbonense, que es tierra de Afranc. Conquistó la ciudad de Narbona, y corrió y sojuzgó todas sus comarcas, sacando de ellas muchos tesoros y cautivos, niños y mujeres. Era este amir duro, inflexible, y tan cruel para los enemigos como para los muslimes. La mas leve licencia castigaba con pena de la vida, y todos temblaban en su presencia. En tanto que él esparcia el terror de sus algaras en las tierras que riega el rio Garuna, al otro

lado de los montes de Albortât (1), llegó á España la triste nueva de la muerte del virtuoso califa Omar ben Abde-
719 laziz, que falleció en Hasira dia 25 de rejeb, año 101; imperó dos años y cinco meses. Parece fatalidad que persigue á las cosas humanas, que por lo comun los buenos príncipes duran poco tiempo. Fue llorado aun de los enemigos de su familia, y decia Xarif el Musawi: «ó hijo de Abdelaziz, si humanos ojos debiesen llorar por alguno de los Omeyas, los mios te hubieran plañido á tí: tú nos libraste de la infamia de la maldicion, y si posible fuera á tí te libraria de ella.»

CAPÍTULO XXI.

DEL IMPERIO DEL CALIFA JEZID BEN ABDELMELIC, Y GOBIERNO DE ALSAMA.

Sucedióle en el imperio Jezid, hijo de Abdelmelic y de Atica, hija de Jezid ben Moavia, no por disposicion de su primo el califa Omar, sino porque así lo habia mandado Suleiman su hermano: fue proclamado el dia que murió el virtuoso califa Omar, á 6 de la luna de 719
rejeb del año 101. Este mismo año se rebeló en Basra el gobernador Jezid ben Mahlab ben Abi Sofra: se le allegó mucha jente y entró en Cufa; pero el califa Jezid envió contra él á su hermano Muslema y á su sobrino Abas ben Walid con la jente de Siria: se encontraron ambas huestes, y huyeron derrotados los rebeldes, y el caudillo Jezid cayó en manos de Muslema y le cortó la cabeza, que envió al califa. Moavia, hijo del rebelde, entró por sorpresa en Wasit y mató al gobernador Adi y á treinta y dos de sus guardias: luego pasó á Basra, y se embarcó

(1) Llamaron Jebâl-Albortât, montes de las puertas, á los Pirineos, arabizando el nombre latino bárbaro *portas*: nosotros llamamos puertos á las angosturas de los montes y pasos por ellos de unas rejiones á otras, como las célebres Termópilas, las puertas Caspias, Cilicias y Armenias.

y pasó á Candabil en Sindia: Muslema envió contra él á Helal ben Achor el Mazani, que persiguió al rebelde y sus parciales; y habiendo caido en sus manos, los envió al califa, que los mandó matar con ignominia. Dió Jezid el gobierno de la Iraca y del Corasan á su hermano Muslema. En este año depuso el califa Jezid del gobierno del Ejipto á Ayùb ben Sarhabil,, y puso en su lugar á Baxar ben Sefuan el Kelbi: habiendo este pasado poco despues á Africa, dió el gobierno de Ejipto al hermano de este, Hantala ben Sefuan.

En España el amir de ella Alhaûr continuaba sus escursiones, sacando á los pueblos cuanto tenian: en vez de hacer justicia para remediar la opresion y los robos, la hacia para ser solo el cruel exactor: á todos oprimia, á los cristianos, á los que habian abrazado el islam, y á los mas antiguos caudillos muslimes, que osaban advertirle del disgusto y escándalo que daba á todos los buenos con su conducta. Encarceló á muchos alcaides y caudillos walíes de provincias, con pretesto de que ocultaban los tesoros y productos de las rentas de sus pueblos. Por esta causa muchos se retiraban de los ejércitos de frontera, y abandonaban la propagacion del islam. Todas estas cosas fueron representadas con mucha claridad y enerjía al gobernador de Africa, y este lo comunicó al califa, y le envió las cartas que sobre esto le habian escrito el caudillo Ambisa ben Sohim el Kelbi, Naaman ben Abdala el Hadrami, y otros ilustres muslimes. El califa mandó que Alhaûr saliese de España, y se encargase del mando de aquella conquista el walí Alsama ben Melic el Chulani, que acaudillaba parte de aquel ejército: por este medio lograron los pueblos de España verse libres de las vejaciones de tan avaro y cruel amir. Fue la deposicion y salida de España de Alhaûr
721 ben Abderahman el Caisi, año 103 de la Hejira (1).

(1) El Edobi dice que fue depuesto el año 106, si no es error de copia, que así me parece.

Sin tardanza partió el amir Alsama á la frontera de la tierra de Afranc, acompañado de todos los principales caudillos muslimes de España oriental, y con numerosa hueste corrió la comarca de Narbona, Carcaxona y Tolosa, y puso cerco á esta ciudad, la combatió con porfiado empeño, y la tenia ya en grande apuro: las tropas muslimes se preparaban para entrarla por fuerza, cuando llegó aviso al campo de que venia en socorro de los cercados el señor de Afranc con innumerable jentío. No se atemorizó Alsama con esta nueva: ordenó su batalla y animó sus tropas. La multitud de los enemigos era tanta, que el polvo que levantaban sus piés obscurecia el cielo con densas nubes. Salióles al encuentro el ejército muslime, y los enemigos hicieron igual movimiento: esforzó Alsama á sus caballeros, y les dijo: no temais la multitud que viene, que si Dios está con nosotros ¿quién será contra nosotros? Los dos ejércitos se acometieron con el ímpetu que los torrentes que bajan de las cumbres, y se trabaron con igual ánimo sosteniéndose los unos y los otros como montes: la pelea y matanza fue atroz, y estuvo dudosa la batalla largo tiempo por ambas partes. Corria Alsama á todas partes como bravo leon, y animaba á los suyos en lo mas arduo y sangriento de la matanza: si no se oian sus palabras, se veian sus obras, hazañas increibles: sus brazos destilaban enemiga sangre que fluia al levantar su espada; pero una enemiga lanza le atravesó por un costado hallándose bien adelante entre sus enemigos, y cayó muerto de su caballo. Este fatal acaecimiento desmayó á la caballería árabe, y todo el ejército cedió el campo á los enemigos, dejándolo cubierto de cadáveres y bañado en sangre: fue esta cruel batalla dia
721 attarviya (1) de dylhajia, luna última del año 103:

(1) Es el dia nueve de esta luna, y por otro nombre se llama dia de Mina, porque en él los peregrinos en la Meca visitan con varias ceremonias y vanas observancias el valle de Mina, y es dia de ayuno y de gran mérito para los muslimes,

murieron en esta batalla muchos principales caudillos del ejército, entre ellos Naaman ben Abdala el Hadrami, que fue de los primeros conquistadores de España. Tambien murió este dia peleando como bueno Naim ben Abderahman ben Moavia el Tejibi, y otros muy nobles caballeros. El ejército muslime se retiró á Narbona: allí los caudillos de la frontera oriental dieron el mando de las tropas á Abderahman ben Abdala el Gafeki, por su valor muy acreditado entre los soldados, así por sus hazañas en diferentes ocasiones, como en especial en esta última batalla, y en la retirada de Tolosa, en que hizo prodijios de valor: tenia además una prenda muy de soldado, que era una estremada liberalidad y jeneroso desprendimiento, que le daba gran opinion entre las tropas, y así todos le amaban, y aplaudieron su eleccion.

Luego que se supo en España este desman, se pusieron en movimiento las tropas muslimes de todas las provincias por órden de Ambisa ben Sohim, que habia quedado encargado del mando por disposicion del amir Alsama al tiempo de su partida á la frontera. Cuando llegó la nueva al gobernador de África, aprobó la eleccion de amir, que habian hecho las tropas de España en el ínclito caudillo
Abderahman ben Abdala el Gafeki: y en este mismo 722
año 104 dió el califa el gobierno de Ejipto á su propio hermano Muhamad ben Abdelmelic, que permaneció en él hasta que murió el califa Jezid en Harran, á 25 de la
luna xaban del año 105, habiendo imperado cuatro 723
años y un mes. Fue Jezid muy hermoso y muy dado á sus pasiones, juegos y espectáculos: gastaba mucho con sus esclavas, y tenia dos llamadas Hebaba y Selima, á las que amaba mas que á sí mismo. Habiendo muerto Hebaba, la conservó sin enterrar hasta que ya no pudo sufrir el ca—

segun su calendario, como si diesen mil caballos para la santa guerra.

dáver: reprendíale su hermano esta debilidad, y le respondió: todos me lo dicen; pero no hay mas remedio en mi pena que la muerte, y por esta yo iré tambien de hoy á mañana á la mansion eterna. Dicen que despues de enterrada, impaciente la sacó del sepulcro, y mirándola lleno de tristeza y como estúpido, murió pocos dias despues, siendo de veinte y nueve años: otros dicen que de treinta y tres.

En España el amir Abderahman ben Abdala no solo contuvo á los cristianos de la Galia Narbonense, sino que tambien allanó y sojuzgó á los cristianos de los montes de Afranc, que se habian rebelado por las ventajas de los de Narbona; y á unos y otros obligó á pagar sus tributos, y hubo de ellos muchos tesoros y preciosidades en oro, jacintos y esmeraldas; y reservado el quinto para el califa, todo lo demás repartia entre sus soldados: esta liberalidad hacia que sus tropas le amasen, y para ellas lo mismo eran cuestas que llanos, y en nada hallaban dificultad por servirle.

CAPÍTULO XXII.

DEL IMPERIO DEL CALIFA HIXEM, Y GOBIERNO DE ABDERAHMAN Y DE AMBISA EN ESPAÑA.

Sucedió á Jezid en el imperio su hermano Hixêm ben Abdelmelic, su madre fue Fátima, hija de Hixêm el Mahrumi: se apellidó Abulwalid, fue proclamado el dia
723 25 de xaban del año 105, el mismo dia de la muerte
de su hermano. Estaba en Rusafa entonces, y al instante se vino á Damasco. Depuso del gobierno de Ejipto á su hermano Muhamad, y puso en su lugar á su primo Hasan ben Jusuf ben Yahye.

En España envidiaban algunos caudillos la gloriosa fama y popularidad que en ella tenia el amir Abderahman ben Abdala, y en especial Obeida escribió contra él al gobernador de África: no negaba su valor y escelentes pren—

das militares; pero acusaba su administracion descuidada, y su indiscreta liberalidad, que viciaba las costumbres frugales y sencillas de los muslimes. El mismo aseguraba que no estaba en su mano dejar de ser tan liberal, y que aunque temblasen cielos y tierra, despues de una victoria, nada negaria á sus soldados. Con tanta dilijencia y empeño se hacian estas representaciones contra Abderahman, que lograron que se le reemplazase en el mando y gobierno de España, y se le encargó al caudillo Ambisa ben Sohim el Kelbi, que, además de sus propios méritos, era de la tribu y familia del gobernador de África Baxar ben Hantala ben Sefuan el Kelbi. Era Ambisa caudillo muy estimado por su valor y prudencia, y el depuesto Abderahman de tan noble corazon, que no se ofendió de esto, y se contentó con el antiguo mando de tropas que antes habia tenido en España oriental, y cumplimentó y dió su enhorabuena al nuevo amir Ambisa con muy sinceras espresiones y protestas de amistad.

El amir Ambisa vino á Córdoba, donde estaba la aduana de los árabes de España desde el tiempo de Ayûb, y dispuso y ordenó la recaudacion de las rentas de las provincias, y repartió tierras á los muslimes sin ofender á los cristianos; pero aplicó la mayor parte de los baldíos, y todavía quedó mucha de que disponer. Impuso la contribucion de un quinto á los pueblos que se habian conquistado por fuerza, y un diezmo á los que de su voluntad se habian puesto bajo la fe y amparo de los muslimes. Mandó reedificar el puente de Córdoba, y luego partió á visitar las provincias interiores de España. En todas partes hacia justicia igual con todos, no distinguia del muslim, ni del cristiano ni judío: así era de todos muy respetado. En España oriental se rebelaron algunos pueblos de la comarca de Turiazona: fué á ella con suma dilijencia, y entró en la ciudad por fuerza, y arrasó sus muros, y castigó á los fomentadores de la inquietud, y les dobló la contribucion á los

pueblos segunda vez sojuzgados. Por medio de sus caudillos hizo entradas en tierra de Afranc, que talaron y robaron la tierra, quemando algunos pueblos, matando hombres y cautivando niños y mujeres: cosas que no aprobaban Ambisa ni los buenos muslimes, ni les fue fácil remediar, porque la mayor parte decia que era justo y conveniente.

El califa Hixêm dió el gobierno de las provincias de África á Obeida ben Abderahman, sobrino de Abu el Awar el Lahmi, caudillo de la caballería en Safair de África; y depuso á Baxar ben Hantal ben Sefuan el Kelbi: sintió esta novedad todo el bando de los yemaníes, árabes del Yemen, y entre otros el caudillo Husam Abulchatar, que habia venido á Cairvan, que no tenia muros hasta que se los mandó hacer Baxar ben Sefuan, que cuando llegó Obeida no hizo mas que ponerse la clámide y decir á las jentes: este es vuestro nuevo amir que viene, y que añadió: no hay gloria ni poderío sino en Dios, y que se retiró del ayuntamiento y se fue adonde Dios quiso. Luego que tomó Obeida el gobierno hubo grandes revueltas en África contra los kelebíes y otros del Yemen: que todos se disgustaron de la conducta de Obeida, porque tomó los bienes de Baxar ben Sefuan y de sus parciales, y los persiguió, y encarceló á Husam Abulchatar. Ofendido este caudillo de estas injusticias, y de la arbitrariedad del amir en la distribucion de los despojos tomados á los berberíes, escribió aquellos célebres versos, que dicen:

¡ Cual si el prado de Rahita nunca de vos fuese visto,
Ni los que allí fueron buenos nunca hubiérades sabido !
Allí nuestro pecho y lanza y de nuestra espada el filo
Vuestro cuello aseguró de los bravos enemigos:
No tuvísteis mas peones ni caballos que los mios.
Y cuando el punto llegó en que nosotros vencimos,
Y os dimos de la victoria los aromáticos vinos,
Ya fuísteis para nosotros sin ojos y sin oidos:
Vos hicísteis vuestro fecho ante nuestros ojos limpios:

Mas como en la lid trabada   nosotros en remolino
Los contrarios derrocamos   por alzaros al Olimpo,
Así, no dudeis, tal vez   hará fortuna lo mismo,
Y caerá de la alta rueda   el pie mas alto subido.

Estos versos, que parecian aplicables á las intrigas de Africa, y como si se hubiesen hecho al suceso de la batalla de Merg-Rahita, llegaron á noticia del califa, y le agradaron cuando los oyó, y preguntó quien los habia compuesto; y habiéndole informado Said ben el Walid el Abrax el Kelbi que eran del caudillo de Husam ben Dhirar Abulchatar el Kelbi, no se olvidó de él y le premió oportunamente, como veremos.

En este tiempo los judíos que habia en España, que eran muchos y muy ricos, así de los antiguos como de los que habian pasado de Africa despues de la entrada de los muslimes, se alborotaron porque les vino nueva de que en Siria se habia aparecido un cierto Zonaria, impostor, que se decia ser su Mesiah, y rey prometido que ellos esperan; y todos los judíos de España y Galia partieron á Siria, abandonando sus bienes. El amir Ambisa aplicó todos sus bienes, casas y posesiones al estado. Ordenadas las cosas de España, pasó á la frontera de Afranc con numerosa hueste, y corrió y taló toda la tierra de Narbona, y mas adelante de allá del Ródano, tomando muchos despojos y cautivos; y en aquella entrada, peleando valerosamente contra cristianos, fue herido de muy graves heridas, y á pocos dias despues falleció. Encargó antes de morir el mando de las tropas al walí Hodeira, para que las acaudillase en tanto que Obeida ben Abderahman el Caisi nombrase amir de las provincias de España:
724 acaeció su muerte en fin del año 106.

CAPITULO XXIII.

ELECCIONES Y DESTITUCIONES DE VARIOS AMIRES DE ESPAÑA.

Tenia entonces el gobierno de Africa Obeidala ben el Hajiag, y cuando le comunicaron la muerte de Ambisa ben Sohim nombró por sucesor en el gobierno de España á Yahye ben Zalema, que reemplazó á Hodeira ben Abdala el Fehri al principio del año 107: era Yahye escelente caudillo, tan práctico en las cosas de la guerra como prudente y justo, pero demasiado severo: hacíase temer, así de muslimes como de los cristianos, por su mucho rigor. Luego pasó á visitar las fronteras y tierra de alguf y montes Albaskenses, y mientras en esto se ocupaba, recorriendo los pueblos sojuzgados, los árabes, descontentos de su severidad, consiguieron del nuevo gobernador de Africa Coltum, que depusiese al amir Yahye ben Zalema, y encargase el gobierno de España al caudillo Otman ben Abi Neza, que andaba en las fronteras de Afranc, y se distinguia por su mucho valor. Esta novedad fue muy grata á los émulos de Yahye ben Zalema, que eran muchos y poderosos. Tomó el mando Otman año 108: en el mismo año que Hasan ben Jusuf ben Yahye, primo del califa, abdicó su gobierno de Ejipto, y puso en su lugar Hixêm á Hafas ben Walid el Hadrami.

Muy pocos meses tuvo el mando el nuevo amir de España Otman. Los mismos que le habian elevado, poco satisfechos de su correspondencia, y frustrados en sus intentos y vanas esperanzas, llevaron repetidas quejas contra él á Coltum ben Aam, y este escribió al califa Hixêm para que nombrase amir de España al caudillo Hodaifa ben Alhaûs. La inconstancia y venalidad de los que gobernaban en este tiempo en Africa, daba oidos á las impertinentes solicitudes y maquinaciones de los ambiciosos que aspiraban en España á los cargos y gobiernos. Así

fue, que el amir Hodaifa no tuvo lugar ni espacio para hacer cosa memorable en el corto tiempo de su gobierno, pues á pocos meses creyó el amir de Africa que era necesario deponerle, y así lo escribió al califa, dando entre tanto el mando interino á Otman ben Abi Neza el Chemi, año 109. No duró á este caudillo 727
el mando lo que él quisiera, pues á los seis meses llegó la provision que hizo el califa Hixêm para amir de España en Alhaitam ben Obeid el Kenani. Este siro se puso luego en posesion, y principió á descubrir su natural cruel y avaro. Envió á las fronteras de Afranc al caudillo Otman ben Abi Neza (1), y él quedó en Andalucía para oprimir á los pueblos con todo jénero de vejaciones. Los mas principales muslimes, viendo su crueldad y condicion avara, procuraron perderle, y tramaron sus conjuraciones; pero descubiertas por Alhaitam se enfureció contra ellos, y les quitó sus bienes, y todavía no satisfecha su venganza contra algunos de ellos, les hizo morir con estraños tormentos. Entre los ofendidos y encarcelados estaba uno llamado Zeyad ben Zaide, hombre principal y de grande injenio: con el favor de sus amigos logró que el califa leyese sus quejas, y la referencia de las crueldades de Alhaitam, sus exacciones voluntarias, y violentamente sacadas á los pueblos, que los oprimidos eran infinitos, que el descontento y aversion era jeneral, en daño y descrédito grande del gobierno, y de la causa del islam: concluia diciendo: Señor, vuelve por los tuyos, que al lado de este tigre no tienen un instante de seguridad. Luego que el califa Hixêm leyó esta quejas mandó que pasase á España Muhamad ben Ab-

(1) Este Otman ben Abi Neza es el que en nuestras antiguas crónicas y en las de Francia se llama Munuza: fue fácil depravar el Abu-Neza en Munuza: en algunas copias arábigas se le llama Abu Tezza.

dala para averiguar con imparcialidad y discrecion la conducta de Alhaitam, y castigarle como merecian sus escesos, y en tal caso poner en el gobierno de España á la persona de mayor crédito y confianza que hallase entre los caudillos que en ella estaban.

Cuando Muhamad vino á Córdoba averiguó con mucho secreto la conducta, lo que hacia y mandaba el amir Alhaitam; y no tardó en apurar la verdad de las quejas que contra él habia. Manifestó la carta del califa, le depuso del mando, y le encarceló despues de haberlo paseado por las plazas y calles sobre un asno por afrenta: confiscó cuanto tenia, puso en libertad á los encarcelados por él sin causa, y de sus tesoros restituyó cuanto estos alcanzaron á los que él habia despojado. Poco despues le envió á buen recaudo á Africa. Tambien depuso el califa
727 el año 109 á Hafas el Hadrami del gobierno de Ejipto, y puso en su lugar á Abdelmelic ben Rafie. Dos meses gobernó en España Muhamad ben Abdala, que no tardó mas en tener conocimiento del valor del caudillo Abderahman ben Abdala el Kelbi el Gafeki, y le nombró amir de España en virtud de las facultades que tenia del califa. Todos los muslimes de España alabaron esta eleccion, y la miraron como el sello de la integridad y justicia de Muhamad ben Abdala: solo quedó ofendido y mal contento el walí Otman ben Abi Neza, que se creia merecedor de la autoridad de amir, y desairado en no haberla obtenido. Muhamad ben Abdala se retiró adonde Dios quiso acabada su comision. Esto fue entrado el año 110 de la Hejira.

CAPÍTULO XXIV.

GOBIERNO DE ABDERAHMAN BEN ABDALA, Y MUERTE DE OTMAN BEN ABI NEZA.

Abderahman ben Abdala el Gafeki, luego que obtuvo el cargo de amir de España, hizo una visita de todas sus

provincias para deshacer las injusticias que se habian introducido en el tiempo de Alhaitam. Oia las quejas de los pueblos con afabilidad, y con igual interés por los muslimes que por los cristianos: removia de sus alcaldías á los que habian sido injustos opresores de sus pueblos: ponia jente de conocida probidad; y á todos guardaba sus derechos. Restituyó á los cristianos las iglesias que les habian quitado, conforme á las estipulaciones de la conquista: destruyó las que se habian levantado en algunos pueblos por connivencia interesada de algunos gobernadores.

Entretanto no dejaba de solicitar que se reforzase el
731 ejército de España con nuevas tropas de Ejipto y de
África; y á este fin escribió muchas veces al gobernador de África. Empleó los dos primeros años de su gobierno en reconocer y visitar las provincias interiores de España; y habiendo llegado de África numerosas tropas escojidas y voluntarias, que envió Coltum el año 113, Abderahman, que no las queria tener ociosas, las dirijió á la parte oriental de España. Insaciable de gloria, que parece que no tenia la vida sino para esponerla intrépido á los mayores peligros de armas y combates, meditó hacer uua espedicion en tierra de Afranc, y ordenó á los caudillos de las fronteras allegar una poderosa hueste.

Mandaba en la frontera de los montes de Albotât, en confines de tierra de Afranc, el caudillo Otman ben Abi Neza, hombre de valor y de nobles prendas; pero émulo de la reputacion y gloria de Abderahman, y envidioso ahora de su autoridad: este caudillo en una cabalgada que habia hecho en tierra de Afranc cautivó una doncella, hija del conde (1) de aquella comarca: por sus amo-

(1) Este conde, cuyo nombre no mencionan los libros arábigos, era Eudon, duque soberano de Aquitania, de la estirpe de los antiguos reyes Merovinjianos: las crónicas francesas dicen que su hija, la esposa de Munuza, se llamaba Lampejia.

res con esta cristiana tenia concertadas paces por cierto tiempo con los cristianos. Cuando entendió la determinacion del amir Abderahman, le escribió disuadiéndole del intento de la espedicion en aquella frontera, por las treguas que tenia concertadas con el conde de aquel pais, que no era justo atropellarlas. Pesóle mucho de esto á Abderahman, y como algunos le informasen de todo lo que pasaba, y del verdadero motivo de estas avenencias y amistad de Otman con los cristianos, diciendo que no debia haber otorgado estas treguas sin licencia del amir, pues las habia concertado despues de la eleccion de Abderahman; en suma que no debia suspenderse la espedicion: escribióle el amir con gran enojo, y le decia: que sus avenencias otorgadas sin su conocimiento y permiso no valian: que lo manifestase así á los cristianos de su frontera, y estuviese prevenido con su jente para la entrada: que entre los muslimes y los de Afranc no habia ya mas razon que la espada. Otman, que en su corazon aborrecia al amir, viéndose desairado y atropelladas sus treguas, avisó al conde que se apercibiese para defender sus tierras; porque él no faltaba á la tregua, ni por su persona pelearia nunca contra él. Todo esto fue comunicado al amir Abderahman, que sin dilacion envió á Gedhi ben Zeyan con tropas para que se asegurasen de cuanto hiciera el caudillo Otman, y si hiciese algun movimiento en favor de los cristianos que le prendiesen y matasen. La llegada de los adalides y campeadores de Gedhi ben Zeyan á la ciudad de Albâb (1), donde estaba Otman, fue tan improviso que no tuvo tiempo este caudillo sino para

(1) El nombre de Medina Albâb es en castellano ciudad de la Puerta ó del Puerto: varios escritores árabes llaman á los Pirineos montes Albortât, por ser los puertos ó puertas para entrar en Francia por los estrechos valles del Pirineo: tal vez esta ciudad estuvo donde Puigcerdá. El Pacense la llama Castrum Libiae in Cerritania.

huir con su familia. Entró Gedhi en la ciudad, y sabiendo que en ella no se ocultaba, mandó seguirle por los pasos mas difíciles de los montes. Descansaba Otman con su amada cautiva por hallarse muy fatigados del camino y del ardor del sol, y reposaban á par de una fuente que de unas altas quebradas se derrumbaba, formando en el valle un verde y florido prado: allí estaba Otman mas cuidadoso de su cautiva que de su propia vida, y aunque hombre tan animoso, temblaba entonces aun del ruido del agua que se precipitaba entre las peñas. Parecióles á los de su familia que oian el paso de los que los perseguian, y no fue vano el recelo de sus corazones, que de improviso fueron rodeados de los de Gedhi: todos los suyos huyeron, que el temor les puso alas en aquella ocasion: buscaba Otman algun lugar donde ocultar su cautiva, cuando se vió por todas partes acometido de soldados: intentó en vano defenderla con su espada como si todo su valor y esfuerzo bastara contra tantos; pero fue herido de muchas lanzas, y allí espiró el triste. Apoderados de la cristiana, cortaron la cabeza al desangrado cuerpo de Otman. Cuando Gedhi presentó la cautiva y la cabeza á Abderahman, dijo el amir: ¡Gualá, que tan preciosa caza no se hizo nunca en estos montes! y mandó cuidar con mucho esmero aquella doncella, para enviarla á Damasco.

CAPÍTULO XXV.

ESPEDICION DE ABDERAHMAN Á LAS GALIAS.

En este mismo tiempo conquistó Muslema, hermano del califa, algunas tierras de los turcos; y sus dos hijos Moavia ben Hixêm y Suleiman ben Hixêm dieron batalla al rey de los griegos Constantin, y lo vencie-
731 ron y tomaron prisionero en la fuga; dicen que fue esto año 113. Los de Afranc en las fronteras de España luego supieron la desgracia de Otman, y el gran

poder de los muslimes que venia contra ellos. Preveníanse para defender su tierra, y escribieron sus cartas á muchas provincias pidiendo que viniesen á socorrerlos. El conde de aquella frontera allegó sus jentes, salió contra los muslimes, y peleaban con varia fortuna; pero siempre Abderahman los arredraba, y ocupaba sus pueblos: envanecidos con las continuas ventajas, y llenos de confianza en el valor y práctica militar del amir, no deseaban sino batallas, y las daban cada dia muy sangrientas atropellando á sus enemigos. Pasaron el rio Garuna y talaron sus campos, y quemaron los pueblos, y hacian innumerables cautivos. Por todas partes iba este ejército como una tempestad desoladora. La prosperidad en los sucesos de las armas hace insaciables á los guerreros. Al paso del rio venció Abderahman el ejército del conde de aquella comarca, y se retiró á su ciudad; luego la cercaron y combatieron los muslimes, y la entraron por fuerza, que todo cedia á sus espadas robadoras de vidas. En la defensa murió el conde, y le cortaron la cabeza, y salieron cargados de despojos, que tocó á cada uno oro, topacios, jacintos y esmeraldas. Todos los pueblos de Afranc temblaron de este terrible ejército: recurrieron á su rey Caldus (1), dándole noticia de los estragos de estas algaras muslímicas, que ocupaban y corrian libremente toda la tierra de Narbona, Tolosa, y Bordhal, y le refirieron la muerte de su conde. Consoló el rey de Afranc á estos pueblos ofreciéndoles su ausilio. En el año 114
732 montó á caballo, y sacó innumerable jentío contra

(1) Así está desfigurado el nombre de Cárlos Martel: es indecible la depravacion de los nombres propios que se halla en los libros arábigos, en siendo de lengua estraña para ellos: en Mesaudi casi todos los reyes de Francia se llaman Colorio y Lodorio: casi todos los de España Lodron ú Odron; pero no están con mas correccion los nombres árabes en nuestros cronicones.

los muslimes. Llegaban estos á Medina Towrs, y la querian entrar por fuerza, cuando supo Abderahman la poderosa hueste que contra ellos venia. Veia Abderahman y otros prudentes caudillos el desórden de las tropas muslimes que estaban cargadas de despojos y riquezas; pero por no descontentarlas no quiso mandar que todo se abandonase, para atender solo á las armas y caballos de batalla; y así, confiado en su constante fortuna y en el valor de su jente, despreció la multitud de los enemigos y llenó de vana confianza á los demás caudillos; pero este descuido y falta de disciplina siempre fue fatal á los ejércitos. Con la codicia de los despojos apretaron tanto el cerco y combates de la ciudad, que la entraron por fuerza casi en presencia del ejército enemigo. El furor de los muslimes aquel dia fue de tigres rabiosos, y así hicieron horrible matanza en los moradores de la ciudad; por eso parece que Dios les castigó, y la fortuna les volvió las espaldas.

En las riberas del rio (1) Owar se avistaron las dos enemigas huestes de muslimes y de cristianos de diferentes lenguas: temiéronse unos á otros: Abderahman, confiado en su fortuna, acometió el primero con horroroso ímpetu de su caballería: mantúvose la pelea con igual esfuerzo por los cristianos, y se mantuvo sangrienta todo el dia, y la noche se interpuso entre las dos enemigas huestes. Venido el dia siguiente, á la hora del alba se acometieron con furor: los caudillos muslimes, sedientos de sangre y de venganza, penetraron en los espesos escuadrones enemigos; pero en lo mas ardiente de la pelea, viendo Abderahman que gran parte de su caballería salia corriendo de la batalla á defender su campo, y que este movimiento ponia en desórden y confusion su jente, corrió á todas partes, pero no le fue posible contenerlos; y peleando con

(1) **Fue en los campos de Poitiers, y sobre los rios que van al Loira.**

los mas esforzados, cayó con su caballo pasado de infinitas lanzas. Fue cediendo el campo todo con harta confusion, y á favor de las tinieblas de la noche se retiraron del horrible campo de batatalla. Los cristianos siguieron su victoria y los persiguieron algunos dias peleando á veces y caminando entre continuos horrores hasta llegar á Narbona. Fue esta funesta batalla y la muer-
733 te del ínclito caudillo el año 115. El rey de Afranc
puso cerco á Medina Narbona; pero los muslimes la defendieron con tanto valor, que le fue forzoso levantar el cerco y retirarse á sus tierras con mucha pérdida de sus jentes.

CAPÍTULO XXVI.

DE LA ELECCION DE ABDELMELIC BEN COTAN PARA AMIR DE ESPAÑA, Y SU VENIDA Á ELLA.

Cuando se supo en España la desgraciada batalla y muerte de Abderahman, se pusieron en movimiento todas las tropas muslimes de las fronteras para acudir á donde fuese necesario. Se pidieron socorros de África, y vino nombrado por amir de España Abdelmelic ben Cotan el Fehri: envióle Obeida el Kisi, gobernador de Africa, con mucha dilijencia y con un buen cuerpo de tropas de á pie y de á caballo. Escribió al califa esta desgracia, y le dió tambien noticia del nombramiento provisional de amir que habia hecho; y el califa lo confirmó, y escribió á Abdelmelic ben Cotan exhortándole á vengar la sangre derramada de sus muslimes. Luego que entró en España pasó con mucha dilijencia á las fronteras de Afranc, y le siguieron á marchas forzadas las tropas que se juntaron de las provincias. Halló Abdelmelic ben Cotan muy intimidados á los muslimes, los procuró esforzar y recordarles que sus mejores dias habian sido los de las batallas y sangrientos combates de la santa guerra: que esta era la escala del paraiso,

que el enviado de Dios se preciaba de ser hijo de la espada, que reposaba á la sombra de las banderas y en los campos de batalla: que las victorias y la muerte y las derrotas están en la mano de Dios, que las da como quiere, y hoy persigue y triunfa el que ayer fue vencido. A pesar del valor y pericia militar de este amir, la guerra fue poco favorable á las armas muslimes en Afranc, y los cristianos recobraron algunas ciudades, y fue cada dia mas difícil la empresa de mantener la conquista de aquella tierra, que en vano se cansa quien trabaja contra los eternos decretos.

Estaba en este tiempo en Ejipto el walí ben Alhegâg
Aseluli el Caisi, y de órden del califa pasó á Africa en
734 rabié postrera del año 116, y dejó en ella á sus
hijos, á Alcasim en Barca y á Ismail en Sûs, y
nombró para amir de España á Ocba ben Alhegâg, su hermano, que se detuvo en Africa dos años y medio por las grandes revueltas que allí se suscitaron. Amer ben Abdala el Muradi, gobernador de Tanja, causaba grandes vejaciones á los de la ciudad y su comarca: los berberíes se rebelaron y se apoderaron de la ciudad, acaudillados de Museir, caudillo de mucho valor. Los muslimes mandados por Ocba Alhegâg les dieron batalla y los derrotaron: se acojieron á la ciudad, y furiosos contra su caudillo, los bárbaros lo despedazaron, atribuyendo á falta suya su derrota. Elijieron en su lugar para que los mandase á Chalid el Zaneti, que todavía quiso encargarse de acaudillarlos un hombre de valor. Salió este con sus berberíes, y acometieron á los muslimes y los rompieron y desbarataron, y se esparcieron por los campos. Los mas nobles árabes murieron en esta batalla. Por esta ocasion no fue posible ayudar al amir de España Abdelmelic ben Cotan como convenia. Los caudillos que habia en España no estaban bien avenidos entre sí: los que pasaban de Africa eran mas codiciosos de riquezas que ambiciosos de honra, y las tropas participaban de estos mismos vicios, y se habian hecho crueles enemigos de los pueblos.

Con todo eso pasó los montes de Albortât el amir Abdel-
melic, y entró en tierra de Afranc el año 118, y peleó
con muy buena suerte; pero siendo muy adelantada 737
la estacion de las lluvias, volvió á España, y en los
pasos y asperezas de aquellos montes padeció el ejército
muslim una derrota impensada y sangrienta. Las repetidas
desgracias del ejército se atribuyeron al amir Abdelmelic
ben Cotan, y como si en mal punto fuese nacido, todos
sus intentos se miraban como infaustos. Así lo repre-
sentó al califa Hixêm al walí de África, y mandó que fue-
se á España el amir Ocba ben Alhegâg.

En este año 118 murió el gobernador de Ejipto Aben Rafie, y puso el califa en su lugar á Abderahman ben Chalid ben Tabit el Fahêmi, y en el mismo año lo depuso, y dió el gobierno á Hantala ben Sefuân el Kelbi.

CAPÍTULO XXVII.

GOBIERNO DE OCBA BEN ALHEGAG.

Temblaron todos los gobernadores de España á la venida de Ocba ben Alhâgeg á ella: la fama de su severidad y de su justicia llenaba toda la tierra, y no bien entró en Andalucía cuando se sintieron los buenos efectos de su influjo: quitó de sus alcaidías á los caudillos acusados de crueles ó de avaros, oia con benignidad á los desvalidos, y hallaban en él amparo y proteccion cuantos la merecian. Era igual su celo por la relijion y por la justicia: llenó las cárceles de malversadores de las rentas públicas, y de injustos exactores de fardas y tributos arbitrarios: era para Ocba el delito mas grave en los encargados del gobierno, cuando por su interés particular y por su codicia aflijian á los pueblos y hacian detestable la autoridad que rejentaban. Estableció cadíes ó jueces en todas las ciudades principales de cada provincia, y otros en las poblaciones mayores de cada comarca, para que oyesen y conciliasen las quejas y

desavenencias que se ofrecen entre los hombres, y con su autoridad y discrecion se conservase la quietud de las familias y la paz pública. Ordenó que los walíes de provincia enviasen sus kaxiefes (1) para perseguir á los ladrones que anduviesen en ellas, y evitar las violencias y maldades que se cometian por los bárbaros en los campos y despoblados. Puso escuelas en los pueblos para enseñar las letras, y las dotó con asignaciones competentes sobre las rentas públicas. Mandó construir mezquitas principales y menores para la oracion, y ordenó que hubiese en ellas lectores y predicadores que enseñasen la relijion al pueblo. Empadronó todos los vecinos de todas las poblaciones de España, igualando los tributos en toda ella sin distinciones odiosas por su oríjen ó causa, y con la sucesion del tiempo injustas: envió en cadenas á Africa á muchos culpados. Era Ocba en su conducta irreprensible, y por consiguiente amado de todos los buenos, y temido de todos los malos. Examinó la conducta del depuesto amir Abdelmelic ben Cotan, y no hallándole delincuente le mandó pasar á las fronteras con cargo de walí de caballería, para que sirviese como antes. Para cumplir las órdenes del califa y sus propios deseos, partió á las fronteras de Afranc con ánimo de hacer allí entrada de conquista: cuando llegó á Zaragoza recibió cartas del amir de Africa Abdala, en que le comunicaba el estado de la guerra y rebelion de los berberíes, que á causa de algunas ventajas que habian logrado estaban muy inquietos, y le mandaba que sin tardanza volviese para terminar aquella guerra. Ocba sin detenerse un instante volvió con precipitadas marchas á Córdoba, y llevando un escojido cuerpo de caballería que puso en
barcas, bajó por el rio, y se pasó á Africa. Fue la par- 737
tida de Ocba el año 120 de la Hejira.

(1) **Kaxiefes eran, como indica el nombre, descubridores, jente armada que buscaba y descubria los malhechores, como los cuadrilleros de la Santa Hermandad.**

Cuando llegó á Tanja se reunió á los caudillos muslimes, y habido su consejo salió contra los berberíes, y derrotó varias taifas de ellos, y los dispersó en los desiertos; de suerte pue antes que llegaran los socorros de Cairvan y de Barca, ya estaban destruidas las numerosas tropas de los rebeldes. En España quedaron las provincias encargadas á sus walíes, porque el amir Ocba pensaba que seria muy en breve su vuelta.

Este año 120 dió el califa el gobierno de la Iraca á Jusuf
ben Omar el Tzakifi, cuya estupidez y arrogancia era
739 proverbial entre los orientales: y el año 121 fue walí
de Bufa y Basra; año en que apareció Zeid, hijo de Husein, nieto de Aly el califa, y suscitó en Cufa rebelion, y los de la ciudad le juraron obediencia: acudió con tropas Jusuf ben Omar, gobernador de Iraca, y los venció, y murió Zeid peleando, que el populacho y los rebeldes resistieron poco. Tomó Jusuf el cuerpo de Zeid, y lo puso en un palo, y lo quemó, y esparció sus cenizas al aire y al mar, y la cabeza la envió al califa Hixêm, que la mandó clavar á una puerta de Damasco.

En España los walíes procedian sin union, y no hacian cosa de importancia para dilatar las fronteras, antes bien con su descuido y parcialidades dieron ocasion á que se rebelasen algunos pueblos de los montes del guf de España. Abdelmelic ben Cotan acreditó su celo y buena conducta en esta ocasion, y por su parte evitó cuanto fue posible los males de la discordia: con su jente rompió y deshizo algunas partidas de rebeldes cristianos, que no tuvieron otro asilo que ocultarse y desaparecer en las guájaras y desfiladeros de sus montañas: anduvo á caza de estas fieras, y el escarmiento de unos intimidó á otros, y se allanaron y quedaron sometidos.

Lo mismo sucedió en Africa por la intelijencia y actividad de Ocba; y como hubiesen llegado muchas tropas de Siria y Ejipto, por ocupar últimamente estas jentes, las

envió Oveidala ben Alhegâg á conquistar la isla de Sicilia, y encargó el mando de esta espedicion á Habib ben Abi Obeida ben Ocba ben Nafe el Fehri. Desembarcó con gran ventura en ella, y la sujetó y allanó; y tornó á Africa en la luna de jiumada primera, año 123. ¡Cuán 740
incierta es la suerte de los hombres! Este caudillo Habib, que salió venturosamente de tantas batallas en España, que volvió á Siria con no poco riesgo de perder la cabeza por amigo de Muza y de sus hijos, que tornó á mandar peligrosas espediciones en Africa y en Sicilia, murió el año 123 en batalla contra los berberíes: nadie huye del tiro del destino. En este año dejó Oveidala el gobierno de Africa, y se partió á Ejipto: era este amir mas dado á las letras que á las armas y cuidados políticos, y fue muy elegante escritor de las conquistas de los árabes, y en Túnez edificó la aljama y una dársena para construir y reparar las naves. El año anterior 122 murió Muslema ben Abdelmelic ben Meruan, el ínclito héroe de los Beni Omeyas: fue gran caudillo, sabio, de buen consejo, y muy esforzado, que no tuvo semejante en su familia, ni en su tiempo, en ninguna parte.

CAPITULO XXVIII.

DE LA VUELTA DE OCBA EN ESPAÑA, Y DE SU MUERTE.

En el año 124 envió Hixêm al gobernador de Ejipto Hantala Ben Sefuân al gobierno de África, y puso en su lugar á Hafas ben Walid, que permaneció allí hasta la muerte del califa: para la tierra de Magrêb ó poniente de Africa envió á Coltum ben Zeyad, que habia tenido antes el gobierno de esta parte de África. Mandó Coltum que luego pasase á España el Amir Ocba ben Alhegâg con sus jentes.

Halló Ocba muy revueltas las cosas de España, que los walíes estaban entre sí desunidos, que Abdelmelic ben

Cotan era el único que habia preferido las atenciones del bien público á su conveniencia particular. Escribió Ocba á Abdelmelic dándole gracias por su celo y buenos servicios, acudiendo tan oportunamente á las inquietudes de las fronteras; le aseguró que habia escrito al califa para que le confirmase en el gobierno de España que merecia, y esperaba que así lo haria el califa. Le envió jente de á pie y de á caballo para ocuparla en mantener la frontera de Afranc. En este tiempo enfermó en Córdoba el virtuoso amir Ocba ben Alhegâg, y de aquella dolencia falleció, año 124, que fue muy grave pérdida para los muslimes de España, y mas por no haber tenido tiempo de componer las desavenencias de walíes ó caudillos principales, que la tenian dividida en bandos y parcialidades.

CAPÍTULO XXIX.

DE LA REBELION DE LOS BERBERÍES DE AFRICA CONTRA LOS ARABES, Y ENTRADA DE BALEG EN ANDALUCÍA.

En Africa se reunieron otra vez los berberíes, comandados por Chalid el Zaneti: salió contra ellos el amir Coltum ben Zeyad, y se dió sangrienta batalla en los campos de Tanja: el caudillo Chalid rompió y desbarató á los árabes, y en lo mas ardiente de la pelea murió Cultum el amir y otros caudillos muy señalados, y en ambas huestes fue atroz la matanza. Llegó la nueva de esta derrota de los árabes á Ejipto, y con la mayor dilijencia se puso en marcha el nombrado gobernador de Africa Hantala ben Sefuân con un ejército muy numeroso: entraron en ella en la luna
de rejeb del año 125. Los rebeldes que supieron la ve- 742
nida de esta poderosa hueste, doblaron sus esfuerzos,
muy confiados en sus buenos sucesos y pasadas victorias. Allegaron innumerable jentío de todas sus cabilas, así de á

pie como de á caballo: acaudillaban esta multitud Chalid el Zaneti, Acâch de Masamuda y Abdelwahib de Zanhaga, todos caudillos moros de los mas acreditados y aguerridos. Pusieron su campo en riberas del rio Masfa, y parecian sobre aquellas arenosas llanuras á las inmensas bandas de langostas: tantos y tales aparecian los negros combatientes de Sûs y Masamuda. Las tropas árabes venian acaudilladas de Thaalaba ben Salema el Ameli y de Baleg ben Baxir: el primero conducia las jentes de Siria y de Arabia, y el segundo las de Ejipto y de Barca: Hantala ben Sefuân mandaba las tropas provinciales de Almagrèb, reliquias ilustres de los conquistadores del pais.

Ordenadas sus haces se acometieron estas huestes en aquel abrasado desierto con espantoso alarido: nubes de polvo y de saetas hicieron aquel dia oscuro, y dieron horrible sombra á los hijos de la guerra. Las tostadas lanzas, sedientas de sangre, se embeodaron en profundos lagos de ella: todos pelearon con igual furor, y no parecian hombres que peleaban, sino fieras, tigres ó leones, que rabiosos se despedazan. Los caballos árabes no pudieron resistir al calor ardiente de la pelea y del dia, y cedieron á los caballos moros el sangriento campo: estos, incansables y duros, los rompieron y desbarataron á la mitad del dia, volvieron brida y fueron perseguidos, y parte fue degollada en los desiertos, parte, que era de los prácticos del pais se acojió á los fuertes y sitios defendidos, otra gran parte de los mas valientes se retiró peleando hácia la costa del mar con sus caudillos Baleg y Thaalaba, y desde ella, atravesando el estrecho Alzacâc, se vinieron á España en la mitad del año 125. 742

Habia poco antes recibido Abdelmelic ben Cotan la confirmacion de su cargo de amir de España, y la nueva de la muerte del califa Hixêm, que habia fallecido en Rusafa dia 6 de rabié, postrera del año, 125; era de edad

de cincuenta y tres años, y habia imperado diez y nueve, siete meses y once dias: fue de mediana estatura, de muy buen gobierno, pero muy exactor de tributos: gastaba mucho en cosas inútiles: tenia la manía de hacerse infinitos vestidos, cuentan que se podian cargar seiscientos camellos; y no los gastaba sin economía, los tenia tan guardados que apenas se halló uno para envolverle y amortajarle, porque tenia puestos sellos á sus armarios y depósitos.

CAPÍTULO XXX.

GUERRA CIVIL DE BALEG Y ABEN COTAN EN ESPAÑA.

Habia puesto Abdelmelic en Córdoba por gobernador de ella á Abderahman ben Ocba, y en Toledo puso á su hijo Omeya ben Abdelmelic, y él se hallaba en Zaragoza cuando fue avisado del paso de Baleg ben Baxir y de Thaalaba ben Salema: pesóle mucho de ello, así por la desgracia del ejército muslime, como porque receló que esta entrada suscitase inquietudes en España. Luego se puso en camino para venir á Andalucía, y escribió á estos caudillos que no debian separarse de la costa para estar mas prontos para tornar á África, donde sus personas y jente hacian mucha falta. Los desafectos de este amir, que eran muchos, tomaron de aquí ocasion para enemistarle con los walíes Baleg y Thaalaba y suscitar novedades: escribiéronles que todos serian de su bando, que no creyesen las propuestas de Abdelmelic, que solo queria el mando absoluto, y que le estorbaban todos los buenos. Sin perder tiempo estos revoltosos quisieron apoderarse de las ciudades de Córdoba y de Toledo: los primeros que hicieron armas fueron á cercar á Toledo, la que defendió bien Omeya ben Abdelmelic mas de un mes: otros fueron á sorprender á Abderahman ben Ocba en Córdoba; y mu-

chos se reunieron para juntarse con los venidos de Africa. Avisado Abdelmelic de estos movimientos, apresuró sus marchas y fué á socorrer al walí de Toledo, que ya estaba en gran estrecho, y los sitiadores, sabiendo su venida, levantaron el cerco precipitadamente. El walí Omeya, conociendo la causa de su fuga, salió de la ciudad y les dió un impensado y sangriento rebato, que los desordenó y persiguió matándoles mucha jente. Sabiendo el triunfo de su hijo, guió Abdelmelic su hueste contra los de Córdoba, que ya habian sido derrotados por el hijo de Ocba, que se empeñó en seguirlos y acabarlos. Lograron estas tropas dispersas y fujitivas reunirse á las que habian venido de Africa, y sabiendo que Abdelmelic les iba á los alcances, salieron juntas en numeroso ejército á encontrarle. Avisados de sus adalides y descubridores, fueron sobre el cuerpo de tropas de Andalucía, que mandaba Abderahman ben Ocba, y conpoca resistencia fue atropellado y puesto en fuga por la caballería de Baleg ben Baxir, y se dispersaron sin direccion por varias partes. Caminó el ejército vencedor á la parte de algarbe, para salir al paso á la hueste de Abdelmelic, que venia por Mérida para allegar de paso las jentes de guerra de Lusitania: encontráronse los campeadores de ambas huestes en Mertula: ordenaron sus haces en batalla, y con enemigo ánimo, como si fueran jentes de diferente ley, lengua y costumbres, pelearon gran parte del dia sin ventaja ni desigualdad: á la tarde los caballos de Africa rompieron y desbarataron á los muslimes andaluces; y la derrota fue jeneral poco antes de la noche. Huyeron durante ella por diferentes partes, y Abdelmelic con parte de su caballería se acojió á Córdoba. Luego escribió Abdelmelic ben Cotan una carta á los caudillos Baleg y Thaalaba, en que les manifestaba cuan sin razon abrigaban á los revoltosos muslimes de España, y como convenia, como pueblos de una misma nacion, avenirse y conciliarse sin dar lu-

gar á que entretanto que ellos inconsideradamente se destruian, los rebeldes de Africa sacasen ventaja de su guerra civil, y que considerasen que los pueblos de España acababan de ser sojuzgados por fuerza de armas, y que podian muy fácilmente, á ejemplo de los berberíes, procurar su venganza y recobrar su libertad y señorío. Proponíales que se contentasen con ocupar el territorio de Jezira Saltis, y esperar allí que se facilitase su vuelta á Africa, como era necesario: en fin, concluia con manifestarles sus disposiciones pacíficas, y que todo lo que habia precedido era obra diabólica de los revoltosos. No persuadieron estas razones á Baleg ni á Thaalaba, y de sus palabras inferian sus temores y pocas fuerzas; y puesta la mira en su interés y deseo de venganza, caminaron con toda su jente á Córdoba.

Los de Córdoba, temerosos de la tempestad que les amenazaba, por evitar los escesos de los bárbaros y africanos, y la crueldad de Baleg, creyeron templar la saña del vencedor entregándole á su amir Abdelmelic, y así lo hicieron. Presentáronle atado á un palo á la entrada del puente, y herido con cañas: luego le mandó cortar la cabeza el caudillo Baleg, y la pusieron en un garfio á la puerta del puente. Así acabó este noble amir Abdelmelic ben Cotan en fin del año 125 de la Hejira. 742

Los de Córdoba y el ejército proclamaron por amir de España á Baleg ben Baxir en el tumulto y desórden del dia de su entrada en la ciudad: esto no agradó al caudillo Thaalaba ben Salema; antes ofendido de que Baleg permitiese aquellas populares muestras de preferencia á su persona, dijo á sus jentes que Baleg no era sino su igual: que la elecion de amir pertenecia al califa, y de su órden y especial confianza al gobernador de Africa Hantala ben Sefuân: que todo lo que allí pasaba era un alboroto y licencia popular muy vituperable, y mas en los que pudiendo reprimirla no lo hacian: que

porque no pareciese que con su presencia autorizaba el desórden, que en aquel dia se ponia en marcha con los que le quisiesen seguir. Así lo hizo y partió con gran parte de la jente de guerra de su mando, que pocos le faltaron, y con ellos pasó hácia Mérida acrecentando cada dia su parcialidad. Por otra parte Omeya ben Cotan, el hijo de Abdelmelic, en lo de Toledo y en toda España oriental tenia gran partido, porque los alcaides y gobernadores de las ciudades eran amigos y hechuras de su padre; y entre los caudillos principales el insigne Abderahman ben Ocba, que estaba jurando por cielos y tierra que habia de vengar la muerte del amir Abdelmelic, y ayudar con todas sus fuerzas á su hijo. A este fin reunió las tropas que andaban dispersas en Andalucía, y allegó un ejército, y fue el primero que se opuso á Baleg ben Baxir. La salida de Thaalaba ben Salema habia debilitado con su separacion las fuerzas de Baleg, así que solo tenia como doce mil hombres, y con ellos salió á encontrar la jente de Abderahman ben Ocba.

Encontráronse ambas huestes en los campos de Calat-Rahba: animó Baleg á los suyos, diciéndoles: que despreciasen el número de sus enemigos, que eran jentes allegadizas, miserables reliquias del ejército que antes habian atropellado: que todavía estaban temblando de sus cortantes espadas, y los mas tenian todavía sin cicatrizar sus heridas. Acometieron con desesperado furor, y los de Abderahman ben Ocba los recibieron con increible esfuerzo: la pelea fue sangrienta, y mantenida con teson por ambas huestes: el caudillo Baleg, atropellando á sus contrarios á derecha é izquierda, como un bravo leon entre la tropa de los cazadores, andaba buscando á voces al hijo de Ocba, que le salió al encuentro no menos animoso, y le dijo: yo soy, yo soy el hijo de Ocba que buscas; y se arremetieron el uno contra el otro, y se dieron crueles botes de lanza, y revolviendo con mayor presteza el caba-

llo el hijo de Ocba, fue tan feliz que pasó de banda á banda de una lanzada á Baleg ben Baxir, que cayó en tierra muerto. Sus tropas no tardaron en sentir la falta de tan esforzado caudillo, y fueron desbaratadas y puestas en huida, dejando el campo cubierto de cadáveres y de sangre. Por esta victoria dieron á su caudillo Abderahman ben Ocba el título de Almanzor: acaeció esta
742 batalla el año 125.

Las tropas fujitivas de esta batalla no fueron mucho tiempo perseguidas, y se acojieron al ejército de Thaalaba ben Salema y al de Abderahman ben Habib, que entró con Baleg ben Baxir, y hacia parte de la division de Thaalaba ben Salema, que caminaban hácia Mérida: juntas estas tropas llegaron delante de la ciudad, y su walí no les permitió que entrasen en ella, y lo intentaron por fuerza, y la cercaron como enemigos.

CAPÍTULO XXXI.

DEL IMPERIO DEL CALIFA WALID BEN JEZID Y DEL CALIFA JEZID BEN WALID.

En Siria el califa Walid ben Jezid ben Abdelmelic fue proclamado el dia 6 de la luna rabié postrera, el mismo dia en que murió su tio Hixêm: era ya de mas de cuarenta años: apartó del gobierno de Ejipto á Hafas ben Walid, y puso en su lugar á Isa ben Abi Atâ. Era este califa Walid impío y menospreciador de la relijion: se bañaba en vino, abusaba en todo de su poder, entró en territorio de Meca con perros de caza: hacia muy buenos versos y gustaba de la música; pero era destemplado
743 en sus pasiones. En el año 126, estando bien descuidado de lo que le amenazaba, recreándose con sus esclavas y cantores, los pueblos de Siria de comun acuerdo proclamaron califa á su primo Jezid ben el Walid ben Abdelmelic. Este príncipe, aprobando la conmocion po-

pular, ofreció cien mil doblas en oro á quien viniera con la cabeza de Walid. Hallábase el califa de Basra en Tel-Rahita, cerca de Damasco: sus guardias le abandonaron al acercarse la turba de los amotinados, y llegándose mucho jentío escalaron las murallas, y entrando donde estaba Walid le despedazaron inhumanamente, y llevaron sus manos y cabeza á Damasco, y las clavaron en las puertas de la ciudad: los despedazados miembros del califa fueron conducidos al cementerio de la puerta de los Huertos, y allí los enterraron; sus dos hijos Hakem y Osman fueron encarcelados, al parecer, por librarlos del furor del populacho: esto fue el año 126.

Fue proclamado Jezid ben Walid ben Abdelmelic en
la insurreccion popular contra su primo el califa Walid,
el dia 28 de la luna jiumada postrera: año 126: fue
su madre Xahferinda, hija de Firuz, nieta de Jezde- 743
jird, rey de Persia. La violenta muerte del califa Wa-
lid llenó de turbacion y anarquía todas las provincias del imperio. Los ambiciosos son como el mar que con todo viento se altera: unos, con pretesto de indignacion por la deslealtad de los pueblos de Siria, se pusieron en armas, y otros, por aprovechar la ocasion de las revueltas y confusion del estado, para saciar su codicia y deseos de venganza, vagaban de unas ciudades á otras robando y matando indistintamente á todos: así ha sucedido siempre y sucederá entre los hombres mientras su naturaleza sea la misma. Los de Hemesa se amotinaron y cerraron las puertas de la ciudad, y se resistieron á la obediencia de Jezid tratándole de usurpador. Envió Jezid contra ellos un ejército, y fue rechazado por los de la ciudad. Suleiman ben Hixêm ben Abdelmelic, que estaba encarcelado, salió de su prision y se puso al frente de los descontentos, y entró en Naamana, y la saqueó para recompensar á sus tropas el celo y lealtad y los buenos servicios que hacian al estado, y luego fué con ellos contra Damasco. Tambien se levan-

taron este año con el mismo pretesto los de Jardana y Palestina, y dieron muerte á sus gobernadores. Depuso Jezid á Jusuf ben Omar del gobierno de la Iraca, y puso en su lugar á Manjûr ben Jiambor. Al mismo tiempo Meruan ben Muhamad se manifestó tambien contra Jezid, so color y pretesto de vengador de la sangre de Walid: se hallaba en Armenia y allegó mucha jente, y se disponia á venir contra Jezid; pero este le propuso por medio de sus parciales que le dejaria los gobiernos de Jezira ó Mesopotamia, Armenia, Mosul y Aderbijan, á condicion de que le reconociese, y así lo hizo Meruan, y le juró obediencia en Harran. Disminuyó Jezid el estipendio de los soldados: y esta medida, aunque fuese justa, fue muy inoportuna, pues sin otra razon muchos abandonaron su partido, y dejaron sus banderas allegándose á los que le negaban obediencia: por esto le llamaban Nakis ó disminuidor. Á los cinco meses de su imperio y cuarenta años de su edad murió de peste: oró por él su hermano Ibrahim.

CAPÍTULO XXXII.

DE LAS REVUELTAS DE ÁFRICA SOSEGADAS POR HANTALA BEN SEFUAN.

Toda España estaba dividida en bandos y parcialidades por las desavenencias de los caudillos, sin que pudieran remediar estos males las dilijencias y prudentes consejos de los buenos muslimes que en ella estaban. Contribuian á estos desórdenes las revueltas de Africa, y las inquietudes y turbulencias de Oriente sobre el califazgo, de que hemos hablado. En Africa el amir Hantala ben Sefuân ben Nufal el Kelbi, gobernador de Africa y del Magrêb por el califa Hixêm, y confirmado por sus sucesores, á fin de sujetar á los rebeldes berberíes quiso probar por sí mismo si las armas serian ya mas felices en sus manos que en las de sus

caudillos, y reuniendo un poderoso ejército de cuarenta y cinco mil hombres de á pie y de á caballo, vino á buscar á los rebeldes. Estos por su parte cuidaron de allegar toda su jente, y el caudillo Acach partió á encontrarlos antes que llegasen á Cairvan; y Abdelmelic, otro rebelde, fue por tierra de Nejiana á tomarlos por la espalda: los campeadores de la hueste de Hantala, veloces como águilas, le avisaron de la marcha de estas tropas enemigas, que intentaban rodearle y pelear contra él en un mismo lugar. Conoció Hantala cuanto convenia pelear con ellos separados: ordenó sus haces, y con precipitada murcha anduvo toda la noche: encargó la delantera de batalla al caudillo Husâm ben Dhirâr, y vinieron antes de rayar el dia á herir en los de Acach, que no esperaban esta alborada y estaban harto descuidados: antes que tuvieran tiempo de ordenarse en batalla, fueron derrotados con gran matanza por los de Hantala; debiéndose esta victoria al esfuerzo y dilijencia de Ben Dhirâr, que no esperó la luz del dia para acometer á los moros rebeldes. Conseguida esta ventaja, sin perder tiempo y sin mas descanso que el forzoso para respirar de la fatiga de la pasada refriega, el amir Hantala, siguiendo el carro de la victoria, se adelantó hácia Cairvan, recelando que se le adelantase Abdelwahib, otro caudillo de los rebeldes que venia con innumerable chusma á unirse á los demás berberíes. Esta segunda batalla fue mas sangrienta que la primera y mas venturosa para los muslimes, pues rompieron y desordenaron á sus enemigos, haciendo en ellos gran matanza: aquella noche, que puso treguas á los horrores de la pelea, pasaron los vencedores árabes sobre el campo de batalla, oyendo los jemidos de los heridos y moribundos bárbaros: el número de los que perecieron aquel dia Dios lo sabe; entre estos el valiente caudillo Acach se encontró cubierto de heridas, y mandó Hantala cortarle la cabeza, que se llevó en una pica por el campo: tambien pareció muerto Abdelwahib. La division del re—

belde Abdelmelic, avisada por los fujitivos de la primera y segunda derrota de sus compañeros, se dispersó por los montes. Con esta insigne victoria quedaron sosegados los movimientos é inquietudes de Almagrêb, y toda la tierra quedó sojuzgada. Conociendo Hantala el jenio inquieto y belicoso de estos pueblos, procuró hacerlos soldados útiles del islam: les repartió armas y caballos á los que quisieron pasar á España, porque pensaba enviar á ella un amir que la tranquilizase y deshiciese los bandos y desavenencias que la tenian á punto de perderse: reunió hasta quince mil mogrebinos voluntarios de las cabilas de zenetes, masamudes y azuagos, jente muy esforzada.

CAPÍTULO XXXIII.

DE LA ELECCION DE HUSAM BEN DHIRAR PARA AMIR DE ESPAÑA, Y SU GOBIERNO EN ELLA.

Los honrados muslimes de España le pedian un caudillo que reuniese las voluntades discordes de aquellas facciones que habia de yemaníes, alabdaris, siros, y ejipcios: que fuese de tal prudencia, valor é integridad, que no se inclinase á ningun partido, que se llamase declarado enemigo de toda parcialidad, y solo atendiese al bien jeneral de los muslimes y de los pueblos sometidos. Pareció al walí Hantala ben Sefuân que aquella era ocasion de valerse de las conocidas prendas y valor del caudillo Husam ben Dhirar ben Suleiman el Kelebi, conocido por Abulchatar, ya antes propuesto para este cargo por el califa Hixêm, cuando le recitaron sus versos. Hay quien dice que la eleccion del amir Husam ben Dhirar fue el año 122, y que fue el catorceno de los que gobernaron en España, que tuvo este cargo cuatro años y nueve meses; pero en verdad no entró en España hasta ahora con escojidas tropas africanas.

Cuando entró este amir en Andalucía se habia apodera-

do de Mérida el caudillo Thaalaba ben Salema, y tenia puesto cerco á la ciudad de Córdoba, y en sus marchas hacia estragos en los pueblos, y á todos los trataba con mucha crueldad cuando en algo se le resistian, ó no le llevaban las provisiones y servicios que les imponia. Temerosos los de Córdoba de esperimentar su mucha crueldad, le entregaron la ciudad con buenas condiciones; pero habiendo allí tomado mil prisioneros de Albarbar, por aterrar á las jentes mandó sacar al campo aquellos mil cautivos y degollarlos delante del pueblo en dia juma. Ya estaba congregada la multitud para tan cruel espectáculo, cuando fue avisado de la súbita venida de Husam ben Dhirar, que se habia adelantado con mil caballos. Este inesperado anuncio lo suspendió, y mandó retirar aquellos cautivos, y luego salió con otros caudillos á recibir al amir Husam ben Dhirar, y por obsequiarle puso á su disposicion aquellos prisioneros para que dispusiese de ellos lo que quisiese. El amir se lo agradeció, y en el mismo dia los mandó poner en libertad; y que se agregasen voluntarios á las banderas de berberíes, ó se retirasen á su tierra. Fue aplaudido Husâm de todos los muslimes por su jenerosidad; y en el mismo dia mandó prender á Thaalaba ben Salema, y que partiese á buen recaudo para Africa. Sosegadas las tropas de Thaalaba, y ordenado lo conveniente para el gobierno de Córdoba, partió pocos dias despues con su escojida jente á Toledo, y obligó á salir de allí al caudillo Abderahman ben Habib, compañero de Thaalaba y de los que se llamaban amires de España de propia autoridad. Los del partido de Aben Cotan, sin resistencia alguna, antes muy de su propio movimiento, vinieron á ofrecerse al servicio del amir: sin dilacion corrió las otras provincias, y en todas partes ganó á los muslimes mas con su prudencia y su bondad natural, que con la fuerza ni opinion de los valientes africanos que le acompañaban.

Consideró como la primera y mas importante providen—

cia de su gobierno el evitar toda ocasion de discordia, y asegurar la quietud de los muslimes en España: á este fin hizo repartimiento de tierras á las tribus de Arabia y de Siria, que eran las mas poderosas en España, y competian entre sí pretendiendo todas ellas apoderarse de las comarcas de la capital de Córdoba, que no les podian bastar. Para terminar sus desavenencias repartió á los siros y árabes veledíes establecidos en el pais moradas y tierras en rejiones semejantes á las suyas, y con mayor anchura que la de aquellos pueblos: repartió en tierra de Ocsonoba y de Beja á los de Ejipto y primeros veledíes, y á los demás árabes de estos en tierra de Tadmir (1): en las comarcas de Sevilla y de Libla á las jentes de Hemesa, que eran tambien muy principales: repartió moradas y posesiones en tierra de Sidonia y Aljezira á los palestinos, y en las comarcas de Rayata á los de Alordania; en las de Elbira á las jentes de Damasco; en tierra de Jayen á los de Quinsarina; en las comarcas de Cabra á las jentes de Wacita, y en las provincias mas apartadas á los de las Iracas, y á los de Cairvan: asignóles tambien alimentos en la tercia parte de lo que rentaban los bienes de los colonos siervos de los ajemíes (2), dejando á los árabes veledíes de la primera jente con lo que tenian en su poder de sus bienes, que no se les privó de nada de ello. Cuando vieron las tierras señaladas tan semejantes á las de su pais en calidad de frutos, dispo-

(1) Este repartimiento de las tierras de Tadmir, esto es de Murcia, acredita lo que refiere el Pacense cuando dice: que despues de la muerte de Teodomiro le sucedió Atanaildo, que fue noble y valeroso, rico y liberal, aun en aquellos tiempos; pero poco despues el rey Alhozza Alchatar acometiendo la España le hizo muchas injurias y le condenó en graves tributos. Este rey Alhozza es el walí Husam Abulchatar, que sin creerse obligado á los pactos convenidos con Tadmir, que fueron con él y no con sus sucesores, repartió sus tierras.

(2) Los ajemíes pueden ser los godos.

sicion del terreno y anchura, se holgaron mucho, y dieron gracias á Dios de su venturoso estado, y no cesaban de bendecir á los caudillos Muza ben Noseir y á Baleg ben Baxir, que tantos bienes y fortuna facilitaron á las jentes de ambas naciones.

Quedaron, sin embargo, algunos descontentos de las remociones y mudanzas de los gobernadores de ciudades y provincias que fue forzoso hacer para que los pueblos quedasen contentos y libres de los opresores, de quien se habian quejado al amir. Entre otros se dió por agraviado Samail ben Hatim ben Xamri el Kelbi el Dhabei, que se apellidaba Abu Gaisi: fue su abuelo Xamri de los mas nobles de Cufa, y uno de los que asesinaron á Husein, hijo de Aly, y el que presentó su cabeza á los pies de Jezid ben Moavia; por esto cuando las venganzas de esta muerte se huyó Xamri con su familia á los confines de Siria, y allí le mató el vengador Mathar. Los hijos de Xamri huyeron y entraron en África con Coltum ben Ayad, y el jóven Samail vino á España con los principales de Siria en la entrada de Baleg ben Baxir, que mandaba una parte del ejército de Coltum: era muy esforzado y de mucha prudencia, y se habia hecho en España cabeza de la faccion ejipcia, y opuesto á la yemeniya, ó de árabes de Yemen, que favorecia muy á las claras el amir Husâm ben Dhirar, segun decian los descontentos: aunque de ilustre prosapia, como Samail se habia criado en tiempo de revoluciones, y de fugas y estrañamientos, era muy sin letras, que no leia ni escribia; pero de mucha prudencia, y práctico en los conocimientos de la guerra y gobierno de los pueblos. Cuenta de él Abu Becre ben Alcutia, que se acompañaba siempre de hombres sabios y los consultaba, y admitia el consejo de jentes humildes. Este Samail ben Hatim se manifestó como el mas ofendido de Husâm ben Dhirar, porque no le dió el gobierno de Zaragoza *que* le tenia ofrecido Baleg, y suscitó dis-

cordias con sus parciales: al principio fueron secretas quejas y murmuraciones, que pasaron á desprecios y desobediencia. Procuró Husâm apagar estas chispas antes que prendiese y se dilatase el fuego de la sedicion en toda España; pero se le anticiparon todos los caudillos y fomentadores de la faccion ejipcia y de los alabdaris, levantaron tropas y corrieron la tierrra.

CAPÍTULO XXXIV.

DEL IMPERIO DEL CALIFA IBRAHIM, Y DE LA GUERRA CIVIL EN SIRIA.

En oriente el califa Ibrahim sucedió en el imperio á su hermano Jezid el dia despues de Id aladheha ó fiesta de las Victimas: fue su madre Noama: fue proclamado por los parciales de su hermano, sin pretension ni repugnancia de su parte; pero el breve tiempo de su imperio
744 fue turbulento y sin ventura. El año 127 vino Meruan ben Muhamad con su ejército á Quinsarina, con ánimo de seguir á Damasco y ocupar el imperio: estaban en Quinsarina Baxar y Mansur, hijos de Walid ben Abdelmelic, y Baxar salió con sus tropas contra Meruan; pero sus soldados le abandanaron y se pasaron al ejército de Meruan, y fueron presos Baxar y Mansur y encarcelados. Luego pasó á Hemesa, y los de la ciudad le recibieron bien y le juraron obediencia: allí se le juntaron á Meruan mas de ochenta mil hombres. Salió el ejército de Ibrahim acaudillado de Suleiman ben Hixêm ben Abdelmelic, que era de ciento y veinte mil hombres, y se dirijió contra Meruan: divulgó este príncipe que su intento era vengar la muerte de Walid, y poner en libertad á los dos hijos del desgraciado califa, Osman y Hakem, que estaban en Damasco; pero Suleiman despreció sus proclamas, y se dieron sangrienta batalla: murieron mu-

chos de ambas partes: Suleiman y los suyos huyeron vencidos, y en la fuga muchos cayeron en poder del vencedor. Meruan exijia de los prisioneros el juramento de obediencia á los dos príncipes Hakem y Osman, y sin otra condicion daba libertad á sus cautivos. Vuelto Suleiman á Damasco, de acuerdo con el califa Ibrahim, hizo dar muerte á los príncipes en su prision: luego tomó todo el oro que habia en el erario y tesoro del califa, y repartiéndolo á sus soldados para que siguiesen su fortuna, se retiró de la ciudad. Entró en ella Meruan, y hallando muertos á los príncipes Hakem y Osman los enterró con mucha pompa: hizo sacar de la prision á Muhamad Xeibani, que habia estado preso con ellos, y al llegar á la presencia de Meruan le saludó llamándole califa, y lo mismo hizo Jezid, hijo de Suleiman. Dijo el Xeibani que el príncipe Hakem y su hermano le habian declarado sucesor, diciendo Hakem: si yo muriese y mi socio futuro sucesor, que Meruan sea amir amumenin, ó gobernador de los fieles. El mismo califa Ibrahim ben Walid lo reconoció por su señor y abdicó y se declaró depuesto del imperio, y lo mismo hizo todo el pueblo de Siria proclamándole. Imperó Ibrahim dos meses y algunos dias, y vivió hasta el año 132, en que le quitó la vida Nubuno; otros dicen que murió ahogado en un rio huyendo de la batalla en que Abdala el de Alabâs venció á Meruan. Era Ibrahim de poco talento y descuidado: los suyos unas veces le llamaban califa, otras amir.

CAPÍTULO XXXV.

DE LA GUERRA CIVIL ENTRE LOS CAUDILLOS SAMAIL, THUEBA Y HUSAM BEN DHIRAR.

En España los alabdaris y ejipcios, secuaces de Samail, corrian la tierra como enemigos, y exijian contri-

buciones de sangre en los pueblos que no venian á ofrecerles su obediencia y servicios: entre los caudillos descontentos apareció Thueba ben Salema el Hezami, que habia hecho grandes proezas en Africa contra los berberíes. Andaba Husâm ben Dhirar en tierra de Beja, en algarbe de España, cuando le avisaron de las levas de jente y correrías que se hacian en la tierra, en desobediencia de sus mandamientos y desprecio de su autoridad: le dijeron que Samail y Thueba le habian depuesto de su amirazgo, y revolvian contra él todas las provincias: que ganaban los soldados fieles con falsas acusaciones contra él, y á otros con la licencia y libertad de robar los pueblos: recibió cartas de algunos honrados muslimes que le prevenian que anduviese con mucho cuidado y desconfianza, porque sus enemigos le buscaban la muerte por todas vias. Quiso Husâm ben Dhirar venir á Córdoba y asegurarse en ella: para esto dispuso su marcha con poca compañía de caballeros fieles, y por caminos estraviados venia con mucha dilijencia; pero su partida no pudo ser tan secreta que no la supiesen jentes entregadas á sus contrarios: así fue, que al paso de unos montes cayó sobre ellos una celada de los alabdaris, que los sorprendió y llevaron á Samail y á Thueba. Queria Thueba que sin dilacion se le descabezase, pero Samail no lo consintió, y acordaron ponerle encarcelado en una torre de Córdoba, divulgando en el pueblo que eran órdenes que se habian recibido del califa, que estaba informado de sus escesos y tiranía. Fue la prision de Abulchatar Husâm
744 ben Dhirar el año 127.

Los caudillos descontentos, por su propia autoridad, elijieron á Thueba ben Salema por amir de España: era Thueba el Hezami de cabila yemeni, muy esforzado y buen caudillo. En la frontera oriental estaban Aben Cotan y Aben Ocba con poca jente y no bien avenida: por la distancia de aquella frontera de España oriental no sa-

bian de las cosas que pasaban en Andalucía, sino lo que querian los alabdaris y ejipcios; y cuando supieron la prision de Abulchatar Husam ben Dhirar, no sabian á qué atribuirla, sabiendo por otra parte su rectitud, prudencia y buen gobierno. Deseando saber lo cierto, recelosos de las maquinaciones de los alabdaris, enviaron á Córdoba un caballero de su confianza para que averiguase lo que pasaba y las verdaderas causas de la prision de Husâm ben Dhirar. Luego entendió aquel enviado que la ambicion de Samail, y los deseos de Thueba ben Salema, y la codicia y maldad de los que ansiaban la licencia de las correrías y estorsiones que autoriza el estado de guerra y de revueltas, eran las ciertas razones de la desobediencia al amir Husâm y de su violenta deposicion del amirazgo. Volvió á la frontera y refirió á los walíes Aben Cotan y Aben Ocba lo que habia averiguado; y como por las pocas tropas que tenian no estuviesen en estado de adelantar ni de intentar empresa alguna, acordaron que Aben Cotan fuese secretamente á Córdoba y procurase por medio de sus amigos y parciales poner en libertad á Husam ben Dhirar, y si no lograse algun partido en Andalucía, que no era de esperar, retirarle á las fronteras orientales, donde ellos tenian autoridad y partido. Llegó con rápidas marchas Aben Cotan á Córdoba, y fue á hospedarse en casa de Abderahman ben Hasan, caudillo de mucho valor y amigo de Aben Cotan. Conferenciaron sobre la libertad de Husam, y confiado su intento á treinta valientes soldados de su confianza, aguardaron una noche que toda la ciudad estaba en profundo sosiego, y acometieron á los que guardaban la torre en que Husam estaba preso, y á los mas degollaron, y otros huyeron y se ocultaron: sacaron á Husam, y á la hora del alba corrieron las calles y se apoderaron de las puertas de la ciudad, que sabiendo que habia sido puesto en libertad se declaró en su favor, y se armó la juventud para guar-

darle y defenderle. Los fujitivos de la torre, y otros del bando de los alabdaris, llevaron esta nueva á Samail, que pasados pocos dias vino con muy buena hueste sobre Córdoba. Habia salido Aben Cotan á tierra de Toledo para buscar algunos ausiliares que favoreciesen el partido de Husam ben Dhirar. Entretanto los de Córdoba mantenian el cerco, y se defendian de los combates que daban los de Samail. Toda la tierra de Córdoba padecia los estragos de la caballería y jente que enviaba Thueba para entrar en la ciudad. Los buenos muslimes confiaban en los socorros que allegaria Aben Cotan, y aconsejaban que se mantuviese el cerco. La juventud acalorada é impaciente murmuraba que el amir habia perdido en la prision el valor y la intelijencia en cosas de guerra: le ofendieron estas hablillas, y por acreditar su valor salió con pocos y escojidos yemaníes; acometieron á los de Samail, que no esperaban esta salida, y rompieron y desbarataron cuantos se les pusieron delante, dejando el campo cubierto de heridos y muertos. Con esta salida los de la ciudad se envanecieron, y se ofrecieron voluntarios á otra muchos árabes, siros y africanos; y por manifestar Husam cuan bien sabia menear las armas, quiso tambien salir acaudillando esta inconsiderada juventud. Habia Samail dispuesto que á la parte que hiciesen salida, las tropas cediesen campo finjiendo retirarse peleando, y preparó escojida jente de caballería, que les tomase el costado y les cortase la retirada. Así acaeció: la jente de Husam, siguiendo á su amir, atropellaron á los cercadores, que se fueron retrayendo hasta que llegó el punto de salir la caballería preparada, que envolvió á los de Husam: peleaba este con maravilloso esfuerzo, revolviendo con destreza á todas partes su caballo, y en lo mas ardiente de la refriega cayó pasado de una lanzada. Pocos pudieron volver á la ciudad de los que estaban á su lado; que los mas murieron peleando; y otros llevaron la desgraciada nue-

va de la muerte de Husam y la flor de su caballería: así acabó el amir Husam ben Dhirar al fin del año 127, ó ya entrado el 128, como dicen otros. Los 745 de Córdoba abrieron las puertas á Samail, atribuyendo la resistencia á los parciales de Abulchatar, y entre otros al caudillo Abderahman ben Hasan y al walí Aben Cotan, que fueron buscados para entregarlos á Samail, pero no estaban en la ciudad ni volvieron á ella.

CAPÍTULO XXXVI.

GOBIERNO DE TUEBA Y ELECCION DE JUSUF EL FEHRI.

Desde este dia continuó sin rival en su amirazgo Thueba ben Salema el Hezami: Samail fué á su gobierno de Zaragoza y España oriental, y entre ambos gobernaban toda la península, con mas atencion á mantener sus parcialidades que á dilatar las fronteras, ni fomentar el bien jeneral del estado. Los buenos muslimes veian el abandono de estos caudillos: que á su ejemplo los caudillos de las fronteras miraban sus pueblos como rebaños que les pertenecian, y los despojaban con voluntarias estorsiones, sin otra ocupacion que vagar armados para sacarles tributos y desusadas contribuciones. Los muslimes pacíficos padecian poco menos que los cristianos, y el descontento era jeneral, y cada dia era mas insufrible la gobernacion militar. Los caudillos de cada provincia querian ser dueños independientes de cuanto sus tierras producian: los walíes de Andalucía pretendian ser obedecidos de los de Toledo y de Mérida: estos no reconocian superioridad lejítima en los de Córdoba ni en los de Zaragoza: todos procuraban acrecentar su partido ganando con franquezas y libertades los ánimos de los alcaides y capitanes de la frontera, y todos se disponian á conservar sus pastos y rebaños á fuerza de ar-

mas contra quien quisiese invadirlos. Así estaba España dividida entre yemaníes ó árabes del Yemen, ejipcios, siros y alabdaríes, y sin un amir con autoridad lejítima que los gobernase, y mantuviese á los pueblos en justicia: por las revueltas de Oriente y de Africa no se podia esperar que de allí viniese el remedio de estos males. Los mas nobles árabes cahtaníes y otros del Yemen y algunos ejipcios, viendo las calamidades que amenazaban estas divisiones de los que gobernaban, y las locas pretensiones de algunos caudillos, propusieron que se celebrasen juntas pacíficas, para tratar en ellas lo que convenia á la seguridad y bien jeneral de los pueblos. Muchos por sus intereses particulares no querian que se hiciesen estas congregaciones ó ayuntamientos, porque no se estableciesen en ellos ordenanzas ó nuevas autoridades que perturbasen su absoluta gobernacion. Despues de muchas dificultades se congregaron los walíes y principales caudillos, y persuadidos por los ancianos cahtaníes y ejipcios, se convinieron en que debia elejirse un amir que tuviese autoridad sobre todos, que los walíes y caudillos le obedeciesen, que él proveyese los gobiernos de las provincias y ciudades, y el mando de las tropas de frontera en quien quisiese, y por el tiempo que estimase conveniente: que él solo tuviese la suprema autoridad, el interés y el cuidado del bien y seguridad de todos los pueblos, y que todos ayudasen á mantener el órden, la sumision y la justicia: que fuese hombre de valor y prudencia, que no hubiese sido cabeza de ningun partido, ni ferviente parcial de ninguno de los bandos que tenian divididas las jentes. Por comun consentimiento fue nombrado amir de España Jusuf ben Abderahman ben Habib ben Abi Obeida ben Nafe el Fehri: era de la alcabila Coraixi; y segun Muhamad ben Huzam en su libro intitulado Universal de linajes, Ocba ben Nafe, el conquistador de Africa, fue padre de Obeida; y Obeida fue padre de Ha-

bib, el que mandaba en España cuando se quitó la vida á Abdelaziz ben Muza ben Noseir, y este Habib fue padre de Abderahman, que fue caudillo en Africa, y padre de Jusuf el Fehri, que vino á España, y por sus virtudes y nobleza fue muy estimado en ella y respetado de todos, así de los muslimes como de los cristianos. Nunca llevó la voz de ningun bando, ni era contrario ni enemigo particular de ningun caudillo. Cuenta Aben Hayan que se celebró esta junta jeneral, en que nombraron á Jusuf el Fehri amir de España, en la luna de rabié segunda, año 129. 746

Toda España aplaudió tan acertada eleccion, y descansó llena de buenas esperanzas. Thueba ben Salema habia fallecido poco antes de estas juntas y eleccion, en fin del año 128: Samail y Amer ben Amrú el Coraixi, cabeza de los alabdaríes, y amir del mar de las costas de España, aunque en su corazon se sentian ofendidos, no lo manifestaron; porque las escelentes prendas de Jusuf eran como las luces del sol, que á su vista desaparecen y se ocultan las estrellas. Dió Jusuf el gobierno de Toledo á Samail, y el de Zaragoza al hijo de Samail, por consideracion á sus méritos, nobleza y opinion jeneral, y por templar el disgusto interior que podian tener con esta muestra de honra y de estimacion. Como las comunicaciones con África y Siria estaban cortadas, suprimió el cargo de amir del mar que tenia Amer ben Amrú, y le dió el gobierno de Sevilla. Preciábase Amer de biznieto de Mosab, aléfrez del Profeta en la bataña de Bedra: era muy poderoso y habia construido un magnífico palacio en Córdoba, fuera de sus muros, á la parte de poniente de la ciudad, y un espacioso cementerio que se llamó de su nombre á la misma parte y enfrente de la puerta de apuel lado: grandes eran sus riquezas y muchos sus parciales, y todavía mayor su ambicion, y así no tardó mucho tiempo sin principiar á perturbar la apacible calma esta-

blecida, que tanto convenia al gobierno de España; porque los ambiciosos son como el mar, que siempre está en movimiento, y el mas leve viento lo inquieta.

CAPÍTULO XXXVII.

GOBIERNO DE JUSUF EL FEHRI, Y DIVISION DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA.

Visitó Jusuf las provincias, oyó las quejas de los pueblos, puso nuevos gobernadores donde convenia, removió de sus cargos á muchos por injustos y crueles. Mandó restituir los caminos militares de Andalucía á Tolaítola (1), á Mérida, á Alisbona y á Asturiaca, y á Saracusta y Tarracona: reparó los puentes derribados, y aplicó para estas obras y para las aljamas la tercia parte de los productos de cada provincia. Empadronó todos los pueblos de España, y la dividió toda y las ciudades de ella en cinco provincias de seis que solian ser en tiempo de los godos, como habia antes hecho el amir Ocba ben Nafe. La primera provincia Andalucía, que antes decian Bética del Beti, rio de Córdoba, desde su nacimiento hasta que entra al mar Océano, y de lo que este rio ciñe, y lo que está del otro lado de él, hasta la embocadura del Guadiana en el mar, y las tierras contenidas como bajan las vertientes de los montes hasta el mar entre ambos rios: sus principales ciudades Córdova, Esbilia, Carmona, Estija, Talica, ciudad cerca de Esbila, antigua casa real de los eparcos de España, Sidonia, Arcos, Libla, Málaga, Elvira, Jayen, Arjona, Cas-

(1) Ha parecido conveniente dejar aquí los nombres de las ciudades con las alteraciones que recibieron de los árabes: en el índice jeográfico están declaradas.

tolona, Alturja, Cabra, Bulcona (1), Astaba, Ossona, y otras pertenecientes á las comarcas y jurisdiccion de las principales. La segunda provincia de Tolaitola, que decian antes de Cartajena: dilátase esta provincia desde la falda oriental de las sierras de Córdoba y de Castolona, estendida por grandes espacios intermedios, y del otro lado al guf ó parte boreal de Jibal Axarrat, detrás las sierras de Guadaramla, llegando hasta las montañas del otro lado del rio Duero, como bajan á él todas sus vertientes, hácia oriente, hasta las sierras en donde este rio nace, estendiéndose hácia el mediodia hasta la costa del mar de Siria: sus principales ciudades Tolaitola, Úbeda, Bayeza, Mentiza, Wadiacix, Basta, Murcia, Bocastra, Mula, Lorca, Auriola, Elixe, Játiva, Denia, Lucante, Cartajena, Valencia, Valeria, Segovia, Segobrica, Ercabica, Wadilhijara, Secunda, Ocxima, Colounia, Cauca, Balância, y otras poblaciones pertenecientes á las comarcas de las principales. La tercera provincia de Mérida, que se decia antes de Lugidania y de Galicia: estiéndese á la parte de algarbe, del lado occidental del Guadiana basta el mar Océano, donde el sol se pone, y hácia el guf ó norte por toda Lugidania y Galicia hasta las costas que baña el mar Británico, y como bajan todas las vertientes de los montes del Berjido al rio Duero, y de los montes de Galicia al rio Minio y al mar de poniente, y al del guf ó de Britania: sus principales ciudades Mérida, Beja, Baracara, Dumio, Alisbona, Portocale, Tude, Auria, Luco, Astorica, Samora, Iria, Vetica, Ossonoba, Egitania, Colimbiria, Beseo, Lamico, Caliabria, Salamántica, Abela, Elbora, Iabora, Cauria, y otras menos considerables pertenecientes á las comarcas y jurisdiccion

(1) Bulcona, ahora Porcuna, esto es de Obulcona, que oyeron decir á los naturales: derivacion de Obulco, sin necesidad de delirar con inscripciones romanas y sacrificios de puercos para indagar el oríjen de su nombre.

de las principales. La cuarta provincia de Saracosta, que antes llamaban Celtiberia: se estiende desde la falda oriental de los montes de Ercabica y del otro lado de las sierras, donde nace el rio Tajo, por todas las tierras de España oriental, cuyas vertientes descienden de ambos lados al rio Ebro hasta dentro en los montes de Albortât y montes Albaskenses: sus principales ciudades Saracusta, Tarracona, Gerunda, Barciliona, Egara, Empuria, Ausona, Urgelo, Lérida, Tortusa, Wesca, Tutila, Auca, Calahorra, Bambolona, Tarrazona, Barbastar, Acoscante, Amaya, Jacca, Segia, y otras pertenecientes á las comarcas de las principales. La quinta provincia de Narbona, que está en tierras de Afranc, y se dilata desde la falda oriental de los montes de Albortât, como descienden las vertientes hácia el mar de Damasco, entre los montes y la costa del mar, hasta el rio de la ciudad Nemauso, que entra en el rio Ródano: es tierra de frontera contra las jentes de Afranc: sus principales ciudades Narbona, Nemauso, Carcasona, Caucoliberi, Betieras, Agada, Macalona, Lotuba, Elena, y otras de menos nombre que pertenecen á sus comarcas.

Envió Jusuf el Fehri á su hijo Abderahman, llamado Abulaswad, con escojida jente de á pie y de á caballo á las fronteras de Afranc con el Ocaili, primo de Samail, que era caudillo de la jente de Siria, y con Suleiman ben Xiheb, que mandaba tropas ejipcias, para contener á los rebeldes que habian inquietado las fronteras aprovechando la ocasion de las desavenencias de los muslimes de España.

CAPITULO XXXVIII.

DEL IMPERIO DEL CALIFA MERUAN, ÚLTIMO DE LOS OMEYAS EN ORIENTE.

Loado seas, Señor, Dios, dueño de los imperios, que

das el señorío á quien quieres, y quitas el señorío á quien quieres, y honras á quien quieres, y humillas á quien quieres; en tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso. Ordenado estaba en los eternos decretos que acabase en Oriente la felicidad y el reinado de los Beni Omeyas. Los últimos califas de esta dinastía, Jezid y Meruan, despreciaron, que no debieran, las pequeñas centellas de rebelion que abrigaban los Beni-Alâbas con políticos disimulos, desestimando aquellos avisos que en escelentes versos envió el caudillo Nasir ben Seyar al califa Meruan, diciéndole:

Entre la ceniza fria vi lucir leves centellas,
Yo temo que han de llegar á ser llamas descubiertas:
Si acaso no las apaga con tiempo mano discreta,
Lo que estas llamas abrasen no será monte ni selva,
Sino jente, que la vida entre sus incendios pierda:
Dije viendo tal vision, con admiracion de verla:
¡Oh, quién á menos distancia ahora saber pudiera
Si la sucesion de Omaya duerme á sueño suelto ú vela!

Así fue, que encendidos los ánimos con las sujestiones de Abu Muslema, ardió el estado en discordias y descubierta guerra civil. Para dar mayor impulso á la ruina de esta alta casa de Omeya, cayó tambien su apoyo y principal columna el walí Nasir ben Seyar, y con él todas las esperanzas del estado: esto fue el año 131, y 748 en ocasion tan peligrosa depuso el califa Meruan del gobierno de Ejipto á Guayara ben Sahli, y puso en su lugar á Abdala ben Magbara, que murió poco despues. Envió en su lugar á Abdelmelic, hijo de Muza ben Noseir, y confirmó al amir de Africa Abderahman ben Habid, que tenia este gobierno por su propia autoridad. Asimismo aprobó y confirmó la eleccion de amir hecha en España en Jusuf el Fehri, ó fuese confianza, ó disimulo por no poderlo impedir. En todas las provincias se le rebelaban los gobernadores, y los que se querian oponer á los des–

leales quedaban vencidos. Los gobernadores de las ciudades, siguiendo el viento de la fortuna que soplaba, las entregaban al vencedor y rebelde Asefah, aun antes que intentase tomarlas, y todos se le ofrecian y se ponian de su bando. Así facilitaron á Abdala Abulabâs Asefah la violenta subida al trono de los califas.

Por industria y valor de su wazir Abu Muslema fue Abdala proclamado; y sin perder tiempo, tan precioso en estas ocasiones, envió á su tio Abdala con numerosa hueste á perseguir al califa Meruan. Encontráronse ambas huestes en Turab, cerca de Musul; la batalla fue muy sangrienta, y mas de treinta mil hombres murieron al lado de Meruan. Huyó el vencido califa, y las pocas tropas que escaparon de la espada del vencedor se ahogaron en el Forat (1): este dia y en este paso del rio murió ahogado Ibrahim, el califa depuesto. Fatalidad de los eternos decretos, que muriese Ibrahim peleando por conservar el imperio al que le habia despojado de él. El sin ventura Meruan llegó á Quinsarina, y Abdala le siguió con la flor de su caballería. No creyéndose allí seguro Meruan, que no lo está el infeliz aunque se esconda y encarame en los nidos de las águilas, sobre las altas rocas, ni evitará la saeta de la poderosa mano del hado, aunque se suba á las estrellas, partió á Hemesa. Los de la ciudad al principio le hicieron buena acojida; pero cuando entendieron las circunstancias de su derrota, y el mal estado de sus cosas, le obligaron á salir de su ciudad, y le declararon por su enemigo. Llegó á Damasco, y sin confiar en esta ciudad, pasó á Palestina, y cerca de Alardania le alcanzó Abdala que le seguia como el hambriento pardo á la tímida gazela. Trabóse una sangrienta escaramuza en que se retiraron vencidos los de Abdala: tanto

(1) Forat, el rio Éufrates, que nace en las sierras de Armenia y va al golfo Pérsico.

puede el desesperado valor. Desairado y ofendido de este revés de su fortuna, quitó el califa Abdala Asefah el mando de las tropas á su tio Abdala, y lo encargó á su hermano Saleh.

Meruan, perseguido siempre de su contraria fortuna, huyó á Ejipto con las tropas que todavía le quisieron seguir, que no eran muchas: iba Saleh en su alcance, y en unas alquerías de Saida, que llaman Busir-coridas, alcanzaron su campo el dia 27 de dylhajia, año 132: 749 acometieron los de Saleh con ventaja, y la resistencia de los del califa duró poco tiempo, porque Meruan cayó muerto en los primeros encuentros. Cuéntase que un vil soldado, que antes vendia granadas en la plaza de Cufa, le cortó la cabeza y la presentó á Saleh: mandó este desmehollarla para enviarla canforada á su primo el califa Asefah, que ya habia ocupado el palacio de los califas en Cufa. Como para prepararla y embalsamarla hubiesen arrancado su lengua, una fuina la arrebató: lo que se tuvo por castigo divino por las impiedades que Meruan solia decir. Así lo referia Saleh en su carta y versos, que con este motivo escribió á su primo el nuevo califa.

Dios te dió triunfo y victoria   **en las batallas de Ejipto,**
Y la muerte á Meruan   **por temerario é impío:**
Mira cual su lengua paga   **cuantas blasfemias ha dicho,**
Pues la arrastra y la devora   **vil fuina de cortijo:**
Aquí vimos á las claras   **cómo el Señor del destino**
A los impíos tiranos   **les dá su justo castigo.**

Despues Saleh se volvió á Siria, y dejó en el gobierno de Ejipto al caudillo Abu Aunila. Cuando presentaron al califa Asefah la cabeza de Meruan en Cufa, se postró y dió gracias á Dios por la muerte de su enemigo. Los hijos del rey Meruan se salvaron huyendo á Etiopia, donde los negros peleando contra ellos matáron á Obeidala:

su hermano Abdala escapó con alguna jente y anduvo vagando á diversas partes, hasta que en el califado de Almehdi cayó en manos del gobernador de Palestina Nasrû ben Muhamad ben Alaxat, que lo envió al califa Almehdi. La familia de Meruan, sus hijas, mujeres y esclavas fueron presentadas á Saleh, y mandó que las llevasen á la ciudad de Harran, donde Meruan solia tener su corte parte del año. Las desgraciadas, al entrar en aquella hermosa ciudad y ver sus alcázares y deliciosos jardines, ya no suyos, lloraron con lastimosos lamentos, y se quejaron en vano de su enemiga fortuna. Tenia Meruan cuando murió sesenta y dos años: habia reinado cinco, diez meses y quince dias: era blanco de color, de ojos garzos, la cara majestuosa, barba densa y bien puesta, y de mediana estatura: de grande ánimo, muy valiente, de entendimiento y consejo muy agudo, sino que ya se habian acabado su imperio y fortuna con los dias de su felicidad, y se habian de acabar en infortunio y desgracias; por eso no aprovecharon su buen consejo y agudeza. Fue su sobrenombre Abu Abdelmelic y Alhemarû, y tambien le decian el Jiadi porque seguia la opinion de los aljiades, que eran los que decian que el Alcoran y el Hado eran criaturas; su madre era de nacion curda. Este fue el último califa de los Omeyas, que todos fueron catorce.

No será inoportuno abreviar aquí sus nombres, y el tiempo que duró el califado de cada uno. El primero se llamó Moavia ben Abi Sofian; duró su imperio diez y nueve años, tres meses y veinte y siete dias. Este solia decir: que los príncipes son la fortuna buena y mala de los hombres en este mundo, porque levantamos y engrandecemos á quien queremos, y abatimos y humillamos á quien se nos antoja. El segundo fue Jezid, hijo de Moavia sobredicho; duró su imperio tres años y seis meses. El tercero se llamó Moavia, hijo de Jezid ben Moavia; rei-

nó tres meses, otros dicen cuarenta dias. El cuarto se llamó Meruan ben Hakem; fue califa nueve meses y diez y ocho dias. El quinto se llamó Abdelmelic, hijo de Meruan; reinó trece años y cuatro meses menos siete dias. El sesto se llamó el Walid, hijo de Abdelmelic ben Meruan ben Alhakem, que fue muy venturoso en sus cosas; en su tiempo se conquistó la España, engrandeció la ciudad de Damasco con magníficos edificios; y duró su venturoso imperio nueve años y siete meses. El séptimo se llamó Suleiman, hijo de Abdelmelic; fue califa cuatro años y ocho meses. El octavo se llamó Omar ben Abdelaziz, fue califa dos años y cinco meses. El nono fue Jezid ben Abdelmelic; reinó cuatro años y un mes. El décimo se llamó Hixêm ben Abdelmelic; reinó diez y nueve años, nueve meses y dias: los hijos de este califa pasaron á España perseguidos por los califas de Beni Alabâs, y establecieron en ella un imperio. El onceno se llamó el Walid, hijo de Jezid ben Abdelmelic ben Meruan; reinó un año y tres meses. El duodécimo se llamó Jezid, hijo de Walid ben Abdelmelic, fue llamado el Nakis por los soldados; reinó cinco meses y doce dias. El décimotercio se llamó Ibrahim, hijo de Walid ben Abdelmelic, hermano de Jezid el Nakis; reinó cuatro meses, otros dicen sesenta dias, pues fue depuesto, y años siguientes murió ahogado en el rio Azabo cuando perdió la batalla el califa Meruan, como ya hemos dicho. El décimocuarto y último de los Omeyas se llamó Meruan, hijo de Muhamad ben Meruan ben Alhakem, que le llamaban el Jiadi; reinó cinco años, diez meses y quince dias, murió peleando en Ejipto, donde perdió su ejército.

CAPÍTULO XXXIX.

DE OTROS SUCESOS TRÁJICOS DE LOS BENI OMEYAS DESPUES DE LA MUERTE DE MERUAN.

Ahora diremos el suceso de los Beni Omeyas despues de la muerte del califa Meruan, las persecuciones y muertes de ellos, siguiendo el órden del tiempo. Cuentan los historiadores que despues de la muerte de Meruan, acabado el imperio de los Omeyas, quedó de esta familia Soliman, hijo de Hixêm ben Abdelmelic, el décimo de estos califas, el cual con su hermano Abderahman alcanzaron del califa Asefah no solo seguridad, sino estimacion y honras especiales, y estaban bien recibidos en la corte, si no hubiera influido la malignidad de algunos cortesanos contra ellos, entre otros uno llamado Sodaif, que por algun antiguo agravio que habia recibido de los Omeyas, ó por lisonjear al califa y á sus parientes, le entró un dia diciendo estos versos:

A tus ojos nunca creas, que la apariencia es falaz,
Y tal vez bajo del brazo puede ocultarse gran mal:
Con la espada se repara, que por eso al lado está,
Y da de mano al azote porque no suele bastar:
Hasta que de todo el orbe en el ámbito capaz
De jentes de Beni Omeya no quede rastro ú señal.

Cuando el califa oyó estos versos, como su corazon estaba ya muy dispuesto á esta crueldad, mandó matar á Soliman ben Hixêm, y su hermano se libró por estar ausente. Tambien estaban algunos caballeros de la familia de Omeya refujiados y con seguro y muy honrados en la corte de Abdala ben Aly, tio del califa Asefah: cuentan que eran hasta noventa caballeros, los cuales habiendo sido convidados á un festin, y estando para comer con el

tio del califa, entró en la sala de la concurrencia Xiabil ben Abdala, liberto de los Beni Haxiâm, y dijo estos versos al príncipe:

Sobre los mas altos montes   á este reino amanecia
Su clara y feliz estrella   que lo bañó en luz benigna:
De los nobles Alabases   llegó á su cumbre la dicha
Que todo el mundo anhelaba   y Abdelhaxiam (1) merecia:
Y despues de su inconstancia   mostró la suerte enemiga,
Cuando de sus pies los alza   y otra vez los acaricia,
Injusta será, si á un tiempo   su faz muestra compasiva
Con hijos de Abdelxiamsi (2),   con esa prosapia impía.
Eso no es de recelar   que en saña airada los mira,
Y con tristes contratiempos   su justa venganza indica.
Luego, sús, cercena y corta   de raiz la planta altiva,
Y della no quede rama   que pueda dar sombra un dia.
Acaben tambien al golpe   los que su bando seguian:
Con halagüeño semblante   hoy tus umbrales visitan:
Sabe que contra tí son   acicaladas cuchillas,
Que cortan sin compasion   y están sedientas de vidas.
Ahora yo, que te quiero,   y los que tu riesgo escita
Sienten verlos en tu alcázar   pisando tus alcatifas,
Y que en él se ven honrados   con tal regalo y estima:
Pues que Dios los humilló   ¿porqué tú no los humillas?
Salgan luego de tu casa,   no tengas dellos mancilla:
De Alhusein (3) y Zaydi (4)   no olvides la muerte indigna,
Ni á quien en su propia cama   robaron la dulce vida:
Y aquel ínclito varon   que en Harran amanecia (5)
Por las calles arrastrando,   muerto con alevosía,
Y olvidado entre estranjeros,   venganza, venganza, grita.

(1) Este era el abuelo ú tronco de los Alabases ó Abasidas.
(2) Este fue el abuelo ú tronco de los Omeyas.
(3) Alhusein fue hijo de Aly, hijo de Abi Taleb, tio del Anabi Mahomad y hermano de Abâs, projenitor del califa Asefah: este Husein fue asesinado per órden de Jezid, segundo califa de los Omeyas: le cortaron la cabeza, y el cadáver fue arrastrado y pisado de la jente y caballos en las calles.
(4) Zaydi, hijo de Husein, vencido en batalla y muerto por órden del califa Hixêm ben Abdelmelic: su cadáver estuvo puesto en un palo mientras reinó aquel califa de los Omeyas.
(5) Este fue Ibrahim, el hermano del califa Asefah, muerto en su prision.

Entonces Abdala, tio del califa Asefah, mandó azotar hasta que muriesen á los noventa caballeros de la familia de Omeya, y luego se hizo, y cayeron desfallecidos en el suelo, y entonces hicieron estender los estrados sobre ellos, y las jentes comieron sobre aquellas alfombras, oyendo los jemidos de aquellos sin ventura hasta que murieron. No contento de esto, hizo Abdala que abriesen los sepulcros de los califas que estaban sepultados en Damasco, y sacaron los huesos de Moavia ben Abi Sofian con los de Jezid, su hijo, y los de Abdelmelic ben Meruan, y los de Hixêm, su hijo, que hallaron su cadáver sano, y lo mandó poner en un palo: despues lo mandó quemar y esparcir sus cenizas al viento. ¡Inhumana venganza contra los muertos! Persiguió á todos los de esta familia y real casa de Omeya, hasta intentar que no quedase de ella ni chico ni grande: por otra parte los perseguia con la misma crueldad Soliman ben Aly, otro tio del califa, que hizo morir muchos de ellos en la ciudad de Basra, y los hizo echar al campo, y que nadie los enterrase para que los perros los comiesen y las aves carnívoras. Los que pudieron se huyeron disfrazados, vagando por diversas partes del mundo.

CAPÍTULO XL.

DE LA GUERRA CIVIL DE LOS CAUDILLOS ÁRABES EN ESPAÑA.

En este tiempo en España el amir Jusuf el Fehri se hacia temer de todos por su severidad y justicia, aunque los descontentos ó émulos de su poder decian que no era su justicia sino contra sus rivales ó estraños, que para los de su casa y sus amigos su copa era de miel, y para los demás de amargos ajenjos. El que se manifestaba mas libre y mas desafecto fue Amer ben Amrû el Coraixi, caudillo que era cabeza de los alabdaríes, y por sus muchas riquezas y grandes alianzas con los mas poderosos de España nada

temia: se habia enemistado con Samail, walí de Toledo, y con su hijo, que tenia el gobierno de Zaragoza, y de esto estaba ofendido: solicitó alguno de estos principales mandos, y desairado en sus pretensiones, principió á fomentar
la sedicion y discordia civil; ya desde el año 132
andaba inquietando los ánimos, ganando á los alcai- 749
des de algunas comarcas con dádivas y promesas.

El amir de España, receloso de su conducta, y avisado de las maquinaciones sediciosas de Amrû, no se descuidó en seguirle sus pasos y averiguar sus intentos, temiendo que su mucho crédito y riquezas viniesen á ser fatales á los pueblos de España. Llegó á manos de Jusuf el Fehri una carta que Amer ben Amrû habia confiado á un siro su ahorrado, jente leve é infiel cuando los estimula su natural codicia con alguna nueva esperanza de logro: este le entregó la carta, y bien pagado finjió su viaje pasando al Ejipto. Escribia Amer al califa de Damasco, diciéndole: que Jusuf gobernaba la España como absoluto dueño de ella: que él y sus amigos la tenian repartida entre sí como si fuese herencia propia: que no se oia el nombre del califa en España, ni de quien se preciase de serle obediente: que llevado de su celo y respeto á la autoridad del amir de los fieles y lejitimo califa, se lo participaba para que providenciàse el conveniente remedio: que contase con su obediencia y la de sus parciales, que eran muy poderosos: que no confiase en Samail ni en su familia, que estos tenian parte en la tiranía y mal gobierno de Jusuf el Fehri. Dió parte de esta carta á Samail y á su hijo, y acordaron que era menester asegurarse de Amer ben Amrû, y procurar su muerte si no habia otro remedio.

Estaba en este tiempo Samail en su casa, que tenia en la ciudad de Secunda (1); y sabiendo que Amer ben Amrû pasaba con algunos sus parciales cerca de esta ciudad, in-

(1) Puede ser Sigüenza.

tentó Samail que algunos caballeros de su compañía saliesen como acaso al camino, y lo prendiesen ó llevasen con engaños á Secunda. Salieron los de Samail, y viendo que los que acompañaban á Amer ben Amrú eran en mayor número, los saludaron, y con muestras de amistad los convidaron con sus casas y hospedaje. Lo aceptó Amer, bien ajeno todavía de que sus maquinaciones fuesen sabidas en España: recibidos en Secunda, cuando en el palacio de Samail cenaba este con sus principales secuaces, se oyeron las voces de los que primero se habian adelantado á desarmar su jente: con maravillosa presteza saltó Amer de la mesa, y con su espada se abrió paso como un rayo, y mezclado en la confusion de los que se resistian y peleaban en los patios, se salvó con pocos de los suyos, que allí quedaron muertos la mayor parte de ellos. En vano los buscaron y persiguieron los de Samail, que mas lijero suele correr el perseguido. Luego fue abierta la guerra y descubierta la parcialidad. Allegó Amer sus jentes, y ardiendo todos en deseos de venganza, corrieron por todas partes á las armas. Cuentan algunos que Amer fue prevenido de lo que contra él se intentaba aquella noche un poco antes por su alcatib ó secretario, que se llamaba Alhebâb, que era de Beni Zahira, que oyó palabras de sospecha entre la familia de Samail. Por todas partes andaban los ajentes de Amer escitando á la venganza de la sangre de los nobles árabes derramada alevosamente en la ciudad de Secunda, que fue desde este dia un monumento de horror y de compasion para los honrados muslimes. Como esta perfidia era pública, y los intentos y maquinaciones de Amer ben Amrû secretos y desconocidos, gran parte de los árabes yemaníes y cahtaníes se declararon en su favor, y engruesaron sus compañías. Cuanto se publicaba por el amir Jusuf y por Samail se tenia por falso y como vanas escusas de su maligna intencion frustrada contra sus esperanzas: todos lo atribuian á la envidia y antigua ene-

mistad de Samail y de los suyos contra Amer ben Amrû.

Con sus muchas riquezas y el favor de Husein Ocaili y de otros caudillos yemaníes y berberíes allegó Amer una buena hueste, y entró en tierras de España oriental, y se dirijió á las comarcas de Zaragoza, donde menos recelaban sus enemigos. Luego fue avisado Samail del golpe que amenazaba á su hijo, y con la caballería que de presto pudo juntar fue contra los alabdaríes: supieron estos su marcha, y con mucha dilijencia salieron á encontrarle: aprovecháronse de la aspereza de la tierra por donde Samail debia pasar, pelearon con él en las sierras donde su caballería no hacia efecto alguno, y fatigada de las largas marchas, cuando salió de las fragosidades ya estaba sin brio y muy disminuida. Así, á pesar del valor y de la destreza, los alabdaríes quedaron vencedores, y fue forzoso á Samail encerrarse en Zaragoza. Cercaron la ciudad los alabdaríes con grandes esperanzas de rendirla; pero Samail la defendia con igual valor y con mucha intelijencia. Los combates eran frecuentes: en los rebatos y salidas hizo Samail mucho daño á sus enemigos, y como las provisiones fuesen escaseando en la ciudad, determinó salir de ella dejando á su hijo la jente mas á propósito para la defensa, en tanto que llegaba el ausilio que esperaba de Toledo y de Córdoba. Salió de la ciudad Samail con su jente y muy buena caballería: pelearon con los de Amer ben Amrû, que no pudieron contener su impetuosa salida, y aunque en el desórden recibieron harto daño, luego vieron que el intento habia sido dejar la ciudad, y confiaron entrar en ella sin mas resistencia. Todavía mantuvo la cindad el hijo de Samail defendiéndola con mucha constancia. El campo de los alabdaríes se dividió, y mientras Amer ben Amrû continuaba en el cerco, su hijo Wahib y el caudillo de los cahtaníes Husein ben Adejiam el Ocaili partieron siguiendo á su primo Samail, con quien trabaron algunas escaramuzas en su retirada. Entretanto, apurados los recursos

de la ciudad, y dilatándose el sitio, reducidos á mucho estremo los defensores, se dispusieron á dejar la ciudad en manos de sus enemigos: con mucho secreto prepararon su salida valiéndose de la oscuridad de la noche, cuando los fuegos de los que cercaban la ciudad estaban casi apagados. Fue la salida á la tercera vela de la noche: todo estaba descuidado en el campo y en la ciudad. Caminaron con mucho silencio hasta llegar á las fosas que rodeaban las avenidas de la ciudad: allí acometieron con ímpetu, y degollaron cuantos se ofrecieron al paso, y con harta felicidad rompieron la circunvalacion sin perder un hombre. Amrû á la venida del dia fue recibido por los habitantes, que le manifestaron que no habian tenido parte en la resistencia ni defensa, sino como forzados por su walí; y Amer ben Amrû los aseguró y les ofreció su fe y amparo siéndo-
le obedientes. Fue la entrada de Alabdari en Zarago-
753 za el año 136. Dió el gobierno de ella á su hijo
Wahib; y luego avisó á sus parciales esta ventaja. Salió á reunirse con Husein para perseguir juntos á Samail y á su hijo, que se habia retirado á los montes. Cuando Jusuf el Fehri esperaba que Samail destruyese á sus comunes enemigos los alabdaríes, quedó espantado y lleno de saña al saber que habia abandonado la ciudad, y toda la España oriental; así con la mayor dilijencia partió en su ayuda con mucha caballería. Fue en este tiempo cuando aparecieron en Córdoba tres soles muy pálidos (1), y á la parte del guf ó boreal una terrible guadaña de fuego, y todo el cielo como de color de sangre, que ponia espanto á las jentes que le veian. Señales ciertas y presajios de las desolaciones que se siguieron, y de las sangrientas guerras que aflijieron estas tierras.

(1) Este fenómeno de los tres soles es cosa natural, y en 19 de enero del año 1787 se vió en la villa de Caspe en Aragon, por la mañana.

Se unieron en Toledo á las tropas del amir Jusuf las que ya estaban dispuestas por órden del walí de ella Samail, que habia enviado sus cartas á sus alcaides y gobernadores de sus ciudades; toda España se puso en armas, y los caudillos muslimes que estaban en las fronteras ya dirijian sus banderas á lo interior de la península para destruirse en horrorosa guerra civil, divididos en contrarias parcialidades. Amer ben Amrû y Husein el Ocaili allegaron numerosas huestes, y Wahib, el hijo de Amer, se adelantó á pelear en las sierras contra las tropas de Andalucía. Los habitantes de las poblaciones las abandonaban, y se huian sin saber adonde ir: las tropas de ambas huestes abrasaban las poblaciones para quitar toda comodidad á sus contrarios, y en esta sangrienta guerra civil desaparecieron algunas de que solo restan las ruinas ó cenizas.

Así estaban divididos los gobernadores de España, y sus pueblos llenos de esperanzas y temores: de esta desavenencia y cruel guerra civil procedió la union y buen consejo de los principales muslimes, el bien comun de los pueblos de la península y el establecimiento en ella del imperio de los Beni Omeyas.

En cuarenta y cinco años que habian pasado desde la conquista España fue gobernada por veinte amires ó caudillos principales, segun cüentan nuestros ancianos, cuyos nombres ya he referido, si bien en el tiempo y duracion del mando de cada uno hay en los historiadores algunas diferencias. El tiempo que de ellos hemos referido es de cuarenta y cuatro años y siete meses; y aun en esto hay alguna leve discordancia en nuestras memorias. Entró Taric ben Zeyad el Sadfi, y mandó solo en España un año: entró Muza ben Noseir el Becri, y mandó él y su hijo Abdelaziz casi tres años, y estuvo España sin amir casi (1)

(1) Edobi dice que estuvo España sin amir casi un año, y así otros escritores,

dos años, hasta que las tropas hicieron su adelantado ú caudillo á Ayûb ben Habib el Lahmi, que era hijo de la hermana de Muza ben Noseir, y mandó seis meses: entró en España Alhaûr ben Abderahman el Tzakefi, y mandó un año y siete meses: entró Alsama ben Malec el Chulani, que mandó por órden del califa Omar ben Abdelaziz dos años y siete meses: entró Ambisa ben Sohim el Kelebi, y tuvo el mando cuatro años y cerca de cinco meses: entró Yahye ben Salema, y mandó en España un año y cerca de seis meses: hubo luego el gobierno Hodeifa ben Alhaûs, y mandó cerca de seis meses: despues hubo el gobierno Otman ben Abi Neza el Chemi, y mandó un año y cerca de seis meses: luego hubo el gobierno Alhaitam ben Oheid el Kenâni, y mandó cerca de cuatro meses: despues de él hubo el mando Abderahman ben Abdala el Gafeki, que gobernó dos años y cerca de siete meses: gobernó luego Abdelmelic ben Cotan el Fehri, y estuvo en el mando tres años y dos meses: despues entró Ocba ben Alhegâg el Seluli, que gobernó cinco años y dos meses: luego se alzó Abdelmelic ben Cotan el Fehri contra Ocba, y le depuso, y mandó un año y casi un mes: luego entró Baleg ben Baxir el Caisi, y mandó cerca de seis meses: despues hubo el mando Thaalaba den Salema el Ameli, y gobernó cerca de cinco meses: luego fue amir Abulchatar Husam ben Dhirâr el Kelebi, que mandó dos años y ocho meses: despues hubo el mando Thueba ben Salema el Hezami, que gobernó un año y meses, y al mismo tiempo con otro varon (1), que mandó nueve años y once meses (2): dicen que hubo en el gobierno otro varon, pero no sé en verdad sino la historia y suce-

(1) Este fue Jusuf ben Abderrahman el Fehri, y el otro que indica este fragmento puede ser Samail ben Hatim, que mandó al mismo tiempo, ó alguno de los dos interinos que omite.

(2) Segun Hayan y Abu Becre ben Alcutia, gobernó Jusuf en España nueve años y nueve meses.

sion de estos veinte: Dios lo sabe, no hay gloria ni poder sino en Dios todopoderoso y glorioso.

Serie de los califas de Oriente que fueron señores de España en esta época.

Walid hen Abdelmelic ben Meruan.
Suleiman ben Abdelmelic.
Omar ben Abdelaziz.
Jezid ben Abdelmelic.
Hixêm ben Abdelmelic.
Walid ben Jezid.
Jezid ben Walid.
Ibrahim ben Walid.
Meruan ben Muhamad ben Meruan.

Amires ó gobernadores de España por los califas de Damasco, desde el principio de la conquista hasta el año 137 de la Hejira, séptimo del gobierno de Jusuf el Fehri.

Taric ben Zeyad el Sadfi.
Muza ben Noseir el Becri.
Abdelaziz ben Muza.
Ayûb ben Habib el Lahmi.
Alhaûr ben Abderahman el Tzakefi.
Alsama ben Malic el Chulani.
Ambisa ben Sohim el Kelebi.
Hodeila ben Abdala el Fehri.
Yahye ben Salema.
Hodeifa ben Alhaûs.
Otman ben Abi Neza el Chemi.
Alhaitam ben Obeid el Kenani.
Muhamad ben Abdala.

Abderahman ben Abdala el Gafeki.
Abdelmelic ben Cotan el Fehri.
Ocba ben Alhegâg el Seluli.
Abdelmelic ben Cotan (segunda vez).
Baleg ben Baxir el Caisi.
Thaalaba ben Salema el Ameli.
Husam hen Dhirar el Kelebi.
Thueba ben Salema el Hezami.
Jusuf ben Abderahman el Fehri.

Los principes cristianos de España y Francia que se mencionan en esta época.

Ruderic, rey godo de España.
Tadmir, señor de tierra de Murcia.
Atanaildo, sucesor de Tadmir.
Eudon, duque de Aquitania.
Carlos Martel, maire de la casa real de Francia.



SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I.

DE ABDERAHMAN BEN MOAVIA ERRANTE ENTRE LOS ALÁRABES DEL DESIERTO.

Bendito sea aquel Señor en cuyas manos están los imperios, que da los reinos, el poderío y la grandeza á quien quiere, y quita los reinos, la potestad y la soberanía á quien quiere: Señor Alá, tu imperio solo es eterno y sin vicisitudes, y tú solo eres sobre todas las cosas poderoso. Estaba escrito en la tabla reservada de los eternos decretos que á pesar de los Beni Alabâs, y de sus deseos de acabar con toda la familia de los Beni Omeyas, ya despojada del califado y soberanía del imperio muslímico, todavía se habia de conservar una fecunda rama de aquel insigne tronco, que se estableceria en Occidente con floreciente estado. Abderahman ben Moavia ben Hixêm ben Abdelmelic ben Meruan, mancebo de veinte años, pues habia nacido el año 113 en el campo de Damasco, se halló, por fortuna, ausente en Zeitun cuando fue la órden del califa Asefah para darle muerte á él y á su primo Suleiman ben Hixem ben Abdelmelic, que ambos vivian sobre seguro y honrados en la corte. Luego fue avisado de la muerte de su primo, y de la mucha dilijencia con que buscaban su cabeza. Proveyéronle de joyas y caballos sus fieles amigos: se disfrazó; y desconfiando de poder estar desconocido en Siria, huyó de aquella tierra por caminos estraviados: salió de su patria, abandonando los palacios de sus padres y abuelos, sin osar entrar en poblado, que no era persona oscura y desconocida, sinò hijo de príncipes poderosos dueños de aquellas provincias. Anduvo errante y fujitivo desde el año 132, viviendo en-

tre beduinos y pastores; y aunque acostumbrado á los regalos de la opulencia y las delicias de las ciudades, se acostumbró con facilidad á la rústica y dura vida del campo, como si hubiera nacido en sus valles y rancherías. Estaba cada dia con nuevos sobresaltos, las noches las pasaba con desvelo, y á las alboradas era el prmero que ponia el freno á su caballo.

Pensando hallar mas seguro asilo en Africa que en Ejipto, dejó á sus beduinos y pasó á ella: era gobernador de la provincia de Barca Aben Habib, que debia su autoridad y buena suerte á los califas Beni Omeyas; pero siguió el aire de la fortuna que soplaba, y olvidó á sus antiguos favorecedores. Tenia este walí espiados todos los pasos, y dadas las órdenes para prender al jóven Abderahman, y luego supo que un mancebo de sus mismas señas habia entrado en su provincia. Avisó á sus alcaides, y mandó buscarle en toda la tierra, diciéndoles: que no podian hacer al califa servicio mas agradable que la prision de aquel fujitivo.

Andaba Abderahman en tierra de Barca, y en todas partes halló jentes bien intencionadas y benéficas que se le aficionaban y deseaban servirle: su edad, su jentileza, cierta majestad que resplandecia en sus ojos, y su condicion afable ganaba los corazones y voluntad de cuantos le trataban. Los beduinos del aduar en que estaba hospedado fueron una noche alcanzados de una compañía de jente á caballo, enviada por Aben Habib para prender á Abderahman: preguntáronles por un jóven de Siria de tales señas, que los beduinos no dudaron que buscaban á su huésped Jiafar Almanzor, que con este nombre le llamaban ellos, y recelando que no fuese para bien suyo, les respondieron: que cierto, el mismo que buscaban habia salido á caza de leones con otros jóvenes, y debian pasar la noche en un cercano valle. Partieron aquellos emisarios al indicado valle, y los honrados beduinos lle-

garon presurosos y manifestaron á su huésped lo que les habian preguntado y sus bien fundadas sospechas: agradecióles con lágrimas y sinceras espresiones lo que por él habian hecho, y acompañado de seis esforzados mancebos del aduar, huyó durante la noche, y protejido de sus sombras, á procurarse en mas apartados desiertos algun seguro asilo de las asechanzas de Aben Habib: atravesaron grandes llanuras y collados de arenas: oyeron sin temor el rujido de fieros leones; y continuando intrépidos algunas jornadas, llegaron á Tahart (1), donde hallaron jenerosa acojida. Los hospedó en su casa un noble jeque de los mas principales de la tribu Zeneta, los visitaron en ella todos los de Tahart, y querian llevarlos á sus casas. No quiso Abderahman disimular aquí su oríjen y desgracias, sabiendo la nobleza y jenerosidad de esta tribu, y que su madre Raha procedia de ella. Divulgada esta feliz circunstancia, todos los jeques zenetes le ofrecieron su amistad y favor, y se acrecentó la buena voluntad que ya le tenian, y producia naturalmente su jentileza y afabilidad.

Entretanto en España continuaba la guerra civil: los muslimes de la España oriental mantenian el partido de los alabdaríes, que acaudillaba Amer ben Amrû el Coreixi: los de Andalucía y de tierra de Toledo, conducidos por el amir Jusuf el Fehri, peleaban con varia fortuna contra ellos en las ásperas sierras de las fuentes del Tajo, posiciones difíciles que favorecian á los alabdaríes, que te-

(1) Tahart era la capital del Algarbe medio, en Mauritania: estaba este lugar á cuatro jornadas de Telencen, que decimos Tremecen; y en este tiempo no era todavía ciudad, sino una cora ó provincia habitada por las tribus zenetas en varias poblaciones y valles: se llamó ciudad cuando se aumentó la poblacion con la concurrencia de los pueblos dependientes, como Tenes, Bersec, Beni Mazgana, Tadales, Begaya, Jijel, Meliana, Alcala, Mesila, Gadir, Mocra, Necaus, Tobna, Kosantina, Baes, Baiiava, Tifas, Dar Madin, Tarma, Dar, Malul y Melila.

nian pocos caballos, y en ellos consistia la fuerza de la hueste de Jusuf el Fehri: se distinguió con hechos muy señalados el caudillo Wahib, hijo de Alabdari, en
753 esta guerra de montaña el año 136, y parte del 137. Era el furor y la enemistad igual de ambas partes: los campos se talaban, los pueblos se destruian, todas las provincias estaban inquietas, y los habitantes sin seguridad y sin justicia; gravados con arbitrarias y violentas exacciones, forzados á seguir, segun las vicisitudes de las armas, uno ú otro partido, detestando en su corazon de ambos.

CAPÍTULO II.

DEL CONSEJO DE LOS JEQUES DE SIRIA Y EJIPTO ESTABLECIDOS EN ESPAÑA.

En este tiempo de calamidad algunos buenos muslimes de los que habian entrado en España el año 113 del ejército de Coltum ben Ayadh el Maanic, entre otros Husâm ben Melic de Damasco, Hosain ben Adajim el Ocaili, Hayût ben el Molemis Hadrami de Hemesa, Temam ben Alcama, Abu Galib, Wahib ben Zahir, caudillos de jente de Siria establecida en España; en todos ochenta varones de integridad y prudencia, que veian con dolor los interminables males de la guerra civil, y el fuego de jeneral discordia que incesantemente se encendia y acrecentaba: pospuesto todo temor, pero con la conveniente reserva y discrecion, se juntaron en Córdoba á conferir y consultar sin pasion, odio ni enemistad con los de ninguno de los dos partidos, qué remedio podia hallarse para acabar la guerra civil, y establecer en España un gobierno justo é independiente, que asegurase la paz y quietud de los pueblos, la buena y constante administracion de justicia, la observancia de la ley, el premio de los buenos servicios, el cas-

tigo de los malhechores, y una sucesion tranquila y permanente del mando. Hayût de Hemesa les dijo: que bien sabian las revueltas de Oriente, la usurpacion de la soberanía del califado por los Alabâs contra los Omeyas, la tiránica arbitrariedad de los gobernadores de las provincias, así de las apartadas rejiones orientales de Chowarezmia y Marawaralnahar, como de las occidentales de Ejipto y de Africa, y el jeneral desasosiego del imperio muslímico: que en España ellos conocian por esperiencia que como pais tan apartado de Oriente no podia esperarse que llegasen á tiempo los influjos de la justicia, aun cuando por fortuna ocupase el trono un califa tan justo como Abu Becre ú Omar: que por hartos años habian visto cuanto mal ocasionaba al gobierno de los pueblos la distancia del tronó: que no debian esperar como débiles y tímidas aves el triunfo de los que contendian para hallar la paz y la justicia que anhelaban. Temam ben Alcama y otros muchos dijeron, que todos estaban persuadidos de las mismas razones: que todos creian que bien unida España, independiente de Asia y de Africa, rejida por un buen príncipe, seria el pais mas venturoso de la tierra; pero ¿dónde iremos á buscar este príncipe que nos conviene? Callaron todos: entonces Wahib ben Zahir les dijo: no estrañeis que os proponga un jóven descendiente de nuestros antepasados califas, de la misma prosapia de nuestro Anabi Mahomad: en Africa vaga errante entre las tribus bárbaras, y aunque perseguido y fujitivo, está en ellas respetado y servido por su valor y su noble condicion. De Abderahman os hablo, hijo de Moavia, hijo del califa Hixêm ben Abdelmelic. Convinieron todos en este pensamiento, y nombraron á Temam ben Alcama, y á Wahib ben Zahir, para que en nombre de los jeques de España, reunidos para el bien comun de ella, pidiesen á Abderahman ben Moavia que viniese con ellos á ser su amir y gobernar la España, que todos le ofrecian su fide-

lidad y obediencia, que querian que reinara en ella con absoluta independencia de los califas orientales y de todos sus gobernadores ó lugartenientes de Ejipto y de Africa, y todos los buenos muslimes de España darian su vida por mantener su independencia y el imperio que le ofrecian.

CAPÍTULO III.

DE LA EMBAJADA DE LOS JÈQUES Á ABDERAHMAN.

Con mucho secreto partieron á Africa los encargados de esta mensajería, pretestando otros motivos de su partida, porque los parciales de Jusuf ó de Alabdari no lo entendiesen. Llegaron á Tahart, donde fueron bien recibidos de los jeques de la tribu zeneta, y presentados á Abderahman; le comunicaron el propósito de su venida, y Teman ben Alcama le dijo: «Los muslimes de España, y en su nombre los principales jeques de aquellas tribus de Arabia, Siria y Ejipto, nos envian á ofrecerte de todo buen corazon y buen talante no solo un asilo seguro contra tus enemigos, que este ya lo tienes en el amparo de estos nobles zenetes, sino el imperio de los pueblos de España; ya eres dueño de sus corazones, y en su buena voluntad y leal obediencia apoyarás tu honra con mas firmes fundamentos que los montes: algunos peligros y resistencia encontrarás; pero no estarás solo: verás á tu lado los esforzados caudillos conquistadores de Occidente, y los fieles pueblos que te desean y te llaman para que gobiernes aquel estado, que fue de tus abuelos: todos correrán á las peleas y á la muerte, si necesario fuese, para colocarte y mantenerte en la soberanía que te ofrecen.» Suspenso estuvo un poco Abderahman, y como esperando si Teman continuaba sus razones; y viéndolos pendientes de su respuesta, dijo: «Ilustres caudillos, enviados de los muslimes de España, por vuestro

bien y por corresponder á vuestros nobles deseos iré con vosotros, pelearé por vuestra causa, y si el Señor me ayuda y aprueba la obediencia que me ofreceis, tendreis en mí un hermano y compañero de vuestros peligros y prosperidades. Ni los trabajos ni las adversidades me intimidan, ni los horrores de las batallas y de la muerte me ponen espanto, ya que en pocos años la inconstante fortuna me ha enseñado á despreciar muchas veces la vida, y me ha puesto delante horrorosas imájenes de la muerte: y pues tal es como decis la voluntad de los honrados muslimes de España, yo soy contento de ser caudillo y defensor, si Dios quiere.»

Quedaron muy contentos de su determinacion los enviados, y le manifestaron cuanto convenia el secreto al buen término de sus cosas: les dijo Abderahman que en todo caso no podia dejar de participarlo á sus bienhechores los jeques zenetes, que en esto nada se arriesgaba, y él no partiria de allí sin hacer esta confianza. Dijéronle que á su discrecion quedaba todo. Sin mas dilatarlo habló á los jeques y les comunicó el negocio que traian aquellos caballeros, y la grave propuesta que le hacian: y con mucha prontitud dijo el jeque su pariente: «Hijo mio, pues Dios te llama por ese camino, no dudes seguirlo con valor, y cuenta con nosotros para ayudarte, que en verdad no se defiende y mantiene la honra de la casa y familia sino con las lanzas y la caballería.» Todos los caudillos que estaban presentes le felicitaron ofreciéndole su compañía y ausilio: los jeques zenetes le ofrecieron quinientos caballeros, los de Mecnasa doscientos, cincuenta caballos el jeque de Tahart, y cien lanzas. Sin pasar muchos dias dispuso su partida, y el jeque le dió su bendicion con lágrimas: toda la juventud queria acompañarle, todos querian servirle: en la separacion y despedida de la familia del jeque hubo lágrimas y desmayos: que no produce otra cosa la separacion de los amigos.

CAPÍTULO IV.

DEL FIN DE LA GUERRA CONTRA ALABDARI.

En este tiempo Jusuf el Fehri habia vencido y derrotado al hijo de Alabdari cerca de Calat-Ayûb, y lo persiguió hasta encerrarlo en Zaragoza con su padre. Puso á la ciudad rigoroso cerco: hacian los de Alabdari algunas salidas contra los cercadores; pero con poco efecto. La numerosa poblacion y las tropas consumieron en breve todas las provisiones que tenia la ciudad: el cerco se observaba con mucha dilijencia, los combates fueron cada dia mas violentos, y los mismos parciales de Alabdari movieron secretos tratos con los de Jusuf, y entregaron á sus caudillos y la ciudad en fin de la luna de dilhajia del año 137. Apoderóse Jusuf el Fehri de la ciudad, y puso en cadenas á Amer ben Amrû el Abdari, á su hijo Wahib ben Amer, y á su secretario Alhebâb el Zohri. Ordenadas las cosas del gobierno de la ciudad, partió para Toledo, y llevó en fierros y sobre camellos á los tres caballeros. Cuando llegó á Toledo despidió la jente de aquella provincia, y entró en la ciudad con los principales caudillos de su hueste. Descansó allí unos dias y partió para Córdoba con los caudillos y jente de Andalucía. Descansaba un dia en un valle que llaman Wadaramla, cincuenta millas de Toledo; y mientras reposaba en su pabellon con su familia, comian sus jentes y los prisioneros que llevaba á buen recaudo: llegó su amigo el walí Samail con gran prisa, y entró en su pabellon muy fatigado, y le dijo: en esa carta verás la importancia de toda mi venida, es de un amigo de toda mi confianza: leyó Jusuf y decia: Señor, acábase tu imperio, ya está en camino el que destruirá tu estado y autoridad: Dios nos destina á la muerte, como la padeció Suleiman Aben Xiheb, y fulano y fulano, y otros nobles muslimes: así no tar-

des en acabar á los alabdaríes Amer y su hijo, y á los jeques pérfidos que te han buscado un sucesor que no tardará en manifestarse: acábalos, que bien conocidos son, y de los enemigos los menos. Conferenciaban Jusuf y Samaíl sobre el contenido de esta carta, y llegó á gran dilijencia un enviado de Córdoba: toda la jente se puso en movimiento y suspension con estas cosas: entró el enviado, que venia de órden de su hijo Abderahman, y le entregó á Jusuf su carta, en que decia: que un Coraixi de los hijos del califa Hixêm ben Abdelmelic, llamado Abderahman ben Moavia, pasaba el mar para España, que segun ciertos avisos debia aportar en las costas de Elvira, que venia llamado de una poderosa parcialidad de los Omeyas en que estaban los mas nobles jeques de las tribus de Arabia, Siria y Ejipto, y que venia ausiliado de tropas berberíes. Quedó Jusuf suspenso, y despues de algun espacio, temblando de indignacion y de cólera, enfurecido como pisada sierpe, en aquel momento mandó despedazar á Amer ben Amrû el Coraixi, á su hijo Wahib y á Alhebâb el Zohri; y se hizo como mandaba: crueldad que parece le indispuso con su fortuna, que desde entonces le abandonó, y se pasó al bando de su nuevo rival, que venturosamente atravesaba el mar. Fue la muerte de Amer el Abdari al principio del año 138. En la siguiente jornada encontra- 755
ron un caballero que venia enviado desde Córdoba con cartas para el amir Jusuf, en las que su madre le decia: que Abu Otman, que era de sus muy fieles servidores, le avisaba desde Caria-Torâs, donde vivia, que uno de los hijos del califa Hixêm, llamado Abderahman ben Moavia, pasaba el mar, y se esperaba que aportase en las costas de Damasco, esto es en los confines de Elvira: que habia gran alboroto y movimiento de jentes en aquellas comarcas, y que se aseguraba que no tardaria en llegar el sucesor y lejítimo dueño de todos los estados de Occidente. Esto acabó de llenar de cuidado á Jusuf y á su amigo Samail, y

apresuraron sus marchas, y mandaron sus cartas para allegar sus jentes con mucha dilijencia, para oponerse á cuanto se ofreciera.

CAPÍTULO V.

DE LA VENIDA DE ABDERAHMAN Á ESPAÑA.

755 En el dia 10 de la luna de rabié primera del año 138 desembarcó Abderahman ben Moavia en Hisn Almunecâb (1) con hasta mil caballeros de las tribus zenetas.

Los jeques principales de Andalucía le estaban esperando, y luego que salió en tierra le juraron obediencia tomándole la mano: el pueblo, que habia concurrido gran muchedumbre, gritó con alegría, Dios ensalce á Abderahman ben Moavia, rey de España: corrió la fama por toda la parte meridional de España, y en pocos dias se le allegó la jente mas granada de los muslimes de España de todas las tribus: en especial la juventud toda tomó su voz, y se declaró por él, deseando todos manifestarle su voluntad de servirle. Estaba entonces Abderahman en la flor de su juventud, era de mucha jentileza, de noble y hermoso aspecto, blanco, de color sonrosado, grandes y bellos ojos zarcos muy animados, y de apacible y majestuoso mirar, de buena estatura, alto y no grueso: acrecentaba su hermosura la alegría y satisfaccion que le producia el jeneral aplauso de los pueblos, que á porfía le manifestaban su contento y sus deseos de servirle. En pocos dias se juntaron á los jeques que seguian al rey Abderahman mas de veinte mil hombres de las comarcas de Elbira, Almería, Málaga, Jerez, Arcos y Sidonia. Cuando llegó á Sevilla, la ciudad

(1) Hisn Almunecâb, fortaleza de Almunecâb, ó de las lomas: ahora decimos Almuñecar.

salió á recibirle, y le proclamó con la mayor alegría; y llegaban comisionados de otras ciudades á ofrecerle sus servicios y obediencia.

Todo lo sabia Jusuf el Fehri, y todo le desesperaba y llenaba de indignacion, maravillándose de la lijereza y veleidad popular, y mas todavía de la perfidia (así la llamaba él) de los jeques de las tribus árabes y de Siria: de la traicion de los caudillos ejipcios de las ciudades de la costa, que cierto no esperaba de ellos esta deslealtad. Dió órdenes á su hijo Abderahman para que defendiese la ciudad y comarca de Córdoba, en tanto que en compañía de Samail allegaban la jente de las capitanías de Mérida y Toledo, enviando á Mahomad y Alcasim á las provincias de Valencia y de Tadmir, para prevenir la jente de ellas y mantener en ellas su partido.

CAPÍTULO VI.

DE LA GUERRA CONTRA JUSUF Y SAMAIL.

El rey Abderahman ben Moavia, persuadido de cuan importante seria para acreditarse con sus nuevos pueblos dar alguna muestra de su valor y de su intelijencia en las cosas de la guerra, pues bien veia que tenia contra sí dos esforzados y prácticos caudillos, que no perderian un momento para intentar destruir de un golpe el nuevo edificio de su naciente imperio, tuvo su consejo con los jeques zenetes y andaluces, y de comun acuerdo partió sin dilacion á Córdoba contra el hijo de Jusuf el Fehri. Salió este al encuentro con una buena hueste de caballería, y habiéndose trabado una sangrienta escaramuza con los campeadores del rey Abderahman, en poco tiempo se hizo jeneral la batalla; pero los del Fehri no pudieron resistir el ímpetu de los caballeros africanos, y huyeron en desórden y se acojieron á la ciudad. Puso Abderahman cerco á la ciudad,

con ánimo de no levantar su campo hasta rendirla. Al mismo tiempo se estendian y divulgaban proclamas en que se decia á los pueblos, que el rey Abderahman, su lejítimo soberano, como hijo de sus califas los Beni Omeyas, venia á librarlos del tiránico poder del amir Jusuf el Fehri, que si á ejemplo de las otras ciudades de España se venian á su obediencia, dejando de servir al que se pretendia mantener en la soberanía que tenia sin razon, que en breve tiempo todos gozarian de los bienes inestimables de la paz, y vivirian tranquilos y felices bajo el paternal gobierno de su lejítimo príncipe.

La nueva de esta primera victoria de Abderahman llenó de pesar y amargura el ánimo de Jusuf, y luego avisó á Samail para que viniese con mucha dilijencia á socorrer á su hijo, y hacer levantar el cerco de Córdoba que habia puesto el rey adaghel, ó intruso, que así le llamaban ellos. Allegadas numerosas tropas de oriente y mediodia de España, vinieron hácia Andalucía. Informado Abderahman del movimiento y reunion de estas jentes, y del designio de sus caudillos, tomó parte de su hueste, y dejó diez mil hombres en el cerco de Córdoba al cuidado del caudillo Temam ben Alcama. Parecia temeraria resolucion salir con diez mil caballos contra tan numerosas tropas de á pie y de á caballo, mandadas por dos tan acreditados capitanes. No tardaron en avisarle sus campeadores que habian descubierto las avanzadas de sus contrarios. Hizo Abderahman un reconocimiento muy arriesgado, en que se empeñaron algunas escaramuzas por sus zenetes, descubrió la disposicion del terreno y las fuerzas que traia la primera batalla ó division de sus enemigos, que acaudillaba el mismo Jusuf el Fehri, y concibió Abderahman presajio feliz por las circunstancias que concurrian en aquella ocasion: el dia el de arafa que le convenia, y sin recelar de la oscuridad del futuro suceso, dijo confiadamente: dia de id al adheha, fiesta de las víctimas, dia juma contra el Fehri; albricias, amigos,

yo espero un dia hermano del dia de la batalla de Merg-Rahita: y cumplió Dios el presajio de Abderahman. Este príncipe y sus caudillos y toda la caballería supieron aprovechar el tiempo y el lugar, y el buen ánimo y confianza del rey se comunicó á toda su jente.

Estaba el campo de Jusuf en Musâra, y cuenta Razi que habiendo visto Jusuf la poca jente que traia Abderahman dijo á sus caudillos unos antiguos versos de Hurca, hija de Noaman, que dicen:

Sedienta turba venimos y ha de ser lance apurado,
Que nos mandan repartir este mezquino cucharro (1).

Estando ya á la vista ambas huestes pasó Ola ben Jebir el Ocaili á la segunda batalla ó division, que mandaba Samail ben Hatim, y le dijo: ó Abu Jayx, confianza en Dios, pero gualá que este dia es como el de Merg-Rahita, todo se presenta infausto, Dios y las fadas son contra nosotros, ¡ojalá me engañe! no ves la jente de pelea y los caudillos Omeya, Fehri, Cais y Yemen: nuestro caudillo es Fehri, y su wazir ó lugarteniente Zofaro ben Alhariz, y tú mismo, que eres hoy wazir, eres Cais, el dia juma, y dia de las víctimas, lo mismo fue el dia de Merg-Rahita, y allí murieron los hijos de Alhariz; así todo me parecé contra nosotros, plegue á Dios que no sean tales sus eternas fadas. Oyó esto Samail y dijo: vamos á la pelea, y seamos buenos caballeros. Era esto poco despues del rayar el alba; acometiéronse con terrible ímpetu las tropas de la caballería de la primera batalla, y fueron atropelladas por los caballos zenetes y jerezanos: volvieron á ordenar sus haces de infan-

(1) Llaman cucharro los pastores y jente del campo á los hoyos ó cavidades naturales de las piedras ó pedernales en que se recoje y conserva el agua cuando llueve: como los árabes en los desiertos aprecian tanto los depósitos de agua que se hallan, no se desdeña su poesía de estas imájenes rústicas.

tería, que fueron atropelladas por sus mismos caballos, y antes del mediodia huyeron los de Jusuf con jeneral espanto, dejando el campo cubierto de cadáveres, armas y despojos; y los dos caudillos Jusuf el Fehri y Samail se dividieron entre los fujitivos á diferentes partes. Fue
755 esta señalada batalla de Musâra el dia id al adheha ó fiesta de las víctimas, del año 138.

CAPITULO VII.

DEL ALLANAMIENTO Y ENTREGA DE CÓRDOBA.

Cubrióse de gloria Abderahman este dia, y todos los jeques de su partido se llenaron de buenas esperanzas. Los parciales de Jusuf decayeron de ánimo, y se esforzaban á inventar imajinarios triunfos de los fujitivos caudillos, y así se consolaban con estas soñadas victorias como si fueran verdaderas, y engañaban á los que de buena voluntad los oian. Perdieron ánimo los de Córdoba con la nueva de aquella victoria; y osaron proponer á Abderahman ben Jusuf el Fehri, que concertase la entrega de la ciudad por avenencia, porque parecia obstinacion temeraria querer defender aquella ciudad contra un príncipe tan valiente como venturoso, á quien ningun ejército resistia, y todas las ciudades de España reconocian por su señor. Abderahman el Fehri, viendo la disposicion de los ciudadanos, les aseguró que si en cierto tiempo no fuese socorrido ni levantado el campo, que él les dejaria hacer sus avenencias con el vencedor. Jusuf se fue retirando con las reliquias de su hueste á Algarbe, y Samail á tierra de Tadmir; y su jente se dispersó en tierra de Elbira y comarcas de Almunecâb.

Cuando Abderahman vino al campo de Córdoba los de la ciudad, desconfiando de ser socorridos, concertaron su entrega, y lograron que al mismo tiempo que las tropas del rey entrarian por la puerta de Alcántara, las de Abde-

rahman ben Jusuf partiesen por la de la Axarquia; y así
se hizo con harta tranquilidad, saliendo los de Alabdari y
los que quisieron seguirlos, que no fueron muchos, y se
fueron camino de Mérida. Puso el rey Abderahman por
gobernador de Córdoba á Husâm ben Abdelmelic, y ha-
biendo recibido la obediencia de los de Córdoba, sin dete-
nerse mas que unos dias, partió á perseguir á sus enemigos,
que allegaban nuevas fuerzas en Mérida. El ejemplo de
Córdoba persuadió á otras ciudades, y enviaron sus pro-
testas de obediencia, que el rey recibia con mucha bondad,
atencion y consideraciones á los jeques que se presentaban,
ofreciéndoles visitar sus ciudades luego que allanase y paci-
ficase las provincias: al mismo tiempo confirmaba á los al-
caides en sus alcaidías, y á los walíes de frontera en sus
mandos, y todos salian contentos de su presencia, y ha-
blaban á los pueblos muy ventajosamente de las prendas
y jentileza de su rey, y decian que parecia mas que hom-
bre algun jenio benéfico.

Estas alegrías de los buenos muslimes se turbaron con
una desgracia que tuvieron las tropas que estaban en fron-
teras de los montes de Afranc: por consejo del caudillo de
Siria Husain ben Adejiam el Ocaili se enviaron las tro-
pas de aquella frontera á contener los movimientos y jun-
tas de jente que hacian los cristianos de los montes, que
impedian las comunicaciones con los muslimes que mante-
nian la ciudad de Narbona. Encargáronse estas algaras
por este caudillo á su wazir ó lugarteniente Suleiman ben
Xihab, y en esta espedicion, acometidos de numerosas tro-
pas en los puertos, fueron vencidos, y padecieron gran der-
rota: en ella murió peleando Suleiman ben Xihab con la
mayor parte de su jente: fue ésta derrota sobre los
muslimes dia 2 de rabié segunda, año de 139. 756

CAPÍTULO VIII.

DE LA CONTINUACION DE LA GUERRA, Y AVENENCIA DE JUSUF.

Jusuf el Ferih sabiendo por sus parciales la salida de Abderahman ben Moavia y sus designios, y que en Córdoba quedaba poca jente, partió de Mérida con veinte mil hombres en dos divisiones; y por caminos diferentes se dirijió á Córdoba con mucha dilijencia, y caminando mas de noche que de dia sorprendió las puertas de la ciudad, sin que pudiese defenderla el walí Husâm ben Abdelmelic, que no tuvo tiempo sino para salir con la poca jente que tenia á Hisn-Modwar de tierra de Granada. Cuando el rey Abderahman supo este suceso, sintió en el alma el verse así engañado por la lijereza de las tropas enemigas y sagacidad de su contrario: para no dar tiempo á que se fortificase en Córdoba, y seguro de que tan rápida y secreta marcha habia sido operacion de poca jente, volvió Abderahman sobre Córdoba, y no encontró en ella á sus enemigos. Habia Jusuf dispuesto que su primera division siguiese al walí Husâm para destruir aquellas tropas, y mas por haber á las manos á los jeques del partido de Abderahman, con ardiente deseo de venganza: entró en Córdoba, y no hallando en ella ninguno de los principales, que todos habian seguido con las tropas de Husâm, partió con mucha dilijencia á unirse á su primera division. El rey Abderahman, informado en Córdoba de la marcha de sus contrarios, partió en pos de ellos, y los alcanzó en comarcas de Almunecâb, donde se habian reunido Jusuf y Samail con todas sus jentes. Sin tardar mas tiempo que el necesario para que tomasen sus provisiones y comiesen, ordenó Abderahman su hueste, y la animó á la batalla: púsose Abderahman al frente de su caballería con admirable intrepidez y denuedo, y acometió á sus enemigos, que mantuvieron la batalla con

teson y singular constancia: fue muy porfiada y sangrienta: los caudillos Jusuf y Samail pelearon aquel dia como deseosos de acabar matando: á la hora de alazar, ó media tarde, la victoria se declaró por la hueste de Abderahman: los de Jusuf y de Samail dejaron el campo á sus enemigos, y dispersos huyeron á los montes, refujiándose en las asperezas de Elvira.

En esta ciudad aconsejó Samail á su amigo Jusuf, que propusiese algun acomodamiento ú avenencia con Abderahman el Adagbel, pues era, como veia, tan favorecido de la fortuna. Aunque muy contra su voluntad, y con harta repugnancia de sus hijos, movió tratos de paz por medio de Hosain el Ocaili, primo de Samail, aunque estaban desavenidos con este caudillo. Por su crédito y autoridad logró que Abderahman ben Moavia concediese seguro á Jusuf el Fehri y á los suyos, con absoluto olvido de todo lo pasado, entregando estos por su parte en cierto tiempo señalado todas las fortalezas y ciudades que tenian en su poder, los depósitos de provisiones y de armas que tuviesen, sin contar las suyas propias. Se ajustó y otorgó esta avenencia en miércoles, á dos dias de la luna rabié segunda, año 139. Luego desocuparon Medina Elbira y las 756
nuevas fortificaciones que habia en Granada, y partieron estos walíes á tierra de Tadmir, donde andaba Muhamad Abulaswad, hijo de Jusuf, y á la comarca de Toledo. Cuando vieron que aquellos pueblos todavía estaban por ellos y respetaban sus órdenes, se arrepintieron de su precipitado concierto, y volvieron secretamente á encender los ánimos, y á mantener á todo trance su partido.

CAPÍTULO IX.

DE LA ENTRADA DE ABDERAHMAN EN MÉRIDA Y NACIMIENTO DE HIXÊM.

En tanto que esto pasaba, el rey Abderahman pasó pacíficamente á visitar la ciudad de Mérida, y fue recibido en ella con grandes demostraciones de alegría, y fue su entrada un dia célebre de fiesta: paseó aquella gran ciudad á caballo entre las sinceras aclamaciones del pueblo, agradóle mucho toda la ciudad, y vió con admiracion sus magníficos edificios del tiempo de los emperadores de Roma. Detúvose en ella algun tiempo, y allí vinieron á ofrecerle su obediencia los de las ciudades de Lusitania, que es algarbe de España. Luego recorrió la tierra y visitó las ciudades, y en todas partes manifestaban los pueblos su alegría de tener un tal príncipe tan jeneroso y afable, y célebre ya por sus victorias. Habia llegado en este tiempo el término del preñado de la sultana Howara, africana de las tribus berberiscas, á quien Abderahman amaba en estremo, y con noticia que tuvo de su indisposicion se vino para Córdoba, en donde se hallaba su esposa: á pocos dias, á 4 de la
756 luna de xawal de este año 139, le nació su hijo Hixêm, que tal nombre quiso que tuviese. Celebróse este feliz acaecimiento con mucha alegría, y el rey Abderahman repartió copiosas limosnas, y dió comidas á pobres con mucha abundancia. Este año mandó Abderahman labrar la rusafa, construyó y renovó la calzada antigua, y plantó allí una huerta muy amena: edificó en ella una torre que la descubria toda, y tenia maravillosas vistas, y en esta huerta plantó una palma que era entonces única, y de ella procedieron todas las que hay en España. Cuéntase que desde la torre solia contemplar aquella palma el rey Abderahman, la cual acrecentaba mas que templaba su me-

lancolía por los recuerdos y memorias de su patria, y en estas ocasiones hubo de hacer aquellos versos suyos de la palma, que andan en boca de todos.

Tú tambien, insigne palma, eres aquí forastera,
De algarbe las dulces auras tu pompa halagan y besan:
En fecundo suelo arraigas y al cielo tu cima elevas,
Tristes lágrimas lloráras si cual yo sentir pudieras:
Tú no sientes contratiempos como yo de suerte aviesa,
A mí de pena y dolor continuas lluvias me anegan;
Con mis lágrimas regué las palmas que el Forat riega,
Pero las palmas y el rio se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados y de Alabâs la fiereza
Me forzaron á dejar del alma las dulces prendas:
A tí de mi patria amada ningun recuerdo te queda;
Pero yo triste no puedo dejar de llorar por ella.

En este tiempo, deseando el rey Abderahman honrar al caudillo Samail por cuanto habia contribuido á la reduccion de Jusuf el Fehri, y por ganar el corazon y la confianza de este walí, y aprovechar sus conocimientos y esperiencia, lo envió á las ciudades de España oriental para ordenar lo conveniente á su gobierno, y componer las desavenencias que se habian suscitado entre los caudillos de la frontera de Afranc. Samail partió para España oriental con Ola ben Jebir el Ocaili, su primo, á quien se confió el mando de algunas fortalezas de aquella frontera. En 757 principio del año 140 llegó de vuelta de su viaje á Siria Moavia ben Salehi el Hadrami de Hemesa: era de los que habian seguido en Ejipto y en Africa la suerte del rey Abderahman, y pasó de su órden á Siria á persuadir á muchos parciales y afectos á los Beni Omeyas á venirse á España; y en esta ocasion vinieron muchos muy principales en su compañía, entre otros Habib ben Abdelmelic, y Abdelmelic ben Baxar ben Meruan, los diez hermanos Meruanes, y Ximro ben Nomeir, que era de los familiares de los Omeyas, y Abu Suleiman ben Abdelme—

lic y otros muchos que vivian en las Iracas, en Ejipto y en Barca, vagando errantes y perseguidos en estas provincias por haber sido ilustres y favorecidos en tiempo de los Omeyas: ordinarios juegos de la inconstante fortuna. Alegróse mucho con la venida de estos el rey Abderahman, y dió á Moavia ben Salehi el cargo de cadí de los cadíes, ó justicia mayor de las aljamas de toda España: á Abdelmelic ben Omar ben Meruan el gobierno de Sevilla, y á Suleiman Foteis el de Cabra, ciudad que llamaban Wasita (1), por la de Iraca. Vinieron tambien algunos caballeros de Hemesa con intentos de venganza contra Abdala, hijo de Abdelmelic ben Meruan, que por leve ocasion habia muerto á un su pariente llamado Abulsabahi el Yahsebi; pero informado luego Abderahman de esta enemistad y de las causas de ella, logró componer su desavenencia á satisfaccion de ambas familias. Declaró Abderahman su voluntad de que la ciudad de Córdoba fuese la capital del imperio de los muslimes en España, mandando construir en ella su alcázar sobre la orilla del rio con hermosos jardines.

CAPÍTULO X.

DE LA INSURRECCION DE JUSUF, Y SU MUERTE.

En este tiempo el gobernador de Sevilla Abdelmelic ben Omar ben Meruan avisó al rey Abderahman de los movimientos y junta de jentes que hacian los parciales de Jusuf el Fehri, y que este walí, olvidando el concertado pacto, no solamente dilataba la entrega de las fortalezas, sino que abiertamente habia levantado banderas, y se declaraba amir lejítimo de España, y daba al rey Adderahman el

(1) Por estos gratos recuerdos de las ciudades de su patria solian llamar los árabes á Sevilla Hemesa, y á Elvira, la de Granada, Damasco, y á Jaen Quinserin.

título de Adaghel, aventurero intruso y desconocido. Ordenó el rey que Abdelmelic saliese con la caballería de Jerez, Arcos, Sidonia y Sevilla, y fuese á castigar á estos rebeldes. Fue la primera empresa de Jusuf apoderarse de Hisn Modwar (1), que ocupó por sorpresa en fin del año 141, y corrió y alborotó la tierra. Sin perder tiempo fue contra ellos Abdelmelic, y sus hijos siguieron con jente de á pie á poner cerco á la fortaleza de Modwar: hubo entre las tropas de caballería algunas escaramuzas con varia fortuna: ocupó la hueste de Abdelmelic varios pueblos que se habian declarado por Jusuf, y eran depósitos de sus provisiones y armas; todo lo entregaron y manifestaban haber sido obligados á estos servicios por la presencia de las tropas del rebelde: así llamaban al amir lejítimo á quien poco antes obedecian. Luego fue Abdelmelic al cerco de Modwar, que en pocos dias se rindió. Escribió al rey este suceso, y le pidió que enviase jente de Córdoba, Ecija y Cazlona, que fuesen por dos caminos diferentes con mucha dilijencia, unos á los campos de Ubeda, y otros á tierra de Tadmir, en donde estaban las fuerzas mas considerables de los rebeldes en número y calidad: así logró dividir la atencion y fuerza de Jusuf, y Abdelmelic logró en los campos de Lorca envolver y ceñir con su caballería muy numerosa, la que acaudillaba el mismo Jusuf el Fehri: este esforzado caudillo y la mayor parte de sus parciales, hombres muy ejercitados en la guerra, pelearon con admirable valor, y la matanza fue grande, que pocos pudieron abrirse paso para librarse de la muerte en este dia: Jusuf fue hallado en el campo de batalla cubierto de heridas, y poco despues de recon cido espiró. Envió Abdelmelic á Córdoba la nueva de esta victoria con la cabeza de Jusuf el Fehri: acaeció esta batalla y muerte de Jusuf el año 142: habia gobernado la España nueve años 759 y nueve meses.

(1) Ahora Almodovar.

con ánimo de no levantar su campo hasta rendirla. Al mismo tiempo se estendian y divulgaban proclamas en que se decia á los pueblos, que el rey Abderahman, su lejítimo soberano, como hijo de sus califas los Beni Omeyas, venia á librarlos del tiránico poder del amir Jusuf el Fehri, que si á ejemplo de las otras ciudades de España se venian á su obediencia, dejando de servir al que se pretendia mantener en la soberanía que tenia sin razon, que en breve tiempo todos gozarian de los bienes inestimables de la paz, y vivirian tranquilos y felices bajo el paternal gobierno de su lejítimo príncipe.

La nueva de esta primera victoria de Abderahman llenó de pesar y amargura el ánimo de Jusuf, y luego avisó á Samail para que viniese con mucha dilijencia á socorrer á su hijo, y hacer levantar el cerco de Córdoba que habia puesto el rey adaghel, ó intruso, que así le llamaban ellos. Allegadas numerosas tropas de oriente y mediodia de España, vinieron hácia Andalucía. Informado Abderahman del movimiento y reunion de estas jentes, y del designio de sus caudillos, tomó parte de su hueste, y dejó diez mil hombres en el cerco de Córdoba al cuidado del caudillo Temam ben Alcama. Parecia temeraria resolucion salir con diez mil caballos contra tan numerosas tropas de á pie y de á caballo, mandadas por dos tan acreditados capitanes. No tardaron en avisarle sus campeadores que habian descubierto las avanzadas de sus contrarios. Hizo Abderahman un reconocimiento muy arriesgado, en que se empeñaron algunas escaramuzas por sus zenetes, descubrió la disposicion del terreno y las fuerzas que traia la primera batalla ó division de sus enemigos, que acaudillaba el mismo Jusuf el Fehri, y concibió Abderahman presajio feliz por las circunstancias que concurrian en aquella ocasion: el dia el de arafa que le convenia, y sin recelar de la oscuridad del futuro suceso, dijo confiadamente: dia de id al adheha, fiesta de las víctimas, dia juma contra el Fehri; albricias, amigos,

yo espero un dia hermano del dia de la batalla de Merg-Rahita: y cumplió Dios el presajio de Abderahman. Este príncipe y sus caudillos y toda la caballería supieron aprovechar el tiempo y el lugar, y el buen ánimo y confianza del rey se comunicó á toda su jente.

Estaba el campo de Jusuf en Musâra, y cuenta Razi que habiendo visto Jusuf la poca jente que traia Abderahman dijo á sus caudillos unos antiguos versos de Hurca, hija de Noaman, que dicen:

Sedienta turba venimos y ha de ser lance apurado,
Que nos mandan repartir este mezquino cucharro (1).

Estando ya á la vista ambas huestes pasó Ola ben Jebir el Ocaili á la segunda batalla ó division, que mandaba Samail ben Hatim, y le dijo: ó Abu Jayx, confianza en Dios, pero gualá que este dia es como el de Merg-Rahita, todo se presenta infausto, Dios y las fadas son contra nosotros, ¡ojalá me engañe! no ves la jente de pelea y los caudillos Omeya, Fehri, Cais y Yemen: nuestro caudillo es Fehri, y su wazir ó lugarteniente Zofaro ben Alhariz, y tú mismo, que eres hoy wazir, eres Cais, el dia juma, y dia de las víctimas, lo mismo fue el dia de Merg-Rahita, y allí murieron los hijos de Alhariz; así todo me parecé contra nosotros, plegue á Dios que no sean tales sus eternas fadas. Oyó esto Samail y dijo: vamos á la pelea, y seamos buenos caballeros. Era esto poco despues del rayar el alba; acometiéronse con terrible ímpetu las tropas de la caballería de la primera batalla, y fueron atropelladas por los caballos zenetes y jerezanos: volvieron á ordenar sus haces de infan-

(1) Llaman cucharro los pastores y jente del campo á los hoyos ó cavidades naturales de las piedras ó pedernales en que se recoje y conserva el agua cuando llueve: como los árabes en los desiertos aprecian tanto los depósitos de agua que se hallan, no se desdeña su poesía de estas imájenes rústicas.

tería, que fueron atropelladas por sus mismos caballos, y antes del mediodia huyeron los de Jusuf con jeneral espanto, dejando el campo cubierto de cadáveres, armas y despojos; y los dos caudillos Jusuf el Fehri y Samail se dividieron entre los fujitivos á diferentes partes. Fue
755 esta señalada batalla de Musâra el dia id al adheha ó
fiesta de las víctimas, del año 138.

CAPITULO VII.

DEL ALLANAMIENTO Y ENTREGA DE CÓRDOBA.

Cubrióse de gloria Abderahman este dia, y todos los jeques de su partido se llenaron de buenas esperanzas. Los parciales de Jusuf decayeron de ánimo, y se esforzaban á inventar imajinarios triunfos de los fujitivos caudillos, y así se consolaban con estas soñadas victorias como si fueran verdaderas, y engañaban á los que de buena voluntad los oian. Perdieron ánimo los de Córdoba con la nueva de aquella victoria; y osaron proponer á Abderahman ben Jusuf el Fehri, que concertase la entrega de la ciudad por avenencia, porque parecia obstinacion temeraria querer defender aquella ciudad contra un príncipe tan valiente como venturoso, á quien ningun ejército resistia, y todas las ciudades de España reconocian por su señor. Abderahman el Fehri, viendo la disposicion de los ciudadanos, les aseguró que si en cierto tiempo no fuese socorrido ni levantado el campo, que él les dejaria hacer sus avenencias con el vencedor. Jusuf se fue retirando con las reliquias de su hueste á Algarbe, y Samail á tierra de Tadmir; y su jente se dispersó en tierra de Elbira y comarcas de Almunecâb.

Cuando Abderahman vino al campo de Córdoba los de la ciudad, desconfiando de ser socorridos, concertaron su entrega, y lograron que al mismo tiempo que las tropas del rey entrarian por la puerta de Alcántara, las de Abde-

rahman ben Jusuf partiesen por la de la Axarquia; y así se hizo con harta tranquilidad, saliendo los de Alabdari y los que quisieron seguirlos, que no fueron muchos, y se fueron camino de Mérida. Puso el rey Abderahman por gobernador de Córdoba á Husâm ben Abdelmelic, y habiendo recibido la obediencia de los de Córdoba, sin detenerse mas que unos dias, partió á perseguir á sus enemigos, que allegaban nuevas fuerzas en Mérida. El ejemplo de Córdoba persuadió á otras ciudades, y enviaron sus protestas de obediencia, que el rey recibia con mucha bondad, atencion y consideraciones á los jeques que se presentaban, ofreciéndoles visitar sus ciudades luego que allanase y pacificase las provincias: al mismo tiempo confirmaba á los alcaides en sus alcaidías, y á los walíes de frontera en sus mandos, y todos salian contentos de su presencia, y hablaban á los pueblos muy ventajosamente de las prendas y jentileza de su rey, y decian que parecia mas que hombre algun jenio benéfico.

Estas alegrías de los buenos muslimes se turbaron con una desgracia que tuvieron las tropas que estaban en fronteras de los montes de Afranc: por consejo del caudillo de Siria Husain ben Adejiam el Ocaili se enviaron las tropas de aquella frontera á contener los movimientos y juntas de jente que hacian los cristianos de los montes, que impedian las comunicaciones con los muslimes que mantenian la ciudad de Narbona. Encargáronse estas algaras por este caudillo á su wazir ó lugarteniente Suleiman ben Xihab, y en esta espedicion, acometidos de numerosas tropas en los puertos, fueron vencidos, y padecieron gran derrota: en ella murió peleando Suleiman ben Xihab con la mayor parte de su jente: fue esta derrota sobre los muslimes dia 2 de rabié segunda, año de 139. 756

CAPÍTULO VIII.

DE LA CONTINUACION DE LA GUERRA, Y AVENENCIA DE JUSUF.

Jusuf el Ferih sabiendo por sus parciales la salida de Abderahman ben Moavia y sus designios, y que en Córdoba quedaba poca jente, partió de Mérida con veinte mil hombres en dos divisiones; y por caminos diferentes se dirijió á Córdoba con mucha dilijencia, y caminando mas de noche que de dia sorprendió las puertas de la ciudad, sin que pudiese defenderla el walí Husâm ben Abdelmelic, que no tuvo tiempo sino para salir con la poca jente que tenia á Hisn-Modwar de tierra de Granada. Cuando el rey Abderahman supo este suceso, sintió en el alma el verse así engañado por la lijereza de las tropas enemigas y sagacidad de su contrario: para no dar tiempo á que se fortificase en Córdoba, y seguro de que tan rápida y secreta marcha habia sido operacion de poca jente, volvió Abderahman sobre Córdoba, y no encontró en ella á sus enemigos. Habia Jusuf dispuesto que su primera division siguiese al walí Husâm para destruir aquellas tropas, y mas por haber á las manos á los jeques del partido de Abderahman, con ardiente deseo de venganza: entró en Córdoba, y no hallando en ella ninguno de los principales, que todos habian seguido con las tropas de Husâm, partió con mucha dilijencia á unirse á su primera division. El rey Abderahman, informado en Córdoba de la marcha de sus contrarios, partió en pos de ellos, y los alcanzó en comarcas de Almunecâb, donde se habian reunido Jusuf y Samail con todas sus jentes. Sin tardar mas tiempo que el necesario para que tomasen sus provisiones y comiesen, ordenó Abderahman su hueste, y la animó á la batalla: púsose Abderahman al frente de su caballería con admirable intrepidez y denuedo, y acometió á sus enemigos, que mantuvieron la batalla con

teson y singular constancia: fue muy porfiada y sangrienta: los caudillos Jusuf y Samail pelearon aquel dia como deseosos de acabar matando: á la hora de alazar, ó media tarde, la victoria se declaró por la hueste de Abderahman: los de Jusuf y de Samail dejaron el campo á sus enemigos, y dispersos huyeron á los montes, refujiándose en las asperezas de Elvira.

En esta ciudad aconsejó Samail á su amigo Jusuf, que propusiese algun acomodamiento ú avenencia con Abderahman el Adaghel, pues era, como veia, tan favorecido de la fortuna. Aunque muy contra su voluntad, y con harta repugnancia de sus hijos, movió tratos de paz por medio de Hosain el Ocaili, primo de Samail, aunque estaban desavenidos con este caudillo. Por su crédito y autoridad logró que Abderahman ben Moavia concediese seguro á Jusuf el Fehri y á los suyos, con absoluto olvido de todo lo pasado, entregando estos por su parte en cierto tiempo señalado todas las fortalezas y ciudades que tenian en su poder, los depósitos de provisiones y de armas que tuviesen, sin contar las suyas propias. Se ajustó y otorgó esta avenencia en miércoles, á dos dias de la luna rabié segunda, año 139. Luego desocuparon Medina Elbira y las 756
nuevas fortificaciones que habia en Granada, y partieron estos walíes á tierra de Tadmir, donde andaba Muhamad Abulaswad, hijo de Jusuf, y á la comarca de Toledo. Cuando vieron que aquellos pueblos todavía estaban por ellos y respetaban sus órdenes, se arrepintieron de su precipitado concierto, y volvieron secretamente á encender los ánimos, y á mantener á todo trance su partido.

lic y otros muchos que vivian en las Iracas, en Ejipto y en Barca, vagando errantes y perseguidos en estas provincias por haber sido ilustres y favorecidos en tiempo de los Omeyas: ordinarios juegos de la inconstante fortuna. Alegróse mucho con la venida de estos el rey Abderahman, y dió á Moavia ben Salehi el cargo de cadí de los cadíes, ó justicia mayor de las aljamas de toda España: á Abdelmelic ben Omar ben Meruan el gobierno de Sevilla, y á Suleiman Foteis el de Cabra, ciudad que llamaban Wasita (1), por la de Iraca. Vinieron tambien algunos caballeros de Hemesa con intentos de venganza contra Abdala, hijo de Abdelmelic ben Meruan, que por leve ocasion habia muerto á un su pariente llamado Abulsabahi el Yahsebi; pero informado luego Abderahman de esta enemistad y de las causas de ella, logró componer su desavenencia á satisfaccion de ambas familias. Declaró Abderahman su voluntad de que la ciudad de Córdoba fuese la capital del imperio de los muslimes en España, mandando construir en ella su alcázar sobre la orilla del rio con hermosos jardines.

CAPÍTULO X.

DE LA INSURRECCION DE JUSUF, Y SU MUERTE.

En este tiempo el gobernador de Sevilla Abdelmelic ben Omar ben Meruan avisó al rey Abderahman de los movimientos y junta de jentes que hacian los parciales de Jusuf el Fehri, y que este walí, olvidando el concertado pacto, no solamente dilataba la entrega de las fortalezas, sino que abiertamente habia levantado banderas, y se declaraba amir lejítimo de España, y daba al rey Adderahman el

(1) Por estos gratos recuerdos de las ciudades de su patria solian llamar los árabes á Sevilla Hemesa, y á Elvira, la de Granada, Damasco, y á Jaen Quinserin.

título de Adaghel, aventurero intruso y desconocido. Ordenó el rey que Abdelmelic saliese con la caballería de Jerez, Arcos, Sidonia y Sevilla, y fuese á castigar á estos rebeldes. Fue la primera empresa de Jusuf apoderarse de Hisn Modwar (1), que ocupó por sorpresa en fin del año 141, y corrió y alborotó la tierra. Sin perder tiempo fue contra ellos Abdelmelic, y sus hijos siguieron con jente de á pie á poner cerco á la fortaleza de Modwar: hubo entre las tropas de caballería algunas escaramuzas con varia fortuna: ocupó la hueste de Abdelmelic varios pueblos que se habian declarado por Jusuf, y eran depósitos de sus provisiones y armas; todo lo entregaron y manifestaban haber sido obligados á estos servicios por la presencia de las tropas del rebelde: así llamaban al amir lejítimo á quien poco antes obedecian. Luego fue Abdelmelic al cerco de Modwar, que en pocos dias se rindió. Escribió al rey este suceso, y le pidió que enviase jente de Córdoba. Ecija y Cazlona, que fuesen por dos caminos diferentes con mucha dilijencia, unos á los campos de Ubeda, y otros á tierra de Tadmir, en donde estaban las fuerzas mas considerables de los rebeldes en número y calidad: así logró dividir la atencion y fuerza de Jusuf, y Abdelmelic logró en los campos de Lorca envolver y ceñir con su caballería muy numerosa, la que acaudillaba el mismo Jusuf el Fehri: este esforzado caudillo y la mayor parte de sus parciales, hombres muy ejercitados en la guerra, pelearon con admirable valor, y la matanza fue grande, que pocos pudieron abrirse paso para librarse de la muerte en este dia: Jusuf fue hallado en el campo de batalla cubierto de heridas, y poco despues de reconocido espiró. Envió Abdelmelic á Córdoba la nueva de esta victoria con la cabeza de Jusuf el Fehri: acaeció esta batalla y muerte de Jusuf el año 142: habia gobernado la España nueve años 759 y nueve meses.

(1) Ahora Almodovar.

CAPÍTULO XI.

DEL TRIBUTO IMPUESTO Á LOS DE CASTILLA, Y ENTRADA EN TOLEDO.

Holgó mucho el rey Abderahman con la nueva de esta victoria, esperando que la desgraciada muerte del caudillo acabaria los vanos intentos de sus parciales. En este mismo tiempo concertó el rey Abderahman con los cristianos de Castilla el tributo que debian pagarle, y la carta de proteccion y seguridad que les ofreció decia así (1): «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el magnífico rey Abderahman á los patriarcas, monjes, próceres y demás cristianos de España, á las jentes de Castêla y á los que los siguieren de las rejiones otorga paz y seguro, y promete en su ánima que este pacto será firme, y que deberán pagar diez mil onzas de oro, y diez mil libras de plata, y diez mil cabezas de buenos caballos, y otros tantos mulos, con mil lorigas y mil espadas, y otras tantas lanzas cada año por espacio de cinco años: escribióse en la ciudad
759 de Córdoba, dia 3 de la luna safar del año 142.»

Cuentan algunos que en este año perdieron los muslimes Medina Narbona despues de seis años y meses de cerco, y que la perdieron por confiar su guarda de cristianos.

El caudillo Samail, habiendo sabido la muerte de su amigo Jusuf el Fehri, ó desengañado de la vanidad de las cosas humanas, ó por considerar desbaratado el juego de su fortuna, habiendo desempeñado los encargos que tenia en las fronteras de España oriental con mas intelijencia que

(1) El granadino que trae esta escritura, refiriéndose á Razi, no la copió, á mi parecer, con exactitud, pues en tiempo de este antiguo historiador no usaban decir *äâm* por año, sino *senat*, ni llamaban *Castela* sino *Galicia* á las provincias y tierras del otro lado de Jibal Axerrat ó sierras de Guadarrama.

buena voluntad, y por no desmentir la opinion que habia merecido, escribió al rey que su presencia no era allí necesaria, y que le concediese licencia para retirarse á su casa en Sigüenza. Concediósela Abderahman, y se vino Samail á su casa. El walí de Toledo Temam ben Alcama perseguia en aquella comarca á los hijos de Jusuf el Fehri: en una sangrienta escaramuza murió peleando Abderahman el hijo mayor, que era muy buen caballero, y su hermano Muhamad Abulaswad se refujió con su caballería á la ciudad, y se fortificó en ella: avisó Temam al rey esta victoria, y envió la cabeza de Abderahman, que fue puesta con la de su padre en un garfio de la muralla de Córdoba. Se celebró en esta ciudad la victoria conseguida por Temam ben Alcama, importante por la fama de sabio y esforzado capitan que ya tenia el sin ventura Adberahman ben Jusuf. Continuó Alcama el cerco de Toledo, y como la ciudad era populosa, así en ella eran muy diversas las voluntades: la jente del pueblo, que no tenia aficion ni interés en ninguno de estos partidos, solo deseaba el término mas breve de los males del cerco, así que por la mayor parte la defensa era mal esforzada, y en los combates la resistencia ni voluntaria ni fuerte. Algunos moradores facilitaron á Temam con secretas intelijencias la entrada en la ciudad: los parciales de Jusuf en la sorpresa que este acaecimiento les causó, solo atendieron á su propia seguridad, y se libraron como pudieron con presta fuga: pocos cuidaron del riesgo del jóven Muhamad Abulaswad, que fue hecho prisionero por el caudillo Bedre, liberto del rey Abderahman: Casim, el otro hijo de Jusuf, logró salvarse disfrazado. Puso Temam en cadenas al jóven Muhamad ben Jusuf, y le envió á buen recaudo á Córdoba, para que el rey dispusiese de él á su voluntad: fue la entrada de Temam ben Alcama en
Toledo dia 9 de la luna de dylcada del año 142. Cuan- 759
do recibió el rey Abderahman la nueva de estos felices sucesos, como naturalmente era de corazon humano y

compasivo, y que la buena ventura y las alegrías disponen el ánimo á la benignidad, se compadeció dela juventud de Muhamad Abulaswad, y se abstuvo de derramar su sangre, y le mandó encerrar en una fuerte torre del muro de Córdoba.

CAPÍTULO XII.

DE LOS MOVIMIENTOS DE BARCERAH Y DEL HIJO DE JUSUF.

Entretanto Barcerah ben Nooman el Gasani, que vivia en Jezira Alhadrâ, recibió en su casa al hijo de Jusuf, que habia huido de Toledo, llamado Casim, y le ofreció su proteccion con tan temerario empeño, que allegó mucha jente ociosa y mal acostumbrada con la licencia de la guerra civil, y con estas compañías de bandidos acaudillados de Barcerah y de Casim ben Jusuf ocuparon la ciudad de Sidonia: esta ventaja les puso mayor atrevimiento y mayor número de aquella jente que reunia la esperanza del robo: con estas fuerzas fueron sobre Sevilla, que estaba descuidada entonces, y entraron por sorpresa en ella. Cuando el rey Abderahman tuvo noticia de estos movimientos partió al punto de Córdoba con la caballería africana que estaba en la ciudad, y algunos caballeros que pudieron seguirle con mucha celeridad, dando al mismo tiempo aviso de su marcha al walí de Toledo Temam, para que viniese á Andalucía sin tardanza. Fue el rey Abderahman sobre Sevilla, y salió contra él Barcerah con sus bandidos: trabóse una porfiada escaramuza, y en ella fue muerto Barcerah, y luego huyó aquella jente sin tener caudillo que los dirijiese: entró Abderahman en la ciudad, en donde fue recibido con demostraciones de mucha alegría. Los caudillos africanos siguieron á los bandidos con órden de recibir á cuantos dejasen las armas, y no matar á los que se rindiesen. Pocos dias despues llegó Temam á Sevilla, y el rey le recibió y hospedó con mucha honra: queria el rey que

descansase allí en su compañía; pero Temam se escusó diciendo que no le mandase descansar hasta que hubiese acabado con todos los rebeldes de España. Pasó este caudillo con su caballería á Sidonia, y entró en ella sin resistencia, porque Casim y sus bandidos no osaron esperarle en ella: sabiendo que Casim se habia refujiado en Jezira Alhadrâ, fué con increible celeridad, y allí le fue entregado por los mismos bandidos. Luego volvió á Sevilla este insigne caudillo, llevando consigo en fierros á Casim, hijo de Jusuf, para que el rey hiciera de él á su voluntad. Holgó mucho á Abderahman del venturoso y rápido suceso de estas espediciones; y por mas honrar á su walí Temam ben Ahmed ben Alcama el Tzakefi, lo hizo su hajib ó mayordomo mayor, que era el primer ministro en las cosas de paz y de guerra en la corte de los Beni Omeyas. Envió el rey á Toledo á su wazir y liberto Bedre, y con él á Casim ben Jusuf para que lo pusiese allí en prision en una fuerte torre. Dió el gobierno de Toledo á Habib ben Abdelmelic ben Meruan, y á su padre, por tenerle mas cerca de sí, el de Sevilla; á Ibrahim ben Abdelmelic el gobierno de Lecant, á Muhamad ben Abdisalem ben Baseil el de Sidonia, y á Ased ben Abderahman el Xeibani el de Elvira. Entró Bedre en Toledo, y pocos dias despues de su llegada tuvo órden para traer preso á Toledo á Samail ben Hatim.

CAPÍTULO XIII.

DE LA PRISION Y MUERTE DE SAMAIL.

Vivia este insigne caudillo en su casa de Sigüenza, al parecer tranquilo, cediendo al poderoso impulso de las circunstancias, sin pensar en otra cosa que en conversar con algunos de sus antiguos amigos, y holgarse con ellos en el ocio y comodidad de su casa. Cuenta Abu Becre Razi que en un convite que dió á sus amigos con mucha profusion

y aparato, en la mayor alagría del festin dijo unos versos fatídicos, que sus anuncios fueron muy en breve cumplidos. A pocos dias fue cercada su casa por el caudillo Bedre con una compañía de caballos, lo prendió y llevó á una torre de Toledo, y poco despues le dieron muerte en su prision. O fue temor de su jenio astuto y ambicioso, sospechas mas ó menos fundadas, ó calumnia de sus enemigos, que parece harto mas verosímil: pues despues de su muerte se divulgaron perfidias y temerarias conspiraciones, que no podian proceder de un mediano discurso. Fue la muerte de Samail año 142.

Estaba el rey Abderahman en Sevilla hospedado en casa propia de Hayût ben Molemis el Hadrami, de Homera que era de los mas nobles jeques de las tribus de Siria, y cedió al rey su casa con cuanto habia en ella; y el rey Abderahman admitió su jenerosa dádiva por no desairarle. Vivió poco tiempo despues, y el rey Abderahman honró su memoria con unos elegantes versos en que celebró su hospitalidad, su munificencia y otras nobles prendas: diciendo, que al faltar del mundo Hayût ben Molemis habian desaparecido con él la bondad, la gracia, la hospitalidad y el valor. Se detuvo el rey en Sevilla gran parte
760 del año 143, y en este tiempo hizo la almunia ó
huerta amena, que llamaban de Rabunales, y labró en ella una hermosa torre, y plantó una palma, de la cual procedieron las que hay ahora en esta tierra: aquel sitio se llamó siempre despues Nahla; y así hay algunos que dicen que por esta palma hizo el rey Abderahman aquellos versos, y no por la de Córdoba: sábelo Dios.

CAPÍTULO XIV.

DE LA INSURRECCION DE BEN ADRA EN TOLEDO.

Disponia el rey Abderahman su salida para visitar la España oriental, cuando tuvo aviso de haberse levantado en Toledo contra su wazir una familia muy poderosa en aquella tierra, de las jentes de Hemesa, acaudilladas de Hixèm ben Adra el Fehri, pariente de Jusuf: habian ocupado el alcázar, y el wazir de la ciudad salió precipitadamente huyendo de los conjurados, y así se libró de la muerte: muchos honrados muslimes que se opusieron á los rebeldes fueron despedazados por ellos. Sacaron de la torre en que estaba preso á Casim hijo de Jusuf, y sucitaron á la rebelion á todos los pueblos de la provincia. Reunieron á sus banderas todos los bandidos que habia en la tierra, y con los tesoros de Hixêm ben Adrâ, esparcidos con loca prodigalidad entre la jente baldía y miserable, se allegó una hueste de diez mil hombres, gran parte de ellos malhechores que no osaban antes entrar en poblado. Llenó de pesar esta nueva al rey Abderahman, y salió con la caballería de Córdoba y africana, que estaba en la ciudad, ordenando que le siguiesen á Toledo con sus jentes los de Mérida y sus comarcas. A la llegada de la caballería de Córdoba á tierra de Toledo se acojieron á la ciudad todas las tropas de los rebeldes que corrian los campos de Calatrava y de Guadalhijara: como no era jente de guerra, ni ejercitada en las armas, no trataron de oponerse á las tropas del rey, ni pelear en el campo; pero defendian bien las puertas de la ciudad desde las torres y almenas de sus muros; y como la posicion de la ciudad es en lugar alto y fuerte, bien cercada de altos y torreados muros, su defensa era fácil. Viendo el rey que el cerco seria largo, así por la fuerza de la ciudad, como por la desesperada obstinacion de los rebeldes, que tenian

oprimidos á los ciudadanos, movió tratos de avenencia (ellos, aunque con harta repugnancia suya, por consejo su hajib Temam ben Alcama, que sabia que era forz levantar el campo para acudir á las costas de algarb donde amenazaba no menos peligrosa tempestad. Propu el hajib, como walí que era de Toledo, á los caudillo de la rebelion en ella, que si en tres dias se viniesen á la merced del rey, que les ofrecia una jenerosa avenencia y olvido de su desacato y perfidia. Instado Hixêm ben Adrá de su familia y de los clamores de gran parte de los vecinos que no podian sufrir las incomodidades del sitio, y menos todavía las vejaciones de los defensores, envió á su hijo Muhamad á suplicar al rey que los perdonase, como esperaban de su jenerosidad: el rey dijo que á todos los perdonaba sin mas condicion que Hixêm entregase sin dilacion las puertas de la ciudad, y viniese confiado al campo del rey. Con no poco temor y desconfianza se resolvió Hixêm á venir al pabellon del rey Abderahman; pero las instancias de su hijo y de otros principales ciudadanos que se ofrecieron á venir en su compañía vencieron sus recelos. En el mismo dia entregó la ciudad, y se presentó al rey que le dijo que aunque por su rebelion y por los males que habian causado eran merecedores de muy graves castigos, todos ellos estaban perdonados y podian volverse á sus casas con seguridad, que solamente queria quedase en rehenes el hijo de Hixêm ben Adrâ, y que Casim ben Jusuf fuese otra vez á su prision. Algunos caudillos aconsejaban al rey que para seguridad mandase cortar la cabeza á Hixêm y á los otros de Hemesa sus parciales; pero el rey dijo que por todo el mundo no faltaria á su palabra. Puso el rey por wazir de Toledo al caudillo Said ben Almesib, y luego partió á Córdoba y mandó que se retirase á su provincia la jente de Mérida que habia venido al cerco de Toledo, y el rey entró en Córdoba
761 al fin del año 144.

CAPÍTULO XV.

DE LA VENIDA DEL WALÍ DE CAIRVAN CONTRA ABDERAHMAN.

No bien habia el rey descansado de la fatiga de su espedicion cuando su hajib Temam ben Alcàma le manifestó unas cartas que enviaba el jeque de Medina Tahart, capital de las tribus zenetas, en que avisaba que Aly ben Mogueith, walíde Cairvan, con numerosa hueste preparaba un desembarco en las costas de España, para establecer en ella la autoridad del califa de Oriente Abu jiofar Almanzor, que todos los walíes de Ejipto y de Africa estaban encargados de echar de España al fujitivo Abderahman ben Mohavia. Estas nuevas que ya tenia el hajib habian sido las que le persuadieron á tratar de avenencia con los rebeldes de Toledo: y poco tiempo despues avisó el walí de Mérida, que en las costas de Algarbe habia desembarcado una buena hueste de jente de á pie y de á caballo, que luego habia corrido la tierra proclamando al califa de Oriente, tratando de ilejítimo y de usurpador al rey Abderahman ben Moavia. Puso en cuidado al rey Abderahman este aviso; pero manifestó que solo sentia las fatigas que estos temerarios movimientos producian á sus provincias, dió órden á los caudillos de reunir la caballería de las comarcas, y que pasasen á las costas de algarbe con mucha dilijencia.

Luego que llegó á Toledo la noticia del desembarco del walí de Cairvan en algarbe con numerosas tropas, volvió á escitarse en aquella ciudad el fuego mal apagado de la rebelion. Hixêm ben Adrâ el Fehri y sus parciales acometieron al alcázar, y degollaron á cuantos lo defendian. y entre ellos al wazir de la ciudad Said ben Almesib, se apoderaron de las puertas y fortalezas de la ciudad,

proclamaron al califa de Oriente. Como la fama vu con increible celeridad cuando pregona y divulga al tos y calamidades de pueblos, se supo en Córdol acaecido en Toledo. Ordenó el rey que partiese á Tc su caudillo Bedre, y reuniendo las jentes de Calatr Talavera, Uclés y Webd, pusiesen riguroso cerco á la ·dad, y les mandó llevar con ellos á Muhamad, el hijo Hixêm ben Adrâ, para obligar al padre á entregar la c dad, ó quitarle la vida.

Reunida la caballería de Córdoba y de sus comarca partió el rey por Castala á Silbe y Mirtola, donde deb reunirse la caballería y jente de Mérida. Los africanos de walí de Cairvan corrian la tierra hasta Beja y Jabora, y exhortaban á los pueblos á tomar armas contra el rey adaghel, aventurero, advenedizo, resto miserable de una familia proscrita y escomulgada en todos los alminbares ó púlpitos de las aljamas de Oriente: mucha jente tímida y supersticiosa se persuadió de estas proclamas, y siguió las banderas del walí de Cairvan, que para seducir á los ignorantes y jente menuda y baldía de los pueblos llevaba delante de sí una bandera que decia haber recibido de las manos del califa, y ofrecia grandes premios y recompensas á los buenos muslimes que la siguiesen. No faltó jente vana é inconstante, amiga de novedades, que se dejó llevar del corriente y de las vanas promesas de Aly ben Mogueith, de suerte que con sus africanos y esta chusma allegadiza componia una respetable hueste en apariencia. Reunidas las tropas de Abderahman de Córdoba y de Mérida, las dividió en tres cuerpos, en delantera, batalla y de la zaga: su fuerza principal era toda de la caballería de Córdoba, Sevilla y Jerez. Adelantáronse los adalides y campeadores hasta descubrir el campo de los africanos, que era harto numeroso, salieron estos y se trabaron algunas escaramuzas de poca importancia. Habia llegado al campo de Aly ben Mogueith el mismo Hixêm ben Adrâ para persuadirle que sin dila-

cion y en seguidas marchas fuese á ocupar la capital de España, la gran ciudad de Toledo, que él tenia á disposicion del poderoso señor y califa de los muslimes de Oriente y Occidente. La venida de este jeque y las facilidades que proponia deslumbraron al walí de Cairvan, y se persuadió que con solo ganar una batalla se hacia dueño de toda España. Dió sus disposiciones para pelear, y á otro dia á la hora del alba se avistaron ambas huestes: principió la batalla por parte de los africanos, que fue muy sangrienta hasta la mitad del dia; á la tarde cargaron los andaluces con tanta pujanza y ardimiento, que los pusieron en desórden: la jente de á pie y allegadiza que habia en la hueste de los de Africa huyó al campamento y principió á robarlo, y los africanos que lo guardaban á pelear contra ellos; de suerte que en ambas contiendas quedaron desbaratados. Aly ben Mogueith murió peleando con mucho valor. Huyeron gran parte de los suyos á diversos puntos, los mas á la costa para volverse á Africa. Quedaron muertos en el campo de batalla siete mil africanos, y entre ellos el walí de Cairvan Aly ben Mogueith, su caudillo: mandó Abderahman cortarle la cabeza, y desmehollada y canforada la envió con secreto y celeridad á Cairvan, y la puso de noche un cordobés encargado de esta comision en la columna ó rollo de la plaza de aquella ciudad con un escrito que decia: asi castiga Abderahman ben Moavia ben Omeya á los temerarios como Aly ben Mogueith, walí de Cairvan. Fue esta victoria el año 146. 763
Otros dicen un año antes, pero lo primero es mas seguro. Ordenó el rey Abderahman que se persiguiese á los fujitivos, ofreciendo seguro de la vida á los que rindiesen sus armas, ó se viniesen á sus banderas, y volvió á Córdoba para proseguir la reduccion de Toledo.

CAPITULO XVI.

DEL LEVANTAMIENTO DEL ALCAIDE DE SIDONIA.

Hixêm ben Adrâ con sus parciales, no siéndole fácil volver á entrar en Toledo, que estaba cercada con mucho rigor por los caudillos de Abderahman, solicitó á la insurreccion á los alcaides de Sidonia y de Jaen y otros de Andalucía: tuvo la imprudencia de entrar en aquella ciudad, confiando en el valor de su alcaide Said ben Said ben Husein el Yahsebi, que era de los alabdaríes, y conocido por el Matari, y tambien se juntó á estos temerarios Sakfan ben Akma que habia sido antes alcaide de Sidonia, y Abdalá ben Harasa el Asedi que lo habia sido en Jaen, y descontentos de su suerte y estado querian novedades ó venganzas: con las reliquias del ejército desbaratado en Beja, y con muchos bandidos formaron compañías de caballería que corrian y robaban la tierra, sin abstenerse de talar las siembras y plantíos con bárbaros y desusados estragos: estas algaras llegaron á las puertas de Sevilla, y por sorpresa llegaron á ocupar sus puertas. Informado el rey de estas talas y desórdenes, montó á caballo, dió órden á su hajib de juntar la caballería de la provincia, y luego partió con sus zenetes y africanos; y por otra parte los alcaides de Cabra, Ezija y Carmona, con la caballería de sus ciudades, fueron á reunirse con el rey Abderahman: el walí de Sevilla, que habia salido de la ciudad por la entrada de los rebeldes, luego que allegó sus jentes fué á buscar á sus enemigos; estos abandonaron la ciudad sabiendo que tantas jentes iban contra ellos, y robando los depósitos de armas y la casa del rey, huyeron precipitadamente. Encontró estas jentes Abdelmelic ben Omar ben Meruan, y peleó con ellos, y los rompió y deshizo, y los persiguió hasta Sidonia, donde se encerraron: dejó puesto cerco á esta ciudad, y partió

con escojida jente á Sevilla y á saludar al rey y escusar su descuido. Luego en el campo de batalla pareció muerto Husein el Yahsebi, y cortada su cabeza, mandó el rey ponerla en una pica, y manifestarla á los que se habian refujiado en Sidonia: fué esto año 148. Encargóse al alcaide de Carmona que la llevase con su jente al cerco de Sidonia, luego despues salió Abdelmelic de orden del rey con los alcaides de Ecija y de Cabra y su jente, y fueron sobre Sidonia: causó gran espanto á los rebeldes la llegada sucesiva de estas tropas, y como confiaban poco en los vecinos de la ciudad, y todo el peso de la defensa debia cargar sobre ellos, les pareció á estos hombres animosos aprovechar sus fuerzas y brazos en campo abierto, ántes que esperar la muerte cierta despues de sus inútiles y viles fatigas: tomaron este partido todos, aunque contra la opinion de Hixêm ben Adrá el Fehri, que por su desgracia estaba allí refujiado. Era ya viejo y no se sentia con fuerzas ni soltura para la batalla, pero el triste se perdió por su mal consejo; aunque este suele servir muy poco cuando falta ó no favorece la fortuna.

Estaban los del campo con mas confianza de lo que requeria la ocasion estando con enemigos tan cerca, pero no sospechaban que tan poca jente intentase salidas contra un campo tan numeroso. Los caudillos rebeldes, con gran secreto, porque los de la ciudad no penetrasen su intento, esperaron la tercera vela de la noche, y dispuestos todos, salieron por dos contrarias puertas á un mismo punto con ánimo de morir ó abrirse paso, para acojerse á las serranías de Ronda. Muchos fueron harto felices, y lograron romper por el campo de los cercadores como Sakfan ben Akma, y Hafila y otros bandidos, pero cayó, herido su caballo, el jeque Hixêm ben Adrá el Fehri, y fué encadenado con otros sus parciales que tuvieron la misma suerte. A la hora del alba salieron

los de Sidonia á manifestar su obediencia inalterable al rey Abderahman. Luego envió Abdelmelic la nueva de este acaecimiento al rey, y con los alcaides de Ecija y Carmona la cabeza del rebelde Hixêm, recelando
765 que todavia la bondad del rey le dejase la vida: fue esto año 148.

CAPÍTULO XVII.

DE LA VENIDA DEL MEKNESI CONTRA ABDERAHMAN.

Los rebeldes Sakfan, el Hafila, Abdala ben Harasa el Asedi y sus secuaces se enriscaron en aquellas sierras y por tierra de Elvira: no contentos de su buena suerte, pues habian escapado de tantos peligros, pasaron en Africa y solicitaron auxilios de los walíes de Almagrêb; entre otros se dejó llevar de sus promesas un jóven walí de Meknesa, llamado Abdelgafir el Meknesi, que se preciaba de descendiente de Fátima, hija única del anabi Mahomad, y esposa de Aly, el primo del mismo Mahomad. Con este se unieron varios aventureros de Africa, que deslumbraron las relaciones de los rebeldes de las serranías de Ronda y de Elvira. Estos y sus parciales divulgaron la fama del poder de este walí, que venia con grandes huestes y muchas riquezas para pagar y premiar los servicios de los buenos y leales muslimes que tomasen armas contra el rey Adaghel que injustamente ocupaba el trono de España. Estos movimientos y asonadas llegaron á Córdoba, y mandó el rey Abderahman que la jente de Elvira persiguiera á los de aquellas serranías, que levantaban los pueblos de aquellas comarcas, y que en Almunecab hubiese un presidio considerable, y que guardasen las naves de aquella costa y las de Almería las entradas de toda aquella marina: ofreció una

gran cuantía de doblas por las cabezas de los caudillos rebeldes, y este arbitrio los puso en mucho desvelo y desconfianza. A pesar de ella el triste Abdala ben Harasa el Asedi fué asesinado en Jaen, y su cabeza presentada en Córdoba el año 149. En este tiempo Ased ben Abderahman el Xeibani, walí de la region de Elvira, que hacia la guerra á los rebeldes de la sierra con varia fortuna, tuvo noticia de haber desembarcado en aquellas costas alguna jente y caballería de Africa: esta fue la primera que aportó en España acaudillada del Meknesi, luego se reunió á los rebeldes de la sierra, y osaron bajar á las campiñas. 766

Entretanto el rey Abderahman mandaba á sus walíes que terminase el largo cerco de Toledo, que se hacia con mucha flojedad y descuido, procediendo esto de las relaciones é intelijencias que habia entre los del campo y los de la ciudad: no se daban combates, ni se guardaban las salidas por parte de los cercadores, ni se impedian entradas de provisiones en barcos por el rio, y los de los pueblos de la comarca cultivaban sus campos y conducian á la ciudad sus frutos, sin grandes dificultades. Luego partió Teman ben Alcama al cerco de Toledo, y con su presencia se dieron combates, y se intentaron escaladas por la parte mas baja del muro; y como los de la ciudad viesen acrecentarse el número de los sitiadores, y las disposiciones activas para entrar la ciudad, movidos de su temor de esperimentar la saña de los vencedores, facilitaron los parciales de Casim ben Jusuf, que este saliese á nado por el arrabal de aquella parte superior del rio, y luego que este salió abrieron las puertas de la ciudad implorando la clemencia del rey, y escusándose con que habian sido forzados de los bandidos y familia del Fehri, y que no habian tenido parte en la muerte del wasir Said ben Almesib, que todo habia sido obra de los Hemisenos y parciales del Fehri. Temam

desarmó á todos los de la ciudad, y les prometió que intercederia con el rey para que usara con ellos de benignidad. Fué la rendicion de Toledo en fin del
año 148. 765

CAPITULO XVIII.

DE LA ESPEDICION Á GALICIA, Y GUERRA CONTRA EL MEKNESI Y SEKELEBI.

En este mismo año envió el rey Abderahman los caudillos de la frontera Nadhar y Zeid ben Aludhâh el Ashai á los montes de Galicia, que están al septentrion de España, y á los montes Albaskenses; visitaron la tierra de Galicia y persiguieron algunas reuniones y taifas de cristianos rebeldes, que confiados en la aspereza de aquella tierra negaban la obediencia al rey: por la mayor parte eran estos infieles fujitivos de las provincias de España. Volvieron á Cordóba con muchas riquezas, ganado y cautivos. Referian de estos pueblos de Galicia, que son cristianos y de los mas bravos de Afranc; pero que viven como fieras, que nunca lavan sus cuerpos ni vestidos, que no se los mudan y los llevan puestos hasta que se les caen despedazados en andrajos, que entran unos en las casas de otros sin pedir licencia. En este año mandó el rey Abderahman reparar los muros de Córdoba, y construir una fortaleza en ella.

El wali de Elvira Ased ben Abderahman el Xeibani salió con su jente contra los rebeldes y bandidos que infestaban las costas de tierra de Almunecab y de Almería, y peleó con ellos, y los venció y puso en fuga; pero fué herido gravamente de lanza y de saeta, y le fué forzoso retirarse á Elvira, y sus heridas
765 fueron causa de su muerte, que acaeció en principio del año 150. Su muerte fué muy sentida del rey

por su valor y prudencia. Este walí fué quien dirijió las obras de las nuevas fortalezas de Granada: puso el rey en su lugar al siro Abdelsalem ben Ibrahim, que servia al rey con sus doce hijos. Los rebeldes de las serranías lograron ser auxiliados con otro desembarco de jentes de Africa, que venian á reforzar la hueste de Abdelgafır el Meknesi: con esto se animaron los bandidos y se esparcieron sus algaras hasta las comarcas de Arcos y Osuna. Avisado de estas escursiones el walí de Sevil!a, sin mas jente que la de Carmona y la de su ciudad salió á contenerlas, y trabó con ellas varias escaramuzas de corta importancia. Escribió al rey Abderahman que enviase alguna caballería de las comarcas de Córdoba para reprimir el atrevimiento de estos rebeldes: luego se pusieron en camino los alcáides de Ecija y de Baena, y con los de Sevilla y Carmona continuaron la guerra contra Abdelgafir y sus bandidos con varia fortuna: así pasaron mucho tiempo con frecuentes pero leves escaramuzas, escusando los africanos las ocasiones, y evitando con destreza el venir á batalla de importancia, ocupando siempre las alturas, porque la caballería de los andaluces no aprovechara la ventaja que sobre ellos tenia; fatigándola con sus continuos rebatos nocturnos y alboradas, procurando siempre tener á sus contrarios en inquietud y sin un punto de reposo.

Al principio del año **151** aportaron cerca de Tor- **767**
tosa diez barcos grandes con el caudillo Abdalá ben Habi el Sekelebi y tropas africanas para reforzar el ejército de los rebeldes, porque estos finjian victorias y progresos que no conseguian, y así lograban escitar á los walíes de Africa á ausiliarlos con las esperanzas que sus finjidos triunfos ofrecian. Luego que estas tropas desembarcaron en aquella costa, divulgaron que seguirian nuevos socorros de armas y jente, y que en poco tiempo echarian al hijo de Moavia del reino que tenia usurpado. Los alcaides de

las comarcas de Tortosa avisaron sin dilacion al walí de aquella ciudad, y este al de Tarragona y al de Barcelona; y así la fama de este desembarco se estendió por toda España, acrecentando el número y calidad de la jente. Luego que el rey Abderahman tuvo noticia de esto, sin mas compañía que sus caballos zenetes y los wasires y caudillos que se hallaban en Córdoba, partió á tierra de Tadmir y de Valencia, juntando al paso mucha caballería; pero ántes de llegar á Valencia recibió aviso del walí de Tortosa, que con las jentes de aquella comarca y la caballería de Tarragona, sin mucha dificultad, habia desbaratado y puesto en fuga á los africanos, que no habian logrado volverse á embarcar: porque las naves de Tarragona habian quemado y puesto en fuga las de los contrarios: que estos se habian retirado á los montes, donde los perseguian sus alcaides. Holgó mucho Abderahman con esta nueva; y aunque ya su presencia no era necesaria, quiso pasar adelante por visitar las ciudades que tan bien le habian servido en esta ocasion: llegó á Barcelona y dió gracias al walí Abdalá ben Salema por sus oportunos socorros, y por el buen estado de las naves de aquella costa, manifestándole que convenia mantenerlas siempre con el mismo cuidado, por los importantes servicios que harian guardando la tierra, como habian hecho las de Tarragona. Luego se volvió el rey por Wesca y Zaragoza; y en todas partes fué recibido con demostraciones de mucha alegría: despues de algunos dias pasó á Toledo, y estuvo en ella poco tiempo, y por Calatrava se vino á Córdoba, y el dia de su entrada en ella fué un dia de gran fiesta.

La nueva del desembarco de Sekelebi animó á los rebeldes de las compañías del Meknesi, y se aventuraron á probar fortuna, y dieron batalla en Astaba á los de Sevilla, y en ella lograron desordenar y poner en fuga á los caudilos de Baena y Carmona: esta ventaja, muy celebrada por los descontentos y amigos de novedades, acaloró los

ánimos inquietos de algunos sediciosos de Sevilla, entre ellos un jeque llamado Hayún ben Salem, y se pusieron en intelijencia con los de Abdelgafir el Meknesi, ofreciéndole entregar la ciudad á sus jentes si viniesen á ella.

CAPÍTULO XIX.

DE LA ENTRADA DEL MEKNESI EN SEVILLA, Y DE SU MUERTE.

Reunió Abdelgafir toda la jente que seguia sus banderas, y descendieron todos los bandidos de las sierras de Ronda y Antequera. Junta su jente, dispuso sus compañías, y ordenó á sus caudillos que ántes del dia estuviesen á punto para acometer á los de Córdoba y Sevilla. Estaba encargado del mando de los campeadores de Sevilla Casim, hijo de Abdelmelic, walí de aquella ciudad: este mancebo, todavía en su primera juventud, y no acostumbrado á los horrores de la guerra, fué encargado por su padre de hacer la descubierta y reconocimiento de las posiciones y movimientos de los enemigos, y sorprendido de los campeadores contrarios, sin reflexion volvió brida á su caballo, y vino precipitadamente al campo de su padre: lleno Abdelmelic de saña al verle así venir, le dijo: muere, cobarde, que no eres Meruan, no eres hijo mio; y diciendo esto le arrojó su lanza y le traspasó con ella, y cayó muerto: todos se horrorizaron de esto, y él mandó que retiraran de allí su cuerpo: luego llegaron los campeadores y avisaron que los enemigos venian formados en batalla. Abdelmelic ordenó su jente para recibirlos, y luego se avistaron ambas huestes. Intervinieron algunas escaramuzas, y alto ya el sol se trabó una sangrienta batalla bien sostenida por ambas partes. Á la tarde esforzó tanto la pelea Abdelmelic, que rompió y desbarató á los rebeldes, y se dispersaron huyendo á diferentes puntos. Su caballería se

dirijió la mayor parte hácia Moror y Marchena, y su jente de á pié á las sierras de Leit. La fatiga del dia no permitió á la caballería de Abdelmelic el perseguir á sus enemigos. Al dia siguiente, recelando los del Meknesi que los de Andalucía viniesen á buscarlos, se apresuraron á retirarse, los mas animosos á Sevilla, y los de á pié y heridos á las sierras de Leit. Confiaba Abdelgafir en las promesas de Hayûn ben Salem, que le abriria la ciudad de Sevilla, y hallaria en ella muchos parciales que acrecentarian su partido. Abdelmelic, presumiendo que los africanos intentarian entrar en la ciudad, no dió descanso á sus jentes y los siguió en el mismo dia, y los alcanzó en el Aljarafe en cercanías de la ciudad. Trabóse una sangrienta batalla, en que ambas huestes pelearon con igual empeño y valor. Abdelmelic fué herido muy gravemente y los mas principales caudillos; al mismo tiempo en la ciudad los sediciosos se apoderaron del alcázar, mataron al wasir de la ciudad y á sus jentes, el wasir Aben Abda Gehwara fué muy herido y le dejaron por muerto, ocuparon las puertas y facilitaron el paso del rio y la entrada á las tropas de Abdelgafir; pero esta posesion fue de una sola noche, siguió la caballeria de Sevilla y de Córdoba á los enemigos dentro de la ciudad, las muertes, la confusion y vocería de los que peleaban, y el furor y saña de los combatientes fué interrumpido por la oscuridad de la noche que sobrevino. Viendo el Meknesi que no era posible mantenerse en la ciudad, robó aquella noche los depósitos de armas y todas las riquezas que halló en la casa del rey y en la del walí Abdelmelic, y ántes del dia salió con todos los suyos y los rebeldes y parciales que se agregaron en Sevilla, aunque poco satisfechos del éxito de su loca perfidia. Aceleró su marcha á pesar de la fatiga de sus caballos, y llegó sin ser perseguido á Castala (1).

(1) Castala, ahora Cazalla, es notable la alteracion de es-

Estaba el rey Abderahman muy disgustado de la duracion de esta guerra, que sin tener mucha importancia fatigaba los pueblos de Andalucía, y era el refugio de los bandidos y malechores: escribió al walí de Mérida que enviase á Córdoba su caballería para tomar con mayor empeño la guerra contra el Meknesi, que su ánimo era no dejar las armas de la mano hasta acabarla. Luego congregó sus alcaides y partió el walí de Mérida para acompañar al rey, si fuese su intencion salir á esta guerra. Entre tanto llegó á Córdoba noticia de la entrada del Meknesi en Sevilla, la fama siempre mentirosa finjió derrotas y fugas en desórden de las tropas de Sevilla y Córdoba, y todo se engrandecia y abultaba. Supo el rey el verdadero estado de Sevilla y las graves heridas del walí Abdelmelic, y sin mas compañía que sus africanos quiso salir á perseguir á los bandidos: disuadió el hajib Temam ben Amer ben Alcama al rey Abderaman de este pensamiento hasta la llegada de la jente de Mérida, que no podia tardar: muchos wasires eran de parecer que el rey no debia salir á esta guerra de malandrines; pero el rey deseaba la paz de sus pueblos, y se le hacian años los dias que este bien se dilataba.

Llegaron á Córdoba las tropas de Mérida, recibió el rey con mucha honra al walí y á sus alcaides, y habiéndoles dejado descansar tres dias, dispuso su marcha para buscar á los del Meknesi, que avisados de la llegada de estas tropas y caballería de Mérida, luego vieron que aquella tempestad iba sobre ellos. Parecióle al Meknesi que debia pasar al otro lado del rio de Córdoba, y buscar en las conocidas sierras el asilo que les convenia: otros tenian por mas seguras las mas cercanas; pero prevaleció la opinion de Abdelgafir, y fueron á pasar el rio por Lorca. El mismo dia que los africanos pasaban el Guadalquivir

tos nombres, así de Basta resultó Baza, de Castulona Cazlona.

salió Abderahman de Córdoba : no habian descansado en la pasada del rio por adelantar y asegurar sus marchas, cuando informado el rey de su direccion mandó pasar por los mismos vados toda su caballería, y seguirlos y acometerlos en donde los alcanzara. Los alcaides de Elvira y de tierra de Tadmir habian salido de Sevilla sabiendo el paso del Meknesi, y deseaban tambien cortarles su retirada á las sierras: por fortuna de las armas de Abderahman se consiguió alcanzarlos casi en una misma hora en cercanías de Ecija á la ribera de Xenil: acometidos á un tiempo por dos diferentes partes, no mantuvieron mucho la pelea, los africanos hicieron muestra de su valor y destreza en pelear y retirarse, pero, acosados por los vencedores, les fué forzoso huir á rienda suelta: perseguia el alcaide de Elvira al Meknesi que estaba muy herido, y habiéndole alcanzado le pasó con su lanza y le cortó la cabeza: la misma suerte tuvieron Aben Harasa y el jeque Hayùn ben Salem, y otros cincuenta caballeros africanos, cuyas cabezas presentaron á los pies del rey Abderahman los caudillos de Mérida y de Carmona: las cincuenta cabezas se enviaron á Elvira y al presidio de Almunecâb y á Granada, las del Meknesi y la de Aben Harasa á Córdoba, y la del jeque Hayûn á Sevilla. Encargó el rey que continuase la persecucion de las reliquias dispersas de esta hueste, divulgando que el rey recibiria á todos los africanos que viniesen á su obediencia: fué la derrota y muerte del Meknesi año 156.
772

Pasó el rey Abderahman á Sevilla á visitar y consolar al walí Abdelmelic ben Omar ben Meruan, que estaba enfermo de sus graves heridas, y mas todavía en el ánimo por la muerte de su hijo Casim; pero la visita y presencia del rey fué como bálsamo para sus heridas. Luego vino á Córdoba con los de Mérida y alcaides de tierra de Córdoba, y allí repartió armas, vestidos y hermosos caballos á los que se habian distinguido en esta espedicion

del Meknesi. Encargó el gobierno de Sevilla, como wasir de Abdelmelic ben Omar ben Meruan, á Abu Omeya Abdelgafir ben Abi Abda Gehwara, hijo menor del wasir Hasan ben Melic Gehwara, que se habia criado con el rey Abderahman, y era de su mayor confianza: el gobierno de Zaragoza y de toda España oriental á Abdelmelic (1) ben Omar ben Meruan, que deberia partir á esta provincia luego que sanase de sus heridas. Considerando Abderahman que los walíes de Africa por órden de los califas de Oriente no cesarian de inquietarle, ordenó que su hajib Temam ben Amer ben Alcama, pasando á las ciudades de Tortosa y Tarragona, mandase construir naves para guardar las marinas de España, y mandó que se labrasen en Atarazanas que estableció en Santa María de Oksonoba en Sevilla, en Cartajena Alhalfe, ó Espartaría, puerto antiguo de Murcia, y en Tortosa, y que hubiera siempre algunas en Tarragona, Almería, Almunecab, Aljecira Alhadrâ, Cadis y Welba; dando el cargo de amir del mar á este caudillo por sus conocimientos y actividad, y la esperiencia que tenia por sus muchos años de gobierno en Wesca, y en Tarazona de España oriental, y en Toledo.

CAPÍTULO XX.

DEL LEVANTAMIENTO DE HUSEIN EL ABDARI EN ZARAGOZA, Y DE LA EDUCACION DE LOS HIJOS DE ABDERAHMAN.

En Zaragoza este año 156 Husein el Abdari, que ha- 772
bia sido walí y estaba retirado, cansado de vivir tran-

(1) De este Abdelmelic ben Omar, esto es hijo de Omar, que los cristianos de su tiempo llamarian *Omaris filius*, resultó en las crónicas de aquella edad el rey Marsilius de Zaragoza, que mencionan la historia y romances de Carlo-*magno*.

quilo, y descontento de su suerte, persuadia con discursos sediciosos á muchos ignorantes que no debian contribuir al rey con la décima de rentas, frutos y ganados, puesto que lo empleaba en hacer guerra contra muslimes, y en mantener sus pretensiones de mando contra los califas de Oriente, verdaderos señores de España. El wasir de Zaragoza con mucho secreto avisó á los walíes de Wesca y Tudela y otros alcaides de la provincia para que concurriesen á Zaragoza con jente de su confianza, porque recelaba de los de la ciudad, por el crédito y estimacion popular que tenia el sedicioso. Concurrieron los walíes, y fué preso y descabezado Husein el Abdarí: participaron este acaecimiento al rey, qne lo tuvo por bien hecho, y dió gracias á sus walíes por su zelo y buen servicio.

Ya en este tiempo se distinguia el principe Hixêm por su jentileza y buen injenio: era las delicias de su padre por su afabilidad y virtuosas inclinaciones; habiale puesto el rey su padre los maestros mas doctos de su tiempo; y á fin de que se acostumbrase á la práctica de justicia y de equidad, mandó el rey que Hixêm y su hermano mayor Suleiman asistiesen á la audiencia de los cadíes de la aljama, y al mexuar ó consejo de estado. Celebraban estos príncipes los dias del nacimiento de su padre, y daban en ellos convites muy espléndidos á los hombres doctos y á los que concurrian á las academias que celebraban con esta ocasion, y premiaban ellos los mejores elojios que se hacian al rey, y ellos mismos hacian versos y discursos elegantes, y los leian en estas academias. En el año 158 774
falleció en Córdoba Moavia ben Salehi, de la aldea Naquila de Hemesa, cadí mayor de las aljamas de España, hombre sabio y muy amado del rey Abderahman: acompañó al rey gran parte de su vida, y en todos estados, así en los tiempos de sus desgracias, como en la prosperidad de su fortuna: su féretro fué seguido y acompañado de toda la ciudad, y hizo oracion por él el mismo Abderahman.

Nombró el rey para este empleo de cadí de los cadiés, ó justicia mayor, á Hasan ben Bezar el Hudeili, varon muy docto y virtuoso, y para gobernador del juzgado de Córdoba á Sirag ben Abdala ben Sirag, que era su ahorrado y familiar.

Como hubiesen prevalecido los cristianos de Afranc en tierra y comarcas de Narbona, despues de la pérdida de aquella ciudad, aprovechando la ocasion de las continuas guerras que traia el rey Abderahman con los rebeldes, tomaron ánimo, y con grandes huestes entraron en tierras de España talando y estragando los campos, incendiando los pueblos y cautivando las jentes: llegaron con sus algaras hasta Zaragoza; pero los valíes de Wesca, de Lérida y de las otras fronteras fueron contra ellos, y los vencieron y obligaron á pasar los montes, y tuvieron que dejar la presa y despojos por la vuelta (1): el descuido de los walíes de la frontera fué causa de estas calamidades. Fué esta entrada de los cristianos de Afranc
año 162. Escribieron estas nuevas al rey Abde- 778
rahman los walíes de Wesca y de Zaragoza, y el rey les mandó que persiguiesen á los cristianos de los montes y los pusiesen en obediencia con entradas continuas en sus valles; pero esta guerra era obstinada y sin importancia, fatigándose los muslimes fronteros en seguir en los montes ásperos y enriscados hombres bravos, cubiertos de pieles de osos, y armados de chuzos y guadañas, sin tener otra cosa que las armas con que se defendian..

Entretanto el rey Abderahman atendia al gobierno de España, y envió á su hijo mayor Suleiman, que habia nacido en Siria, á Toledo, para que gobernando una ciudad y provincia tan principal pusiese en práctica las sa–

(1) Dejar la presa por la vuelta es un proverbio árabe que dicen cuando en sus algaras ó escursiones, por librase de los que los persiguen, abandonan las presas que habian hecho: esta fué la famosa batalla de Roncesvalles.

bias doctrinas que habia estudiado; y para mayor seguridad y acierto en sus resoluciones le dió por wasir y consejero á Muza ben Hodeira, hombre político y de su confianza: á su hijo segundo Abdala encargó el gobierno de Mérida con la misma idea, y le dió por wasir y consejero á Adelgafir ben Hasan ben Melic, hijo del wasir Hasan Gehwara, que se habia criado con el rey Abderahman desde niño, y le amaba como á un hermano: con estos ministros envió Abderahman á sus hijos. Solia recrearse el rey Abderahman en la caza de aves, y tenia muy preciosos halcones para esta diversion; y de su mucha aficion á esto se cuenta que en una de sus espediciones de guerra, caminando en el centro de su hueste, como viese una banda de grullas abatirse á un valle no distante, salió de su escuadron y fué con sus halconeros á cazarlas, cosa que dió ocasion á que algunos injenios de su corte, que iban allí, hiciesen agudos y elegantes versos: así por esta aficion á la caza de aves, como por sus guerras de montaña, fué llamado el Sacre Coraixi. En el año 154, en la luna de dylhajia, apareció de repente el sol poco despues de salir tan demudado y sin resplandor, que causaba horror su vista, y duró en su espantosa oscuridad hasta mediodia, sin que hubiese eclipse, nieblas, ni polvo.

CAPÍTULO XXI.

DE LA FUGA DEL HIJO DE JUSUF DE LA PRISION DE CÓRDOBA.

Muhamad Abulaswad, hijo de Jusuf el Fehri, estaba preso en la torre del muro de Córdoba muchos años habia: los primeros años de su prision fueron muy rigorosos; pero como todo cede al tiempo, tambien la dureza de sus guardas y carceleros. Al cabo de algunos años,

compadecidos de su triste suerte, les pareció que ningun riesgo habia en que gozase de la luz del sol; pero el astuto Muhamad en aquel punto se finjió ciego y con tanta propiedad hacia el ciego y lo parecia, que de todos fué tenido por verdadero ciego, y así le llamaban. Así pasó gran tiempo, y en esta seguridad confiados sus guardias solian dejarle salir de su encierro á unas salas bajas de la torre, en especial en la estacion calorosa del verano; y aun le permitian pasar en ellas la noche, para que gozara de la frescura, y le concedian bajar á los aljibes por agua para lavarse. El finjido ciego vió la oportunidad que deseaba, y la fácil salida que ofrecian unas ventanas bajas que daban luz á las escaleras de los aljibes. Solian visitarle en este tiempo algunos parciales secretos de su padre, y con ellos comunicó sus pensamientos, y ellos le animaron á ponerlos por obra ofreciéndole su ayuda para ello. Una tarde del verano, en que todos estaban bañándose en Guadalquivir, y hasta los siervos de la prision estaban fuera á sus negocios, y confiados en la gota serena de Muhamad le habian dejado solo en las salas bajas, donde solia pasar el dia, no quiso perder la ocasion que tan favorable le abria sus puertas; y así con mucha presteza se desprendió por las ventanas bajas de la escalera de los aljibes, y pasó el rio á nado, y á la otra parte en las alamedas, á corta distancia da la orilla, tomó vestido y caballo que le estaba prevenido, y caminó toda la noche y al dia siguiente por caminos estraviados; y así desconocido llegó á Toledo, se hospedó en casas de amigos, le proveyeron de lo necesario, y lo encaminaron con mucha seguridad á las sierras de Jaen al abrigo de los bandidos y rebeldes que allí estaban. Temerosos los guardas de la pena que merecia su descuido, tuvieron harto tiempo oculta su falta, y en secreto esta novedad; pero al cabo fué forzoso dar parte al rey de la fuga del ciego Muhamad Abulaswad: pesó mucho al rey de aquel descuido, y dijo: todo es obra de la sabiduría eterna, que nos en-

seña con este acontecimiento que nunca se hace bien á los malos sin hacer al mismo tiempo mal á los buenos. Yo recelo que la fuga de este ciego nos ha de causar no poca inquietud y efusion de sangre. Luego mandó el rey avisar á los gobernadores y alcaides de Elvira y de Segura, y tierra de Jaen, para que enviasen descubridores á sus comarcas y montes de ellas, y persiguiesen á los bandidos que allí andaban. En este tiempo falleció Habib ben Abdelmelic el Meruan, que fué walí de Toledo: fué de los mas privados del rey, que acompañó su féretro con sus seis hijos; y como viese á su hijo Hixêm sentado y muy aflijido, que no se levantaba para acompañarle, le dijo: no está bien, Abulwalid, tanto abatimiento y pena: levántate y acompaña el entierro del mejor de tu casa.

CAPÍTULO XXII.

DE LA GUERRA CONTRA ABULASWAD, SUS AVENTURAS Y MUERTE.

No pasó mucho tiempo en manifestarse el fuego de la rebelion en las sierras de Cazorla y de Segura: los bandidos sediciosos y descontentos de todas las provincias tomaron por su caudillo á Muhamad Elaswad, volvieron á desplegarse las banderas de los Fehríes, y se juntaron mas de seis mil hombres aguerridos y bien armados. Luego fué avisado el rey Abderahman de esta novedad, y sin perder tiempo, tan precioso en estas ocasiones, partió con la caballería de Córdoba, avisando al walí de Tadmir, y al de Jaen, para que acudiesen con sus jentes á deshacer estas taifas de rebeldes. Luego que entendieron la venida de Abderahman procuraron evitar su encuentro, esperando de dia en dia acrecentar su hueste con las que recojia Casim ben Jusuf el Fehri en las serranías de Ronda, y en Somontan y montes de Jaen el bandido Hafila

y otros de sus caudillos, Vencióles en diferentes batallas de poca importancia, sin lograr traerlos á campo abierto ni empeñarlos en accion jeneral de toda su jente. Alargábase tanto tiempo esta guerra de montaña, que fué forzoso suspenderla muchas veces y volver á ella en estaciones convenientes. Por otra parte los rebeldes padecian ménos que la caballería y jente de Abderahman: acompañaban en ella al rey los caballeros de Lorca, Elvira y Jaen; pero la aspereza de aquellas sierras donde se retiraban era tanta, que ni aun la jente de á pié podia seguirlos en sus guájaras y fragosidades. Cansado el rey Abderahman de las molestias de esta lenta guerra, dió órden á sus walies para pasar de un cabo á otro las montañas, y obligar á los rebeldes á salir de ellas: allegaron sus jentes con gran ballestería, y de diferentes puntos penetraron en aquellos montes. Huyeron entónces los rebeldes á los montes de Castulona, y en esta ciudad aconsejaron algunos á Muhamad Abulaswad que se fuese á la merced del rey Abderahman, y le pidiese perdon y escusase su fuga, que Abderahman era de corazon beningno, y le recibiria; pero Abulaswad les respondió, que era tal su desventura, que aunque quisiera, no tenia libertad para solicitar gracia, ni podia dejar de seguir por donde aquella su jente le llevaba: que bien conocia el término que habia de tener tan desastrosa guerra; pero que ya no estaba en su mano sino hacer lo que insinuaba el último soldado de sus taifas. Con todo eso le aconsejaron que aunque viniese á batalla, lo que no podria evitar, que huyese y se salvase, y estuviese cierto que el rey Abderahman le recibiria con benignidad y le trataria bien. Pocos dias despues se dió la batalla, que fué muy sangrienta, y el rey Abderahman los venció, y huyó Muhamad Abulaswad con muchos caballeros: toda su jente de á pié fué muerta, que pocos se libraron de la espada; y cuenta Razi que esta victoria fué dia 4 de rabió

784 primera del año 168, que fué dos dias despues de la conversacion y propuestas que le hicieron algunos de sus amigos, aunque al mismo tiempo fieles al rey Abderahman; y dice que perdió Abulaswad en esta batalla cuatro mil hombres, los mas esforzados de su jente, sin muchos otros que se ahogaron en Wadialahmar al pasar huyendo de la caballería de Abderahman: que Abulaswad entró en Castulona, y luego salió de aquella ciudad, y siguió huyendo con sus caballeros hasta tierra de Algarbe.

Despues de esta batalla se vino el rey á Córdoba, y fué recibido con demostraciones de mucha alegría: luego pasó á Mérida para disponer y seguir la comenzada guerra. Los alcaides de Beja, Badalyox y Cantara Alseif se ofrecieron continuarla y dejar al rebelde sin un hombre: el rey Abderahman dió licencia para que se ocupasen en esta guerra al de Badalyox y Cantara Alseif, y agradeció al de Beja su buena voluntad, y le mandó volverse á su alcaidía. Los caudillos rebeldes se habian dispersado despues de la batalla de Castulona, cuales á una parte, cuales á otra, culpándose unos á otros del mal suceso de aquel dia. Hafila con muy pocos bandidos huyó á los montes de segura: Muhamad Abulaswad el Fehri con alguna caballería á tierra de algarbe: perseguido por los alcaides de Badalyox y Cantara Alseif, fué derrotado en muchas escaramuzas, y como le faltó la fortuna, le abandonaron tambien los hombres y los pocos parciales que le quedaban. Quedó al fin solo y sin un siervo, que él mismo huía de su jente: solo y disfrazado entró en Cauria, y allí estuvo oculto algun tiempo: de allí se retiró pobre y desconocido, y se escondió en los bosques espesos, y allí pasó en la soledad como hambriento lobo, acordándose como de un tiempo venturoso de cuando estaba en la oscuridad de su prision. Los trabajos de su miserable vida le habian desfigurado tanto, que pudo pasar ignorado y so-

guro en Alarcon, pueblo y fortaleza de Toledo, y allí murió un año despues.

CAPÍTULO XXIII.

DEL VIAJE DE ABDERAHMAN Á LUSITANIA Y GALICIA,

En este tiempo, acabada la guerra en esta provincia, pasó el rey Abderahman á visitar las ciudades de Santarin, Alisbona, Portocale, Colimria y Baraca, y otras de Lusitania en algarbe de España, y en todas mandó construir aljamas y mezquitas comunes, y para esto destinó una parte de las rentas que en ellas le correspondian, dejando en todas claras señales de su beneficencia: pasó algun tiempo en las ciudades de la parte boreal de España, y por Astorga, Zamora y Avila vino á Toledo, donde fué recibido de su hijo Abdalá y de toda la ciudad con grandes demostraciones de alegría. Habiendo sabido que en tierras de Tadmir andaban algunos rebeldes, acaudillados por Casim, hijo menor de Jusuf el Fehri, y por Hafila, que habia allegado los bandidos de toda la comarca, fué á tierra de Tadmir para acabar esta guerra: á su llegada á las sierras de Alcaraz tuvo nueva de la derrota de los rebeldes por los walíes de Tadmir, y que Abdalá, hijo de Abdelmelic ben Omar el Meruan, habia logrado prender al caudillo Casim ben Jusuf el Fehri, y le tenia á buen recaudo, y visitó el rey el fuerte de Secura, que es como una ciudad edificada sobre la cumbre de un monte grande, que hace inaccesible la fortaleza, y salen de su falda dos rios, el uno de ellos es el de Córdoba, llamado Guadalquivir, y el otro es Guadalabiad, que pasa por Murcia: el que va por Córdoba sale de este monte de una junta de aguas, que como una laguna clara hay en el corazon del monte, y desciende á la raiz de él, y sale del sitio profundo de la montaña, y va corriendo al occidente á monte Najida, á Gadira y

cerca de Medina Ubeda, y á las llanuras de Medina Bayesa, á Alcozir, á Hisn Aldujar, á Cantara Extesan y á Córdoba: el Guadalabiad sale tambien de la raiz del monte, de la fuente de mediodia á Hosain Alfered, á Hisn Mula, á Murcia y Auriola, á Almodowar y al mar. Se dirijió desde allí Abderahman á Denia, y estando allí le llevaron la cabeza del sin ventura Hafiia, que tantas veces habia salido bien de peligrosos trances de batallas sangrientas: nadie puede evitar el tiro de la saeta de su destino. Vino despues el rey Abderahman á Lorca y á Murcia, y se detuvo en estas ciudades algun tiempo, y acompañado del walí Abdalá ben Abdelmelic, tornó á Córdoba en el año de 170. A pocos dias despues de su venida á Córdoba le presentaron el hijo de Jusuf el Fehri encadenado, y considerando Abderahman la inconstancia de la fortuna de los hombres, se compadeció del triste Casim; imploró este su clemencia besando la tierra á sus pies, y Abderahman, que de su natural condicion era muy jeneroso y compasivo, luego le perdonó y mandó quitar sus fierros, y Casim vivió siempre en obediencia del rey, que le honró y dió posesiones en tierra de Sevilla, para que mantuviese su casa conforme á su estado y condicion correspondia.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA CONSTRUCCION DE LA MEZQUITA MAYOR DE CÓRDOBA, JURA SOLEMNE DE HIXEM, Y MUERTE DE ABDERAHMAN.

Cumplidos los deseos de paz que siempre tenia el rey Abderahman, señaló el primer año de ella, que fué el
786 año 170, mandando edificar en Córdoba y cerca de su alcázar la grande aljama y mezquita mayor: dicen que el mismo rey trazó el plan de la obra; que se propuso *que fuese* semejante á la de Damasco, y mas grande y su-

perior en su magnificencia y suntuosidad á la nueva de Bagdad, y que fuese comparable á la de Alaksâ (1) en la casa santa de Jerusalen: puso en ella muchas y muy preciosas columnas de mármol: su entrada por diez y nueve puertas muy espaciosas para ir á su alquibla por diez y nueve calles de columnas de mármoles diferentes maravillosamente labradas, y atravesadas estas de treinta y ocho calles de oriente á poniente, y en sus costados á cada parte nueve puertas: dice Aben Hayam que la altura de su alminâr, ó torre, era de cuarenta brazas poco mas ó ménos: aunque puso en esta obra gran dilijencia y trabajaba en ella él mismo una hora cada dia, y gastó en la obra mas de cien mil doblas de oro, no quiso Dios que viese acabado este edificio; pero dotó las madrisas ó enseñanzas que habia de haber en ella y sus hospitales cual convenia á la magnificencia de la aljama.

En este tiempo se enseñaba en España segun la secta y declaraciones del Auzei (2), enseñanza que habia introducido y practicaba en Córdoba el andaluz Saxato ben Salema, que fué discípulo del Auzei en Oriente, y solian llamar á este sabio el Damasquino, y por eso algunos le tenian por natural de Damasco: no dejó de enseñar en Córdoba hasta que falleció en tiempo del rey Hixem año 180; y algunos dicen que vivió doce años mas. En pago de sus señalados servicios habia ofrecido el rey Abderahman al caudillo Abdala, hijo de Abdelmelic el Meruan,

(1) Veneran los muslimes dos templos ó casas santas, el de la Caaba de Meca, y el de Jerusalen, que es el que llaman Alaksâ ó remoto, por mas distante de su Arabia: el que veneran en Jerusalen es el de la Resurreccion, que tambien llaman el de Asahara, ó de la peña ó roca.

(2) La secta ó escuela del Auzei precedió á la de Malic ben Anas, que siguieron despues: hay entre los musulmanes cuatro sectas aprobadas, la de Malic, la de Safei, la de Hanbal y la de *Hanifa*.

darle por mujer su nieta Cathira, hija de Hixêm; y como Abdalá recordase frecuentemente al rey el cumplimiento de su promesa, el rey se la dió y hubo en Córdoba con este motivo grandes alegrías. Al fin del año 170 congregó el rey Abderahman en Córdoba á los walíes de las seis capitanías de España, Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia, á doce gobernadores de las ciudades principales, y los veinte y cuatro wasires de estos, y cuando los tuvo congregados en su alcázar en presencia de su hajib, del cadí de los cadíes, de sus alcatibes secretarios y consejeros de estado, declaró á su hijo Hixém por su walí Aladhi, ó futuro sucesor del reino. Todos los walíes y wasires presentes hicieron su juramento de fidelidad y obediencia como fieles y leales á su señor el rey Abderahman durante su vida, y para despues de sus dias á su hijo Hixém, declarado sucesor de su imperio; y todos por su órden tomaron la mano del príncipe Hixêm. Hizo el rey Abderahman esta preferencia de Hixêm para sucederle en el reino, aunque de ménos edad que sus hermanos Suleiman y Abdalá, porque habia manifestado siempre mucha bondad, afabilidad, prudencia y rectitud. Algunos dicen que la sultana Howara, madre de Hixem, tenia ganado el corazon de Abderaman, que él no tenia mas voluntad que la suya, y que ella persuadió al rey esta preferencia. Suleiman y Abdalá, que habian concurrido á la jura de su hermano, disimularon su resentimiento y no se dieron por agraviados por respeto á su padre el rey, ni durante sus dias manifestaron queja ni descontento. Luego que despidió el rey á sus
787 walíes, y partieron á sus provincias al principio del año 171, se fué á Mérida, quedando en Córdoba Abdala su hijo, que Hixêm acompañó al rey su padre, el cual á pocos meses adoleció y de su enfermedad falleció, pasando á la misericordia de Dios dia (1) 22 de la luna de rabié

(1) Dice Alabar que falleció dia mártes, seis dias por andar de rabié segunda.

segunda del año 171, á los cincuenta y nueve años, dos meses y cuatro dias de su edad. Así dejó los palacios de este mundo perecedero, y pasó á las moradas eternas de la otra vida. Fué enterrado con gran pompa, siguiendo su féretro toda la jente de la ciudad y de los lugares de la comarca, que acompañaron su entierro, y le honraron con sus lágrimas: hizo oracion por él su hijo Hixém en dia mártes, seis dias por andar de la luna de rabié segunda.

En este mismo año de la muerte de Abderahman entró en Africa Edris ben Abdala, de la descendencia de Alá ben Abi Taleb, y despues de vagar errante entre los africanos, ayudado de la tribu aruba y otras berberíes, se apoderó de Almagrêb contra los califas de Oriente, y dió principio al poderoso estado del reino de Fez.

Tuvo el rey Abderahman su seca ó casa de moneda en Córdoba, y no hizo novedad en la forma y ley de ella, acuñándola en todo semejante á la que labraban en Siria los califas sus antepasados, sin diferencia en la inscripcion de ella, sino en la espresion del lugar y año. Por un lado se leia: « no es Dios sino Alá, único y sin compañero:» en su orla decia: « en nombre de Alá se acuñó este dinar, ó adirham en Andalus, año tal.» Por el otro lado se leia: « Dios es uno, Dios es eterno; no es hijo ni padre, ni tiene semejante:» en su orla decia: « Mahomad, enviado de Alá, que lo envió con la direccion y ley verdadera para ostentarla sobre toda ley, á pesar de los infieles.»

CAPÍTULO XXV.

DEL REY HIXEM, Y ALTERACIONES DE SUS HERMAMOS.

Despues que el rey Abderahman ben Moavia fué enterrado, su hijo el rey Hixêm, acabadas las ceremonias y honras funerales, fué solemnemente aclamado rey, paseó las calles de la ciudad de Mérida con gran séquito de caba-

llería, y se hizo por él la chotba ú oracion pública en todas las aljamas y mezquitas principales de España (1), y en todas partes se repitió por el pueblo: que Dios ensalce y guarde á nuestro rey Hixêm, hijo de Abderahman. Tenia Hixêm treinta años de edad, era de majestuosa presencia, de condicion apacible, muy relijioso y exacto en la observancia de la ley, de mucha integridad y amor á la justicia; por esto fué llamado Aladil, ó el justo, y por su bondad el Radhi, el benigno. Sus dos hermanos, Abdala y Suleiman, no disimularon su resentimiento y encono por la preferencia y sucesion de Hixêm en el trono de su padre. Se propusieron gobernar con absoluta independencia sus provincias, y dieron y quitaron gobiernos y alcaidías en ellas, sin consultar ni avisar al rey su hermano. Abdala, que estaba entonces en Córdoba, dejó su casa particular, y
se pasó al alcázar, en la luna jiumada primera del año
187 171: esperaba que los wasires y principales caballe-
ros de la ciudad le diesen la enhorabuena; pero ninguno fué á visitarle sino á su propia casa. Desengañado con esto de la disposicion de los ánimos y voluntad de los de Córdoba, por no venir á súbito y manifiesto rompimiento, escribió á Hixêm que le diese licencia para irse á Mérida, y que no atormentase mas tiempo con su ausencia á sus leales cordobeses, que deseaban con ansia su venida.

Luego vino el rey Hixêm á Córdoba, y fué recibido con grandes demostraciones de alegría: recibió Abdala á su hermano el rey con los caballeros de la ciudad, y le volvió á pedir licencia para ir á su provincia. Díjole el rey Hi-

(1) La chotba, ú oracion pública por el rey, es uno de los primeros derechos de la soberanía entre los muslimes: debe hacerse en las mezquitas principales, todas las fiestas por el chatib ó predicador de ellas: se hace desde el mimbar ó púlpito, y esta oracion contiene alabanzas á Dios, bendiciones al anabi Mahomad, y súplicas por la vida y prosperidad del rey.

xem, que todavía quisiese permanecer algunos dias en su compañía, y Abdala respondió: que te plazca, ó amir, que yo parta, que no me siento bueno en esta ciudad. Dióle Hixém su licencia, y en aquel mismo dia salió de Córdoba. Dió el rey el sello real y cargo de hajib al walí Abu Omeya Abdelgafir ben Abda el Gehwara, que habia sido gobernador de Sevilla.

Cuando supo Suleiman que su hermano Abdala estaba en Mérida, le escribió que fuese á Toledo para tratar sus negocios, y acordar entre ambos lo que les convenia. Luego pasó Abdala á Toledo, sin pedir licencia ni avisar al rey con algun pretesto ú causa. El wasir de Mérida, hombre de acendrada lealtad, comunicó al rey la partida de Abdala á Toledo, llamado de su hermano. Pesóle mucho de esto, pero no lo manifestó, y respondió al wasir dándole gracias por su aviso, y diciéndole que ya lo sabia. Los dos hermanos se convinieron en gobernar sus provincias como señores de ellas, con independencia de su hermano, el rey de Córdoba, y defender de mancomun su soberanía. Habia llamado á su consejo al wasir de Toledo Galib ben Teman el Tzakifi, y como leal á su rey y hombre prudente, se opuso á sus intentos, y les afeó su determinacion. Suleiman, ofendido de sus razones, lo mandó poner en prision cargado de cadenas. Luego fueron sabidas del rey Hixêm las conferencias de sus hermanos y la prision del wasir, y sospechó gran mal: escribió á Suleiman que habia sabido la prision del honrado wasir Galib, y no era justo que él ignorase la ocasion que hubiese habido por tal procedimiento, interesándole tanto la suerte de sus buenos y leales servidores, que esperaba ser informado de todo sin dilacion. Cuando Suleiman recibió esta carta se llenó de saña, y en el furor de ella, en presencia del enviado de su hermano, mandó sacar de la prision á Galib y que lo clavasen en un palo; y dijo al mensajero: dí á tu señor que nos deje mandar en nuestras pequeñas provincias, que esta

libertad no es gran recompensa del agravio que se nos hace, y cuéntale tambien lo que ha valido aquí su intempestiva soberanía.

Llenó de justo enojo y de indignacion al rey Hixêm la desobediencia y atrevimiento de sus hermanos, y luego escribió á todos los walíes y alcaides que tuviesen por enemigos del estado á sus dos hermanos y á cuantos llevasen su voz, que defendiesen de ellos sus ciudades y fortalezas, y no los amparasen en sus provincias, que su desobediencia ya era pública. Mandó allegar su caballería y jente de guerra, y con una hueste de veinte mil hombres partió contra Toledo. Este movimiento de tropas no fue ignorado de Suleiman, recorrió su provincia y comarcas y allegó quince mil hombres, y dejando encargada la defensa de Toledo á su hermano Abdala y á su propio hijo, salió al encuentro de las tropas de Andalucía.

Al mismo tiempo Said ben Husein, walí de Tortosa, se resistió á recibir en aquella ciudad al nuevo walí que habia nombrado el rey para sucederle en su gobierno; y mandó el rey Hixêm que el walí de Valencia fuese sin dilacion á castigar al rebelde. Luego juntó la caballería de la ciudad y la de Murbiter y Nules: ántes de llegar á Tortosa salió contra ellos Said ben Husein, y trabaron una escaramuza muy sangrienta: los de Valencia pusieron en fuga á los de Said, y empeñados en su alcance los caballeros de Valencia, cayeron en una emboscada que les tenia puesta: pelearon en ella con mucho valor, y la matanza fué grande de ambas partes; pero habiendo herido de muerte al walí de Valencia Muza ben Hodeira el Keisi, sus caballeros hubieron de ceder el campo á
788 los rebeldes; fué esta pelea y muerte del walí de
Valencia al principio del año 172. Luego fué avisado el rey Hixêm de este desman, y porque esto no añadiese nuevo ánimo y osadía á los rebeldes, encargó á los walíes de Granada y Murcia, que enviasen sus jentes á

Valencia, y unidos á su nuevo gobernador Abu Otman, escarmentasen á los rebeldes.

CAPÍTULO XXVI.

DE LA BATALLA DE BULCHE, Y ALLANAMIEMTO DE LOS PRÍNCIPES.

Entretanto caminaba el ejército del rey á castigar los desafueros y desobediencia de Suleiman, que abiertamente levantaba los pueblos, y allegaba jentes para mantener su independencia y la de su hermano Abdala. Encontráronse ambas huestes cerca de Hisn Bulche, y como si fueran enemigos de ley, lengua y costumbres diferentes, se mezclaron en sangrienta batalla, que se mantuvo igual buena parte del dia: á la caida del sol los de Suleiman cedieron el campo, y la venida de la noche impidió su completa derrota. A favor de la oscuridad se retiró del campo de batalla y se aseguró en los montes. El ejército vencedor siguió hasta Toledo y la cercó, defendiéndola Abdala con intelijencia y valor, y la fortaleza de su enriscada posicion. Suleiman descendió de las sierras reunidas sus jentes; y corrió las campiñas de Córdoba, y ocupó la fortaleza de Sefonda. Luego vino contra él Abdala ben Abdelmelic el Meruan, que salió desde Córdoba y peleó con él y le venció y echó de Sefonda, obligándole á tornar á la sierra, y ampararse en ella. Desde Petroxis y Maltamisa envió Suleiman á solicitar al wasir de Mérida y á los principales caudillos de su comarca; pero fueron vanas sus esperanzas, pues en lugar de ayudarle tomaron armas para venir contra él: perseguido de los campeadores de Abdala el Meruan se retiró por las sierras hácia tierra de Tadmir: fué, la 789
batalla de Hisn Bulche año 173.

Viendo Abdala que su hermano Suleiman no acababa

de llegar á Toledo, que las provicioncs de la ciudad se apuraban, y con ellas las fuerzas y voluntad de los defensores, sabiendo que su hermano el rey Hixem, despues de dos meses y medio que habia estado en su campo delante de Toledo, habia ido á Córdoba, acordó con su sobrino que mantuviese la defensa de la ciudad en tanto que él volviese, que seria muy en breve, ó con tropas para forzar á sus enemigos á levantar el sitio, ó con las avenencias mas favorables para entregar la ciudad y ponerse en paz y buena intelijencia con el rey, pues no era ya posible continuar cercados y faltos de todas las cosas necesarias. Luego salió un wasir de Abdala que propuso de su parte á los walíes del ejército, que diesen seguro paso y compañía á los mensajeros de la ciudad que pasaban á ofrecer al rey donde estuviese sus propuestas de avenecia. Luego fué otorgado el paso, y el mismo Abdala salió con su wasir; pero desconocido y finjiendo ser otro, diéronles dos caballeros que fuesen con ellos á Córdoba, y en llegando al alcázar su mismo wasir se adelantó y anunció al rey Hixêm la venida de su hermano. Recibióle el rey Hizêm con los brazos abiertos, sin estar en su mano hacer otra cosa: concertaron la entrega de Toledo y olvido de todo lo pasado, y que esto se entendia tambien con Suleiman, si se viniese á la merced del rey sabida esta venecia. Partió el rey Hixêm y su hermano Abdala con la caballería de guardia de zenetes y andaluces, y ántes de llegar al campo se adelantó Abdala y su wasir, y entraron á disponer la entrega, que se hizo con jeneral alegría. Subió el rey Hixêm al alcázar acompañado de su hermano y de su sobrino, y de los principales caballeros de su ejército, y fué este dia de su entrada en Toledo un dia de gran fiesta. Concedió el rey Hixêm á su hermano Abdala el morar en una real casa en cercanias de Toledo en un ameno sitio. Luego llegó á Suleiman la nueva de la entrega de su ciu-

dad, y tuvo gran pesar de este acontecimiento; pero no decayó todavia su ánimo, y esperaba hallar en la perfidia de algunos sediciosos y descontentos apoyo para sus vanas pretensiones, ó á lo ménos ausilios y recursos para proseguir inquietando á su hermano en la posesion del trono, y perturbar la paz de sus pueblos.

Sabiendo el rey que su hermano Suleiman andaba en tierras de Tadmir levantando los pueblos y allegando jentes para venir contra él, dió órden á sus walíes de aprestar las jentes y partir á buscarlo. Encargó la vanguardia de su ejército á su hijo Alhakem, que por primera vez se ensayaba en el acaudillamiento de algunas tropas: iban á su lado caudillos de esperiencia: partió la vanguardia, y en ella lo mas florido de la caballeria de España, y un dia despues se puso en marcha todo el ejército: en los campos de Lorca estaba la jente de Suleiman, y el príncipe Alhakem, sin esperar á que llegara su padre con toda la hueste, acometió á estas tropas con tal determinacion y denuedo, que á pesar del número y de su vigorosa resistencia los rompió y puso en desordenada fuga, quedando muchos tendidos en el campo para agradable pasto de aves y fieras. Cuando llegó el ejército de Hixêm ya no habia enemigos con quien pelear. Elojió el rey á su hijo Alhakem y sus esforzados caballeros; pero le advirtió que si bien convenia mucho el ardimiento y valor en la guerra, pero no ménos la prudencia y reflexion: que no deben aventurarse los sucesos cuando sin temeridad ni precipitacion puede ser mas cierto y mas completo el triunfo. Que muchas veces por imprudente confianza y necia presuncion de sus propias fuerzas, y por no dar parte en la gloria de sus imajinados triunfos á otro compañero, muchos caudillos perdieron batallas muy importantes, que causaron la ruina de algunos estados, y á sus nombres perdurable infamia.

No estaba Suleiman en su hueste el dia de la batalla, y cuando los fujitivos restos de su jente llegaron adonde estaba y le refirieron el suceso desgraciado del dia, quedo pensativo, y sin decir otra palabra que: mal haya mi fortuna, partió con algunos caballeros hácia Valencia sin camino ni direccion cierta. Llegó cerca de Denia, y perseguido allí de los campeadores de su hermano, viendo el empeño con que sus enemigos le seguian, y que sus jentes le iban dejando, se entró en Jecira Xucar, lugar fuerte y rodeado del rio, y desde allí escribió á su hermano rogándole quisiese olvidar lo pasado y recibirle en su gracia con las mismas condiciones que á su hermano Abdala, ó como le pareciese. Holgó mucho el rey Hixêm de este allanamiento, y habido su consejo con sus wasires y walíes le recibió en su gracia; pero le propuso que para seguridad podia establecerse en Tanja ó en otra ciudad que él quisiese de las de Almagrêb, que concertarian la venta de las posesiones suyas en España, para que pudiese adquirir otras en Berbería. A todo se allanó Su-
790 leiman, y concluyeron su avenencia año 174. Cuentan que recibió del rey Hixem por sus posesiones sesenta mil mitcales ó pesantes de oro, y se fué á morar á Tanja. En este mismo año el walí Abu Otman venció al rebelde Said ben Husein, que murió en la batalla, y envió su cabeza á Córdoba con la nueva de la victoria, y la mandó el rey poner en un garfio del muro.

CAPÍTULO XXVII.

DE LA REBELION Y GUERRA EN ESPAÑA ORIENTAL.

Con ocasion de las desavenencias de los principes se rebeló en España oriental el caudillo de la frontera Bahlul ben Makluc Abulhejiâg, se apoderó de Zaragoza, y se le unieron los gobernadores de Barcelona, Wesca y Turiazo-

na. Envió contra ellos al walí de Valencia Abu Otman con numeroso ejército de jente de á pié y de á caballo: los venció en varias batallas, y se apoderó de las ciudades, que, oprimidas por estos caudillos rebeldes, deseaban verse libres de sus vejaciones y estar protejidas de su rey y señor: así ellas mismas abrieron sus puertas al vencedor, y se pusieron en defensa contra los rebeldes: envió Abu Otman á Córdoba nuevas de su venturosa espedicion y las cabezas de algunos caudillos. Celebráronse en Córdoba estas victorias con públicas alegrías, y escribió el rey Hixêm á Abu Otman, que fuese á la frontera de Afranc y esperase nuevos refuerzos de tropas para poder recobrar las ciudades que habian perdido los muslimes en aquella tierra.

Venido el año 175 mandó Hixêm publicar en toda España el algihed ó santa guerra, envió sus car- 791
tas á todas las capitanías, se leyeron en los almimbares ó púlpitos de todas las aljamas, y todos los buenos muslimes quisieron concurrir por sus personas, ó con sus armas y caballos, ó con sus limosnas, por merecer los inefables y copiosos premios prometidos á los que ayudan á tan digna empresa. Encargó el mando de las tropas que se dirijieron á las fronteras á su hajib el walí Abdelwahid ben Mugueit, y á su yerno Abdala ben Abdelmelic el Meruan, y á Jusuf ben Bath el Ferasi: entraron estas huestes en tierra del guf ó norte de España, una division de treinta y nueve mil hombres que corrió y taló las comarcas de Astorica y Lucos, y toda Galicia, tomando cautivos y muchos ganados y despojos, causando en aquellos pueblos el espanto y la desolacion de las terribles tempestades: otra á la parte oriental, que entró en los montes Albortat, y sojuzgó sus pueblos, y tomaron grandes despojos, cautivos y ganados. En el año 176 continuaron las entradas por los valles de los montes Albaskenes hasta dentro en tierras de Afranc: los pueblos

huian á las grutas de las fieras, y abandonaban sus poblaciones. Este año murió en Sevilla el walilcoda de aquella aljama Abdala ben Omar ben Alchitab, hombre docto y de singular integridad. El año 177 se tomó por
793 fuerza de armas la ciudad de Gerunda, y sus moradores fueron degollados: la misma suerte tuvieron los de Medina Narbona: la espada de los muslimes hizo en sus defensores y pueblo tan atroz matanza, que solo sabe el número de ellos Dios que los crió. Los despojos de estas ciudades fueron muy ricos en oro, plata y preciosos paños, y el quinto que de ellos tocó al rey Hixêm por su parte fué mas de cuarenta y cinco mil mitcales ó pesantes de oro. Cuando llegaron á Córdoba estas riquezas y las nuevas de tan venturosas espediciones, hubo en la ciudad grandes alegrías. Destinó el rey el quinto que le pertenecia para la fábrica de la mezquita mayor aljama de Córdoba. Quedó en la frontera de órden del rey el walí Abdala ben Abdelmelic el Meruan, á quien hizo walí de Zaragoza.

CAPÍTULO XXVIII.

DE LAS OBRAS DEL REY HIXEM.

Con estos venturosos sucesos el rey Hixêm era muy temido de sus enemigos, y muy amado de sus pueblos: con su clemencia, liberalidad y condicion fácil y humana granjeaba las voluntades de todos: era muy caritativo con los pobres de cualquiera relijion, y pagaba los rescates de los que caian en manos de sus enemigos; y cuando alguno de los suyos moria peleando en la guerra, cuidaba de sus hijos y mujeres: era muy piadoso, y trabajaba cada dia en la obra de la aljama, y así la acabó en su tiempo. Esta magnífica aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente, tenia seiscientos pies de larga, y doscientos y cincuenta de ancha, formada de treinta y ocho naves á

lo ancho, y diez y nueve á lo largo, mantenidas en mil y noventa y tres columnas de mármol, se entraba á su alquibla por diez y nueve puertas cubiertas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro: á sus lados de oriente y occidente cada nueve puertas. Sobre la cúpula mas alta habia tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro: de noche para la oracion se alumbraba con cuatro mil y setecientas lámparas, que gastaban veinte y cuatro mil libras de aceite al año (1), y ciento y veinte libras de áloe y ámbar para sus perfumes: el atanor del mihrab, ó lámpara del oratorio secreto, era de oro y de maravillosa labor y grandeza. Reedificó el puente de Córdoba y otras muchas obras que pedian reparo: por agradar al rey y por su órden labró en este tiempo Farkid ben Aûn el Aduani, natural de Córdoba, la bella fuente llamada de su nombre Ainfarkid, que era de las obras mas hermosas de Córdoba. Dió el rey cargo de walí del zoco, ú plaza de Córdoba, á Suleiman ben Foteis, que habia sido cadí en tiempo del rey Abderahman, y era su asignacion quinientas doblas al año.

Abdelkerim, hijo del wali de la frontera Abdelwahid, hizo entrada en Galicia en fin del año 177, y despues de haber corrido la tierra y entrado en las fortalezas de los cristianos, y quemado sus iglesias, cuando volvia cargado de despojos, fué rodeado por los cristianos en una emboscada, y en ella recibieron mucho daño los muslimes:

(1) Esta prolijidad es propia de los árabes: el autor de la historia de Fez, Abdelhalim de Granada, cuenta hasta el número de tejas que cubrian la aljama de aquella ciudad, á saber, cuatrocientas sesenta y siete mil y trescientas tejas, y que tenia quince puertas grandes para los hombres, y dos pequeñas para las mujeres, y se alumbraba con mil y setecientas lámparas; pero no las encienden todas sino en las noches del ramazan, y la que llaman de Candiles, y así el gran número es para ornato y ostentacion.

los mas esforzados murieron peleando, y entre otros el caudillo Jusuf ben Bath (1), y perdieron la presa y cautivos que traian. En el mismo año Abdelcadir, caudillo del rey Hixêm, persiguió á los bárbaros de Takerna que se habian rebelado, y tomando de ellos muchos los clavó en palos, haciendo tal matanza de ellos que dejó la tierra yerma y despoblada. En este año murió Edris ben Abdalá, descendiente de Aly, fundador de la ciudad y reino de Fez: murió alevosamente emponzoñado con un pomo de aromas que le dieron por órden del califa de Oriente; no tenia hijo todavía, pero dejó preñada una hemosa alárabe llamada Kethira, hija del Telid; estaba ya de siete meses, y los alárabes, persuadidos del leal hajib Raxid, esperaron que pariese, y despues hasta la competente edad del niño Edris, y todo este tiempo fueron gobernados por el hajib de su amado rey. Tambien falleció en este año en Córdoba el insigne poeta de su tiempo Amer ben Abi Jiafar, que escribió elegantes historias, y fué cadim al maut, ó intendente de herencias propias del fisco, que el rey como padre universal hereda á los que no tienen herederos. Se recreaba el rey Hixêm en el campo, en las amenas huertas y plantío de árboles frutales, y como le propusiesen la adquisicion de una aldea y tierras contiguas muy feraces, como una apacible y útil granjería, que deseaban muchos á competencia su adquisicion, el rey no quiso comprarla, y en esta ocasion hizo nuevos versos que manifiestan su injenio y grandeza de ánimo.

Mano franca y liberal es blason de la nobleza,
El apañar intereses las grandes almas desdeñan:

(1) Dice Alabar que el walí Jusuf ben Bath el Ferasi acaudillaba la caballería en la espedicion de Galicia, que llevaba treinta y nueve mil hombres, y que despues de ella murió en Toledo: que su hijo Gehwar Aben Jusuf ben Bath fué wasir del rey Alhakem.

Floridos huertos admiro como soledad amena,
El aura del campo anhelo, no codicio las aldeas,
Todo lo que Dios me dá es para que á darlo vuelva:
En los tiempos de bonanza infundo mi mano abierta
En el insondable mar de grata beneficencia;
Y en tiempo de tempestad y de detestable guerra,
En el turbio mar de sangre baño la robusta diestra:
Tomo la pluma, ó la espada, como la ocasion requiera,
Dejando suertes y lunas, y el contemplar las estrellas.

CAPÍTULO XXIX.

DE LA JURA DEL PRÍNCIPE ALHAKEM Y MUERTE DE HIXEM.

En el año 178, estando el rey Hixêm en Córdoba 794
recreándose en sus almuñias y amenos huertos, donde se entretenia en cultivar por su mano algunas flores y plantas, un célebre astrólogo de su corte le dijo: señor, trabaja en estos breves dias para el tiempo de la eternidad: el rey le dijo, que porqué le decia aquella sentencia: y el astrólogo le pidió que no le mandase decir otra cosa, que sin pensar lo habia dicho: instóle el rey que no le ocultase su pensamiento, seguro de que por nada del mundo se disgustaria de lo que le dijese. Entónces el astrólogo le dijo, que estaba escrito en el cielo que Hixêm debia morir ántes de dos años. No se entristeció por el anuncio de su temprana muerte: prosiguió entretenido hasta su hora acostumbrada: despues oyó cantar, jugó al ajedrez como solia, y mandó dar al astrólogo un buen vestido. Repetia muchas veces estas palabras: mi confianza es Dios, y en él espero. Puso en Córdoba y en otras ciudades de España enseñanzas de la lengua arábiga, y obligaba á los cristianos que no hablasen otra, ni escribiesen en su lengua latina. Aunque el rey Hixêm era sabio y superior á las credulidades vulgares sobre el influjo de las estrellas, bien persuadido de que todo se mueve al soplo de la divina vo-

luntad, segun los eternos decretos, no quiso dilatar la solemne declaracion de su futuro sucesor en el imperio: mandó congregar sus walíes principales, y los wasires y alcatibes, secretarios y consejeros de estado, al cadí de los cadíes de España, y á su hajib, y declaró por su walí Alahdi ó futuro sucesor á su hijo Alhakem; y todos los walíes, wasires y principales jeques de España le juraron fidelidad y obediencia, sin condiciones ni reservas, tomándole su mano: tenia el príncipe Alhakem veinte y dos
795 años, y era de muy jentil presencia y buen injenio. Fué esta solemne jura el año 179.

En los primeros dias de la luna safar del año 180 adoleció el rey Hixèm de la enfermedad de que falleció á los doce dias de la misma luna, y se fué á la misericordia de Alá. Cuentan que ántes de morir dijo á su hijo Alhakem estos buenos consejos, aunque otros los atribuyen á su padre. «Deposita en tu corazon, y no olvides nunca estos consejos que quiero darte por el mucho amor que te tengo. Considera que los reinos son de Dios, que los da y los quita á quien quiere. Pues Dios nos ha dado el poder y autoridad real que está en nuestras manos por su divina bondad, demos gracias á Dios por tanto beneficio, hagamos su santa voluntad, que no es otra cosa que hacer bien á todos los hombres, y en especial á los encomendados á nuestra proteccion: haz justicia igual á pobres y á ricos. no consientas injusticias en tu reino, que es camino de perdicion: al mismo tiempo serás benigno y clemente con los que dependen de tí, que todos son criaturas de Dios. Confia el gobierno de tus provincias y ciudades á varones buenos y esperimentados: castiga sin compasion á los ministros que opriman tus pueblos á sin razon con voluntarias exacciones: gobierna con dulzura y firmeza tus tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en sus manos: sean los defensores del estado, no sus devastadores: pero cuida de tenerlos pagados y seguros de

sus promesas. Nunca ceses de granjear la voluntad de tus pueblos, pues en la benevolencia de ellos consiste la seguridad del estado, en el miedo el peligro, y en el odio su cierta ruina. Procura por los labradores que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento: no permitas que les talen sus siembras y plantíos; en suma, haz de manera que tus pueblos te bendigan, y vivan contestos á la sombra de tu proteccion y bondad, que gocen seguros y tranquilos los placeres de la vida: en esto consiste el buen gobierno, y si lo consigues, serás feliz y lograrás la fama del mas glorioso príncipe del mundo» No hizo el rey Hixêm novedad en la moneda, y se labraba con el mismo tipo y ley que en el tiempo de su padre. Falleció este rey Hixêm ben Abderahman á los treinta y siete años y cuatro meses de su edad, y fué la duracion de su reinado siete años y siete meses. En este mismo mes y año falleció en Córdoba Said ben Abdûs, que era conocido por el Godei, andaluz que viajó á Oriente, y fué allí discípulo de Malik ben Anas, y volvió á su patria con gran fama de sabio.

CAPÍTULO XXX.

DEL REY ALHAKEM BEN HIXEM, Y DE LAS ALTERACIONES QUE SUSCITARON SUS TIOS, Y VICTORIAS EN ESPAÑA ORIENTAL.

Despues que con gran concurso del pueblo fué enterrado el buen rey Hixêm, y que su hijo el príncipe Alhakem hizo oracion por él, luego al dia 14 de safar del
año 180 fue aclamado rey con gran pompa, y con- 796
currió á la mezquita mayor el primer juma, que fué dia 16 de la misma luna, y se hizo la chotba ú oracion pública por el nuevo rey Alhakem ben Hixêm. La madre que le parió se llamaba Zecraf: era hermoso y de muy jentil disposicion, y estaba en la flor de su edad, pues tenia

veinte y dos años. Todos esperaban en él un digno sucesor de su padre y abuelo, su noble fisonomía lo anunciaba, su buena educacion y los ejemplos paternos lo persuadian; pero solo Dios es sabedor. Era Alhakem docto y de injenio, pero vano y de natural duro, y fácil solo para la ira. Se habia criado desde niño con Abdelkerim, hijo de Abdelwahid, el hajib del rey Hixêm, por eso amaba á este erudito, que fué su bibliotecario desde muy mozo, que ya se distinguia entre sus iguales por su buen injenio y elegantes versos: le nombró su hajib, y era la persona de su confianza. Cuando Suleiman y Abdala, tios del rey Alhakem, supieron la muerte de su hermano Hixêm, renovaron sus pretensiones á la soberanía de España, ó por lo menos de algunas provincias de ella, de cuya posesion se miraban violentamente despojados. Procuraron parcialidades, y buscaron ausiliares contra su sobrino, con ánimo de destronarle si la fortuna les era favorable, y si ménos propicia, venir á nuevos conciertos de avenencia, y hacer un repartimiento de la España. Escitaron á la rebelion á los pueblos de Toledo, Valencia y Tadmir, y con ayuda de amigos y con sus propios tesoros Suleiman allegó un buen ejército y pasó de Africa á España, llamándose señor de ella, como hijo mayor del rey Abderahman ben Moavia. Abdala, que estaba en tierra de Toledo, habia ganado la voluntad de algunos alcaides de aquella comarca, en especial de uno llamado Obeida ben Amza, hombre astuto y de valor, que puso á su devocion las fortalezas de Uclis, Webde y Santiberia, y levantó jentes, y se apoderó de Toledo, sus puertas y alcázar: fué
797 esto el año 181. Cuando el rey Alhakem entendió las
ambiciosas maquinaciones de sus tios, como rey con armas, juventud y ánimo dispuesto á la soberanía ó á la muerte, no se intimidó, por mas que le amenazase guerra larga, peligrosa y sangrienta. Luego mandó juntar su caballería de Arcos, Jeres, Sidonia, Sevilla y Cordoba, la

jente de á pié de las comarcas de Mérida y Toledo, y se dieron órdenes para la partida.

Caminaba con estas tropas contra Toledo, y al estar en sus cercanías le llegó nueva de la frontera de Afranc, que los cristianos habian vencido á los caudillos muslimes Bahlul y Abu Tahir, y habian ocupado las ciudades de Narbona y de Gerunda, esto en el mismo año 181, y que venian con poderosa hueste sobre las otras ciudades de la frontera oriental. Hubo el rey Alhakem su consejo, y ordenó que luego partiese con mucha dilijencia el walí Foteis ben Suleiman al socorro de la frontera con parte de la caballería, y que de paso juntara la jente de España oriental con el walí de Zaragoza y de Wesca, que el rey Alhakem, si el cerco de Toledo se alargaba, partiria con toda su caballería, quedando el cuidado de mantener el sitio al caudillo Amrù con la jente de á pié y alguna de á caballo. Antes de llegar el walí Foteis á Zaragoza, supo la pérdida de Pamplona, y que Hasan, el walí de Wesca, habia entregado su ciudad á los enemigos con ruines tratos: estas infaustas nuevas enviaba el cadí de aquella ciudad Abdelsalem ben Walid, y manifestaba que los walíes de aquella frontera oriental, acostumbrados á ser independientes en sus gobiernos, se mantenian en ellos con artera y vil política, buscando la amistad y el favor de los cristianos para no obedecer á su señor el rey, ni servirle; y cuando ya no podian sufrir la opresion de los cristianos finjian ser leales y buenos muslimes, y se acojian al amparo del rey, que por esta causa se habia perdido aquella frontera; y que se perderia toda la tierra si con tiempo y dilijencia no se acudiese. Entristecieron al rey Alhakem estas cosas, y luego partió con la flor de su caballería á la frontera oriental de España, y unido á sus walíes con numerosa hueste, recobró las ciudades de Wesca y Lérida, que los cristianos no osaron esperarle, y entró en Gerunda y en Barcelona, y pasó á tierra de

Afranc, y en Narbona degolló cuantos infieles hubo á las manos, haciendo cautivos niños y mujeres, y tomando grandes y preciosos despojos: por esta gloriosa espedicion fue llamado Almudafar, ó vencedor feliz y afortunado: dejó por fronteros en aquellas ciudades á Abdelkerim ben Abdelwahib, y á Foteis ben Suleiman, y se tornó con su caballería para tierra de Toledo, donde sus tios Suleiman y Abdala, con jentes de Africa, de Valencia y de Tadmir, ocupaban los pueblos y acrecentaban cada dia su partido. Peleaban con ellos los walíes de Córdoba y de Mérida con varia fortuna; pero cuando llegó el rey Alhakem luego mejoró la suerte de las armas. Era el ejército del rey compuesto de valientes tropas, muy acostumbradas á las fatigas de la guerra, y prácticas y esperimentadas en la pelea contra los mas aguerridos enemigos: la jente de Suleiman y de Abdala, aunque era mucha, por la mayor parte eran aventureros de Africa y de Almagrèb que solo venian á España á probar fortuna por la fama de la riqueza de las ciudades, y de jente allegadiza y baldía de algunas provincias de España, que la pobreza, ó el miedo de ser castigados por sus delitos, llevaba á sus banderas. Así fue que el rey Alhakem los venció y echó de tierra de Toledo, ocupó las fortalezas de Uclis, y Webde,
799 y los forzó á retirarse á tierra de Tadmir y de Valencia el año 783.

CAPÍTULO XXXI.

DE LAS NUEVAS VICTORIAS DE ALHAKEM, MUERTE DE SULEIMAN, Y AVENENCIA CON ABDALA.

En el principio del año siguiente los de Toledo, por secretas intelijencias con el caudillo Amrû, le dieron entrada en su ciudad, y le entregaron al rebelde Obeida ben Amza, á quien cortó la cabeza y la envió á Córdoba; y

dejando en el gobierno de Toledo á su propio hijo Jusuf, partió con la nueva de estas ventajas al campo de Jinjilia, donde el rey estaba. Entró el rey Alhakem con todo su ejército en tierra de Tadmir, y tuvo algunas escaramuzas con los campeadores africanos de la hueste de Suleiman, hasta que ambos ejércitos, como de un acuerdo, se encontraron y acometieron con igual odio y esperanza de la victoria: pelearon todo el dia con admirable esfuerzo, y á la tarde los de Alhakem, siguiendo á sus caudillos y el ejemplo de su rey, rompieron y desbarataron la primera batalla de Suleiman, á pesar del valor de este y de su hermano Abdala, que bien mostraron este dia de quien eran hijos. Suleiman, procurando rehacer el órden de sus jentes vencidas y desanimadas, se opuso al tropel de los mas impetuosos combatientes, y él solo puso en duda otra vez la victoria que tan declarada estaba por su sobrino. Abdala acudió tambien con sus caballeros; y viendo Alhakem que tan pocos valientes arredraban y detenian el triunfante carro de la victoria, se adelantó hácia ellos con sus zenetes, y en este punto una saeta entró por la gola de Suleiman, y cayó de su caballo, y allí fué atropellado y muerto entre los de la caballería. Abdala, que vió caer á su hermano, desesperó de la fortuna, y siguió la fuga de su vencida jente. La venida de la noche suspendió los horrores de la atroz matanza.

Abdala, aprovechando las tinieblas de la noche, se retiró á los montes, y continuó retrayéndose á Denia y tierras de Valencia. Al dia siguiente pensaban los del rey Alhakem que se renovaria la batalla por ser muy numeroso el ejército de los príncipes: confiaban perfeccionar su victoria, cuando vieron con mas placer que sus enemigos habian desaparecido. Entre los cadáveres fué luego reconocido el príncipe Suleiman, que llevado á la presencia de Alhakem, lloró acordándose de su padre: mandó enterrarle muy honradamente, y se detuvo allí para esto

todo su ejército. Abdala, seguido todavía de muchas tropas de Africa, se acojió á Valencia, donde era muy amado, y los de la ciudad le recibieron en ella exhortándole á procurar su avenencia con el rey su sobrino; y él, por evitar los males y calamidades que amenazaban á la tierra, sin esperanza de mejorar de suerte, envió sus mandaderos al rey Alhakem, desistiendo de sus pretensiones, y ofreciendo estar á su merced, ó pasar á Africa ó adonde mas quisiese. Alhakem, que se proponia terminar la guerra aquel año, recibió bien los mensajeros de su tio, y solo le pidió que le diese en rehenes sus hijos, y que fuese á morar donde le pareciese: luego pasó Abdala á Tanja y envió sus dos hijos al rey Alhakem, que los recibió con mucho amor, y los trató como á sus primos, y señaló al príncipe Abdala mil mitcales al mes y cinco mil al fin de cada año, y le permitió vivir en Valencia ó en Tadmir en alguna casa de campo: perdonó á todos los jeques y wasires que habian seguido la parcialidad y bando de sus tios; y así se concertó y otorgó por avenencia. Muchos caballeros africanos fueron recibidos por el rey en su guardia, y á todos hizo merced: á su primo mayor, llamado Esfâh, dió en matrimonio su hermana Alkinza. Acabadas con tanta ventura estas guerras, vino el rey á Córdoba, donde fué recibido con grandes alegrías en fin del año 184.

CAPÍTULO XXXII.

DE LAS ENTRADAS DE LOS DE AFRANC EN ESPAÑA ORIENTAL.

En el año siguiente hicieron los cristianos de Afranc entradas en la España oriental, y pusieron cerco á Gerunda y la ocuparon, y vinieron á cercar á Medina Barcelona con grandes huestes; pero la defendian bien los

muslimes. Conducidos y ayudados del rebelde Bahlul ben Makluc Abulhejiâg, descendieron con sus algaras hasta Tarragona y comarcas de Tortosa. Ordenó el rey Alhakem una espedicion para castigar al rebelde y contener á los infieles; y en este tiempo le nació un hijo en Córdoba á quien por buenas fadas y presajio de felicidad dió el nombre de Said el Chair, que así esperaba buena ventura en aquella empresa. Cuando ya estaba junta la caballería y la jente de á pié, vino nueva de la entrega de Barcelona, que ocuparon los infieles de Afranc al 801
fin del año 185, despues de siete meses de sitio. Luego partió el rey Alhakem á España oriental con el walí Amrù, y con el caudillo de la caballería Muhamad ben Mofreg el Fontauri, que era de la garbia de Córdoba, cerca de Ain Fontauria, y se le conocia por el Cobboxi, por tener su casa cerca de Ain Cobboxi ó Fuente de Carneros: era muy estimado de Alhakem por su valor y su erudicion. Entretanto las violencias y crueldades de Jusuf ben Amrú, que no sabia distinguir con razon las cosas que merecian gracia ó pedian severidad, exasperó los ánimos de los toledanos, y alborotada la jente de la plebe rodearon su casa y la apedrearon, é hirieron á muchos de su guardia: los principales de la ciudad lograron apaciguar la multitud que amenazaba gran desórden y maldad, y poco á poco los dispersaron y pusieron en obediencia. Queria este jóven, que poco ántes de miedo no hallaba donde esconderse, hacer un horrible escarmiento en la ciudad: sabida su temeraria resolucion, los mismos vecinos nobles que habian logrado calmar la tempestad popular fueron harto determinados, y sorprendiendo su guardia se apoderaron del inesperto walí y lo llevaron como preso á la fortaleza de Chadaraque: así evitaron los desafueros y violencias que intentaba. Escribieron al rey manifestando cuanto habian sido forzados á hacer para sosegar al irritado pueblo, y contener al jóven walí es-

trañamente ensañado. Mostró el rey aquellas cartas á su caudillo Amrû, y le mandó que su hijo viniese á la frontera, que por sus pocos años no convenia en Toledo, ciudad grande y llena de cristianos, que no llevaban bien el yugo de la dominacion muslímica. Viendo Amrû que el rey no se daba por ofendido de aquel atentado popular, no ménos vengativo que su hijo, pidió al rey que si le placia que él fuese wasir de Toledo, que ya tenia muy conocido el jenio de aquellos naturales: el rey por sus buenos servicios se lo concedió: y luego volvió para este gobierno, y su hijo Jusuf pasó á la frontera.

Entró el rey Alhakem en Zaragoza, y fué recibido con grandes demostraciones de alegría: luego fué á las ciudades de la frontera, y dejó por alcaide de Tutila á Jusuf, hijo de Amrû: ocupó la ciudad de Pamplona, y descendiendo por riberas del Ebro ocupó á Wesca, y visitó la frontera de Afranc: el alcaide de Tutila, deseoso de acreditar su valor, entró en frontera de Afranc con su jente, y cayó en una emboscada en poder de enemigos
802 el año 187: avisó á su padre su desgracia, y le rescató. Pasó el rey con su hueste sobre Tarragona, y la recobró, persiguiendo al rebelde Bahlul, que acaudillaba algunas compañías de jente allegadiza y montaráz, pero muy acostumbrada á las fatigas de la guerra: habia entre sus taifas muchos cristianos de Jibal Albortât, jente muy esforzada y dura: peleó muchas veces con estas tropas con harta fortuna, hasta que logró vencer en atroz batalla al rebelde y sus ausiliares cerca de Tortosa, y hubo á las manos el traidor Bahlul ben Maklul Abulejiâg, y le mandó cortar la cabeza en pena de su perfidia: fué esta
803 victoria año 188. En este mismo año proclamaron los de Almagrêb á Edris, hijo de Edris, el descendiente de Aly, que habia llegado á la edad de once años y cinco meses, y las mas nobles tribus de algarbares le reconocieron por su señor.

El rey, aseguradas las fronteras, volvió por Tortosa á Valencia, y por Jativa, Denia y tierra de Tadmir á Córdoba, donde fué recibido con grandes alegrías. Venido el año 189, envió Alhakem sus mensajeros á Edris ben Edris, para darle la enhorabuena de su proclamacion, y concertar con él su alianza contra todos sus enemigos de Oriente, ó de Africa, que intentasen perturbarles en la posesion de sus tierras; y fueron en esta embajada quinientos caballeros andaluces, y el rey Edris los recibió con mucha honra, y holgó mucho de aquel mensaje, y de la amistad y alianza del rey Alhakem, que los príncipes mozos se pagan mucho de la magnificencia y pompa de estas visitas. Los recibió en la ciudad de Velila, que todavía no estaba fundada Medina Fez, que la principió poco despues.

CAPÍTULO XXXIII.

DE LA VENGANZA DE AMRU EN TOLEDO, Y ALBOROTO DE MÉRIDA.

En este tiempo el wasir de Toledo, Amrû, meditaba tomar una cruel venganza de los toledanos, y esperaba alguna ocasion oportuna para su intento. Los fatigaba con exacciones para reparar los muros, fortificar sus torres y engrandecer el alcázar. Enviaba el rey Alhakem cinco mil caballos á la España oriental, y los conducia su hijo Abderahman, que ya tenia quince años: al pasar estas tropas cerca de Toledo, salió el wasir Amrû para obsequiar al príncipe: le ofreció su casa; y le rogó que se dignase pasar la noche en ella: lo mismo le suplicaron los principales muslimes de la ciudad, y Abderahman aceptó el obsequio, y entró con escojida guardia de caballería, y fué hospedado en el alcázar. Cuentan algunos que Amrû comunicó al *príncipe sus intentos*, persuadiéndole que convenia *cortar muchas cabezas* en aquella ciudad, llena de jentes sober-

bias, inquietas, duras é inflexibles, siempre dispuestas á la rebelion, y desobediencia: que habia llegado el tiempo y ocasion mas á propósito de acabarlas, y hacer este escarmiento sin riesgo ni peligro de alteracion: que el príncipe todavía le dijo que mirase bien lo que hacia, y no quisiese sin necesidad hacerle aborrecible á los pueblos. El wasir avisó á los principales de la ciudad que viniesen á visitar al príncipe y honrar el festin que tenia preparado aquella noche. Acudió toda la nobleza de la ciudad al alcázar, y como iban entrando, los guardas de Amrû los conducian á los sin ventura á una apartada estancia subterránea, y allí los degollaban; y de esta manera cortaron la cabeza á cuatrocientos caballeros, sin que otros muchos que estaban con el príncipe supiesen la crueldad de esta infausta noche. Algunos dicen que fueron cinco mil los degollados; pero lo primero es mas cierto. Al dia siguiente parecieron las cabezas cortadas de los desgraciados, y toda la ciudad quedó espantada y llena de terror: se divulgó que habia sido por órden del rey esta atroz venganza, y en pena del levantamienio contra el hijo de Amrû; y el uno y el otro sobrevivieron poco á esta crueldad: dicen que fué
805 esta noche de Toledo el año 190. Pasados tres dias partió el príncipe á la frontera con su caballería.

Habia dado el rey Alhakem el gobierno de Mérida á su primo Esfâh, y descontento de su wasir le destituyó del cargo y puso otro de su confianza. Era el wasir depuesto muy favorecido del rey, se presentó en Córdoba, y sus quejas fueron amargas y envueltas en calumnias contra él walí Esfâh, inspirándole con gracias mordaces, sospechas y desconfianzas del poder y autoridad que habia largamente dado á su primo. Movido el rey de estas fatales inspiraciones, aunque hasta entonces no habia visto en Esfâh sino pruebas de sinceridad y de amor y respeto, cediendo á su jenio desconfiado é impetuoso privó á su primo del gobierno, y envió la órden con el wasir que debia tomar

el gobierno de la ciudad y provincia. Llegó el enviado mandando á Eshâf que saliese de Mérida: ofendido de esto el walí respondió que estrañaba mucho que el rey diese mas crédito á las quejas y falsías de wasires depuestos, que á la esperiencia de su respeto y amor; y que por otra parte, á un nieto de Abderahman no se le despedia como á un liberto ú hombre vulgar. Esta respuesta enfureció al rey Alhakem y mandó luego que fuese el walí de su caballería, y prendiese á su primo Esfâh. Cuando llegaron las tropas que debian conducirle, Esfâh cerró las puertas de la ciudad, y no permitió la entrada, sin hacer otra resistencia. Alhakem, viendo que sus órdenes no se cumplian partió para Mérida con determinacion de entrar por fuerza la ciudad, y hacer en ella un cruel castigo.

Disponia Esfâh las jentes de Mérida para que evitasen la saña del rey, y solamente queria cierto número de caballeros para salir por una puerta cuando el rey entrase por otra, temiendo dar ocasion á que por su causa padeciese la ciudad, todos los moradores de ella se ofrecieron á defenderle; pero la esposa de Esfâh, llamada Alkinza, hermana del rey, salió á caballo de la ciudad, atravesó el campo de los sitiadores sin mas compañía que dos siervos de su casa, y fué al encuentro del rey su hermano: se puso á sus pies esta hermosa y discreta señora, y el rey la abrazó, y ella con sus razones templó el enojo del rey, que perdonó y olvidó todo lo pasado: entró en la ciudad acompañado de su hermana, y mandó que su primo fuese llamado y obedecido en Mérida como de ántes. Detúvose en la ciudad, y hubo en ella con este motivo grandes alegrías.

CAPÍTULO XXXIV.

DE LOS MOVIMIENTOS DE LOS DE AFRANC, TREGUA CON LOS DE GALICIA, Y CONSPIRACION EN CÓRDOBA.

En el año 190 hicieron entradas los de Afranc contra los muslimes que fueron rechazados con grave pérdida de ambas partes. Los cristianos de los montes de Galicia concertaron treguas con los caudillos muslimes, que las otorgaron al rey que ellos tenian, llamado Anfûs. Estaba Alhakem en Mérida, y fué avisado de su primo Casim, que luego viniese á Córdoba donde su presencia era mas necesaria que en Mérida. Cuando llegó á Córdoba le comunicó Casim que se intentaba contra él cierta conjuracion, que el principal de ella era en el concepto de los sediciosos el mismo Casim: que era el primero que la habia maquinado Yahye, uno de los jeques del mexuar ó consejo, con otros varios nobles de la ciudad: que creyéndole ofendido del rey por la desavenencia y movimientos de Mérida, le hablaron con muchos rodeos y oscuridad; pero sospechando mal de sus intenciones les facilitó con aparente agrado que le descubriesen su corazon, que les puso delante los inconvenientes y dificultades de lo que pensaban; y ellos con mucha resolucion manifestaron estar dispuestos, si la fortuna no les fuese contraria, á quitarle la vida y dar el imperio á cualquiera de los nietos de Abderahman. Que viéndose entre muchos de ellos, y dueño de tan importante secreto, no se atrevió á disuadirles su determinacion, que finjió entrar en todos sus pensamientos, les dió gracias por la confianza y afecto que tenian á la casa de Omeya, y les pidió una exacta nómina de la jente principal con quien contaban. Llenóse de horror y de saña el rey Alhakem al oir esto, y dijo á su primo que si queria continuar disimulando con ellos para descubrir á todos los conjurados; y

Casim ofreció avisarle oportunamente de todos sus pasos. Pocos dias despues le presentaron á Casim la nómina de trescientos caballeros que tenian dispuesto dar muerte al rey Alhakem el primer juma al entrar en la mezquita á la hora de azala ú oracion: faltaban dos dias, y estaban muy seguros de que todo el pueblo aborrecia el gobierno de Alhakem por su dureza y por sus alianzas con el que se llamaba rey de los cristianos de Galicia. Aquella noche envió Casim al rey la nómina de los conjurados, previniéndole que no se descuidase en hacer lo que convenia. No se durmió el rey, y por dilijencia del walilcodá ó presidente del consejo Farâg ben Canena de Sidonia, á la tercera vela de la noche vió tendidas sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados. Mandó el rey que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas *por traidores enemigos de su rey*. Horrorizó al pueblo este atroz espectáculo, ignorando la mayor parte la causa de este escarmiento.

En este año de 191 compró Edris ben Edris, señor 801
de Almagrêb, de las tribus Zenetas Zuaga y Yargos,
el campo en que fundó la ciudad de Fez, y lo compró por seis mil adarhames. En estas tribus unos eran cristianos, otros magos (1), otros judíos, y muy pocos muslimes. Era este campo muy abundante de agua pura, y de frescas arboledas á dos millas del rio Zebû.

CAPÍTULO XXXV.

DE LA GUERRA CONTRA LOS CRISTIANOS EN LAS FRONTERAS.

Entrado el año 192 los cristianos de tierras de 806
Afranc, descendieron con numerosas huestes que cu-

(1) Los árabes llamaban magos á los que segian las tradiciones de los sabeos, y tenian por profetas de Dios á Abra-

brian los campos, y pusieron cerco á Medina Tortosa. Cuando Alhakem tuvo nuevas de esta entrada, mandó á su hijo el príncipe Abderahman que acudiese desde Zaragoza con cuanta jente pudiese allegar, y lo mismo ordenó al walí de Valencia. Juntáronse estas tropas, y acaudilladas de Abderahman, como si este príncipe llevase la victoria asida á sus banderas, rompió y deshizo á sus enemigos con horrible matanza: huyeron los cristianos dejando los campos cubiertos de abundante cebo para las aves y
808 carnívoras fieras: fue esto año 193. Luego vino á Córdoba el príncipe, y fué recibido con aclamaciones de triunfo. Los caudillos de las fronteras no tuvieron reposo en dos años, peleando cada dia con los cristianos de los montes por todas cuatro partes del Jibal Albortât; pero con entradas y algaras de poca importancia, en que se peleaba con varia fortuna. Siguió á esto una calma como la que suele preceder á las terribles tempestades. Los cristianos de los montes del guf de España bajaron con gran jentío y corrieron y talaron los campos de Lusitania, robando y quemando pueblos. Venidas estas nuevas á Córdoba, partió el rey con escojida caballería y jente de Toledo y de Mérida, y pasó á la frontera, donde reunidas sus jentes buscaron á los cristianos, y el rey peleó con ellos y los venció con su acostumbrada felicidad; y en dos años no tornó á Córdoba, visitando aquellas ciudades de Lusitania y de frontera de la Galicia, hasta que cansado de las vicisitudes de tan prolija guerra de montañas se restituyó á Córdoba el año 196.

Al año siguiente vencieron los cristianos al caudillo Abdala ben Malehi en la frontera de Galicia, y padecieron los muslimes cruel matanza, y el esforzado caudillo Abdala murió peleando como bueno, y su caballería huyó en

han Elías y Eliseo, y por esto los toleraban: esta era la secta de Zardust ó Zoroastres, muy estendida en Persia.

desórden, llevando el terror y espanto á la hueste que acaudillaba Abdelkerim, y á pesar del valor de este caudillo huyeron desbaratados, y por huir se atropellaban, que muchos murieron ahogados en la corriente de un rio, que confusamente se arrojaban de sus riberas, cayendo unos sobre otros, y allí perecian: otros se acojian á los cercanos bosques y se subian sobre los árboles, y se escondian en la espesura de sus ramas, y los ballesteros enemigos por juego y donaire los asaeteaban y burlaban de su triste suerte. Cuenta Izá ben Anmed el Razi, que despues de esta derrota estuvieron trece dias ambas huestes á la vista sin osar los cristianos ni los muslimes venir á batalla; pero que en una sangrienta escaramuza que se empeñó por ambas partes fué herido de un bote de lanza Abdelkerim, y dos dias despues murió. Habia sido almocadem ó adelantado de la jente de Córdoba, y tenia grandes riquezas adquiridas en la guerra y en sus gobiernos de Tutila, Wesca y Zaragoza; y en esta frontera era ménos conocido que en la de España oriental.

Volvió el príncipe Abderahman el año 197, á la 812
frontera de Afranc, entró en Gerunda y en tierra de Narbona, y sacó de sus comarcas grandes riquezas, ganados y cautivos; y despues de haber corrido aquellas provincias, pasó á la frontera de Galicia pasado el invierno y el tiempo de las lluvias, á la primavera del año siguiente echó los cristianos de Medina Zamora, y ocupó otras muchas fortalezas por fuerza de armas, y en riberas de un rio venció en sangrienta batalla á los cristianos, haciendo en ellos cruel matanza, que cubrian sus cuerpos el campo por mucho espacio, ni pudieron llevar las corrientes tantos cadáveres. Luego concertó una tregua con los cristianos de Galicia y de Afranc, y se vino á Córdoba con muchos despojos y cautivos.

En principio del año 198 hubo alguna conmocion 813
en los pueblos de la Cora ó rejion de moros contra sus

alcaides; pero fué con tiempo sosegada esta inquietud, y se contuvieron las maquinaciones de algunos sediciosos, y vinieron á Córdoba las cabezas de los principales. En Tadmir murió á fin de este año, ú principio del siguiente, el cadí de aquella tierra Fadlo ben Amira ben Raxid el Caneni de Ateca, varon insigne por su nobleza y virtud: se apellidaba Abu Alafia, y fué muy estimado del rey Alhakem: tenia un hijo de su mismo nombre y heredero de su integridad y doctrina, y el rey le dió el mismo cadiaz-
814 go de Tadmir. En Córdoba falleció este año 199 Ziyad el Lahmi, conocido por el Sabton: fué el primer alfaquí que enseñó en España la secta de Malec ben Anas, que ántes los doctores de España seguian la del Auzei, otros dicen que murió seis años ántes, y otros que vivió hasta el 204: le ofrecieron cadiazgos, y no los aceptó: fué muy retirado y de loable vida. Asimismo falleció este año el cadí de los cadíes de Córdoba, Forag ben Canena ben Nosar el Sideni, ó de Sidonia, y fué muy sentida su muerte por su zelo y amor á la justicia.

CAPÍTULO XXXVI.

DE LA JURA DEL PRÍNCIPE ABDERAHMAN, Y BATALLA DEL ARRABAL DE CÓRDOBA.

Consistia ya en Abderahman todo el gobierno y la reputacion del estado: el rey su padre, congregados los principales walíes, wasires, alcaides, secretarios y consejeros, declaró walí alhadi, ó futuro sucesor en el imperio, á su hijo Abderahman: los primeros que le juraron fueron Esfâh y Casim, primos del rey, despues el hajib, el cadí de los cadíes, y los demas walíes y consejeros: fué solemne y celebrado este dia, y se publicó con gran pompa. No habia guerra sino contra cristianos por mantener

frontera, y no con deseo de ampliar y estender los límites del reino, ni por esperanza de sacar grandes riquezas, por ser los cristianos jente pobre de montaña, sin saber nada de comercio ni de buenas artes: las naves de las marinas de España hicieron espedicion á las islas Iebisas, Mayorcas y Sardinia en este año 200. 815

El rey Alhakem, en tanto que esta paz duraba dentro y fuera del reino, no salia de su alcázar, holgándose en sus jardines con sus esclavos y esclavas, que tenia muchas muy diestras en cantar y tañer diversos instrumentos, y solo se acordaba que era rey para satisfacer cierta sed de sangre que parece tenia, y pocos dias pasaban sin dar ó confirmar sentencias de muerte por toda especie de delitos. Habia puesto una guardia de cinco mil hombres, los tres mil andaluces muzárabes, y los dos mil esclavos, con muchos eunucos dentro del alcázar. Señaló paga fija á estos soldados de su guardia: puso un nuevo tributo de entrada sobre algunas mercancías. Hubo al principio algunos transgresores que rehusaron pagar este nuevo y estraño derecho, y atropellaron á los recaudadores: fueron presos diez de estos, y hubo ruido y alboroto en las puertas. No se quejaba el pueblo, sino con un rumor vago murmuraba de los nuevos impuestos, y de la desconfianza que manifestaba aquella gran guardia que tenia en su alcázar, cosa que no tuvieron su padre ni su abuelo; pero con todo eso no estaba libre de continuos recelos de alevosías y conjuraciones.

Sabia Alhakem estas hablillas, y sabia tambien que en el vulgo no hay medio, ó teme, ó procura atemorizar, que cuando está en temor sin peligro se le puede gobernar, tratar y castigar, y que no conviene nunca darle lugar al desenfreno con inoportuna blandura. Diéronle parte del alboroto de los diez transgresores, y como de su natural condicion era inclinado á los consejos mas rigurosos, los mandó clavar en palos. Acaeció que un infausto miércoles,

dia 13 (1) de la luna de ramazan del año 202, como hubiese acudido gran jentío del arrabal del mediodia de Córdoba á presenciar la ejecucion de los diez delincuentes en su plaza, un soldado de la guardia hirió acaso á un vecino; alborotáronse los ciscunstantes, y con gran vocería cargaron sobre él á pedradas, y herido y ensangrentado, y perseguido de la multitud, se acojió á las guardias de la ciudad. La osadía del alborotado pueblo fué tanta, que acometió á la guardia y despedazó á cuantos querian oponerse á su furia. Llegaron persiguiendo á los soldados hasta las puertas del alcázar con espantosas voces y amenazas insolentes. Entendida la novedad por el rey Alhakem, salió armado, á pesar de su hijo y del hajib y del alfaqui Jusuf ben Matruc, y del wali Aben Abdelwahid, y otros caudillos que habian acudido al alcázar; y puesto al frente de su caballería de la guardia acometió á la multitud, que huyó atropellada al arrabal, la mayor parte se encerró en sus casas, la canalla y chusma vil hizo inutil resistencia: la matanza fué grande, y habiendo tomado trescientos vivos, los mandó clavar en palos á la orilla del rio desde el puente hasta las últimas almazaras puestos en fila, espectáculo horrendo: el juéves siguiente mandó destruir aquel arrabal, principiando de la parte del mediodia, permitendo á las tropas el robo y pillaje de las casas y habitaciones por tres dias seguidos, sin ninguna humanidad: solamente mandó que se abstuviesen de hacer daño á las mujeres. Despues de los tres dia del cruel saquéo mandó Alhakem quitar de los palos á los sin ventura y recojer los muertos, y concedió seguridad de la vida á los que habian quedado de aquel arrabal, con la condicion de salir desterrados de Córdoba. Los desgraciados tuvieron que abandonar su amada patria, y vagar miserables en los lugares y aldeas de

(1) En otro analista dia 22 de ramazan: en el año todos convienen.

confines de Toledo: gran parte de ellos se refujió en aquella ciudad, y mas de quince mil pasaron á Berbería, y continuaron á Ejipto: ocho mil permanecieron en Almagrêb. Los que fueron á Oriente llegaron á Alejandría en el principio del reinado de Abdala Almamun, hijo de Raxid: los moradores de aquella ciudad hicieron vigorosa resistencia para impedir la entrada á los advenedizos andaluces; pero estos, desesperados, y no pudiendo sufrir mas las contrariedades de su enemiga fortuna, entraron por fuerza de armas en la ciudad, y despues de atroz matanza se apoderaron de ella, y se hicieron dueños de su gobierno por harto tiempo. Despues fué Abdala ben Taher, que era gobernador de Ejipto por el califa Almamun, y capituló con los espatriados andaluces, y otorgaron su avenencia de dejar aquella ciudad de Alejandría, entregándoles una suma considerable de mitcales de oro, y que elejirian alguna isla de las del mar griego para establecerse en ella. Y en fin se retiraron y aportaron á la isla de Acritas ó Creta, que no estaba entónces muy poblada: se apoderaron de ella y la poblaron los andaluces, y con el tiempo se les juntaron jentes de diferentes paises de Iraca y de Ejipto. Y cuenta Edobi que elijieron por su caudillo á Omar ben Xoaib Abu Hafas, llamado el Goleith, natural de Fohs Albolut, en cercanías de Córdoba, que desde la triste salida de estas cabilas desterradas de Andalucía le traian por su caudillo. Dice Said ben Jonas que hicieron los andaluces la conquista de Jecira Acritas despues del año 220, que fué caudillo de ellos y señor de la isla Ymar ben Xoaib, y despues sus hijos, hasta el mismo Abdelaziz ben Omar ben Xoaib, que en sus dias la conquistó Armetos, hijo de Constantin, rey de Grecia; esto en año 350. Así lo refiere Homeidi citando á Muhamad ben Huzam, y cuenta asímismo que estos andaluces con veinte naves corrian y robaban en el mar griego y en sus islas: dice que deseando ellos por el natural amor á su patria tornar á ella con las muchas ri-

quezas que habian allegado, que su caudillo les quemó la flota, y como se quejasen de él y de su constante determinacion, lamentándose de su destierro, que el caudillo les dijo: ¿Cuánto mejor y mas amena es esta isla que corre miel y leche, que vuestros desiertos? entre estas bellas cautivas olvidareis vuestras amadas; hallareis aquí todos los placeres de la vida y una nueva jeneracion, que será vuestro solaz en la vejez: que moraban en Suda, y fundaron Candaz al oriente de la isla. Tal fué la suerte de los espatriados de Córdoba.

La inconsiderada saña y destemplada severidad de Alhakem disminuyó la poblacion de Córdoba de mas de veinte mil hombres, toda jente vigorosa y útil, dió á la nueva puebla de Fez ocho mil familias, y el rey Edris les dió aquella parte de la ciudad que por ellos se llama barrio de los andaluces, pues ellos lo poblaron. Mandó arrasar todo el arrabal del Quibla ó mediodia, desde enfrente de la puerta del puente hasta las últimas almazaras: y no contento de haberlo así arrasado y destruido, dejó mandado á su hijo y sucesores que nunca se volviese á poblar, y quedó hecho un campo de siembra, y en poder de sus descendientes no se edificó allí casa alguna. Por este acaecimiento y destruccion del arrabal fué llamado este rey Alhakem Alrabdi, ó el del arrabal, y Abu el Asi por la dura y cruel condicion suya.

CAPÍTULO XXXVII.

DE LA GUERRA EN LAS FRONTERAS Y EN EL MAR, Y MUERTE DEL REY ALHAKEM.

En el año 203 y en el siguiente pasó Abderahman á la frontera de Galicia con la jente de Mérida, y venció á los cristianos en muchos encuentros de corta importancia; desde allí partió á las fronteras de Afranc, y contuvo las corre-

rías, y entradas que intentaron: y en el año 205 se 820
vino á Córdoba, pues su padre no tenia otro ministro de estado y guerra que él. Al paso por Tarragona mandó salir las naves de la marina de España, y fueron contra Jecira Sardinia, y pelearon con los cristianos y les quemaron su flota delante de la isla, y tomaron ocho naves de los enemigos.

Cuenta Aben Hayan, de referencia de Abi Becri ben Alcutia, que el rey Alhakem, despues de la matanza del arrabal, fue estrañamente atormentado de grave melancolía y perdió el color, que se puso pálido y enflaqueció, y le entró calentura en fuerza de su vehemente tristeza, y se le representaba la matanza, y le parecia ver jente qne peleaba, y oía el estruendo de las armas y los alaridos de los combatientes y moribundos; y esto era mas frecuente cuando estaba solo y se paseaba en las salas y azoteas de su alcázar: muchas veces á deshora de la noche llamaba á sus esclavas y siervos para que le entretuviesen, y se impacientaba en estremo si no venian al punto que llamaba. Cuentan que cierta noche, despues de acostado, llamó á un siervo que tenia llamado Jacinto, que solia unjirle su larga barba; y como dudoso del llamamiento hubiese tardado un poco, le dió una gran voz y le dijo: dó estás, ¡ó ben laghna! y cuando llegó con una ampolla de algalia, se la arrebató y se la rompió en la cabeza: el siervo Jacinto con mucha humildad le dijo: señor, ¿qué hora es esta de unjirnos? Y Alhakem le respondió: no temas que nos falte ungüento aunque se vierta con profusion, que para que á los dos no nos faltara hice yo cortar tantas cabezas. Solia llamar á los cadíes y wasires de la corte como si fuese para tratar con ellos de asuntos de importancia, y esto á doshora, y tal vez á la media noche; y cuando todos estaban juntos mandaba tañer y cantar á sus esclavas, y los despedia como si para esto solo los hubiera convocado: llamaba los jeques y caudillos y allegaba sus jentes, y

como si fuera para espedicion repartia armas y caballos, y luego los despedia y enviaba á sus casas. Así estuvo demente á intérvalos cerca de cuatro años. En su melancolía hizo algunas canciones de mucha espresion y de vivísimas imájenes, que se conservan, y Abes ben Nasih, prefecto de los músicos en tiempo de Abderahman su hijo, cantaba á este príncipe muchos buenos versos de su padre, entre otros estos que acreditan su buen injenio y su valor.

Las honduras de la tierra alzarse ví con la espada,
Hacerse (1) los montes valles cuando á las cumbres trepaba;
A mis fronteras pregunta si en ellas entran algaras,
Si hay en ellas algun brazo que ose desnudar espada;
Si otro fulgor resplandece que las cascadas de plata
Que descienden susurrando desde las peñas mas altas,
Y llevan en su corriente las coloquintas amargas.
Te anunciarán que si yo entre sus héroes no estaba
El primero, la primera destelló sangre mi lanza.
Los jóvenes escojidos que la fatiga acobarda,
O del horror vacilaron de mil muertes á la cara,
Si brida tal vez volvieron no fueron de mi mesnada.
Mis clientes amparé, librándolos de la infamia,
Y los que no defendí sombra de baldon empaña:
Y cuando á beber les dimos nuestros cubos de batallas,
Les hicimos apurar á cubos mortales ansias,
Si por llenar la medida que suerte fatal prepara
Ellos al encuentro salen á que los huelle la parca,
No es mi culpa, cuando yo ántes depuse las armas,
Y atónito las miré sin deseo de buscarlas.

En fin del año 206, acrecentándose la tristeza y la calentura, falleció (2) muy arrepentido de su crueldad, entre la hora de azala ú oracion de adobar y de alasar, ó sea entre la oracion de mediodia y la de media tarde,

(1) Quiere decir que humillaba y abatia los pueblos levantados contra él.

(2) Escribe Alchatib que murió este rey dia 25 de dylhajia.

dia juéves, cuatro dias por andar de la luna de dylhajia del referido año, habiendo reinado con harta inquietud veinte y cinco años y once meses; si bien otros cuentan veinte y seis años y diez meses. Loado sea aquel cuyo imperio es eterno y sin contrariedades.

CAPÍTULO XXXVIII.

DEL REINADO DE ABDERAHMAN BEN ALHAKEM Y MOVIMIENTOS DE SU TIO ABDALA.

En el mismo dia juéves, á 25 dias de la luna de dylhajia del año 206, en que pasó á la micericordia de Dios el rey Alhakem, y fué enterrado su cadáver con solemne pompa, fué aclamado en Córdoba su hijo Abderahman, que era de edad de treinta y un años, tres meses y seis dias. La madre que le parió se llamaba Halewa; era hermoso, alto y de muy jentil disposicion, de color trigueño y bien dispuesta barba, que teñia con aleña. Fué apellidado Almudafar por la felicidad y valor con que habia vencido y domado á los rebeldes de las fronteras, y á los enemigos que habitaban los montes y sierras, jente rústica, y por esto mas dura y feroz: era tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: padre de los desvalidos y pobres; y añadia á estas prendas su escelente injenio y admirable erudicion: hacia elegantes versos con toda la precision de la ciencia métrica; completó la gloria del imperio en España, y eclipsó á sus predecesores en ostentacion y grandeza de ánimo: acrecentó su guardia con mil africanos, y gustaba de que fuese jente muy lucida en disposicion, armas y caballos.

Luego que Abdala, hijo de Abderahman ben Moavia, supo en Tanja la muerte de su sobrino el rey Alhakem, no habiendo apagado todavía la nieve de sus canas el fuego de su corazon ambicioso, pasó el estrecho con muchas

tropas, confiando vanamente que sus hijos le ayudarian, y se proclamó rey de España en su campo, y en los pueblos abiertos que no podian resistir la entrada de su jente. Avisado el rey Abderahman de su venida, salió al paso con su caballería, y en pocos encuentros y escaramuzas que entre ellos hubo venció al tio de su padre, y le obligó á retirarse por tierra de Tadmir hácia Valencia.

Persiguió Abderahman á estas tropas por toda la costa meridional de España, peleando siempre Abdala con poca fortuna, hasta verse forzado á encerrarse en Valencia, y en ella fué cercado de Abderahman con propósito de no levantar el campo hasta tenerle en su poder. En este tiempo llegaron al real sobre Valencia los dos hijos de Abdala para interceder con Abderahman, y persuadir á su padre á venir á una conveniente avenencia, lo que no era difícil por la natural clemencia y jeneroso ánimo de Abderahman, y por lo que ellos se prometian de la bondad de su padre; y la piedad del cielo favoreció sus buenos deseos. Habia dispuesto Abdala hacer una salida con toda su jente contra los de Córdoba, y un dia juéves habló á sus jentes y les dijo: « mañana, si Dios quiere, compañeros mios, haremos nuestra oracion de juma, y con la bendicion de Alá partirémos el sábado, y pelearémos si fuese su divina voluntad » Venido el juma, y congregada su jente delante de la mezquita de Bab Tadmir, ó puerta de Murcia, les hizo una plática, y al acabarla dijo: « ó nobles compañías de varones, que Dios os sea misericordioso, creed que nos conviene pedir á su divina bondad que nos enseñe el camino que debemos seguir, y el partido que nos conviene tomar, sin otra pretension que conformarnos con su divina voluntad. Yo espero de su clemencia que nos la muestre y nos haga entender lo que mas conviene » Alzó sus ojos y sus manos al cielo, y dijo: «Dios mio, Señor Alá, si tengo razon y es justa mi demanda; si mi derecho es mejor que el del nieto

de mi padre, ayúdame y dáme victoria contra él; y si él tiene mas fundado derecho al trono que su tio, bendícele y no permitas las desgracias y horrores de la guerra y discordia que hay entre nosotros, apoya su poder y estado y ayúdale. Todos los de la hueste, y muchas jentes de la ciudad que estaban presentes, dijeron á una voz: así sea; y en este punto sopló un viento muy frio y helado, estraño en aquel clima y estacion, y dió á Abdala un súbito accidente que le derribó en tierra, y le dejó sin habla; de suerte que se acabó la oracion sin él y le llevaron al alcázar, y permaneció sin habla algunos dias. Luego soltó Dios su lengua y dijo á sus caudillos y wasires: Dios ha declarado este negocio, así qne no quiera Dios que yo intente cosa contra su divina voluntad. Envió un wasir al campo para llamar á sus hijos, escribiendo al mismo tiempo al rey Abderahman ofreciéndose á su obediencia con entera voluntad. Poco despues mandó abrir las puertas de la ciudad, y habiendo entregado el wasir sus cartas al rey Abderahman y á sus hijos, estos, habida licencia del rey, montaron á caballo y fueron á la ciudad, adelantándose el wasir de Abdala y anunció á este la llegada de sus hijos, y salió á recibirlos con sus caballeros, y todos juntos vinieron al pabellon del rey Abderahman. Traian al venerable anciano en medio de sus dos hijos, y seguian sus caballeros: apeáronse los hijos de Abdala, y uno asió la brida del caballo, y otro tuvo el estribo para que su padre descabalgara, y lo entraron á la presencia de Abderahman, á quien Abdala fué á besar la mano, y Abderahman lo recibió en sus brazos, y le hizo toda honra y buena acogida: quedó asentada perpetua paz entre ellos, y le concedió Abderahman el gobierno y señorío de Tadmir por sus dias; y allí falleció dos años despues, esto es, el año 208. La jen- 823
te de Abdala que habia venido de Africa, parte de ella se estableció en tierra de Tadmir, y parte se volvió á Tanja.

CAPÍTULO XXXIX.

DE LA ESPEDICION DEL REY Á BARCELONA.

Libre de los cuidados de esta guerra doméstica, partió Abderahman á la frontera de España oriental, y fué á poner cerco á Barcelona que habian ocupado los de Afranc; llevó en su vanguardia al caudillo Aben Abdelkerim, y ántes de cercar la ciudad peleó con los cristianos, y los venció y encerró en Barcelona: cuando llegó Abderahman al cerco se dieron muy fuertes combates, y estando los muslimes apoderados de las murallas y á punto de entrar la ciudad, huyeron los cristianos, y la caballería hizo en ellos gran matanza, y Abderahman ocupó la ciudad, y mandó reparar la muralla, y continuó sobre Urjel, que tambien la tenian los cristianos, y con la misma felicidad se apoderó de ella y de otros lugares que habian ocupado, huyendo los cristianos á las fortalezas edificadas en peñascos y en los pasos angostos de los montes: allí se refujiaron, porque toda su confianza estaba puesta en la aspereza de aquellas montañas, y en el invierno anticipado de aquella tierra. Domados los rebeldes, y ordenadas las cosas que convenian á la seguridad de la frontera, volvió el rey Abderahman á Córdoba, donde fué recibido con
822 grandes demostraciones de alegría. Fué esta venturosa espedicion el año 207.

En el año 208 falleció en Tadmir el amir Abdala, hijo de Abderahman ben Moavia, y cuando sus hijos Esfàh y Casim dieron parte al rey Abderahman de su muerte, les concedió que heredasen todos sus bienes; y cuenta que en esta ocasion estableció por ley jeneral en España que los hijos heredasen todos los bienes de sus padres, quedando á las mujeres de los difuntos sus azidaques y anafacas, bienes dotales y alimentos correspondientes, y que pudie-

ran disponer en testamento del tercio de sus haberes en favor de propios ó estraños. En este mismo tiempo vinieron á Córdoba enviados del rey de los griegos desde Constantina, y fueron recibidos con mucha honra, y fué muy noble y concurrida su entrada en Córdoba y traian muchos y muy hermosos caballos, con ricos y vistosos jaeces, que nunca se vieron tales en España. Aposentólos el rey Abderahman en su alcázar, y le dieron su embajada, en que el rey de Grecia le rogaba que fuesen amigos y aliados contra los califas de Bagdad, sus comunes enemigos, como usurpadores del imperio de los Omeyas. Abderahman les dió muy buena respuesta, y recibió sus presentes, y cuando dispusieron su partida, envió con ellos á Yahye ben Hakem, conocido por el Gazali, walí de gran mérito en la marina, y escelente injenio en la poesía, para saludar al rey de Grecia, y presentarle en su nombre algunos hermosos caballos andaluces, y espadas muy preciosas labradas en España, y otros ricos presentes.

CAPÍTULO XL.

DE LAS ESPEDICIONES Á LAS FRONTERAS, Y EDUCACION DE LOS PRÍNCIPES.

El año 209 envió el rey Abderahman á la frontera del Guf ó norte de España á Obeidala, hijo de Abdala, hermano de Esfâh y de Casim, que era cadí de los suaifes, ó capitan de la guardia de los de la cuchilla, para que guardasen aquella frontera, porque los cristianos hacian cabalgadas en ella: Iban y Otman, hijos del rey Abderahman, se distinguian en este tiempo por su aplicacion á las buenas letras y por su injenio, y encargó el rey la educacion de ambos al walí de Sidonia Muhamad ben Said el Gamri, que se esmeró en su enseñanza, y aprovecharon tanto, que tenian conferencia con los hombres doctos de aquel tiempo, y muchas veces el rey

se complacia en oirlas y en examinar sus composiciones literarias. Los walíes de la frontera tuvieron en este año sangrientas batallas con los cristianos de los montes de Afranc, y los vencieron con cruel matanza en los angostos valles de los montes de Albortât, y en la batalla de Bort-Xezar, que es la puerta de la tierra de Pamplona (1), desbarataron á los de Afranc, y cautivaron sus caudillos, que vinieron con muchos despojos á Córdoba. Con igual ventura pelearon los muslimes en las fronteras del Guf contra Alanfùs, y le compelieron á refujiarse en sus montes y fortalezas: luego volvió el walí Obeidala á Córdoba con muchos despojos y cautivos, y fué muy bien recibido del rey Abderahman por la importancia de aquella espe-
dicion. Fué la venida de Obeidala el año 210 y ha-
826 biendo descansado algunos meses, el rey los envió
á la frontera segunda vez con escojida jente y caballería. Puso el rey por walí de Toledo á Amir ben Amir ben Koleib ben Thaalba el Jezâmi, que despues fué sustituido por su hermano Abdala ben Koleib, que estaba en Mérida.

En este tiempo mandó el rey Abderahman construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y de varios jaspes, y trajo á la ciudad aguas dulces desde los montes con encañados de plomo, y la llenó de fuentes y edificó baños públicos de mucha comodidad, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías: edificó alcázares en las ciudades principales de España: reparó los caminos y construyó las rusafas á orillas del rio de Córdoba: dotó las madrisas ó escuelas de muchas ciudades, y mantenia en la madrisa de la aljama de Córdoba trescien-

(1) Los escritores árabes mencionan cuatro puertas ó pasos principales en el Pirineo, Bort Oxmara, Bort Jaca, Bort Xêzar, y Bort Bayona, La de Xêzar, segun se escribe, puede interpretarse la retuerta, y es por Roncesvalles.

los niños huérfanos. Las horas que hurtaba á los negocios graves del estado, se entretenia con los sabios y buenos injenios que habia en su corte, que eran muchos, y entre ellos estimaba y distinguia al célebre poeta Abdala Aben Xamri, y á Yahye hen Hakem, conocido por Algazali; y como este sabio habia estado entre los cristianos de Afranc, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que habia visto. Habia hecho hajib al walí de Sidonia Aben Gamri, y con este sabio caudillo solia jugar al xahtrang ó aljedrez, que era de los mas diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competia con él Abderahman á este juego con grandes apuestas de joyas muy preciosas. Era en estremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas, pagando sus gracias y sus mas cortos obsequios con joyas inestimables. Cuenta Ibrahim el Catib y otros, que un dia regaló á una niña esclava suya, muy linda y preciosa, un collar de oro, perlas y piedras de valor de diez mil dinares ó doblas de oro; y como algunos wasires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecian el tesoro real, y podian servir en un apuro ú vicisitud de fortuna, Abderahman les dijo: me parece que os deslumbra el brillo del collar y la estimacion imajinaria que dan los hombres á la rareza de estas pedrezuelas y á la figura y lindeza de sus perlas; pero ¡qué tienen que ver con la hermosura y gracia de la humana perla que Dios ha criado! Su resplandor encanta los ojos de quien la mira, arrebata y desmaya los corazones: las mas bellas perlas, los jacintos y esmeraldas mas preciosas que ofrece la naturaleza en su especie, no deleitan así los ojos ni los oidos, no tocan el corazon ni recrean el animo; y así me parece que Dios ha puesto en mis manos estas cosas para que yo las dé su propio destino, y sirvan

de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha. Todos convinieron en esto, por complacer al rey los viejos, y los mozos por natural convencimiento. Refirió despues el rey á su poeta familiar, Abdala ben Xamri, la contienda sobre el collar que habia tenido con los wasires, y le dijo que si le ocurria algun concepto á propósito; y respondio: este, señor, si os place; y dijo estos versos:

Prez acrecienta al collar y á los preciosos jacintos
La que escede en resplandor á la luna y sol unidos:
La mano del Criador ostenta raros prodijios
Pero como este ninguno humanos ojos han visto;
¡Oh! perla, que Dios crió de celestial atractivo,
A tí de la tierra y mar cedan perlas y jacintos

Agradaron mucho al rey los versos, y como quien sabia hacerlos con felicidad y precision métrica, dijo estos:

Es don tuyo, Aben Xamri, la elegante poesía,
Los oscuros pensamientos tu claridad ilumina,
Cual las sombras de la noche la luz del alba disipa:
Su encanto por el oido en el corazon destila,
Como la gracia y la beldad de una criatura linda:
Nuestros ojos arrebata nuestro corazon hechiza,
Mas que la rosa y jazmin, mas que las eras floridas.
Mi corazon y mis ojos, á ser mios todavía,
Rendido los ensartara en la hermosa gargantilla.

Dijo entónces Xamri al rey: gualá, que tus versos son mas injeniosos que los mios, y tu elogio es para mi mas grato que cuanto pudiera desear, y no me queda sino pedir á Dios que te conserve y me dé tiempo para ocuparle en tus bien merecidas alabanzas. Mandó el rey Abderahman darle una brida ó bolsa de diezmil adarhames, que repartió entre sus amigos presentes. Obeidala ben Carloman, uno de los donceles y familiares distinguidos de Abderahman, estaba en esta ocasion ausente en el campo, y

cuando volvió celebró tambien con elegantes versos la liberalidad del rey.

Habia venido en este tiempo á España de sus viajes á Oriente Yahye ben Yahye el Laiti, á quien Malec ben Anas llamaba el discreto andaluz, y el entendimiento de Algarbe. Cuéntase, que estando en la cátedra del sabio Malec con otros muchos discípulos, pasó por la calle un elefante, y todos los jóvenes salieron á verle, solo el Laiti quedó con Malec, y le dijo: ¿cómo no sales tú, que en España no se ven elefantes? y le respondió: yo no vine á Oriente por ver elefantes, sino á oirte á tí: y de su respuesta se maravilló y complació Malec: y el Laiti fué tan apasionado de este doctor, que fué dos veces á Oriente por visitarle, y estuvo allí en ocasion que acompañó su féretro. A este sabio encargó el rey Abderaman la enseñanza de su hijo Jacûb, el llamado despues Abu Cosa, y Bixar, y ambos salieron muy aprovechados y eruditos: Jacûb fué de gran injenio para la poesia, y se conservan algunas composiciones suyas muy elegantes en la coleccion de Ahmed ben Ferag, intitulada los Huertos. Bixar era de mucha elocuencia y muy docto, y le solia encargar su padre las oraciones fúnebres de los que fallecian de su familia, y de otros principales. El Laiti dió noticia al rey Abderahman del mérito y celebridad que tenia en Oriente Aly ben Zeriab, insigne músico de la Iraca, y le envió á buscar con grandes promesas y liberalidades, y logró que viniese á España, y le tuvo el rey en su alcázar, y este sabio enseñó en Córdova á muchos discípulos que igualaron despues á los mas famosos de Oriente.

CAPÍTULO XLI.

DE VARIOS SUCESOS Y CONMOCION DEL PUEBLO EN MÉRIDA.

En el año 212 murió en Toledo Isá ben Dinar el 827
Gafeki, natural de la misma ciudad, y alfaquí muy sabio de la escuela de Malec ben Anas: era hombre muy afable con todos y de muy entretenida conversacion, y enseñaba deleitando: practicaba algunas estrañas observancias, hacia su oracion del alba con la preparacion y lavatorio de la oracion del anochecer; su féretro fué acompañado de toda la jente ilustre de la ciudad. En el mismo año murió tambien en Toledo el cadí mayor de su aljama Sabaton ben Abdala el Ansari, varon muy respetado por su sabiduría y su rectitud. En este tiempo envió el rey tropas á las fronteras de Afranc, y dió el mando de la caballería á Muhamad ben Abdelsalem, que habia sido wasir del rey Alhakem su padre. Cuando estaba dispuesta la salida de Abderahman para las fronteras, un inesperado levantamiento de los de Mérida suspendió la partida: dió ocasion al descontento de los moradores el escesivo rigor de los wasires del walí de aquella capitanía en las cobranzas de las rentas de azaque (1) correspon-

(1) Azaque es lo que se dá por ley á Dios ó al rey, como medio seguro de acrecentar y conservar los demas bienes; es el diezmo de todos los frutos de siembra, plantío y cria de ganados, de productos de comercio y de industria; del beneficio de las minas é invencion de tesoros: se pagaba con varias prácticas. De la invencion de tesoros tenia el rey el quinto: no se pagaba azaque de la plata, oro y piedras preciosas empleadas en guarniciones de espadas y libros, y en anillos, arillos, ajorcas y otras joyas de los adornos de sus mujeres y esclavas y en jaezes de caballos de guerra. Las rentas del azaque son para mantenimiento del

diente al rey, y fomentado el descontento por algunos sediciosos, entre otros por Mahomad ben Abdeljebir, que en tiempo del rey Alhakem habia sido mechtiseb ó recibidor de rentas, y en este tiempo se hallaba ocioso: el vulgo y jente baldía, siempre leve, sin razon y dispuesta á las conmociones y alborotos, rompió el freno de obediencia y órden, y en desmandada turba acometió con furor las casas de los wasires, los despedazó y robó sus casas, cundió el tropel, la multitud y la insolencia, y el walí con su guardia y familia pudo librarse de la muerte. huyendo de la ciudad. Mahomad y otros sediciosos de los mas osados se apoderaron del mando, repartieron armas, vestidos y dinero á la jente menuda, se les allegaron los bandidos y malhechores de la comarca, y se prepararon á defender aquel violento y tumultuario gobierno. La infausta nueva de estos movimientos llegó á Córdoba con mucha celeridad, y con la mayor dilijencia pasaron las tropas de Algarbe y de Toledo á castigar la rebelion. Mandaba la jente de Toledo el caudillo Abdelruf ben Abdelsalem el Dilhethi: los de Mérida no osaron salir de sus muros y las tropas destruyeron muchos edificios y casas de campo, talando sus huertas y estragando la tierra de la comarca. No queria el rey Abderahman estos males, ni consintió que la ciudad fuese entrada por fuerza, porque la calamidad y el tumulto seria tanto mayor, cuanto la ciudad era muy populosa y rica. Alargábase por esto el cerco de Mérida, y en ella cada dia eran mayores los

rey y de sus ministros, defensa de las tierras, para aprestos de guerra, reparo de obras públicas, mezquitas, baños, fuentes, escuelas, y mantenimiento de los maestros de ellas; componer caminos, puentes y posadas, rescatar cautivos y remediar pobres secuaces de la ley, que cumple sus cinco azalaes ú oraciones, pues quien estas no cumple y su azaque no paga, es doctrina de Azunna no tratarle ni enterrarle.—*Mothazár Azunna*.—M. S.

desórdenes. Corrian sus calles mas de cuarenta mil hombres, gran parte de ellos armados: no habia nada seguro de su rapacidad, miraban las casas de los mercaderes y jente rica como lejítima presa y premio de su valor y atrevimiento.

En tan triste situacion los buenos muslimes, y aun los que por aborrecimiento á los gobernadores, ó por vanos deseos de novedad y mudanza se habian holgado néciamente de sus propios peligros, anhelaban ahora por restablecer la obediencia y el órden, únicos apoyos de la pública seguridad. Valiéronse para esto de la honrada juventud, que á su pesar andaba armada entre los amotinados, y acordaron que saliendo algunos de los mas principales de noche al campo de los cercadores, ofreciesen al walí Abdelrûf franquear en horas convenidas algunas puertas y torres, para que las tropas del rey apoderadas de ellas arrojasen de la ciudad á los rebeldes y malhechores. Así se logró, aprovechando las tinieblas de la noche: seis nobles mancebos salieron secretamente de Mérida, y se presentaron á Abdelrûf comunicaron su intento y convinieron en la hora y señal para abrir las puertas en la siguiente noche: tres jóvenes se volvieron aquella noche á la ciudad, y dieron parte de lo concertado á los que convenia. Abdelrûf dió sus órdenes muy rigorosas á la caballería que debia correr las calles en entrando en la ciudad, para que no hiciese mal sino á la chusma que se opusiese armada, y mandó á la jente de á pié que ocupára las murallas y las plazas sin apartarse ninguno de sus banderas, manifestando á los caudillos la voluntad del rey en el castigo de los rebeldes: Venida la noche y su tercera vela, se acercaron con silencio al muro las jentes de Toledo, y hecha señal por los jóvenes de Mérida, se abrieron las puertas, y las ocuparon sin dificultad las tropas: siguió la caballería de Algarbo, y se formó en las prime-

ras plazas interiores de las tres puertas. A la venida del dia fué jeneral el espanto y la sorpresa de los revoltosos de Mérida, y del comun de los habitantes: la caballería del rey Abderahman corria las calles persiguiendo á la multitud: muchos dejaban llenos de terror las armas, y todos inciertos corrian á todas partes. Los caudillos de la rebelion se salvaron en la confusion y tropel de los fujitivos, y la ciudad al mediodia, ya estaba libre de ellos: quedaron muertos en las calles como setecientos, y toda la multitud desapareció, ú oculta en la ciudad ó fujitiva en los campos. Aseguró Abdelrûf los ánimos de los vecinos, restituyó el órden y la quietud al pueblo, dejó sin enterrar aquellos cadáveres algunos dias, y avisó al rey el allanamiento de la ciudad: á pocos dias llegó el perdon que el rey concedia compadeciendo las calamidades que habian sufrido los honrados moradores de Mérida: fué esta conmocion de los rebeldes de Mérida el año 213. 828

CAPÍTULO XLII.

DE LA SEDICION Y ALBOROTO DEL PUEBLO EN TOLEDO.

Apenas habia tenido el rey Abderahman tiempo para celebrar tan agradable acaecimiento, cuando tuvo aviso de igual inquietud y alboroto en Toledo: la poblacion de esta ciudad era grande, y habia en ella muchos cristianos y judíos muy ricos, jentes, aunque sometidas, enemigas de los muslimes que por señores los aborrecian, y a su propio riesgo suscitaban desavenencias y se alegraban del mal del estado. Los sediciosos hallaron un caudillo cual ellos le querian: Hixêm el Atiki, mancebo muy rico de Toledo, con deseos de venganza procuraba suscitar algun bullicio popular y levantamiento contra el wasir de la ciudad Aben Mafot ben Ibrahim: esparció á este fin mucho dinero en-

tre la jente pobre, ganó los berberíes de la guardia del alcázar, y todo lo tenia preparado esperando su ocasion oportuna. Sucedió por caso inesperado el anticiparse el rompimiento, y fué que reunida mucha jente de la que estaba pagada por Hixêm en el alcana, ó mercado, prendieron los ministros del walí del zoco á uno de ellos: causando su prision algun ruido, acudió aquella jente, y rodeando á los ministros por todas partes, aunque dejaron el preso, todavía llovieron sobre ellos piedras; huyeron mal heridos al alcázar por ampararse de la guardia, y los berberíes de ella con finjido pavor huyeron de la multitud que los siguió, y por instantes se acrecentaba, entraron de tropel en el alcázar, mataron á los ministros y guardias fieles que quisieron oponerse á sus violencias, y toda la ciudad manifestó alegrarse de ver arrastrados por la plebe los ministros de su opresion. El walí Aben Mafot estaba en el campo, y esta fué su fortuna, y avisado del motin y de las muertes y ocupacion del alcázar, se retiró á Calat-rahba, y avisó al rey lo que habia sucedido. Luego mandó Abderahman que saliese su hijo Omeya con parte de la caballería de la guardia á unirse con el walí Aben Mafot para castigar á los rebeldes de Toledo. En la ciudad escitados los ánimos por los sediciosos, persuadieron á muchos la necesidad de defenderse: señalaron de comun acuerdo por su caudillo á Hixêm que no deseaba otra gloria. Pasó alarde de su jente, repartió armas á los mas osados, y bien dispuestos, y ordenadas las banderas, y repartidas á los mas distinguidos por su valor ó su popularidad, y encargada la guardia de la ciudad á los bisoños y sin esperiencia de guerra, salió con su escojida jente contra Aben Mafot, que habia reunido alguna jente y caballería. Encontráronse estas huestes y pelearon con varia fortuna, lograron algunas victorias que aumentaron su orgullo esperanzas.

Entretanto la ciudad de Mérida gobernada por el wa

Abdelrûf manifestaba estar contento en la calma de la obediencia, del órden y de la buena policía. Recojió Abdelrûf los pobres, dió ocupacion á los ociosos, persiguió los vagamundos, mandó velar á los cadíes de coras ó comarcas, y á los de la ciudad para evitar y prevenir las maquinaciones de los malos, puso gran recaudo en los depósitos de armas, y hacia rondar las calles de dia y de noche con partidas de caballeria, con guardias permanentes en las plazas y barrios de mucha concurrencia. Como entendiese el rey Abderahman el allanamiento de Mérida, y la prudencia que allí habia manifestado su walí Abdelrûf, le mandó pasar á tierra de Toledo para tranquilizar la comarca que estaba levantada, y echar de ella á los rebeldes: al mismo tiempo le encargó que no hiciese la guerra en aquel pais mas daños que los que no pueden evitarse en ella: que á los que huyesen delante de su hueste no los persiguiese para matarlos, sino para obligarles á dejar las armas ó salir de las comarcas que infestaban: que los muslimes así debian hacer la guerra á los de su misma creencia.

Habian pasado tres años sin que los caudillos del rey pudiesen alcanzar ninguna considerable ventaja sobre las tropas de los rebeldes de Toledo hasta que el año
217 Omeya, el hijo del rey, logró rodearlos en una 832
celada á orillas del rio Alberche, causándoles atroz matanza que obligó á refujiarse en la ciudad á los que Dios quiso librar de la espada de los vencedores; pero la fortaleza de Toledo les dió seguro para continuar en su desobediencia. En el año siguiente acaudillando las tropas del rey el walí Abdelrûf peleó contra los de Toledo en los campos de Maghazul, y por la matanza que allí tuvieron fue para ellos un monumento de horror y de maldicion, que muy pocos se salvaron aquel infausto dia.

CAPÍTULO XLIII.

DE LA ENTRADA DE LOS REBELDES EN MÉRIDA.

Poco tiempo despues, como hubiese faltado de Mérida el walí Abdelrûf, los descontentos de la obediencia y sujecion en que los tenia luego avisaron á los bandidos y malhechores que andaban en tierra de Alisbona acaudillados del rebelde Mahomad ben Abdeljebir, y aprovechando la ocasion de la ausencia del walí y que la ciudad estaba mal guardada, se fueron introduciendo en ella pocos á pocos, y viendo aquella oportunidad que se les ofrecia acometieron de noche á los guardas de las puertas, y se apoderaron de ellas y de los depósitos de armas y vestidos, y todo lo repartieron entre la jente menuda del pueblo, y buscaron con mucha dilijencia á los wazires y ministros del gobierno, y asaetearon á dos sin ventura que pudieron haber á las manos. Cuando el rey tuvo la nueva de esta rebelion dió órden á los alcaides de la comarca para juntar sus jentes con mucha dilijencia y pasar á Mérida: el mismo Abderahman partió de Córdoba con la caballería de su guardia y la de la ciudad, y en Ain Coboxi se le juntaron los alcaides con las jentes de sus alcudias ó jurisdicciones: hizo el rey alarde de estas tropas, y halló ciento y veinte banderas con cuarenta mil hombres. Habló el rey á los caudillos, y les mandó que hiciesen la guerra como contra hermanos seguidores de una misma creencia, que en el momento que volviesen brida y huyesen, ya no eran sus contrarios, sino hijos y hermanos estraviados y rejidos de mal consejo, que convenia desarmarlos y darles otro castigo que la muerte, de que solo eran dignos los promovedores de la rebelion. Los rebeldes no osaron salir de sus muros; pero defendieron bien sus torres y puertas, y obligaban á todos los vecinos á su temeraria y obstinada

defensa. Luego mandó el rey dar algunos combates á la ciudad, y con mucho trabajo se derribaron algunas torres, cabando sus cimientos y sosteniéndolos en gruesos leños que el fuego destruia. Todo estaba dispuesto para entrar en la ciudad por varias partes; pero el rey deseaba evitar la matanza y calamidades de una entrada violenta, y mandó arrojar á la ciudad saetas con escritos, en que ofrecia perdon á todos si entregaban á los caudillos fulano y fulano, principales suscitadores de la rebelion. Algunos de estos escritos cayeron en manos de los mismos facciosos ó de sus amigos, y previnieron su desgracia con la fuga. Corrió la voz entre la jente honrada de la ciudad, y se animaron todos á ofrecerse rendidos á la clemencia del rey. Luego se abrieron las puertas de Mérida y entró el rey Abderahman con su guardia de caballería: fue recibido con grandes demostraciones de alegría de los vecinos, y con mucho temor de los inquietos y revoltosos. Escusaron con mucha humildad los principales de la ciudad su falta en no haber podido prender á los señalados cabezas de la rebelion, y el rey Abderahman les dijo: «yo doy gracias á Dios que en este dia de complacencia me ha librado del disgusto de ajusticiarlos y mandarlos matar: tal vez Dios abrirá los ojos de sus entendimientos, y volverán de su locura; y sino lo hacen, Dios me dará poder para impedir que perturben la quietud de mis pueblos,» Despidió el rey las tropas de las provincias regalando vestidos, armas y caballos á los alcaides y otros caballeros, y todos volvieron muy contentos de esta espedicion. Permaneció el rey en Mérida algunos dias, y mandó levantar las fortalezas derribadas y reparar los muros, aunque algunos le aconsejaban que los destruyera para evitar nuevas rebeliones; pero el rey encargó al amil ó gobernador de la provincia, Abdala ben Coleib, que diese ocupacion en estas obras á los pobres de la ciudad, y asi se hizo, y acabada la obra se puso en la fortaleza principal esta ins-

cripcion. « En el nombre de Dios misericordioso y piadoso, la bendicion de Dios y su poderoso amparo al pueblo de la obediencia de Dios: se mandó edificar esta fortaleza y su muro, gobernando al pueblo de la obediencia de Dios el amir Abderahman, hijo de Alhakem: engrandézcale Dios, por manos de su amil Abdala ben Coleib ben Thaalba, y de Jiafâr ben Muhasin, su siervo, jefe de los arquitectos, en luna rabié postrera, año 220.» En 835 este año murió en Córdoba Caraos iben Abes ben Mansor el Thekifi, discípulo muy docto de Malec ben Anas, muy favorecido del rey.

Entretanto continuaba la guerra contra los rebeldes de Toledo, que mantuvieron tres años con indecible constancia aquel continuo cerco, haciendo frecuentes salidas contra los walíes Aben Mafot y Abdelrûf, hasta que estrechados y reducidos á lo alto de la ciudad, les fue forzoso entregarse por no perecer de hambre. El rebelde Hixem cayó herido en manos de Abdelrûf, que luego le mandó cortar la cabeza, y fue puesta en un garfio sobre la puerta Bab sacra (1). Conforme á las benignas órdenes del rey publicó un perdon jeneral á toda clase de ciudadanos: fue la entrada de Abdelrûf en Toledo año 223. Se ocupó en reparar el muro y muchos edificios del arrabal, que habian quedado maltratados: restableció la buena policía de la ciudad, y atajó los barrios con puertas para mayor seguridad de los vecinos. Fueron celebradas en Córdoba con mucha alegría las nuevas del allanamiento de Toledo, y el rey confirmó en el gobierno de aquella ciudad y provincia al insigne walí Abdelrûf ben Abi Dilhethi; y á su tio de este, Aben Mafot ben Ibrahim, lo hizo wazir de su consejo de estado.

(1) Ahora se llama Bisagra, depravada la voz arábiga Bab puerta, y la latina sacra, que fue su nombre antiguo.

CAPÍTULO XLIV.

DE LA GUERRA EN LAS FRONTERAS Y POR MAR EN LAS COSTAS DE MARSELLA.

En el año 224 mandó el rey al walí de Zaragoza 838
que allegase las banderas de toda España oriental y fuesen á correr tierras de Afranc : Obeidala ben Abdala y su walí Aben Abdelkerin hicieron entradas dos años con numerosas huestes, y las jentes huian por todas partes y abandonaban sus pueblos, y los muslimes tomaron muchos cautivos y ganados de toda especie. Así tambien al mismo tiempo la jente de Mérida, Badalyos, y Alisbona entraron las tierras de Galicia, y pelearon contra ellos con varia fortuna. Las naves de España partieron para Tarragona este año; y juntas con las que habia en las islas de Yebisât y Mayoricas, fueron á las costas de Afranc y aportaron en ellas, y robaron las cercanías de Marsella, y tomaron muchas riquezas y cautivos en los arrabales de aquella ciudad. En este tiempo vinieron al rey mensajeros de Teófilo, rey de los griegos, instándole para que le ayudase en la guerra contra Almoatesim el califa de Oriente, y Abderahman los recibió con mucha honra y escribió al rey de los griegos, que luego que pudiese desembarazarse de las guerras domésticas que le ocupaban, enviaria sus naves en su ayuda, y con ricos presentes los despidió contentos.

Los cristianos de los montes de Afranc estendieron sus algaras hasta Albaida y Calahorra, y robaron los pueblos y quemaron aldeas, y talaron los campos. 841
Pesó mucho al rey de estos males, y escribió á los walíes de la frontera para que allegasen sus jentes, que determinaba ir en persona á esta santa guerra.

El año 227 falleció el cadí de Tadmir Abderrahman

ben Fadal el Caneni, de Ateca, célebre por su integridad · su hijo ben Fadal era en este tiempo de singular injenio y virtud, y el rey le dió el mismo cargo que habia tenido su padre, y aquellos pueblos dieron gracias al rey por ello.

CAPÍTULO XLV.

DE LA VENIDA DE LOS NORMANOS Á LAS COSTAS DE ESPAÑA.

En el año 229 vinieron á las costas de Alisbona 843
cincuenta y cuatro naves de los majiojes (1) jentes fieras habitadoras de las últimas tierras boreales, robaban las poblaciones, y degollaban á cuantos podian haber á las manos con bárbara crueldad, no perdonaban mujeres, niños, ni ancianos, ni los animales domésticos: cuando ya no hallaban presas que hacer, incendiaban y destruian los edificios, talaban los campos, y eran enemigos de todo el jenero humano. Estuvieron delante de la ciudad trece dias talando y quemando los campos y las poblaciones. Allegaron los caudillos muslimes las jentes de las comarcas, y los majiojes se embarcaron con sus presas y desaparecieron. Poco despues volvieron á infestar las costas de Algarbe de España y de Almagrêb, y saltaron en Welba, y en Jezira Cadis, y corrieron la tierra hasta Sidonia: y en el año 230, el dia 8 de la luna de muharram llegaron sus barcos hasta Sevilla robando y abrasando los pueblos, quemaron Jecira Cabtal, y pelearon tres dias con atroz matanza con la jente de aquella tierra, y robaron el arrabal de Sevilla, y se fortificaron en Tablada: pero los esforzados muslimes de la ciudad los vencieron, y el dia 12 de la misma luna se retiraron, sabiendo que venian contra ellos quince naves que enviaba el rey Abderah—

(1) Los Arabes llamaban majiojes á las jentes de los estremos del norte de Europa y de Asia, esto es, los de Gog y Magog en Europa se conocieron con el nombre de nortmanos, ó jentes del Norte, los que en este tiempo bajando del Báltico y de la Noruega infestaron las costas de Alemania Francia, España, Italia y Africa.

man con muy escojida jente: tornaron los majiojes á las costas de algarbe, y el rey envió sus órdenes á Mérida, Senterin y Colamria para guardar aquellas costas. Habia salido el rey con su caballería para defender las ciudades de Andalucía, y vió los estragos que habian hecho los bárbaros, y aseguró y consoló sus pueblos, y mandó reparar los muros y otros edificios de Sevilla, que dejaron maltratados: la jente de Sevilla abandonó su ciudad por miedo de los majiojes, y huyó hasto Carmona.

En este tiempo hizo el rey cadí de la aljama de Córdoba á Muhamad ben Zeyad ben Abderahman el Lahmi; era de la misma ciudad, hombre muy docto y de loable vida. Mandó el rey construir naves en Jezira Cadis: en Cartajena y en Tarragona para asegurar las costas, y encargó el cuidado de los avisos y comunicaciones de mar y tierra á su hijo Jacùb, el llamado Abu Cosa: ordenó que hubiese en todas las capitanías de España un sahib el berid, ó capitan de veredas, con cierto número de forénicos ó correos á caballo, para llevar con mucha dilijencia los avisos y mandamientos del gobierno.

CAPITULO XLVI.

DE VARIOS SUCESOS Y OBRAS DEL REY, Y DE SU MUERTE.

En el año 232 hubo en España gran seca, que pere- 846
cian los ganados por falta de abrevaderos, se abrasaron las viñas y árboles frutales, faltaron las cosechas de trigo y cebada, pasó tambien gran plaga de langosta desde Africa, y no quedo planta verde en el campo: muchas jentes de España huyendo del hambre se pasaron á Africa; que allí en Almagrêb y toda tierra de Fez se vendia el wisque ó carga de trigo por tres adirhames. En el año siguiente, como continuase la carestía y falta de frutos, perdonó el rey Abderahman á los pueblos el diezmo de

frutos y ganados que le debian pagar. Estas calamidades impidieron al rey la espedicion de algihed ó santa guerra que tenia dispuesta, y el recelo de nuevos desembarcos de los majiojes contuvieron las armas de los muslimes y de los cristianos. Por ocupar y mantener á los pobres edificó Abderahman mezquitas y alcázares en varias ciudades de España, construyó la rusafa sobre la orilla del rio en Córdoba, hizo traer agua de la sierra en encañados de plomo, y mandó labrar muchas fuentes en la ciudad, y baños de mármol para comodidad de los vecinos. Reparó con magnificencia los dos palacios de Meruan y de Mogueit y otros hermosos edificios de Córdoba. El año 236 acabó estas obras y enlosó las calles de la ciudad.

En la primavera del año 237 mandó congregarse 850
en Córdoba los walíes, gobernadores de las grandes ciudades los cadíes, alcatibes, wazires, consejeros de estado, y declaró á su hijo Muhamad futuro sucesor del imperio, y todos los presentes le juraron fidelidad y obediencia, sin reservas ni escepciones: concurrieron los hijos del rey y otros nobles jeques y caudillos, y se celebró esta solemne declaracion con grandes alegrías. Dió Abderahman en estas fiestas comidas muy espléndidas á los walíes de las provincias, y repartió caballos y armas á los caudillos, y preciosos vestidos á sus guardias. Los pobres fueron socorridos con copiosas limosnas en todas las ciudades del reino, y aun los lugares mas apartados y pequeñas aldeas participaron del contento y alegría de la capital y de la jenerosidad de su rey. En este año falleció Casim ben Hilel el Caisi, hombre muy docto, cadí de Guadil-hijara su patria.

En la luna de safar del año 238 adoleció el rey 852
Abderahman ben Alhakem, y aunque de dia en dia se fue agravando su dolencia, permaneció siempre con animo tranquilo; ya le faltaban á Abderahman las fuerzas,

y todavía conservaba la serenidad y apacible compostura de su jesto, y hasta el último momento de su vida la blandura y afabilidad de su natural. Cumplido el plazo de sus dias, falleció un jueves al anochecer, último dia de la luna de safar del dicho año, habiendo vivido sesenta y cinco años, tres meses y tres dias, y el tiempo de su reinado fue treinta y un años, tres meses y seis dias: dejó cuarenta y cinco hijos varones: fue acompañado su féretro de toda la jente de la ciudad y de las comarcas: todos los pueblos lloraron su muerte como la de un buen padre Celebróse su entierro á la hora del alba del dia 3 de la luna de rabié primera: hizo oracion por él su hijo. No hizo novedad este rey en la moneda, labrándola de la misma ley y forma que sus antecesores: se perfeccionó en su tiempo la fábrica de armas de Córdoba y la de Toledo, y las enseñanzas en toda España.

CAPÍTULO XLVII.

DEL REINADO DE MUHAMAD, HIJO DE ABDERAHMAN.

Despues de la muerte de Abderahman, segundo de este nombre y el cuarto de los reyes de Beni Omeya en España, fue aclamado en Córdoba su hijo Muhamad, apellidado Abu Abdala: era de edad de treinta años: la madre que le parió se llamaba Themina. Le juraron obediencia el dia jueves 6 de la luna de rabié primera del año 238. Concibieron los pueblos buenas esperanzas de 852 prosperidad en su reinado, así por sus escelentes prendas de humanidad, justicia y valor, como por su erudicion y natural injenio. En los primeros meses de su reinado se suscitó una querella litereria entre los alimes y alfaquies de la aljama de Córdaba contra el hafit (1) Abu

(1) Hafit era título que se daba á los sabios que conservaban en su memoria muchas historias tradicionales.

Abderahman Baqui ben Machalad: este sabio andaluz habia estudiado en Oriente con los mas famosos doctores de aquel tiempo, discípulos de Ahmed ben Muhamad ben Hanbal, y enseñaba en Córdoba por los libros de Abu Becri y de Abi Xoaiba, andaluz de la misma escuela. Toda la aljama de Córdoba se opuso á su enseñanza, y manifestó al rey que no convenia aquella diferente esposicion del Alcoran, que la aljama de Córdoba seguia tradiciones apoyadas en mil y trescientos doctores, ó cerca de este número; y el hafit Baqui y los de su escuela en doscientos ochenta y cuatro, de los cuales apenas habia diez de autoridad y aprobada fama. El rey Muhamad les mandó juntarse en su presencia, y examinó la obra de Abi Xoaiba, y la declaracion del hafit Baqui, y oyó sus disputas, y le parecieron las diferencias todas leves sutilezas y cavilaciones que no alteraban lo substancial de la ley ni de la sonna ó tradicion recibida, y que en las declaraciones de Baqui habia doctrinas de buenas y saludables prácticas, y declaró que no era justo impedir aquella enseñanza, que podia ser útil á la ilustracion de los pueblos, y todavía mas los virtuosos ejemplos del hafit, que era hombre de muy loable vida.

En ramazan de este año falleció en Córdoba de edad de cincuenta y tres años el sabio alfaquí Abdelmelic ben Habib, andaluz, conocido por el Salemi, que habia estudiado en todas las mas célebres aljamas de Oriente, y en todas partes quedó fama de su prodijiosa erudicion, y de su apacible condicion: sus obras eran apreciadas y adquiridas por los sabios de todos los paises: otros dicen que murió en fin del año siguiente, dia sábado 12 de dylhajia. Tambien murió este año Amira ben Abderahman ben Marun el Ateki, de Tadmir, célebre por sus grandes conocimientos y su buen injenio en la poesía, conocido por Abulfadal, y su muerte fue muy sentida.

CAPÍTULO LXVIII.

DE LA GUERRA EN LAS FRONTERAS DE GALICIA, Y EN TOLEDO.

Deseando el rey Muhamad la propagacion del Islam en las fronteras de España, y contener los movimientos é inquietud que en ellas causaban los de Galicia y los de Afranc, encargó á los walíes de Mérida y de Zaragoza allegar sus jentes, y entrar en aquellas tierras. Por parte de Afranc las algaras fueron muy venturosas: pasaron los montes y talaron tierra de Narbona, tomando muchos ganados y cautivos, y los pueblos huian por todas partes de los vencedores muslimes, y aun salian á ofrecerles sus bienes para templar su saña. En la frontera de Galicia pelearon con varia fortuna, y el walí Muza ben Zeyad el Jedai fue vencido de los cristianos cerca de Hins Albeida, y tomaron aquella fortaleza y degollaron á los muslimes que la defendian: las nuevas de esta desgracia llegaron á Cordoba, y pesó mucho al rey de este desman; pero los de la corte y muchos enemigos del caudillo Muza ben Zeyad aprovecharon esta ocasion para dañarle, y le infamaron diciendo, que por ruines tratos y dones que habia recibido de los cristianos se habia perdido aquella fortaleza. El rey dió oidos, que no debiera, á los malsines, y depuso del mando á Muza ben Zayad, walí de Zaragoza, y á su hijo Lobia ben Muza, que era walí de Toledo: ofendidos estos caudillos, confiando en el amor de los pueblos de sus provincias, solicitaron con secretas inteligencias hacer treguas y procurar el favor de los cristianos de Galicia, y rebelaron la tierra contra su señor. Cuando estas cosas se supieron en Córdoba, el rey dió mayor crédito á las sujestiones de los enemigos de Muza ben Zeyad; y luego salió con la jente de An-

dalucía á castigar á los rebeldes. Envió el rey de Galicia muchas tropas en ausilio de los de Toledo, y fortificaron mucho la ciudad. Pasó el ejército de Andalucía los montes, y sabiendo el rey Muhamad que los enemigos, amparados de la fortaleza de la ciudad, no osarian salir á pelear contra su jente, deseando hacer en ellos algun buen efecto, escondió parte de su hueste en un frondoso y espeso bosque; y con poca jente y caballería pareció en las vegas de Toledo, y anduvo campeando á la vista de la ciudad manifestando recelos y temores, y no parando en ninguna parte. El walí de Toledo, pensando que esta jente seria la delantera de otra poderosa hueste, quiso aprovechar la ocasion, y con todas sus tropas y ausiliares salió contra ellos, y trabando lijeras escaramuzas con poco empeño se fueron retirando. Los de la ciudad por su ventaja se cebaron en el alcance de estas tropas, que fueron retrayendo hasta Wadacelete, que así llamaban al valle en donde estaba la emboscada; y saliendo la caballería que acaudillaba el rey con Haxem ben Abdelaziz, rodearon por todas partes á los de Toledo é hicieron en ellos atroz matanza: el campo quedó cubierto de cadáveres y regado de su sangre: ocho mil cristianos y siete mil muslimes murieron allí: los que pudieron salir del combate se acojieron á la ciudad, y confiados en su fortaleza no quisieron rendirse, aunque les ofreció perdon si se venian á su merced sin condicion alguna. Viendo el rey que el cerco seria largo, se volvió á Cordoba, dejando encargada la jente á su hijo Almondhir, que ya hacia sus primeras armas, y manifestaba inclinacion á su ejercicio, y eran sus wazires los caudillos Abdelmelic ben Abdala Abu Meruan, y Aben Abdelaziz. En etsa espedicion de Toledo murió Abdelcadir ben Abi Xoiba, de Alcolea, en tierra de Sevilla, caballero de mucho valor.

Cuando el rey Muhamad entró en Córdoba fue recibido

con grandes demostraciones de alegría, que no quedó en la ciudad chico ni grande que no saliese á recibirle
en su entrada, que fue el año 240. En el año siguien- 854
te, habiendo el príncipe Almondhir salido con par-
te de su hueste á recorrer la tierra de Talavera, y las fortalezas de Calat-rahba, Uclis, Webde y Zorita, aprovecharon esta ocasion los de Toledo, y salieron contra las tropas que mantenian el cerco, y las atropellaron y siguieron, haciendo en ellas mucha matanza: se acojieron á Talavera, y los rebeldes las persiguieron hasta encerrarlas en sus muros. Sabido esto por el príncipe Almondhir, fue luego con el walí de Talavera contra los rebeldes, y los venció y puso en fuga, y volvieron con gran pérdida á entrar en Toledo. El príncipe Almondhir envió setecientas ú ochocientas cabezas de rebeldes á Cordoba, comunicando al rey su padre el suceso de la batalla de Talavera: que aquellas cabezas habia mandado cortar á setecientos rebeldes que habian caido en sus manos vivos en la fuga, y el rey las mandó poner en las almenas. Continuando con mas rigor el cerco, las tropas de Andalucía talaron las huertas y viñas de Toledo; y en un combate que dió Almondhir destruyeron el puente, con gran matanza de los rebeldes que en él estaban. Tres años continuaron las talas y la devastacion de las cercanías de Toledo; los vecinos pacíficos y los pobres labradores miraban con mucho dolor destruidas sus casas de campo, viñas y huertos, por la obstinacion y rebeldía de algunos sediciosos, por la mayor parte malos musli-
mes, muzarabes y judíos. El año 245 vino al cerco 859
de Toledo el rey Muhamad, y como los vecinos lo
entendieron, vinieron algunos de secreto, y ofrecieron al rey que si los perdonaba que entregarian la ciudad asesinarian á los caudillos rebeldes; y el rey les prometió perdon si en cierto plazo lo cumplian, y antes del aplazado término abrieron las puertas á su señor, y entrega-

ron las cabezas de algunos caudillos de la rebelion, que otros lograron ocultarse y salieron desconocidos de la ciudad. Aunque el rey perdonó la rebelion á los vecinos, puso otros wazires y cadíes en ella, así para los muslimes como para los cristianos, elijiéndolos de mucha confianza con nuevos ordenamientos y mas rigurosa policía: que la demasiada blandura y tolerancia del gobierno los hacia insolentes.

CAPÍTULO XLIX.

DE LA VENIDA DE LOS MAJIOJES Á LAS COSTAS DE ESPAÑA.

Entretanto que el rey Muhamad entendia en allanar su tierra y sosegar las alteraciones de ella, los bárbaros majiojes vinieron con sesenta naves á las costas de Andalucía, desembarcaron y corrieron tierra de Raya, Cartama, Málaga y la Raduya, y toda Garbie de Ronda, haciendo en toda esta tierra los estragos de las tempestades. No osaron entrar mucho en lo interior, pero abrasaron los pueblos vecinos al mar, y destruyeron muchos edificios y atalayas qne habia en las marinas : robaron la mezquita de Alhadrâ y la que llamaban de las banderas (1). Envió el rey Muhamad su caballería contra ellos, y luego se embarcaron y pasaron á las costas de Africa. Corrieron aquella tierra, y volvieron á invernar á las marinas de España, y cargados de riquezas salieron al mar Occéano, y desaparecieron: fue esto año 246. 860
Los cristianos estendieron sus algaras hasta las

(1) Dice Xerif Edris que en Jezira Alhadrâ habia á la puerta del mar una mezquita llamada Arrayât de las banderas, porque al tiempo de la conquista juntó allí Taric á consejo las banderas de los muslimes.

cercanías de Salamanca y de Coria, y vencieron al walí de aquella frontera Zeid ben Casim. Estas nuevas llegaron á Córdoba, y mandó el rey que se aprestase la caballería para hacer entradas en Galicia. Partió el príncipe Almondhir, y en riberas del Duero dividió su hueste en delantera, dos alas, centro de batalla y zaga, á lo que llamaban alchamizes (1) así acometio al ejército de los cristianos. Guiaba la delantera Muhamad Alcauthir, la batalla principal iba acaudillada del mismo Almondhir: vencieron á los cristianos con gran matanza de ellos, y los persiguieron, y entraron la tierra, y ocuparon las fortalezas que habian tenido los cristianos, y llegaron hasta Pamplona y los montes de Afranc, haciendo grandes presas de ganados y cautivos. En esta espedicion del año 247 cautivó Almondhir un cristiano muy esforzado y principal llamado Fortûn, y vino á Córdoba, y le dió libertad, y vivió en ella mucho tiempo, que llegó á ciento veinte y seis años de edad.

En el año 249 hicieron entradas los cristianos 863
de Galicia y los de los montes de Afranc, y robaron los pueblos, y talaron los campos, y llevaron cautivos de los muslimes de la frontera. Mandó el rey Muhamad á los caudillos y walíes de las provincias allegar sus jentes para la santa guerra, y se publicó esta resolucion en todos los alminbares de España, y fueron juntándose las banderas de las capitanías para partir al primer aviso. En el principio del año 250 falleció en Córdoba el insigne Yahye ben Alhakem, el conocido por Algazali,

(1) Alchamis significa cinco partes, y simbólicamente mano, y ejército porque se forma de cinco partes: almocadema, calb, almamana, almaisara y assaca, esto es, delantera, centro, ala derecha, ala izquierda y zaga. Jusuf ben Said de Illora declara así esta voz, y en nuestros antiguos libros se hallan los nombres de alchamizes y almafallas por huestes ordenadas.

ron las cabezas de algunos caudillos de la rebelion, que otros lograron ocultarse y salieron desconocidos de la ciudad. Aunque el rey perdonó la rebelion á los vecinos, puso otros wazires y cadíes en ella, así para los muslimes como para los cristianos, elijiéndolos de mucha confianza con nuevos ordenamientos y mas rigurosa policía: que la demasiada blandura y tolerancia del gobierno los hacia insolentes.

CAPÍTULO XLIX.

DE LA VENIDA DE LOS MAJIOJES Á LAS COSTAS DE ESPAÑA.

Entretanto que el rey Muhamad entendia en allanar su tierra y sosegar las alteraciones de ella, los bárbaros majiojes vinieron con sesenta naves á las costas de Andalucía, desembarcaron y corrieron tierra de Raya, Cartama, Málaga y la Raduya, y toda Garbie de Ronda, haciendo en toda esta tierra los estragos de las tempestades. No osaron entrar mucho en lo interior, pero abrasaron los pueblos vecinos al mar, y destruyeron muchos edificios y atalayas qne habia en las marinas : robaron la mezquita de Alhadrâ y la que llamaban de las banderas (1). Envió el rey Muhamad su caballería contra ellos, y luego se embarcaron y pasaron á las costas de Africa. Corrieron aquella tierra, y volvieron á invernar á las marinas de España, y cargados de riquezas salieron al
mar Occéano, y desaparecieron: fue esto año 246. 860
Los cristianos estendieron sus algaras hasta las

(1) Dice Xerif Edris que en Jezira Alhadrâ habia á la puerta del mar una mezquita llamada Arrayât de las banderas, porque al tiempo de la conquista juntó allí Taric á consejo las banderas de los muslimes.

cercanías de Salamanca y de Coria, y vencieron al walí de aquella frontera Zeid ben Casim. Estas nuevas llegaron á Córdoba, y mandó el rey que se aprestase la caballería para hacer entradas en Galicia. Partió el príncipe Almondhir, y en riberas del Duero dividió su hueste en delantera, dos alas, centro de batalla y zaga, á lo que llamaban alchamizes (1) así acometio al ejército de los cristianos. Guiaba la delantera Muhamad Alcauthir, la batalla principal iba acaudillada del mismo Almondhir: vencieron á los cristianos con gran matanza de ellos, y los persiguieron, y entraron la tierra, y ocuparon las fortalezas que habian tenido los cristianos, y llegaron hasta Pamplona y los montes de Afranc, haciendo grandes presas de ganados y cautivos. En esta espedicion del año 247 cautivó Almondhir un cristiano muy esforzado y principal llamado Fortûn, y vino á Córdoba, y le dió libertad, y vivió en ella mucho tiempo, que llegó á ciento veinte y seis años de edad.

En el año 249 hicieron entradas los cristianos 863
de Galicia y los de los montes de Afranc, y robaron los pueblos, y talaron los campos, y llevaron cautivos de los muslimes de la frontera. Mandó el rey Muhamad á los caudillos y walíes de las provincias allegar sus jentes para la santa guerra, y se publicó esta resolucion en todos los alminbares de España, y fueron juntándose las banderas de las capitanías para partir al primer aviso. En el principio del año 250 falleció en Córdoba el insigne Yahye ben Alhakem, el conocido por Algazali,

(1) Alchamis significa cinco partes, y simbólicamente mano, y ejército porque se forma de cinco partes: almocadema, calb, almamana, almaisara y assaca, esto es, delantera, centro, ala derecha, ala izquierda y zaga. Jusuf ben Said de Illora declara así esta voz, y en nuestros antiguos libros se hallan los nombres de alchamizes y almafallas por huestes ordenadas.

que habia sido amir del mar de Siria en tiempo del rey Hixêm y de su hijo el rey Alhakem, y en tiempo del rey Abderrahman fue enviado al rey de los griegos con embajada, y á los reyes cristianos, y siempre fue muy estimado por su humanidad y discrecion, y por su grande injenio; y son célebres los versos suyos en que describe una tempestad que padeció en el mar en ocasion de su viaje á Grecia: fue muy sentida su muerte del rey Muhamad; pero ya eran sus dias cumplidos, que pasaron sobre él noventa y cuatro años: habia nacido año 156, en el reinado de Abderahman ben Moavia.

CAPÍTULO L.

DE LA GUERRA EN GALICIA Y ORÍJEN DEL REBELDE HAFSUN.

Corrió la fama de las entradas muy atrevidas de los de Galicia y de Afranc en las fronteras por toda España, y sin dejar de acrecentarse á la mayor distancia, abultando los estragos y talas que padecian los pueblos, el número y calidad de las huestes enemigas, y todas las circunstancias de la invasion. Recibió el rey aviso de los walíes por los forenicos de Mérida, que decian como el rey de Galicia habia entrado en Lusitania y corrido tierras de Alisbona: que habia robado los pueblos abiertos: que habia quemado á Cintra, y habia llevado grandes presas de cautivos y ganados de aquella tierra. Cuando el rey Muhamad tuvo estas nuevas, luego partió con la caballería de Andalucía: se le juntaron las banderas de Mérida, y entró con su ejército en tierras de Galicia hasta Santyac. Los cristianos se retiraron á sus montes, y se encerraron en fortalezas puestas sobre peñascos. Volvió el rey Muhamad por Zamora, envió su caballería de Mérida por Salamanca, y con la de Córdoba siguió á tierra

de Toledo: algunos cuentan esta espedicion en el año 247, otros en el de 49 y parece mas cierto. En las fronteras de Afranc se daba en este tiempo principio á una rebelion que vino á ser de mucha importancia. Un hombre de orijen pagano, de oscura y desconocida prosapia, llamado Omar ben Hafs, conocido despues por Aben Hafsun ben Giafar ben Arius: esta jeneracion le dan algunos, y Muhamad Abdala ben Sebaun, el Cairvani, dice que sabia sus cosas de los hijos de este rebelde, y con todo eso nada pudo decir de su prosapia: este, cuentan que vivia de su trabajo humilde en Ronda, de la comarca de Raya, pero no contento de su pobre suerte se fue á la ciudad de Torgiela á buscar su vida, y se hizo salteador de caminos con otros compañeros, á quienes por su valor acaudillaba: se resistió á los caxiefes y justicia que los perseguia, y cobró celebridad y muchos compañeros y secuaces. Se encastillaron en Adharwera, castillo allí conocido por Calat-Yabaster, señalado por su inaccesible fortaleza: esta es una de las diversas relaciones que hay en España del principio de su rebelion.

En el año 250 echado de Andalucía, se pasó con 864
sus bandidos á las fronteras de Afranc, y se apoderó de la fortaleza de Rotalyehud, lugar inespugnable por la aspereza de su situacion sobre peñascos cercados de un rio.

Los cristianos de los montes de Afranc, viendo la fortuna de las primeras cavalgadas de este bandido, buscaron su amistad, y unidos para la desobediencia y rebelion se confederaron los de Ainsa, ben Auare y ben Asque, y corrieron impetuosos, como los rios que bajan de aquellos montes, hasta Barbastar, Wesca y Afraga, levantando los pueblos contra su Señor, y ofreciéndoles seguridad y amparo contra los walíes de aquella frontera; y al mismo tiempo talaban los campos, y quemaban los pueblos que se resistian á tomar su voz y se-

guir su bando Ocuparon varias fortalezas de aquella tierra hasta la comarca de Lérida. El walí de Zaragoza, aunque pudiera haber contenido los progresos de esta rebelion, quejoso de hallarse privado de su gobierno, y esperando al nuevo gobernador, no salió de la ciudad, ni dió orden á los alcaides de la provincia para juntar sus banderas y oponerse á los rebeldes. El alcaide de Lérida, llamado Abdelmelic, siguió el partido de Hafsun, y le dió entrada en su ciudad; y lo mismo hicieron otros alcaides de fortalezas menos considerables. Llegó la osadía de los rebeldes á correr toda la tierra hasta riberas del Ebro. Avisado el rey Muhamad de esta insurreccion escribió á los walíes para levantar un poderoso ejército que acabase de un golpe con aquellos temerarios. Partió el rey de Cordoba con la jente de Andalucía, llego á Toledo, donde debian unirse las tropas de aquella provincia, y la jente de Murcia y Valencia partio acaudillada de Zeid ben Casim, nieto del rey: el príncipe Almondhir quedó encargado de la frontera de Galicia con las tropas de Mérida y Lusitania.

CAPÍTULO LI.

DE LA PERFIDIA DE HAFSUN.

Cuando Omar Aben Hafsun vió que se acercaba contra él aquella terrible tempestad, envió sus cartas muy humildes al rey Muhamad, y con finjidas palabras y sumision pérfida protestaba en ellas por cielos y tierra que todos sus pasos eran artificio y disimulo para engañar á los enemigos del islam: que á su tiempo él volveria sus armas contra los de Afranc, y esperaba que el rey, bien persuadido de sus intentos, despreciando las apariencias, le ayudaria con las jentes de la frontera oriental, ó las *de Valencia*, que le concediese á lo menos una tregua li-

mitada, y que pudiese disponer de la alcaidía de Wesca ó Barbastar, para que con aquella jente diese á los enemigos el golpe que tenia pensado. Tantas protestas y buenas palabras, y las que añadió el astuto enviado, persuadieron al rey Muhamad. ¡Soberano Alá, que cuando tienes determinado en tus ciertos y eternos juicios el trastornar un estado, ó la ruina y calamidad de un pueblo, te agrada el poner la culpa de ello en nuestra ignorancia, y nosotros mismos damos prisa y armas á nuestros enemigos, ó corremos apresurados al precipicio á despeñarnos! Así quisiste deslumbrar al rey Muhamad para que diese crédito á las falsas promesas y fementidas protestas de Aben Hafsun.

Ofreció el rey Muhamad por su parte ayudarle con la jente que acaudillaba Zeid ben Casim; y despues de asegurada la frontera de Afranc, y ocupados los fuertes que tenian los cristianos, le prometió el gobierno de Wesca, ó tal vez el de Zaragoza. Luego mandó el rey que su hueste partiese á Mérida para unirse á la que tenia el príncipe Almondhir en fronteras de Galicia: al walí Zeid ben Casim se encargó la entrada en los montes de Afranc en compañía de Aben Hafsun. Este pérfido caudillo, unido con el alcaide de Lérida, Abdelmelic, dispusieron dar muerte al walí Zeid y degollar á los muslimes que acaudillaba. En los campos de Alcanit se encontraron con los de Aben Hafsun, y acamparon cerca de ellos en confianza de aliados: trataron á Zeid ben Casim con honra y muestras de amistad; y aquella noche, cuando los de la hueste de Valencia y Murcia reposaban sin recelo, dieron en ellos los de Hafsun y Abdelmelic, y antes que pudieran ponerse en defensa, habian degollado gran parte de ellos, que muy pocos lograron librarse de sus espadas: entre los que murieron defendiéndose de sus alevosos contrarios fue el jóven walí Zeid ben Casim, que espiró peleando animosamente antes de cumplir diez y ocho años. Las

tristes reliquias que por fortuna se salvaron con la fuga, vinieron á dar la funesta nueva de esta maldad al rey Muhamad, que indignado al oirla juró la mas sangrienta venganza, y lo mismo juraron todos los caudillos de su guardia y los walíes de Andalucía: fue esta atroz y pérfida matanza de Alcanit el año 252. 866

Luego envió el rey sus cartas al príncipe Almondhir refiriéndole la alevosía y engaño de Aben Hafsun, encargándole que procurase tomar cumplida venganza de los pérfidos y rebeldes; y muchos caballeros de Córdoba y Sevilla partieron voluntarios á este guerra de venganza. Fue este año de 253 de estrema sequía en Africa y en España, y asi continuó mas de diez años despues, que muy poco llovia en estas rejiones. Falleció en este tiempo el ínclito walí Abdelrûf ben Abdelsalem, el que fue gobernador de Toledo y de Mérida mas de siete años, era wazir del consejo de estado del rey y de la mayor confianza: su muerte fue muy sentida, y su féretro acompañado de toda la jente de Córdoba: oró por él Bixar ben Abderahman, hermano del rey Muhamad, por estar ausente el hijo de Abdelrûf, que estaba en la frontera con el príncipe Almondhir.

CAPÍTULO LII.

DE LA ENTRADA DE ALMONDHIR EN ROTALYEHUD.

El príncipe Almondhir entró en tierra de Galicia y en los montes de Albortât y Albaskenzes sin hallar resistencia: allí le alcanzaron las cartas de su padre, y luego las mandó leer á toda su hueste que se llenó de justa indignacion: partió con toda su hueste en tres cuerpos á buscar á los rebeldes, que no osaron ofrecerse al encuentro de estos valientes. Llegaron, causando los estragos de las tempestades, á los montes y tierras de Rotalyehu

era el nido del pérfido Omar ben Hafsun: allí salió contra ellos el intrépido caudillo Abdelmelic, y á pesar de las ventajas de la posicion de su jente fue atropellado con atroz matanza; y los valientes de Andalucía saciaron sus espadas sedientas de sangre. Los que pudieron se fugaron á los ásperos montes dejando el campo cubierto de cadáveres. Escapó herido con cien esforzados caballeros el caudillo Abdelmelic, y se acojió al fuerte de Rotalyehud. La noche suspendió la matanza que fue muy grande. Al dia siguiente mandó Almondhir entrar la fortaleza, que parecia inaccesible por todas partes, pero todo lo venció el valor y denuedo de las tropas y el ardiente deseo de venganza. Entraron por fuerza aquellas escarpadas torres: entre los valientes que las defendieron peleando hasta morir se halló todavía moribundo el caudillo Abdelmelic, que luego fue descabezado; y otros muchos cayeron despeñados huyendo de las espadas vencedoras de la sangre de Zeid ben Casim y los de su hueste. Envió Almondhir á Córdoba la cabeza del infeliz Abdelmelic con la nueva de su victoria, que tambien costó cara á los vencedores, pues muchos perdieron la vida al trepar por las altas peñas de aquella fortaleza. La muerte de este esforzado caudillo, y la entrada en Rotalyehud, intimidó á los rebeldes de los montes de Afranc; y muchos pueblos por no esperimentar la saña de los vencedores vinieron á ofrecer su obediencia al príncipe Almondhir: así hicieron los de Lérida, Afraga, Ainsa y Baltania, y otras fortalezas. Omar Aben Hafsun no osó esperar al príncipe vengador, y abandonó la tierra, y se enriscó en los montes de Arbe, aconsejando á sus parciales y secuaces que para evitar su ruina se allanasen á la obediencia del vencedor, que él tornaria muy en breve á protejerlos. Repartió sus tesoros entre sus mas fieles, y huyó de todos para su seguridad, y se perdió en aquellas fragosidades. Allanada la tierra y sometidas aquellas jentes fieras de España

oriental, tornó Almondhir á Córdoba y fue recibido en ella con aclamaciones de triunfo: salió toda la jente de la ciudad á recibirle, y el rey Muhamad y los mas principales caballeros salieron á mucha distancia, y el dia de su entrada en Córdoba fue un dia de fiesta y jeneral alegría. Repartió el rey armas, vestidos y caballos á muchos jóvenes que habian hecho en esta ocasion sus primeras armas: hizo walí alardi ó inspector de revistas de tropas á Mansûr ben Muhamad ben Abi Bahlûl.

CAPÍTULO LIII.

DE LAS ESPEDICIONES Á GALICIA Y Á LOS MONTES.

En el año 254 se eclipsó toda la luna desde el principio de la noche hasta el alba con mucha oscuridad: en este mismo año enviò el rey Muhamad sus naves para hacer la guerra en las costas de Galicia: encargó esta espedicion al amir del mar Walid ben Abdelhamid ben Ganim, y salió la armada con buen viento, y llegò con próspera navegacion á las costas del guf de España y estando para desembarcar en aquellas bocas del Nahar Mino sobrevino recia tempestad con encontrados vientos que levantaban olas como montes, y las naves se quebrantaron unas contra otras remolinando con la violencia del viento y el ímpetu de las olas, y otras fueron á estrellarse contra los peñascos de unos islotes, y en la costa brava, en donde pocos se salvaron, y de estos fue el caudillo Abdelhamid ben Ganim. Esta desgracia de la flota de los muslimes puso grande ánimo á los cristianos de Galicia, y este año corrieron toda tierra de Lusitania, y ocuparon Salamanca y cercaron la ciudad de Coria. Las nuevas de estas desventuras llenaron de tristeza á los de Córdoba, y los muy virtuosos y severos miraban estos infaustos acaecimientos como castigos del cielo por la falta de

celo y fervor en las prácticas relijiosas, y que los muslimes pensaban mas en vanidades y deleites que en la propagacion del islam. Otros decian que en el servicio de Dios no conviene buscar atajos ni escusar fatigas, y que por eso aquella espedicion por mar no habia querido Dios que fuese venturosa.

Mandó el rey Muhamad que los walíes de la frontera de Afranc, Ishac ben Ibrahim el Ocaili, y Zaide ben Rustam fuesen á contener los cristianos de los montes que habian ocupado Medina Pamplona: fueron á correr aquella tierra y pusieren cerco á la ciudad, ocuparon algunas torres de sus muros, y la tenian muy apretada, cuando viniendo muchas jentes de Afranc fue forzoso á estos caudillos levantar el campo y retirarse á Tutila y riberas del Ebro. Por la parte de Galicia entraron al mismo tiempo los walíes de la frontera y tomaron muchos cautivos y ganados, y retirándose con estas presas, pastoreándolas con mucha confianza y descuido, despreciando el poder de sus enemigos, sin acordarse que muchas veces un débil mosquito punza los ojos al mas bravo leon, fueron acometidos de súbito en unos pasos estrechos en donde la caballería no fue de provecho, y debilitada la hueste por adelantar la presa y cautivos con la delantera, fue atropellada la zaga y padeció gran matanza, y fueron muchos los heridos, y muchos los que quedaron cautivos en poder del enemigo. Estas nuevas turbaron la alegría de los muslimes de Andalucía y consternaron
á los defensores de las fronteras. En este año 255 868
falleció en Córdoba Yahye el Laithi, docto alfaquí
que en su juventud viajó dos veces á Oriente, y fue discípulo del célebre Malic ben Anas, y fue de él muy distinguido, que le llamaba el entendimiento de España y el discreto andaluz: fue su casa concurrida de discípulos y de oyentes, que parecia una academia ó escuela pública.

En el principio del año siguiente mandó el rey Muha-

mad juntar sus jentes de Andalucía y de Mérida, envió á su hijo Almondhir à tierra de Alava y montes Albaskenzes, y á castigar al walí de Zaragoza Muza, que no habia querido recibir al gobernador de aquella ciudad que el rey habia nombrado á Abdelwahib ben Abdelrûf: llegó el príncipe Almondhir sobre Zaragoza, y el walí Muza cerró las puertas de la ciudad: detúvose Almondhir delante de ella veinte y cinco dias, y por no perder tiempo pasó la frontera de Afranc, y corrió y taló la tierra de Alava tomando ganados y algunos cautivos, y volvió al cerco de Zaragoza. En este año en la noche del sábado, 20 de la luna de Safar, pareció en el cielo una gran mancha roja como vivo fuego, que duró desde el principio de la noche hasta el alba, y puso gran espanto en la jente menuda del vulgo, que no viera nunca cosa semejante. Falleció en este tiempo en Córdoba Ibrahim ben Muslema, apellidado Abu Ishac, fue walí del zoco muchos años, de mucha integridad en sus juicios, nunca recibió dádiva de nadie, y era muy respetado y temido de mercadantes y placeros.

CAPÍTULO LIV.

DE LA ENTRADA DE ALMONDHIR EN ZARAGOZA Y DEL REY EN TOLEDO.

En el año 257 continuó el príncipe Almondhir la 870
guerra de frontera en España oriental y puso muy apretado cerco á Zaragoza, y durante el sitio falleció el walí Muza, no sin sospecha de haberle ahogado en su cama, y luego la ciudad se entregó al príncipe Almondhir, que envió sus forénicos con esta nueva al rey su padre, que holgó mucho de este acaecimiento. En el mismo año los de Toledo, por sujestiones de sediciosos, aclamaron por su walí al hijo de Muza, que pocos años antes habia sido privado del gobierno de aquella ciudad: era este Abu

Abdala Muhamad ben Lobia caudillo de mucho valor y esperiencia en las cosas de la guerra; pero descontento y desafecto al gobierno del rey: tenia secretas intelijencias con los cristianos, y estos ayudaban á sus intentos y rebeldía. Cuando el rey Muhamad fue avisado del movimiento y alboroto de los de Toledo mandó juntar las jentes de Andalucía, y con la caballería de su guardia se dirijió á tierra de Toledo: los de la ciudad estaban dispuestos á resistir y defenderse con mucha constancia; pero el prudente caudillo no quiso aventurar su seguridad dentro de los muros, recelando con razon de la lijereza y natural inconstancia de la jente popular. Sabiendo cuan numerosa hueste seguia al rey, con pretesto de reconocimiento de sus fuerzas se salió de la ciudad, y envió poco despues algunos caballeros para que aconsejasen á los principales que se ofreciesen á la obediencia del rey, pues no tenian fuerzas ni disposicion para resistirle. El populacho y jente baldía quiso despedazar á los enviados de Abu Abdala Muhamad ben Lobia en el furor de su inconsiderada resolucion; pero el consejo y persuasiones de sus principales ciudadanos pudo sosegarlos y calmar sus primeros movimientos. Dispusieron salir á implorar la clemencia de su señor, y lograron que los perdonara. Entre los caudillos habia muchos que proponian al rey que se destruyesen los muros y torreones de esta ciudad para quitar en adelante la ocasion y confianza que aquellas fortalezas daban á los ánimos inquietos de sus habitantes; pero no quiso Dios que tan buen consejo fuese oido: Muslama Abu Said, hijo del rey y walí de Sidonia, fue quien mas insistió en este pensamiento; pero Hixêm Abulwalid, y Alasbag Abulcasim, y Abderaman Abulmotaraf, hijos tambien del rey Muhamad, fueron de contrario parecer, y este prevaleció. Detúvose el rey algunos dias en Toledo, y ordenadas las cosas convenientes á la quietud de la ciudad, se volvió á Córdoba, donde fue recibido con grandes

mad juntar sus jentes de Andalucía y de Mérida, envió á su hijo Almondhir á tierra de Alava y montes Albaskenzes, y á castigar al walí de Zaragoza Muza, que no habia querido recibir al gobernador de aquella ciudad que el rey habia nombrado á Abdelwahib ben Abdelrûf: llegó el príncipe Almondhir sobre Zaragoza, y el walí Muza cerró las puertas de la ciudad: detúvose Almondhir delante de ella veinte y cinco dias, y por no perder tiempo pasó la frontera de Afranc, y corrió y taló la tierra de Alava tomando ganados y algunos cautivos, y volvió al cerco de Zaragoza. En este año en la noche del sábado, 20 de la luna de Safar, pareció en el cielo una gran mancha roja como vivo fuego, que duró desde el principio de la noche hasta el alba, y puso gran espanto en la jente menuda del vulgo, que no viera nunca cosa semejante. Falleció en este tiempo en Córdoba Ibrahim ben Muslema, apellidado Abu Ishac, fue walí del zoco muchos años, de mucha integridad en sus juicios, nunca recibió dádiva de nadie, y era muy respetado y temido de mercadantes y placeros.

CAPÍTULO LIV.

DE LA ENTRADA DE ALMONDHIR EN ZARAGOZA Y DEL REY EN TOLEDO.

En el año 257 continuó el príncipe Almondhir la 870
guerra de frontera en España oriental y puso muy apretado cerco á Zaragoza, y durante el sitio falleció el walí Muza, no sin sospecha de haberle ahogado en su cama, y luego la ciudad se entregó al príncipe Almondhir, que envió sus forénicos con esta nueva al rey su padre, que holgó mucho de este acaecimiento. En el mismo año los de Toledo, por sujestiones de sediciosos, aclamaron por su walí al hijo de Muza, que pocos años antes habia sido privado del gobierno de aquella ciudad: era este Abu

Abdala Muhamad ben Lobia caudillo de mucho valor y esperiencia en las cosas de la guerra; pero descontento y desafecto al gobierno del rey: tenia secretas intelijencias con los cristianos, y estos ayudaban á sus intentos y rebeldía. Cuando el rey Muhamad fue avisado del movimiento y alboroto de los de Toledo mandó juntar las jentes de Andalucía, y con la caballería de su guardia se dirijió á tierra de Toledo: los de la ciudad estaban dispuestos á resistir y defenderse con mucha constancia; pero el prudente caudillo no quiso aventurar su seguridad dentro de los muros, recelando con razon de la lijereza y natural inconstancia de la jente popular. Sabiendo cuan numerosa hueste seguia al rey, con pretesto de reconocimiento de sus fuerzas se salió de la ciudad, y envió poco despues algunos caballeros para que aconsejasen á los principales que se ofreciesen á la obediencia del rey, pues no tenian fuerzas ni disposicion para resistirle. El populacho y jente baldía quiso despedazar á los enviados de Abu Abdala Muhamad ben Lobia en el furor de su inconsiderada resolucion; pero el consejo y persuasiones de sus principales ciudadanos pudo sosegarlos y calmar sus primeros movimientos. Dispusieron salir á implorar la clemencia de su señor, y lograron que los perdonara. Entre los caudillos habia muchos que proponian al rey que se destruyesen los muros y torreones de esta ciudad para quitar en adelante la ocasion y confianza que aquellas fortalezas daban á los ánimos inquietos de sus habitantes; pero no quiso Dios que tan buen consejo fuese oido: Muslama Abu Said, hijo del rey y walí de Sidonia, fue quien mas insistió en este pensamiento; pero Hixêm Abulwalid, y Alasbag Abulcasim, y Abderaman Abulmotaraf, hijos tambien del rey Muhamad, fueron de contrario parecer, y este prevaleció. Detúvose el rey algunos dias en Toledo, y ordenadas las cosas convenientes á la quietud de la ciudad, se volvió á Córdoba, donde fue recibido con grandes

demostraciones de alegría. En el año 258 falleció en
Murcia, su patria, Abdeljebar ben Muza ben Obeida- 871
la el Sameti, lector de Alcoran, hombre de singular
erudicion.

Era el rey Muhamad de su natural muy apacible, y se entretenia con mucha familiaridad con los de su casa y servicio: Abdala ben Aasim, su alcatib ó secretario íntimo, á quien distinguia por su buen injenio, como entrase á la cámara del rey un dia de grandes nubes y tempestad de truenos y relámpagos, halló que estaba el rey Muhamad entretenido con unos niños, y tenia en sus rodillas uno muy lindo y en estremo gracioso, y le dijo el rey: ¿á qué vienes en este dia? ¿qué podemos hacer en él? y respondió Abdala: señor, dicen las jentes que es bueno estar con niños cuando truena, y yo digo lo mismo:

Bueno es estar con niños. cuando retumba el trueno,
De copas y convite el estrépido oyendo:
Que jire á la redonda el escanciano bello
Mientras nubes coronan los árboles del huerto:
¿Ves las ramas cargadas del dulce y grato peso,
Que el viento las menea, que brillan en el suelo?

Agradó al rey la ocurrencia y los versos, y mandó traer dulces y colacion, copas y licor sahbâ (1), y que viniesen los músicos y cantores, y durante el convite mandó el rey disimuladamente al esclavillo que tirase las copas á la cabeza de Abdala; y el niño, que sabia obedecer á su señor, le tiró las copas, y Abdala alzó la cabeza y evitó el golpe, y dijo al niño: ¡oh linda cara! no seas cruel, que no está bien la crueldad con la hermosura: el

(1) Sahbâ, nombre de un licor especie de vino claro, invencion para eludir la espresa prohibicion alcoránica del ghamar ó vino rojo.

cielo hermoso, cuando sereno, es muy apacible, y ahora su saña nos horroriza y espanta. En el mismo tiempo cayó un rayo (1) con horrísono estruendo sobre la mezquita mayor y sobre la alfombra misma donde Muhamad hacia oracion. El rey aplaudió los versos de su alcatib, y mandó darle una bidra ó bolsa de diez mil adirhames, ó si mas queria el hermoso esclavillo, y prefirió la bolsa á la bonita cara por no darle pena.

CAPÍTULO LV.

DE NUEVAS ENTRADAS EN GALICIA, Y DE VARIOS ACAECIMIENTOS Y CALAMIDADES.

El año 259 el príncipe Almondhir hizo entrada en 872
tierras de Galicia, y peleó con los cristianos con varia fortuna, y en el paso del rio de Sahagun, que baja al Duero, tuvieron una sangrienta batalla en que murieron muchos esforzados caballeros de Córdoba y de Sevilla, y muchos de los de Toledo y de Mérida. Los cristianos padecieron tan atroz matanza, que no pudieron en once dias enterrar sus muertos. Corrió Almondhir aquella frontera, haciendo en ella maravillosos hechos de armas, que la jente de Galicia es la mas brava y aguerrida de los cristianos y apenas pasaba dia en que no trabasen muy reñidas escaramuzas: al fin del año volvió á la Lusitania, en el año 260 hubo tan estraña sequía en Arabia, Siria, Ejipto, Africa, tierras de Almagrêb, y en España, que faltaron los manantiales y fuentes, y los campos no produjeron frutos, y fue jeneral la esterilidad y carestía: moria de

(1) El arzobispo Don Rodrigo dice en su historia de los arabes que el rey Muhamad oraba en la mezquita de Córdobá. y cayó un rayo, y mató dos hombres que estaban á su lado.

demostraciones de alegría. En el año 258 falleció en Murcia, su patria, Abdeljebar ben Muza ben Obeida- 871 la el Sameti, lector de Alcoran, hombre de singular erudicion.

Era el rey Muhamad de su natural muy apacible, y se entretenia con mucha familiaridad con los de su casa y servicio: Abdala ben Aasim, su alcatib ó secretario íntimo, á quien distinguia por su buen injenio, como entrase á la cámara del rey un dia de grandes nubes y tempestad de truenos y relámpagos, halló que estaba el rey Muhamad entretenido con unos niños, y tenia en sus rodillas uno muy lindo y en estremo gracioso, y le dijo el rey: ¿á qué vienes en este dia? ¿qué podemos hacer en él? y respondió Abdala: señor, dicen las jentes que es bueno estar con niños cuando truena, y yo digo lo mismo:

Bueno es estar con niños. cuando retumba el trueno,
De copas y convite el estrépido oyendo:
Que jire á la redonda el escanciano bello
Mientras nubes coronan los árboles del huerto:
¿Ves las ramas cargadas del dulce y grato peso,
Que el viento las menea, que brillan en el suelo?

Agradó al rey la ocurrencia y los versos, y mandó traer dulces y colacion, copas y licor sahbâ (1), y que viniesen los músicos y cantores, y durante el convite mandó el rey disimuladamente al esclavillo que tirase las copas á la cabeza de Abdala; y el niño, que sabia obedecer á su señor, le tiró las copas, y Abdala alzó la cabeza y evitó el golpe, y dijo al niño: ¡oh linda cara! no seas cruel, que no está bien la crueldad con la hermosura: el

(1) Sahbâ, nombre de un licor especie de vino claro, invencion para eludir la espresa prohibicion alcoránica del ghamar ó vino rojo.

cielo hermoso, cuando sereno, es muy apacible, y ahora su saña nos horroriza y espanta. En el mismo tiempo cayó un rayo (1) con horrísono estruendo sobre la mezquita mayor y sobre la alfombra misma donde Muhamad hacia oracion. El rey aplaudió los versos de su alcatib, y mandó darle una bidra ó bolsa de diez mil adirhames, ó si mas queria el hermoso esclavillo, y prefirió la bolsa á la bonita cara por no darle pena.

CAPÍTULO LV.

DE NUEVAS ENTRADAS EN GALICIA, Y DE VARIOS ACAECIMIENTOS Y CALAMIDADES.

El año 259 el príncipe Almondhir hizo entrada en 872
tierras de Galicia, y peleó con los cristianos con varia fortuna, y en el paso del rio de Sahagun, que baja al Duero, tuvieron una sangrienta batalla en que murieron muchos esforzados caballeros de Córdoba y de Sevilla, y muchos de los de Toledo y de Mérida. Los cristianos padecieron tan atroz matanza, que no pudieron en once dias enterrar sus muertos. Corrió Almondhir aquella frontera, haciendo en ella maravillosos hechos de armas, que la jente de Galicia es la mas brava y aguerrida de los cristianos y apenas pasaba dia en que no trabasen muy reñidas escaramuzas: al fin del año volvió á la Lusitania, en el año 260 hubo tan estraña sequía en Arabia, Siria, Ejipto, Africa, tierras de Almagrêb, y en España, que faltaron los manantiales y fuentes, y los campos no produjeron frutos, y fue jeneral la esterilidad y carestía: moria de

(1) El arzobispo Don Rodrigo dice en su historia de los arabes que el rey Muhamad oraba en la mezquita de Córdobá. y cayó un rayo, y mató dos hombres que estaban á su lado.

gumbre la jente pobre, y de esto se siguió pestilencia, que causó horrible mortandad en Occidente, así en Africa como en España. En Arabia quedó Meca, la madre de las ciudades, desierta de sus vecinos, que no se veian en ella sino jentes de paso, y estuvo cerrada la Caaba mucho tiempo. Estas calamidades estorbaron salir en hueste, y en seis años no se hizo guerra sino de frontera por mantenerla.

En el ano 263 volvió á entrar en Galicia el príncipe Almondhir, y sacó grandes despojos, cautivos y ganados; pero ventajas de los muslimes no se lograban sin graves pérdidas y muchos trabajos. En este año murió peleando en una escaramuza Yahye ben Hegâg, muy distinguido caballero por su valor, y célebre por sus viajes á Oriente. El pérfido Omar ben Hafsun, que se habia acojido al amparo de los cristianos de Afranc, les ofreció vasallaje y tributos, y poner en su poder los fuertes de la frontera, y con ayuda de ellos ocupó las fortalezas de la orilla del Segre, y ellos le llamaban rey, y les pagaba tributo y vendia las ciudades á los enemigos del islam. El príncipe Almondhir con la jente de Mérida y de Toledo pasó el año de 265 corriendo toda la frontera de Galicia, puso cerco á Zamora, que habian ocupado los cristianos, y la tenian muy fortificada y defendida, y la tenia ya muy apurada, cuando tuvo aviso de la venida del rey de Galicia con numerosa hueste para socorrerla, y durante este cerco dicen que hubo un espantoso eclipse de la luna aunque otros dicen que fue en el año siguiente. Cuando el príncipe Almondhir puso sus muslimes en batalla para ir contra el rey de Galicia, muchos tímidos y supersticiosos rehusaban la pelea, y á pesar del valor del príncipe y de sus caudillos no fue posible que hicieran su deber y pelearan como buenos, y con gran trabajo de los alcaides lograron retirarlos sin desórden delante de los enemigos, y muchos nobles caballeros murieron á lado de

Almondhir por contener el ímpetu de los enemigos. En este año, ú en fin del anterior, segun parece cierto, falleció en Tadmir el cadí de aquella provincia Fadl ben fadl ben Amirá, varon respetado de todos por su virtud é integridad, y consultado de los príncipes por su consumada prudencia.

En el año 267, dia jueves, 22 de la luna de xawâl, tembló la tierra con tan espantoso ruido y estremicimiento, que cayeron muchos alcázares y magníficos edificios, y otros quedaron muy quebrantados, se hundieron montes, se abrieron pañascos, y la tierra se hundió y tragó pueblos y alturas, el mar se retrajo y apartó de las costas, y desaparecieron islas y escollos en el mar. Las jentes abandonaban los pueblos y huian á los campos, las aves salian de sus nidos, y las fieras espantadas dejaban sus grutas y madrigueras con jeneral turbacion y trastorno: nunca los hombres vieron ni oyeron cosa semejante: se arruinaron muchos pueblos de la costa meridional y occidental de España. Todas estas cosas influyeron tanto en los ánimos de los hombres, y especial en la ignorante multitud, que pudo Almondhir persuadirles que eran cosas naturales, aunque poco frecuentes, que no tenian influjo ni relacion con las obras de los hombres ni con sus empresas, sino por su ignorancia y vanos temores, que lo mismo tiembla la tierra para los muslimes que para los cristianos, para las fieras que para las inocentes criaturas. De acuerdo con el rey Muhamad concertó Almondhir treguas con el rey de los cristianos, que envió á Córdoba (1) sus mensajeros que fueron acompañados de caballeros muslimes.

(1) En esta ocasion hubo de ser la embajada de Dulcidio, que mencionan nuestros antiguos cronicones.

gumbre la jente pobre, y de esto se siguió pestilencia. que causó horrible mortandad en Occidente, así en Africa como en España. En Arabia quedó Meca, la madre de las ciudades, desierta de sus vecinos, que no se veian en ella sino jentes de paso, y estuvo cerrada la Caaba mucho tiempo. Estas calamidades estorbaron salir en hueste, y en seis años no se hizo guerra sino de frontera por mantenerla.

En el ano 263 volvió á entrar en Galicia el príncipe Almondhir, y sacó grandes despojos, cautivos y ganados; pero ventajas de los muslimes no se lograban sin graves pérdidas y muchos trabajos. En este año murió peleando en una escaramuza Yahye ben Hegâg, muy distinguido caballero por su valor, y célebre por sus viajes á Oriente. El pérfido Omar ben Hafsun, que se habia acojido al amparo de los cristianos de Afranc, les ofreció vasallaje y tributos, y poner en su poder los fuertes de la frontera, y con ayuda de ellos ocupó las fortalezas de la orilla del Segre, y ellos le llamaban rey, y les pagaba tributo y vendia las ciudades á los enemigos del islam. El príncipe Almondhir con la jente de Mérida y de Toledo pasó el año de 265 corriendo toda la frontera de Galicia, puso cerco á Zamora, que habian ocupado los cristianos, y la tenian muy fortificada y defendida. y la tenia ya muy apurada, cuando tuvo aviso de la venida del rey de Galicia con numerosa hueste para socorrerla, y durante este cerco dicen que hubo un espantoso eclipse de la luna aunque otros dicen que fue en el año siguiente. Cuando el príncipe Almondhir puso sus muslimes en batalla para ir contra el rey de Galicia, muchos tímidos y supersticiosos rehusaban la pelea, y á pesar del valor d[el] príncipe y de sus caudillos no fue posible que hicieran [su] deber y pelearan como buenos, y con gran trabajo de l[os] alcaides lograron retirarlos sin desórden delante de [los] enemigos, y muchos nobles caballeros murieron á lado

Almondhir por contener el ímpetu de los enemigos. En este año, ú en fin del anterior, segun parece cierto, falleció en Tadmir el cadí de aquella provincia Fadl ben fadl ben Amira, varon respetado de todos por su virtud é integridad, y consultado de los príncipes por su consumada prudencia.

En el año 267, dia jueves, 22 de la luna de xawâl, tembló la tierra con tan espantoso ruido y estremicimiento, que cayeron muchos alcázares y magníficos edificios, y otros quedaron muy quebrantados, se hundieron montes, se abrieron pañascos, y la tierra se hundió y tragó pueblos y alturas, el mar se retrajo y apartó de las costas, y desaparecieron islas y escollos en el mar. Las jentes abandonaban los pueblos y huian á los campos, las aves salian de sus nidos, y las fieras espantadas dejaban sus grutas y madrigueras con jeneral turbacion y trastorno: nunca los hombres vieron ni oyeron cosa semejante: se arruinaron muchos pueblos de la costa meridional y occidental de España. Todas estas cosas influyeron tanto en los ánimos de los hombres, y especial en la ignorante multitud, que pudo Almondhir persuadirles que eran cosas naturales, aunque poco frecuentes, que no tenian influjo ni relacion con las obras de los hombres ni con sus empresas, sino por su ignorancia y vanos temores, que lo mismo tiembla la tierra para los muslimes que para los cristianos, para las fieras que para las inocentes criaturas. De acuerdo con el rey Muhamad concertó Almondhir treguas con el rey de los cristianos, que envió á Córdoba (1) sus mensajeros que fueron acompañados de caballeros muslimes.

(1) En esta ocasion hubo de ser la embajada de Dulcidio, que mencionan nuestros antiguos cronicones.

CAPITULO LVI.

DE LA ENTRADA DE LOS DE AFRANC CON HAFSUN. Y BATALLA.

Omar ben Hafsun, receloso de que Almondhir aprovechase la oportunidad de la tregua para pasar contra él pidió á los de Afranc y de los montes de Albortât que le ayudasen con cuanta jente pudiesen. Los enemigos de Alá se reunieron innumerable muchedumbre, y bajaron de sus montes y corrieron la tierra hasta el Ebro: en Tutila se les opusieron los walís de Zaragoza y de Wesca, que fueron vencidos de esta infinita chusma: avisaron á Córdoba y á los otros walíes de Mérida y de Toledo. Muhamad escitado del peligro de esta impetuosa erupcion, luego se puso en marcha con toda la caballería, y unida su jente con la del príncipe Almondhir dispusieron sus alchamizes muy bien ordenados, con muy escojida caballería y peones en sus batallas, y fueron á buscar á los cristianos. Llevaba la delantera Almondhir, y el cuerpo de batalla el rey Muhamad, las alas derecha é izquierda Aben Abdelruf, y Aben Rustam, y la zaga el walí de Sidonia Abu Said, hijo del rey. Avisados los de Afranc de la calidad y número del ejército de Córdoba, temieron venir á batalla, y con forzadas marchas se retiraban á sus tierras; pero para los muslimes en aquella ocasion lo mismo eran cuestas que llanos: una mañana á la hora del alba descubrió Almondhir el campo de los de Afranc, y se hallaron tan cerca, que no fue posible que reusasen la batalla. Trabose ya alto el dia con igual ímpetu y valor, pero no tardaron mucho los muslimes en desordenar y romper á los de Afranc: la matanza fue atroz en este dia, y los campos quedaron llenos de cadáveres y regados de sangre. Salió Omar ben Hafsun herido de muerte, el rey de

los cristianos García y sus principales caballeros quedaron muertos en el campo de batalla. Fue este dia (1) glorioso para los muslimes, y de infausta memoria 882
para los cristianos de Afranc en el año 269. Los despojos de armas y riquezas que perdieron los enemigos hartaron la codicia de los soldados muslimes. Luego volvió el rey Muhamad con su caballería á Córdoba, y en todas las ciudades al paso fue recibido con aclamaciones de triunfo y de alegría: el príncipe Almondhir quedó en la frontera hasta el invierno. A la vuelta de esta espedicion hizo el Rey Muhamad unos versos, que se conservan en la coleccion de Ahmed ben Farag, titulado los huertos, aunque tal vez no los hizo en esta ocasion, sino en otra espedicion cuando era mas mozo, los versos son estos:

Cubro la espada y reposa   cuando de las lides vengo
Y la espada del amor   no cesa de herir mi pecho:
Vehemente como de cerca   está mi pasion de lejos,
Y ahora en la cercanía   crece mi amoroso fuego.
Entrando en el pabellon   desato acerado peto.
Y de la pasion el nudo   da al corazon mas tormento:
¡ O Córdoba ! ¡ por ventura   voy á tí, ó me vas huyendo !
Tu proximidad esquivas   á quien ansía el verte presto.
Riegue tu alcázar la nube.   igual benéfico riego
A lar usafa y los prados   conceda benigno el cielo.
Como con sangre regué   del enemigo protervo
Las campiñas que infestaba,   y les vino campo estrecho.
Aun en la atezada noche   las cotas resplandecieron
Con muy mas vivas centellas   que las estrellas del cielo.
A las tropas fuí cual muro,   yo las guiaba al encuentro,
Y mi presencia les daba   nuevo impulso á sus aceros.

(1) Fue esta la célebre batalla de Aybar, en que murió peleando contra los moros el rey de Navarra García Iñiguez, el segundo año de su reinado.

CAPÍTULO LVII.

DE LA DECLARACION DE SUCESOR DEL REINO EN EL PRÍNCIPE ALMONDHIR, Y MUERTE DEL RÉY.

El dia en que entró el rey Muhamad en Córdoba fue un dia de gran fiesta, toda la jente de la ciudad salió á recibirle: hizo el rey muchas mercedes á los caballeros que le habian acompañado, y regaló preciosas armas y caballos. Entrada la estacion de las lluvias, se volvio el príncipe Almondhir, asegurando y allanando antes aquella frontera: tomo rehenes de algunas ciudades de España oriental de cuya fidelidad recelaba mucho. En premio de tantos servicios, considerando que todos miraban á Almondhir como la columna del estado, mandó el rey Muhamad que viniesen á Córdoba los walíes de las provincias, los wazires, cadíes y hajibes de su consejo y real casa, y declaró al príncipe Almondhir su hijo socio del imperio, y futuro sucesor; y todos los walíes y consejeros de estado que estaban presentes, le juraron obediencia y fidelidad sin reserva ni escepciones. Fue esta solem-
ne jura el año 270. En este año dicen que murió de 833
sus heridas Omar ben Hafsun, y su hijo Calib ben
Hafsun renovó las pretensiones de su padre con los cristianos de los montes de Afranc, y el natural deseo de venganza animó aquellas jentes, y descendió este rebelde con sus parciales á tierra de Borja desde las montañas de Jaca donde tenian su asilo, hicieron correrías de este lado del Ebro, y le llamaban rey aquellos pueblos. Cuando llegaron estas nuevas á Córdoba, el príncipe Almondhir se puso en marcha con la caballería de Toledo, que reunió el caudillo Walid ben Abdelhamid, tomaron el camino de Valencia, porque las algaras de los rebeldes bajaban por toda la ribera del Ebro: cuando entendieron la llegada

de Almondhír, que se encaminaba contra ellos, se retiraron á los montes. Detúvose Almondhir en Tortosa, y encargó al walí Abdelhamid la defensa de la frontera y observacion de los rebeldes: peleó con ellos con varia fortuna todo aquel año, y en el siguiente con algunas ventajas, ocupando las fortalezas del Segre y del Cinca y de los rios que bajan al Ebro; pero al paso de Hisma-Xariz, habiendo vencido unas taifas de cristianos acaudilladas por algunos señores de los montes de Afranc, parciales de Aben Hafsun, empeñado inconsideradamente en perseguirlos, dió en una emboscada, y cercada la hueste de los muslimes por todas partes en un angosto valle, cayó Abdelhamid lleno de heridas en manos de los enemigos, y como ya le conocian por su valor en aquella frontera los señores de aquella jente, le curaron sus heridas y le trataron con mucha honra. Las reliquias de esta hueste se acojieron á las ciudades de la frontera, y muchos quedaron cautivos entre cristianos. Cuando Almondhir tuvo nueva de este desman, pesole mucho de la pérdida de muchos buenos caballeros, y envió á tratar de su rescate, y dió por walí Abdelhamid gran cuantía de oro, por ser muy conocida su persona en aquella tierra: fue esta batalla en fin del año 272.

Los mas grandes acaecimientos como los mas leves; el hundimiento de una montaña como el movimiento y caida de una hoja de sauce, todo procede de la divina voluntad, y como está escrito en la tabla de los eternos hados como cuando el Soberano Señor lo quiere, así fue que el rey Muhamad estando sin dolencia alguna, y recreándose en los huertos de su alcázar con sus wazires y familiares, le dijo Haxèm ben Abdeleziz ben Chalid, walí de Jaen, ¡ cuan feliz condicion de los reyes ! para ellos solos es deliciosa vida, para los demas hombres no tiene el mundo tantos atractivos: ¡ qué jardines tan amenos, que magníficos alcázares, y en ellos cuantas delicias y

recreaciones! pero la muerte tira la cuerda limitada por
la mano del hado, y todo lo turba, y acaba el poderoso
príncipe como el rústico labriego ú aldeano. Muhamad le
respondió: en apariencia la senda de vida de los reyes
parece llena de flores aromáticas; pero en verdad son
rosas y con agudas espinas: la muerte de las criaturas es
obra de Dios, y principio de bienes inefables para los
buenos; y sin ella yo no seria ahora rey de España. Re-
tirose el rey á su estancia, y se reclinó á descansar, y le
salteó el eterno sueño de la muerte, que roba las delicias
del mundo, y ataca y corta los cuidados y vanas espe-
ranzas humanas. Esto fue al anochecer del do-
mingo 29 de la luna de safar, año 273, á los se- 886
senta y cinco años de su edad, ó cerca de ellos, y
treinta y cuatro y once meses de su reinado: tuvo en di-
ferentes mujeres cien hijos, y le sobrevivieron treinta y
tres: fue de buenas costumbres, amigo de los sabios,
honraba á los alimes, hafitzes ó tradicioneros, y fue muy
favorecido de este rey el docto alfaquí Baqui ben Cha-
lád, llamado Abu Abderahman, y lo defendió de susému-
los, cuando lograron que la aljama de Córdoba reprobase
sus tradiciones y doctrinas: dícese que dió preferencia á
los de Siria sobre los árabes veledies en asientos y con-
ferencias: fue su secretario íntimo su hijo Abdelmelic. Era
este rey Muhamad semejante en muchas cosas y prendas
de ánimo y cuerpo al califa Abdelmelic ben Meruan. Es-
cribia con elegancia, y hacia buenos versos: construyó en
Córdoba unos magníficos baños y abrevaderos. No alteró
la fabricacion de monedas. Fue su féretro acompañado de
toda la jente de la ciudad, oró por él su hijo Almondhir;
pues aunque estaba ausente en los baños de Almería, que
llaman Alhama, cuando la muerte de su padre, vino á
tiempo de acompañar su féretro.

CAPITULO LVIII.

DEL REINADO DL REY ALMONDHIR, HIJO DE MUHAMAD.

Cuando el príncipe Almondhir recibió la infausta nueva de la muerte de su padre, estaba en Alhama de Almería, y partió al punto á Córdoba, fue aclamado rey el mismo dia que se celebró el entierro de su padre, se hizo por él la chotba en todas las mezquitas, se apellidaba Abu Alhakem: la madre que le parió se llamaba Othûl, habia nacido año 229.

Cuenta Isá Ahmed ben Muhamad el Razi, que Almondhir, hijo del rey Muhamad, sucedió á su padre en dia domingo á 3 de la luna de rabié primera del año 273, en el cuarto dia despues de la muerte de su padre; que él se hallaba haciendo la guerra en los confines de Raya, y entró en su alcázar dia primero: que oró por su padre, el cual habia muerto faltando cinco dias de la luna de safar, y se celebró el entierro, y fue jurado Almondhir en parte del domingo y en el lunes siguiente. Era hajib entonces, y lo fue hasta que Almondhir le mandó matar, el wazir Haxem ben Abdelaziz, que era hermano del cadí Aslâm ben Abdelaziz y mayor que él: sus antepasados habian sido walíes del califa Otman ben Afan: este Haxem fue muy distinguido del rey Muhamad, hijo de Abderahman, y le hizo wazir, y le dió mando de ciudades, y fue walí de la provincia de Jaen, y edificó Medina Ubeda y la mayor parte de los fuertes de aquella comarca: fue hombre muy familiar y estimado de los meruanes de España, pues reunia él solo las prendas de todos los caballeros de su tiempo, así en valor y jentilezas de caballería como en elegancia de injenio y erudicion. Tambien logró la estimacion de Almondhir en tiempo de su padre, hasta que se indispuso y enemistó con él, y fue el principio de su desgracia la jura de este rey.

Dice que cuando vino Almondhir, sin mas que apearse del caballo y con sus vestidos de camino, fue á presentarse á la sala de la jura con el vestido desaliñado y plegado de la silla: cuando entró la jente se levantó el hajib Haxem con el libro de la jura en sus manos, y comenzó su leyenda, y al llegar á mencionar al rey Muhamad las lágrimas y sollozos trabaron su lengua, que no se entendian sus palabras, y turbado volvió á leer lo que ya habia leido, y lo observó Almondhir, y le miró con ira: Haxem no lo vió y siguió su leyenda hasta el cabo. Los que vieron aquella mirada terrible no dudaron que amenazaba muerte. Cuando fue colocado el féretro del rey Muhamad en su sepulcro se quitó Haxem su capa y su turbante, y entró en su sepulcro y lloró con lastimado llanto, y dijo: ó Muhamad, mi alma sea con la tuya, que por tí me darán á gustar copa mortal. Todo esto fue sabido de Almondhir, y además se levantaron contra él Muhamad ben Gehwar y Abdelmelic ben Umeya, y aun se valió Aben Umeya de Saida, hermana de Almondhir, para lograr la ruina de la casa y familia de Haxem, y no tardaron en conseguirlo por haberle faltado el favor del rey.

Sabida en las fronteras de España oriental la muerte del rey Muhamad, volvió á salir de sus montes Calib ben Hafsun, y con ayuda de sus parciales allegó numerosa hueste, y entró por las tierras que riega el Ebro, y por sorpresa se apoderó de muchas ciudades de España oriental: juntó allí diez mil caballos, y se le entregó Zaragoza y Wesca, y vino hasta tierra de Toledo, y con secretas intelijencias con los cristianos de esta ciudad, entró en ella llamándose rey, y derramando tesoros entre la jente pobre de la tierra, para que le aclamasen. Estas novedades dieron mucho cuidado al rey Almondhir, mandó congregar las banderas de Andalucía y de Mérida, envió delante con escojida caballería á Haxem ben Abdelaziz. Llegó este caudillo con presurosas marchas á los confines de Tole-

do: el rebelde Aben Hafsun temió hallarse cercado en una ciudad donde no tenia confianza, y para evitar este riesgo se salió con la flor de su jente, dejando numerosa guarnicion para defender la ciudad: fortificó los castillos del Tajo, y las fortalezas de Uclis y Webde, Alarcon y Conca. Puso Haxem cerco á Toledo con mucho rigor, entretanto Aben Hafsun pidió á sus ausiliares nuevos socorros, y por dar mas tiempo propuso al caudillo Haxem ben Abdelaziz ciertas avenencias, ofreciendo entregar la ciudad de Toledo y retirarse á España oriental, si se le daban acémilas para conducir los heridos, aprestos y provisiones que tenia en Toledo, sin los cuales no podia volver á sus fronteras sin hacer grandes estorsiones en los pueblos: que habia venido engañado de los muslimes, y de los cristianos de Toledo; que ya estaba desengañado, y sinceramente proponia estas avenencias. Pareció bien esto al caudillo Haxem ben Abdelaziz y lo avisó al rey Almondhir que ya venia á tierra de Toledo con sus jentes de Andalucía. Recelando que fuesen falsías y artificios de este rebelde, envió á decir al caudillo Haxem que esperaba que fuese cauto y no diese lugar á quedar burlados de este astuto zorro de Hafsun. Aben Abdelaziz estaba tan persuadido de la sinceridad del rebelde, que escribió al rey que estaba dispuesto á otorgar á los de Hafsun lo que pedian, pues poco se aventuraba; que si al llegar las acémilas no entregaban la ciudad, que la combatirian; que si la entregaban era manifiesta la verdad de sus proposiciones, y se evitaba una guerra civil larga, sangrienta y de éxito dudoso. Las acémilas llegaron, salió gran parte de la jente que Hafsun tenia en Toledo, y otra gran parte quedó oculta en la ciudad: tomaron sus acémilas, cargaron enfermos y provisiones, y dejaron en apariencia la ciudad, y la ocuparon algunas tropas de Haxem ben Abdelaziz. Entonces Haxem escribió al rey que ya era dueño de Toledo, que los enemigos se volvian á las fronteras de España oriental, y que no sin ventura y

pecial providencia ya se habia acabado la guerra civil, que podia despedir los alcaides á sus provincias, que por su consejo todo habia salido con felicidad.

Contentaron mucho estas nuevas al rey Almondhir, y despidió sus banderas. Se volvió á Córdoba meditando otras empresas para asegurar sus fronteras de Galicia. Pocos dias despues vino tambien á Córdoba el caudillo Haxem ben Abdelaziz, muy ajeno de la perfidia de Calib Aben Hafsun. Este rebelde cuando tuvo noticia de la partida de la jente de Córdoba y de la proximidad de sus ausiliares, hizo degollar á los conductores de las acémilas, sin que se librara un hombre: envió una taifa de caballería para entrar en Toledo, por las intelijencias que allí tenia, aseguró los fuertes del Tajo, y corrió libremente toda la tierra. Llegó aviso de esto á Córdoba, el rey Almondhir se llenó de indignacion y saña, y mandó llamar á su presencia al walí Aben ben Abdelaziz.

Cuenta Izá Anmed ben Muhamad el Razi en la historia de los hajibes de España , que en el dia que le prendieron salia Haxem de su casa, y con él Omar su hijo, que antes de salir encontraron al enviado que llevaba las cartas en su mano, y las tomó Haxem y las leyó, y habia entonces en el patio de su casa jentes de Libla que venian á saludar al hijo de su hermano, que era gobernador de su tierra, y que se acercaron á Haxem á saludarle, y el mancebo del mensaje les dijo: os engañais que no es este y que Haxem salió sin decirles nada. Cabalgó un caballo rojo, vivo como un rayo, y al llegar á la puerta de Dos-huertos el caballo saltó y le arrojó de la silla, y quedó sin color mucho tiempo. Cuando los circunstantes vieron que no le volvian á su casa, todos conocieron que iba preso, y no se vió dia de mas llanto en Córdoba que este, y puede afirmarse que no hubo casa en la ciudad en que no se llorase la prision y muerte de Haxem, que su bonbad habia sido para grandes y pequeños. Salió á la hora del alba del dia

en que le mataron, que fue domingo, cuatro dias por andar de la luna xawal del año 273. Cuando entró á la presencia de Almondhir le dijo muy airado: tú fuiste quien me aconsejó, tú quien ayudó á la perfidia del rebelde, tú morirás hoy para que otros aprendan á ser prudentes y cautos: y olvidando sus buenos servicios y sanas intenciones le mandó descabezar al anochecer del dia 26 de xawal del año 273, y así se hizo en el patio del alcá- 886
zar; envolvieron su cuerpo y cabeza en sus vestidos, y lo enviaron á sus jentes: fue sentida esta muerte de todos los caballeros y caudillos, porque Haxem ben Abdelaziz era de los leáles y nobles wazires de España, y habia siempre merecido la honra y estimacion de los buenos. Se dice que estuvo preso en una torre del alcázar de la Rusafa algunos dias antes de darle muerte, y entonces escribió á su mujer estos versos:

El visitarte me impiden con torres y herradas puertas
Agha, no te maravilles, nací con infausta estrella:
No es estraño que fortuna instable jire su rueda;
Con voz no confusa el alma me anuncia desgracia cierta,
Y sobre brasas del hado me dan la vuelta postrera.
Dejé el camino derecho, Seguí peligrosa senda:
Muchos dicen que me salve, que con la fuga pudiera,
Que hay efujio y retirada de su furor en la tierra:
Y respondo que la fuga es de almas tímidas seña,
Y la mia sino es grande de ser muy noble se precia,
Si lo quiere Dios del cielo, y ha de ser mi suerte aviesa,
De los decretos de Dios, qué efujio al hombre le queda!
El que de mi suerte ahora se complace y se recrea,
Yo espero que de mi copa hasta las heces se beba.

Asimismo mandó el rey que los dos hijos de Haxem, llamados Omar y Ahmed, que eran walíes en Jaen y en Ubeda, quedasen presos en una torre, y les confiscó sus bienes. Dió el rey órden á los alcaides de Andalucía y de Mérida para juntar sus banderas y que le siguiesen á Toledo: y al otro dia partió con la jente de su guardia, llevando

pecial providencia ya se habia acabado la guerra civil, que podia despedir los alcaides á sus provincias, que por su consejo todo habia salido con felicidad.

Contentaron mucho estas nuevas al rey Almondhir, y despidió sus banderas. Se volvió á Córdoba meditando otras empresas para asegurar sus fronteras de Galicia. Pocos dias despues vino tambien á Córdoba el caudillo Haxem ben Abdelaziz, muy ajeno de la perfidia de Calib Aben Hafsun. Este rebelde cuando tuvo noticia de la partida de la jente de Córdoba y de la proximidad de sus ausiliares, hizo degollar á los conductores de las acémilas, sin que se librara un hombre: envió una taifa de caballería para entrar en Toledo, por las intelijencias que allí tenia, aseguró los fuertes del Tajo, y corrió libremente toda la tierra. Llegó aviso de esto á Córdoba, el rey Almondhir se llenó de indignacion y saña, y mandó llamar á su presencia al walí Aben ben Abdelaziz.

Cuenta Izá Anmed ben Muhamad el Razi en la historia de los hajibes de España, que en el dia que le prendieron salia Haxem de su casa, y con él Omar su hijo, que antes de salir encontraron al enviado que llevaba las cartas en su mano, y las tomó Haxem y las leyó, y habia entonces en el patio de su casa jentes de Libla que venian á saludar al hijo de su hermano, que era gobernador de su tierra, y que se acercaron á Haxem á saludarle, y el mancebo del mensaje les dijo: os engañais que no es este y que Haxem salió sin decirles nada. Cabalgó un caballo rojo, vivo como un rayo, y al llegar á la puerta de Dos-huertos el caballo saltó y le arrojó de la silla, y quedó sin color mucho tiempo. Cuando los circunstantes vieron que no le volvian á su casa, todos conocieron que iba preso, y no se vió dia de mas llanto en Córdoba que este, y puede afirmarse que no hubo casa en la ciudad en que no se llorase la prision y muerte de Haxem, que su bonbad habia sido para grandes y pequeños. Salió á la hora del alba del dia

en que le mataron, que fue domingo, cuatro dias por andar de la luna xawal del año 273. Cuando entró á la presencia de Almondhir le dijo muy airado: tú fuiste quien me aconsejó, tú quien ayudó á la perfidia del rebelde, tú morirás hoy para que otros aprendan á ser prudentes y cautos: y olvidando sus buenos servicios y sanas intenciones le mandó descabezar al anochecer del dia 26 de xawal del año 273, y así se hizo en el patio del alcá- 886
zar; envolvieron su cuerpo y cabeza en sus vestidos, y lo enviaron á sus jentes: fue sentida esta muerte de todos los caballeros y caudillos, porque Haxem ben Abdelaziz era de los leàles y nobles wazires de España, y habia siempre merecido la honra y estimacion de los buenos. Se dice que estuvo preso en una torre del alcázar de la Rusafa algunos dias antes de darle muerte, y entonces escribió á su mujer estos versos:

El visitarte me impiden con torres y herradas puertas
Agha, no te maravilles, nací con infausta estrella:
No es estraño que fortuna instable jire su rueda;
Con voz no confusa el alma me anuncia desgracia cierta,
Y sobre brasas del hado me dan la vuelta postrera.
Dejé el camino derecho, Seguí peligrosa senda:
Muchos dicen que me salve, que con la fuga pudiera,
Que hay efujio y retirada de su furor en la tierra:
Y respondo que la fuga es de almas tímidas seña,
Y la mia sino es grande de ser muy noble se precia,
Si lo quiere Dios del cielo, y ha de ser mi suerte aviesa,
De los decretos de Dios, qué efujio al hombre le queda!
El que de mi suerte ahora se complace y se recrea,
Yo espero que de mi copa hasta las heces se beba.

Asimismo mandó el rey que los dos hijos de Haxem, llamados Omar y Ahmed, que eran walíes en Jaen y en Ubeda, quedasen presos en una torre, y les confiscó sus bienes. Dió el rey órden á los alcaides de Andalucía y de Mérida para juntar sus banderas y que le siguiesen á Toledo: y al otro dia partió con la jente de su guardia, llevando

en su compañía á su hermano Abdala, que era el mas esforzado y sabio de todos los hijos del rey Muhamad.

CAPÍTULO LIX.

DE LA MUERTE DEL REY EN BATALLA.

Cuando llegó Almondhir á tierra de Toledo no osaron los de Aben Hafsun salir á su encuentro, y se encerraron unos en la ciudad y otros en los fuertes de toda la provincia. Dejó el rey á su hermano Abdala en el cerco de Toledo, y con un campo volante de caballería partió á perseguir á los rebeldes y sus ausiliares. Peleó con varia fortuna con ellos en diferentes combates: por lo comun vencia y atropellaba las compañías de campeadores que osaban pelear con él, logró echarlos de varios fuertes que ocupaban, quemó algunas poblaciones en que se encastillaban los cristianos, y asi se mantuvo mas de un año la guerra, que apenas pasaba dia sin escaramuza ó reencuentro de mas ó menos importancia. Al principio del año 275, corriendo Almondhir la tierra, y deseando venir á batalla campal con su enemigo Hafsun, y evitando este con arte el encontrarse con él, temeroso de su ardiente é impetuoso valor, hasta que un dia en cercanías de Hisn Webde descubrieron sus campeadores una numerosa hueste de los rebeldes, que estaban delante de la altura de aquella fortaleza, avisaron al rey, y sin mirar el escesivo número de los contrarios animó á sus caballeros, y al frente de ellos como acostumbraba, acometió á los enemigos despreciando el número y la ventaja del sitio que tenian, y rompió á los de Hafsun, y llegó peleando como un bravo leon hasta las banderas: allí las numerosas tropas de Hafsun ciñeron á los caballeros de Andalucía, y por desgracia el rey Almondhir cayó pasado de infinitas lanzas, los caballeros que le acompañaban pelearon con heróico

valor hasta que todos ellos tuvieron la misma suerte que el rey, y cayeron sobre montones de cadáveres. Corrió la voz de la muerte del emir, y los de Hafsun creyeron que habia sido su caudillo, y sin poderlos contener él mismo, huyeron del campo de batalla, los de Córdoba por su corto número, y porque estaban sin quien los guiara, no siguieron á sus contrarios, y porque sobrevino la noche, y en ella supieron la desgracia de aquella infausta victoria. Asi acabó este valeroso rey en el segundo año de su reinado, que prometia ser de los mas gloriosos de los Omeyas de España: fue el tiempo que reinó un año (1), once
meses y veinte y cinco dias; y fue su muertē en fin 888
de la luna de safar del año 275.

Cuando llegó la nueva de la infausta muerte del rey Almondhir al campo delante de Toledo fue jeneral el sentimiento: todos los valientes muslimes que estaban en aquel cerco habian seguido sus banderas, y habian sido testigos de sus hazañas, y le habian visto muchas veces desde su primera juventud sufrir las fatigas de la guerra con alegria, con valor y constancia inalterable: en ningun peligro ni ocasion se vió mudado su semblante: era en estremo frugal: en sus vestidos, armas y mantenimiento no se diferenciaba de los otros caudillos inferiores: su pabellon no era mas grande ni precioso, y solo se distinguia por la bandera de los otros valíes. Su hermano Abdala, que mandaba el cerco, dió sus órdenes á los walíes para continuarle, partió del campo acompañado de la caballería de su guardia, y se fue á Córdoba.

(1) Edobi dice que reinó dos años menos quince dias.

CAPÍTULO LX.

DEL REYNADO DEL REY ABDALA, HIJO DE MUHAMAD.

Cuando vino á Córdoba la nueva de la desgraciada muerte del rey Almondhir toda la ciudad se vistió de luto, porque era de todos muy amado, y tenian grandes esperanzas en su valor y prudencia. Se juntó el mexuar ó consejo de estado, y en el mismo dia llegó á Córdoba el príncipe Abdala, hijo del rey Muhamad: se presentó al consejo, y todos se levantaron en su presencia, y le aclamaron rey, y le juraron fidelidad y obediencia sin reservas ni condiciones. Dió luego órden para traer el cuerpo del rey Almondhir su hermano á Córdoba, donde se le hiciese su entierro como correspondia, y encargó esta diligencia á su hermano Jacûb, el llamado Abu Cosa, y á dos wazires de su guardia: muchos principales caballeros de Córdoba se ofrecieron voluntarios para acompañar al príncipe Jacûb ben Muhamad. Era Abdala de hermoso semblante, blanco de color sonrosado, de ojos azules grandes y bellos, de mediana estatura y buenas proporciones, animoso y prudente, de mucha erudicion y buen injenio: habia nacido el año doscientos y treinta: la madre que le parió se llamaba Athara, á la que amaba y respetaba en extremo. Por congraciarse con el pueblo puso en libertad á los dos hijos de Haxem ben Abdelaziz, y al célebre y erudito maestro de ellos Jebir ben Gaith, de Libla, y les mandó restituir sus bienes: á Omar dió el gobierno de Jaen, que habia tenido su padre, y á Ahmed hizo capitan de caballería de su guardia. Esta gracia y jenerosidad insigne del rey Abdala fue muy acepta al pueblo, y aplaudida de todos los principales, próceres, walíes y caudillos del reino: fue tanto mas notable esta gracia del rey por cuanto los habia mandado clavar en palos el rey Almon-

dhır el dia de la batalla en que murió: solamente desagradó á los príncipes de la casa real, y entre ellos á su propio hijo el príncipe Muhamad, walí de Sevilla, que por rivalidades y competencias de mocedad y galanterías estaban enemistados.

Poco tiempo antes habia venido de Africa á España, desde Mersa Honain, un almoedan (1) de tierra de Telencen, hombre impostor que se decia profeta, y declaraba las sentencias del Alcoran á su antojo, dando mucha licencia de costumbres, y alterando las recibidas prácticas de las cinco azaláes ú oraciones diarias, sin alwados, laboratorios y purificaciones, y otras novedades. Luego fue acusado como sandic ó impío por sus estrañas opiniones: el rey Abdala mandó examinar sus doctrinas y conducta, y lo mandó poner en prision. En vista de las acusaciones y pruebas alegadas contra este almoedan consultó el rey á los alfaquíes y cadíes, y en especial al docto Baqui ben Machlad, célebre por su sabiduría y por su loable vida; y con el consejo de estos sabios le mandó clavar en un palo. En fin de este año 275 falleció en Zaragoza el cadí de su aljama Abdala ben Abi Maaman, hombre muy docto y de suma integridad; y en Córdoba Abês ben Firnâs, llamado Abulcasim, elegante alchatib ó predicador, y buen poeta, muy estimado de los príncipes.

(1) Almoedan llaman al munidor que desde lo alto del alminar ó torre de la mezquita pregona y avisa al pueblo las cinco horas de sus azaláes ú oraciones: estas son al alba, al mediodia, á media tarde, á la puesta del sol y al anochecer; y son sus nombres asobbi, adohar, alasar, almagrib y alatema

CAPÍTULO LXI.

DE LA GUERRA DE LOS PRÍNCIPES, Y DEL REBELDE ABEN HAFSUN.

Dispuso el rey Abdala su partida á tierra de Toledo contra el rebelde Aben Hafsun, y cuando toda la caballería estaba en Córdoba para acompañarle, vinieron los forénicos de Sevilla con avisos de haberse unido los príncipes Alcasim, Alasbag y Muhamad con los alcaides de Elisena y Astaba, y los de Elvira y Raya y serranías de Ronda: que los wazires fieles y gran parte de los ciudadanos resistian sus órdenes de hacer la guerra contra los de Jaen y de toda su comarca. Sintió mucho el rey Abdala estas novedades y desavenencias, y recelando que su hijo Muhamad inquietase con sus parcialidades toda la tierra de Jerez y Sidonia, porque los walíes de estas ciudades eran sus tios, y habian siempre favorecido sus pretenciones, envió á su hijo Abderahman, llamado despues Almudafar (1), para que con persuasiones hiciese por desenojar á su hermano mayor Muhamad, creyendo que su prudencia y buenas razones sosegarian aquel ánimo inquieto y soberbio. Luego partió Abderahman á tierra de Sevilla para hablar de paz á su hermano. El mismo dia llegaron avisos de Mérida que referian que el walí de Alisbona habia salido en cabalgada contra los Walíes de Lamico, Alfandica y Alfereda, que mantenian la frontera del Duero. Envió el rey á sosegar estas desavenencias y castigar al walí de Alisbona al wazir Abu Otman Obeidala ben Muhamad ben Algamri ben Abi Abda, ayo que habia sido de su hijo Abderaman Almuda—

(1) Algunos historiadores le llaman Almutaraf, que significa victorioso, triunfante; y la misma significacion tiene el *nombre* Almudafar.

far; y para sorprender á estos walíes tomó las naves que estaban en Welba y Oksonoba.

Partió el rey Abdala al cerco de Toledo, y antes de llegar á esta ciudad le avisaron que el càdí de Mérida Suleiman ben Anis ben Albaga se alzó en aquella ciudad contra el walí de ella, y le echó de la ciudad con grande inquietud y alboroto del pueblo. Sin dilacion pasó el rey Abdala con su caballería de guardia, y entró en Mérida cuando nadie le esperaba: el cadí sorprendido se vino á los pies del rey, y puso su cabeza sobre la tierra, y el rey, movido de su natural clemencia, le perdonó y le mandó encarcelar, y pocos dias despues, atendiendo á su poca edad, á su buen injenio y á los méritos y buenos servicios de su padre, le puso en libertad; y con el tiempo le hizo wazir, y llegó á ser de los mas ricos vecinos de Córdoba. Continuó el rey su espedicion á tierra de Toledo, y el rebelde Aben Hafsun no se habia descuidado en fomentar por parciales las discordias de Andalucía. En tanto que el rey combatia á los de Toledo, y hacia la guerra en sus comarcas á los de Aben Hafsun, algunos sediciosos quisieron alborotar la ciudad de Córdoba; pero los caudillos que estaban en ella, y la dilijencia de Muhamad ben Said ben Muza ben Hodeira, que estaba encargado de la prefectura de la policía, impidieron que el pueblo se mezclase en la conmocion: y presos los autores de ella fueron puestos en palos para castigo y escarmiento. Deseando Abdala estinguir el fuego en su oríjen, reunió su jente y fue á buscar al rebelde, que con movimientos y estratajemas evitaba el venir á batalla: en las orillas del Tajo en unas llanuras logró alcanzar la caballería de Córdoba á la de Hafsun, y pelearon los andaluces con tanto valor, que vencieron y pusieron en desordenada fuga á los de España oriental, aunque pelearon con mucha constancia. La noche suspendió el alcance, y muchos se ahogaron en el rio por huir de los que perseguian. Poços dias

pasaban sin trabarse reñidas escaramuzas: no queria el rey Abdala detenerse en los fuertes que ocupaban los que seguian la rebelion de Aben Hafsun, y así las provisiones y acémilas seguian siempre el campo del rey. Empeñada una sangrienta pelea quedaron las recuas y acémilas de provisiones en un valle cerca del Tajo, y mientras la caballería peleaba, unas taifas de caballería del rebelde sorprendieron las tiendas y recuas, y las tomaron, y huyeron con ellas al fuerte de Zurita, en la misma ribera del Tajo. Acabada la pelea las jentes del rey Abdala se hallaron sin provisiones, y fue forzoso mudar de plan para tener á su disposicion los fuertes. Recobró en pocos dias los de Uclis y Webde, y como el de Puli se obstinase con temeraria resistencia, fue entrado por fuerza, y los defensores todos fueron degollados. Entró en otros de la provincia con mucha facilidad; y contento de estas ventajas volvió al cerco de Toledo. Allí estaba la jente mas práctica en el ejercicio de las armas, y mas resuelta á mantenerse en aquella fortaleza.

CAPITULO LXII.

DE LA CONTINUACION DE LOS BANDOS Y GUERRA CIVIL.

Pocos dias despues recibió el rey Abdala avisos de su hijo Abderahman en que le comunicaba que su hermano mayor Muhamad no habia querido entrar en negociacion ni avenencia con él, ni le habia permitido entrar en Sevilla, ni contestar á sus cartas y persuasiones: que incitado de muchos revoltosos que se le habian juntado, recelaba que intentarian hostilidades contra Córdoba: que sus parciales ya tenian conmovida la tierra de Jaen: y así le parecia que dejase encargado el cerco de Toledo á sus caudillos, y se viniese luego á Córdoba: que esto le parecia

conveniente, y allí concertarian el plan que deberia seguir para reducir por fuerza á sus hermanos á la obediencia de su padre y señor. Estas cartas dieron mucho cuidado al rey Abdala, y ordenando lo conveniente para continuar el cerco de Toledo, se vino con mucha dilijencia á Córdoba. Entró en la ciudad sin dar parte de su venida, y así no fue recibido ni aclamado del pueblo. Concertó con su hijo Abderahman Almudafar la guerra que debia hacer á su hijo hasta echarle de Sevilla, prenderle y asegurar la tierra, castigando á los rebeldes que la inquietaban é infestaban. En este mismo tiempo llegaron nuevas de la Lusitania, y espedicion contra el walí de Alisbona, que fue muy venturoso por el valor y prudencia del wazir Abu Otman Obeidala el Gamri: el cual se apoderó del walí de Alisbona, y le cortó la cabeza: sosegó las desavenencias de aquellos alcaides: prendió á los de Xilbe, Biseo y Colimria; que habian sido del bando del desgraciado Abdelwahib de Alìsbona, y envió sus cabezas á Córdoba.

Ufano el rebelde Hafsun sabiendo las inquietudes de Andalucía, envió á tierra de Jaen á Obeidala ben Umia, que se apellidaba Asalat; este astuto caudillo, unido con Suar ben Hamdûm el Caisi, que tenia siete mil hombres, se apoderaron de las alturas de Somontan, en tierra de Jaen, y lograron entrar en Cazlona, y en otras fortalezas en las Alburêghalas ó Alpujarras; toda esta jente vivia de robos y desolacion: se unieron con ellos los secuaces de Yahye ben Suquela, emir de Alárabes, y la faccion de los maulidines, muy poderosa por sus riquezas, tenian á sueldo árabes y cristianos como seis mil hombres. De órden del rey fue contra ellos Ghaad ben Abdelgafir, walí de tierra de Jaen, encontráronse ambas huestes y trabaron sangrienta batalla, en que fue vencido Ghaad con pérdida de siete mil hombres, y él cayó en manos de los rebeldes con otros principales caudillos de su hueste, y los lle-

varon presos á las fortalezas nuevas de Garnata, al poniente de Medina Elvira. Con estas ventajas se estendieron los rebeldes por toda la provincia, y ocuparon Huescar, Jaen, Raya, Archidona y toda tierra de Elvira hasta Calatrava: fue esta desgraciada batalla en fin del
año 276. Cuando el rey Abdala supo estos des- 889
graciados sucesos juró no volver á Córdoba hasta deshacer estas taifas de bandidos.

Allegó el rey la jente de Andalucía y la caballería de su guardia: encargó los peones y ballesteros á Abderahman ben Badr Ahmed, caudillo muy práctico en aquellas sierras de Ronda y Alpujarras. Entró esta hueste por tierra de Jaen, y les salió al encuentro con sus bandidos el caudillo rebelde Suar ben Hamdùm, las jentes del rey vencieron y pusieron en desordenada fuga á los rebeldes, y en la batalla cayó herido el caudillo Suar, y no pudo librarse entre los suyos, que en el alcance fue conocido y preso: traido á la presencia del rey Abdala, luego mandó cortarle la cabeza, y la envió á Córdoba con la noticia de esta victoria: ocupó el rey la ciudad de Jaen y la de Loja, y las mandó fortificar: esto en principio del año
277. Cuenta Hayan que murieron en esta batalla 890
doce mil hombres, y que se llamó la batalla de Medina Elvira: murió en ella el amir ben Suquela.

Said ben Suleiman ben Gudi, que andaba con los de Jezid ben Yahye ben Suquela, emir de los árabes bandidos, describió estas batallas: en la de Jaen elojia al caudillo Suar ben Hamdùm, el Caisi, en estos versos.

Ya de la arrancada el polvo
Todo el cielo se oscurece,
Al encuentro de las lanzas
Se abrevan en sus raudales
Con lluvia de sangre apagan
Ellos atónitos huyen,
Pálidos y sin aliento
Pregunta á Suar te dirá

su hueste de pavor llena,
que densa nube se eleva:
tímidos la espalda muestran,
que iban de sangre sedientas,
la confusa polvareda:
la tierra les viene estrecha,
luego vienen en cadena.
de la encendida pelea,

Si las índicas espadas cercenaban las cabezas,
Despojando á los turbantes de bandas y cintas bellas.
A Beni Alhamra pregunta cuando su tiempo les llega,
Si chocaron como montes de altas cumbres descompuestas
Allí acabó Dios la jente que dejó nuestras banderas,
Y sobre ella volteó de la batalla la-muela
Con ímpetu arrebatado que ninguno de ellos queda.
A sin razon nos combaten con viles estratajemas,
Y caballos y peones sus máquinas desordenan.
De Adnán y Cathan los hijos se traban, luchan y estrechan,
Leones los acaudillan, rabiosos ansian la presa:
Presas de batallas buscan, gloria sin baldon anhelan.
El mejor Cais los conduce, su espada sangre destella,
Y entre las huestes camina á la altura mas escelsa.

El mismo hizo estos versos á la muerte de Suar en la batalla de Elvira.

De Suar se quebró la espada en esa de sierra Elvira,
La espada que á las hermosas de tristes lutos vestia,
La que de Mortales ansias daLa copas repetidas,
Y de una misma brindaba á jente noble y baldía.
Por solo Suar mil maté, que él solo por mil valia,
Por uno nuestro mil dellos es barata mercancía,
Lícito fue matar mas por igualar la partida.
Nuestras sedientas espadas en sus gargantas bebian,
Y sus fuegos apagaron en el raudal que corria.
Si nuestras valientes lanzas fortuna contraria humilla,
Tambien la columna dellos ó viene al suelo ú vacila.
Consuelo de Abi Sidqui. dos siervos de poca estima,
Sangre dellos no (1) colora como vil sangre vertida;
La nuestra se vengará, aunque en la poza caia.

Los rebeldes, despues de la muerte de Suar nombraron por su caudillo á un sirio , orijinario de Quinsarina, lla–

(1) Quiere decir que no pide venganza su sangre: por una antigua vana observancia pensaban los árabes que la sangre del hombre vertida violentamente, y no vengada, aparecia fresca , rociada y como renovada: á esto llaman ellos tollat, que espresa que la sangre como que se rocía . y renovando su vivo color, pide venganza. La poza, en el último verso,

mado Said ben Gudi (1): este, mas valiente y osado que discreto, confiando en el valor de sus aguerridas jentes, descendió á las vegas y llanuras de los campos de Garnata y de Loja. Las tropas del rey Abdala aprovecharon aquella ocasion, y con mucha resolucion y confianza acometieron á los bandidos, que fueron desbaratados y seguidos de la caballería; padecieron atroz matanza, el campo quedó lleno de cadáveres, y la victoria de las tropas de Abdala fue completa: el caudillo de los rebeldes cayó en manos de los soldados, muy herido, y despues de haber alanceado y muerto á muchos de ellos: lo presentaron al rey, que lo mandó matar, y antes le quemaron los ojos, y al tercero dia le cortaron la cabeza, que envió el rey á Córdoba con la nueva de esta batalla. Las reliquias del vencido ejército de los bandidos se juntaron en Elvira, y nombraron por su caudillo á un hombre ilustre y esforzado que se llamaba Muhamad ben Adheba ben Abdelatif el Hamdani, de orijen Persa, señor de Hisn Alhama; menos temerario que su antecesor, se ocojió á las asperezas y fragosidades de aquellas sierras, y evitó con prudencia el encuentro de las tropas del rey Abdala. Al mismo tiempo el caudillo del rey Ishac ben Ibrahim el Ocaili, capitan de caballería, tan esforzado como elocuente, y que con su voz y ejemplo solia animar á sus tropas, peleó con varia fortuna contra las jentes de Aben Hafsun, y logró echarlos de algunos fuertes que ocupaban, y se apoderó de la ciudad y fortaleza de Montixon, las reparó de sus ruinas, y las defendió largo tiempo contra las tentativas de los rebeldes; y conservó aquella tierra hasta el tiempo del rey Anasir Abderahman.

alude al sitio de la batalla, Elvira es poza en arábigo, ignorando el poeta que se llamó así de Iliberi.

(1) Era este caudillo hermano de otro caballero de quien se conservan versos que describen las batallas de Jaen y Elvira.

El wali Abderahman ben Badi aconsejó al rey Abdala que volviese á Córdoba para dar calor á la guerra de Toledo, y apaciguar las inquietudes de las comarcas de Sevilla, pues aquellos bandidos y jente perdida no debian detener al rey ni á sus caballeros. Siguió el rey este consejo, y dejó allí la jente que pareció bastante para perseguir á los salteadores y malandrines que andaban á monte. El caudillo de los rebeldes Abdala ben Asaliat, viendo esparcidas y mal paradas las taifas de la sierra, se pasó con su jente á Wescar con Ahen Hafsun, y permaneció mucho tiempo en servicio de este rebelde. Por otra parte el príncipe Abderahman Almudafar, peleaba con varia suerte contra los rebeldes de Sidonia, Jerez y Astaba. Salió contra él su hermano Muhamad con muy escojida caballería, y andaban en su campo sus hermanos y tios con todas sus jentes. El caudillo Ibrahim ben Hegâg el Lahmi con quinientos caballos guardaba la comarca de Sevilla, y en esta ciudad dió muerte á Coreib ben Otman ben Chaledum, y á un hermano suyo, porque se oponian á la rebelion, y persuadian la obediencia y fidelidad que debian á su rey Abdala. Asimismo ocupó la ciudad de Córdoba sorprendiendo á otro hermano de Coreib. Los parciales de este caudillo rebelde escribian y vituperaban á los caballeros de Córdoba y á todos los leales al rey, y solo fue loado de ellos Badr el Wasif, familiar íntimo del rey Abdala, y era tal su mordacidad que no perdonaba ni al mismo Ibrahim que los protejia y fomentaba, y se valia de sus escritos: eran estos Abu Omar ben Abdrabihi, y Muhamad ben Yahye el Calfat, hombre de tanto injenio como malignidad.

CAPÍTULO LXIII.

DE LA VICTORIA DE ALMUDAFAR, Y PRISION DE LOS PRÍNCIPES MUHAMAD Y ALCASIM.

Luego que el rey llegó á Córdoba envió su caballería á su hijo Abderahman Almudafar, y con este oportuno refuerzo se dispuso á buscar á los príncipes rebeldes. Entró en Carmona y en Sevilla, aseguró aquellas ciudades, y siguió la hueste de su hermano. Encontráronse los campeadores de ambas partes, y trabaron una reñida escaramuza: peleaban en ella los mas nobles y esforzados caballeros de Andalucía, los de Jerez, Arcos y Sidonia contra los de Córdoba, Ezija, Carmona y Sevilla: el empeño y valor de los caballeros hizo que la pelea fuese jeneral, y acometiéndose con todas sus jentes la batalla fue muy sangrienta: murieron muchos de ambas partes, y los de Almudafar no quisieron que se desmintiese aquel dia el glorioso nombre de su caudillo: vencieron y derrotaron á los del príncipe Muhamad á pesar del heróico valor de este y de sus caballeros y de toda su jente: muchos alcaides murieron peleando: el príncipe Muhamad, despues de haber hecho prodigios de valor, se le cayó muerto el caballo, y él mismo tan lleno de heridas que no pudo moverse, y le llevaron á presencia de su hermano Abderahman Almudafar, que le mandó curar y tener á buen recaudo: lo mismo avino al príncipe Alcasim, hermano del rey Abdala, que cubierto de heridas fue preso y presentado á su sobrino Almudafar, que mandó curarle y guardarle con el mayor cuidado. Pasó despues á Sevilla, y calmaron los bandos que habia en en ella con el suceso de esta batalla. Envió el príncipe Abderahman sus cartas al rey dándole cuenta del éxito de esta cruel batalla, y de la prision de su hermano Muhamad y de su tio Al-

casim, que estaban muy heridos. La noticia fue agradable por ver el término de esta guerra civil, pero muy sensible por la desgracia y pérdida de tantos nobles muslimes. El príncipe Muhamad murió en su prision; algunos dicen que de ponzoña que hizo dar su hermano Abderahman, y de órden de su padre dicen otros, que no es mas creible; otros cuentan que murió de sus graves heridas y de abatimiento de ánimo, que es lo mas cierto: murió, dia 10 de xawal del año 282: te- 895
nia entonces este desgraciado príncipe veinte y ocho años. Dejó un hijo de cuatro años Abderahman, que Dios guardaba para grandes cosas, como despues veremos. En la corte se llamaba este niño el hijo de Muhamad el Mactul ó asesinado, porque la opinion maligna del pueblo era que su padre no habia muerto de muerte natural.

En este mismo año 282 por resentimiento, y rivalidades se enemistaron el caudillo y wazir Abdelmelic ben Abdala, y el walí Omar hijo de Abdelaziz y salieron al campo en desafío, y Abdemelic mató á Omar ben Haxêm: pocos dias despues Almutaraf hijo del rey Muhamad, príncipe de la juventud por sus nobles prendas, mató á dos millas de Sevilla al walí Abdelmelic, y dió el principe el gobierno de Abdelmelic á Ahmed hijo de Haxêm ben Abdelaziz, hermano de Omar, cuya muerte vengó. El rey Abdala dió á Meruan, hijo de Abdelmelic, el cargo de alcatib, que habia desempeñado su padre muy á su satisfaccion. En ramazan de este mismo año mataron violentamente en una calle de noche al príncipe Almutaraf, que tenia veinte y cuatro años, hubo sospechas contra Meruan, por indicios de desafío, y fue preso por ellas, y permaneció encarcelado hasta el año 284 que murió en sus prisiones.

En el año 283, en la luna de jiumada postrera, falleció en Córdoba el wazir Teman ben 'Amri de los Alcar-

mas, á los noventa y seis años de su edad, fue wazir del rey Muhamad y de sus hijos Almondhir y Abdala, escribió en verso la conquista de España, con los hechos de sus walíes y reyes, y referencia de sus guerras, desde la entrada de Taric ben Zeyad hasta los últimos años del rey Abderahman ben Alhakem: habia nacido año 191.

Said ben Suleiman ben Gudi, de antigua y noble familia de Quinserina, anduvo algun tiempo en el bando de los muslimes, fue muy buen caballero, y se decia de él que tenia las diez prendas que distinguen á los nobles y jenerosos, que consisten en bondad, valentía, caballería, jentileza, poesía, bien hablar, fuerza, destreza en la lanza, en la espada y en el tirar el arco. Como en aquel tiempo hubiese desafiado á Calib ben Hafsun, este no salió al desafio: despues se encontraron en el campo, y Said le acometió, y le hizo perder la silla y cayó de su caballo, y le hubiera muerto Said sino le hubieran librado los suyos. Por esta enemistad se vino á la obediencia y servicio del rey Abdala, que le dió mando en la cora de Elvira, y allí le mataron con alevosía algunos de sus compañeros en la luna dylcada del año 284. Se decia que fue la causa de su muerte el haber hecho unos versos ofensivos á los Meruanes, que principian:

¡O hijos de Meruan! célebres en retiradas,
Si no son vuestros caballos tan sueltos en las batallas,
Pero sus pies en la fuga nunca estuvieron con trabas:
Sois las estrellas brillantes del val de Wadicalsaba;
Dejad los cármenes bellos, los alcázares y casas,
Porque mas les pertenecen á bravos de Beni Alarab.

El Asedi, poeta de los árabes de Elvira, hizo estos versos á su sepulcro:

¿Dó yace el que alimentaba á los pobres desvalidos,
Y fue su sombra en verano, y en el invierno su abrigo?

Breves céspedes le ocultan, pero céspedes floridos,
Que siempre le cubran rosas, y esté su jazmin sombrío:
Desde que da el campo flores, hoja el bosque y agua el río.
Ni desde que luce el sol hombres ni jenios han visto
Otro que mas noble fuese que el Said aquí escondido:
¡O lágrimas de mis ojos, regad la senda de mirtos.

El año 285 fue de gran esterelidad y carestía, y hubo hambre jeneral en España y Africa, que los pobres se comian unos á otros: se siguió la peste, y fue tanta la mortandad, que se enterraban muchos en cada sepultura, que no habia quien las hiciese, y los mismos hombres ya moribundos se iban á los cementerios, y los enterraban sin lavar los cadáveres y sin oraciones.

CAPÍTULO LXIV.

DE LA ENTRADA DE LOS REBELDES EN GALICIA. Y BATALLA DE ZAMORA.

Aquietadas las turbulencias de Andalucía, puso el rey Abdala nuevos gobernadores en Jerez, Astaba y Sidonia. Queria el rey dar á su hermano Alcasim el gobierno de Sevilla; pero se opusieron su hijo Almudafar y otros walíes, y continuó olvidado y como preso: el gobierno de Jaen se dió á Abdelwahid, caudillo en aquella frontera, contra Aben Hafsun y los rebeldes de los montes, Andaba en el partido de Hafsun un caudillo llamado Ahmed ben Moavia ben Alkiti, apellidado Abulcasim, era de los Maulidines, pariente de la familia real, y en las vanas pretensiones de los príncipes buscó el favor del rebelde Hafsun: como este tenia por suya la tierra de Toledo y Talavera quiso dilatar sus fronteras á la parte de Galicia, y correr aquellas comarcas. Estaba el rey Abdala en paz con el rey de los cristianos de Galicia, y en esta seguridad tenian descuidada la frontera. El caudillo Abul-

casim entró con mucha jente de á pie y de á caballo por Zamora, robando los pueblos así de cristianos como de muslimes. Los alcaides de aquella frontera avisaron al rey Abdala y tambien al de Galicia, diculpando aquellas algazaras que ellos no podian evitar, que no eran suyas ni de los buenos y honrados muslimes súbditos sumisos de su señor. El walí Ahmed ben Alkithi con mucha vanidad y orgullo escribió al rey de los cristianos amenazándole que si no se hacia muslim ó su vasallo, que venia á echarle de sus tierras, y hacerle morir mala muerte si caia en sus manos. Cuentan que la jente que llevaba este caudillo eran sesenta mil hombres, muchos berberíes traidos á sueldo, muchos bandidos y jente de Alguf, de Algarbe, de Toledo y sus confines, y de la jente de España oriental. Los cristianos de Galicia juntaron sus jentes y vinieron contra el caudillo Ahmed, y encontrándose estos grandes ejércitos en cercanías de Zamora trabaron sangrienta pelea, que mantuvieron con gran furor y encarnizamiento cuatro dias; los arrayaces berberíes, el último dia, otros dicen que el primero, abandonaron el campo de batalla, que los muslimes de España oriental y tierra de Toledo pelearon con mucha constancia, y el mismo caudillo Ahmed, que perdió la vida peleando: con su muerte los muslimes huyeron sin órden, y los cristianos hicieron en ellos gran matanza. En la fuga murió Abderahman ben Moavia, insigne caudillo de Tortosa. Cortaron los cristianos muchas cabezas, y las pusieron en las almenas de Zamora y en sus puertas; y esta derrota fue célebre entre los cristianos y fronterizos con el nombre del dia de Zamora: fue la batalla de Zamora y derrota en ella de los muslimes rebeldes año 288.

Falleció en Córdoba en fin del año 287 el docto alfaquí de Andalucía Ibrahim ben Nesar: su entierro fue muy concurrido, y continuó la jente en el cementerio gran parte de la noche, y en el dia seteno se 900

leyó en su sepulcro un elójio de su virtud. Hizo el rey cadí de aljama de Córdova á Nadhr ben Salema el Kelebi, que habia hecho dimision de este cargo, y queria que se diese á su hermano Muhamad ben Salema, que lo fue despues.

CAPITULO LXV.

DE LAS TREGUAS CON EL REY DE GALICIA, Y OTROS SUCESOS.

En este tiempo se decia en Córdoba que el walí de la frontera Ishac el Ocaili, que tenia en su poder el fuerte de Montixon, y lo habia defendido de los rebeldes, haciéndoles mucho daño en sus correrías, que ahora se habia concertado con ellos y les ayudaba conservando el gobierno de su ciudad y fortalezas: esto en principio del año 289. Fue jeneral el sentimiento de los pueblos por la derrota de Zamora, y muchos de los muy fervorosos secuaces del Islam predicaban que el pueblo muslime debia armarse todo para la venganza de la derramada sangre de sus hermanos. El rey Abdala, lejos de ceder á las instancias de los fanáticos que le aconsejaban hacer sus avenencias con Calib ben Hafsun, y declarar la guerra á fuego y sangre contra cristianos. Envió al caudillo Obeidala el Gamri, que estaba en Alisbona á tratar con el rey de Galicia (1) para conservar su buena intelijencia y mantener sus concertadas treguas. El walí hizo su embajada y concertó sus treguas como el rey deseaba, y dispuso el ánimo del rey de los cristianos á mantener una recíproca amistad, y hacer la guerra sin cesar á los rebeldes que llegasen á las fronteras. Estas negociaciones desacreditaban

(1) Lo era en este tiempo Alfonso III, el Magno: los árabes llamaban reyes de Galicia á los que nosotros de Leon, Asturias y Galicia: á los de Navarra, Sobrarbe y Cataluña llamaban los de los montes y los de Afranc.

al rey Abdala con los austeros y muy relijiosos muslimes de las aljamas de Andalucía, y llegó en algunas ciudades el atrevimiento de los imanes y alchatibes, á omitir su nombre en la chotba, ú oracion pública, como si fuese mal muslim ó descomulgado. En Sevilla fue esto practicado con mayor osadía, favoreciendo estas insolentes opiniones y hablillas el príncipe Alcasim. Avisado el rey de esto envió al wazir Abdelwahib, hombre astuto y de valor, que halló ser verdad cuanto habian comunicado al rey, que en vez de su nombre se ponia en la oracion pública el de Moctesidbilah, califa de Oriente, y que públicamente decia Alcasim que no se pagasen al rey Abdala las rentas de azaque, que era mal muslim y descreyente, que empleaba los diezmos contra los muslimes. Avisó al rey de todo, y le mandó prender al príncipe Alcasim, y convencido de todo fue muerto en la prision con una bebida que le prepararon· esto fue año 290: era este príncipe Alcasim de gran injenio para la poesía y se le conocia por el Gurian.

Desterró el rey por estas hab'illas sediciosas á muchos alimes célebres, y huyendo de estas persecuciones partió para Oriente el insigne alfaquí Zacaria ben Alchitab, de Tutila, famoso por su loable vida y grandes conocimientos, que honró su patria en las mas apartadas rejiones. Los parciales de Hafsun no perdian estas ocasiones de adelantar su partido, y en tanto que sus caudillos mantenian la guerra contra las tropas del rey Abdala, este rebelde Calib Omar ben Hafsun, que estaba este disfrazado en Balay, veinte millas de Córdoba, se atrevió á entrar en ella con mucho secreto el año 293; pero 905 fue descubierto por un estraño incidente.

La vijilancia de los wazires del rey descubrió que entre los sediciosos que calumniaban al rey y sus ministros andaba un noble jeque que habia sido cadí de Mérida, á *quien el* rey Abdala habia dejado de castigar por su mu-

cha juventud y por su buen injenio: era este Suleiman ben Albaga, de Mezquineza: habíanse divulgado unos versos harto injeniosos y satíricos en que se indicaba manifiestamente al rey, dándole el apodo de el Himaro con muchas imprecaciones al que le conducia y guiaba, aludiendo á los principales ministros que el rey tenia. De unos en otros vino á averiguarse que el autor de la sátira era Suleiman, y el rey le mandó traer á su presencia, y le dijo: por Dios, amigo Suleiman, que mis beneficios han caido en muy mal terreno, y que no te merecia estos vituperios, ó siquier sean alabanzas, que para mí lo mismo valian siendo tuyas: puesto que ahora debiera yo darte á gustar el rigor de mi justo enojo, pues tan poco te aprovechó el favor de mi benignidad y mansedumbre: si en otro tiempo me pudiste loar como demasiado manso, ahora tendrias ocasion para maldecirme como cruel; pero no ha de ser así, yo quiero que vivas, y que cuando yo te lo mande me repitas tus versos, y para que veas que los estimo en mucho, has de pagar mil doblas por cada uno, y si mas hubieras cargado al Himaro, mas cara y mas preciosa seria la carga. Suleiman se llenó de confusion, y puesta su cara á los pies del rey le pidió que le perdonase. Hízolo así el rey: el poeta, lleno de agradecimiento, sabiendo que estaba Aben Hafsun oculto en Córdoba descubrió este secreto, y el prefecto de la policía aseguró á Suleiman porque no pudiera avisar á los parciales de Aben Hafsun. Esta prision puso en sospecha á sus parciales, que sabian que Suleiman estaba antes en sus maquinaciones y secretos, y aconsejaron al rebelde su pronta fuga; y á la hora desapareció. Arrestaron los wazires á varios tenidos por desafectos, y algunos fueron atormentados; pero no se averiguó otra cosa que entender que ciertamente habia estado en Córdoba, y que habia salido en traje de mendigo pidiendo de puerta en puerta.

En este año 294 falleció Ibrahim ben Isá el Moredi, 906

de Ezira, de los hombres mas sabios de este tiempo, á quien consultaba el rey Abdala con mucha frecuencia, Tambien murió este año Alhasan ben Sargibil, de Badalyos, hombre célebre por su erudicion. En este tiempo sucedió una cosa muy memorable que refieren Homaidi y ben Pascal, y acreditada la estimacion popular que se hacia en Córdoba de la virtud y loable vida del sabio alfaquí Baqui ben Machlad: cuentan que cierto dia vino una pobre mujer á Baqui y le dijo: hace ya mucho tiempo que un hijo mio está cautivo en poder de cristianos, y por mis cortos bienes no he podido rescatarle, ni hallo quien quiera comprarme una pobre casilla que tengo; y aunque logre venderla, ¿quién me hará las diligencias necesarias para su libertad? así yo ni de dia ni de noche tengo un instante de reposo: el viejo alfaquí la consoló, y dijo que tuviera mucha confianza en Dios, que todo lo remediaria su divina bondad: rogóle la mujer que él se lo pidiera á Dios, y él dijo que así lo haria, que fuese á su casa con buenas esperanzas. Fuese la pobre mujer, y el jeque movió sus labios y pidió al señor que consolára á la triste viuda. Pocos dias despues vino la mujer con su hijo á buscar á Baqui, y le dijo como ya habia venido libre; y contaba el mancebo que el estaba cautivo en poder de unos señores cristianos, que estaba con otros cautivos muslimes, que los tenian al cuidado de un hombre que los llevaba cada dia á trabajar al campo, que llevaban sus cadenas con argollas en los pies, que estando en una ranchería de trabajo con el que los guardaba se le cayeron de sus pies las cadenas al suelo, y ajustando el tiempo, dia y hora de este acaecimiento, se halló que habia sido el mismo en que la pobre mujer habia acudido al jeque Baqui, que el que los guardaba fué gritando contra él cuando le vió caidas sus cadenas, diciéndole: ¿porqué rompiste tus cadenas? Que él dijo: no las rompí, que ellas se me cayeron de mis pies, y llevándole delante de su señor, que allí le

tornaron á poner sus hierros, y como hubiese andado algunos pasos volviéronsele á caer las cadenas de sus pies, y que meditaron sobre el caso, y consultaron sus monjes, y que le preguntáron: ¿acaso tienes madre? y como respondiese que sí la tenia, entonces dijeron ellos: sin duda Dios oyó sus oraciones, y pues Dios te da libertad, nosotros no podemos encadenarte ni quitártela, y que entonces lo enviaron á la frontera de los muslimes. Que Baqui les dijo: todo es obra de la divina voluntad, dad gracias á Dios.

En el año 295 falleció en Zaragoza Muhamad ben 907
Suleiman ben Telid, de Wesca, cadí de la aljama de aquella ciudad, y antes lo habia sido de la de su patria: fue hombre muy docto y de mucha integridad, muy austero, que nunca recibió dádiva de ninguno ni asistió á ningun convite ni festin: fue sú entierro acompañado de toda la jente de la ciudad: fue puesto en su lugar Ibrahim ben Harûn ben Sohli, alfaquí muy docto y de loable vida, que apenas vivió un año despues de su eleccion.

Cuando Calib Aben Hafsun llegó á su hueste, que estaba en tierra de Toledo, pasó á correr la tierra de Calatrahba: en aquellos campos le salió al encuentro el wazir Abu Otman Obeidala ben Gamri, y le venció en muchas escaramuzas, y ocupó algunos fuertes de aquella tierra; y en el año 296 le dió una batalla sangrienta en que acabó toda su caballería, y le causó gran matanza, obligándole á refujiarse en Toledo y en algunas fortalezas sin que osaran salir á batalla campal en mas de tres años. En el de 297 murió en Córdoba Obeidala ben Yahye, el Maithi, hombre de prodijiosa erudicion, habia recorrido las academias de Africa, Egipto, Siria, y de las Iracas, y entre otros muchos escritos dejó dos preciosas historias de alfaquies y de alcadíes célebres. Este año 297 murió en Córdoba Suleiman ben Harûn el Rayeni, de Toledo, conocido por Abu Ayûb, que escribió una historia jeneral.

En el año 298 el príncipe Abderahman Almudafar prendió al rebelde Ibraihm ben Alhegâg: sus jentes fueron sorprendidas por la vanguardia de Almudafar, y por lograr que el príncipe no los pasara á filo de espada á todos, le entregaron atado su caudillo, y Almudafar luego mandó descabezarle en pena de su perfidia y atrocidades.

CAPITULO LXVI.

DEL RETIRO DEL WALÍ ABU OTMAN, OTRAS OCURRENCIAS EN CÓRDOBA.

En este mismo año el caudillo Obeidala ben Gamri, que tantas victorias habia conseguido de los rebeldes, supo que el príncipe Almudafar solicitaba que su padre le retirara del ejército y del gobierno de la provincia de Mérida que tenia: resistió el rey Abdala esta propuesta en consideracion á los escelentes servicios de Abu Otman Obeidala: insistió el príncipe diciendo, que bien conocia el mérito del walí, pero que ya era viejo, y estaba mas para el reposo que para la enerjía y fatigas de la guerra: pero el rey le respondió resueltamente que no pensaba retirarle en tanto que el walí no lo pretendiese. Almudafar sincerando sus intenciones dijo á su padre; sea, señor, como os place, que yo lo decia con mucho respeto á sus honrados años y venerables canas, que son mas para el consejo que para el campo de batalla. Informado el walí de esto escribió al rey pidiéndole que le concediese retirarse de los cuidados del mando, y le dió licencia para hacer su alhije ó peregrinacion relijiosa: esto lo hizo por no inquietar al príncipe, que deseaba el gobierno de Mérida y el mando de las tropas que él tenia; pero le quedó muy en el alma la enemistad que concibió contra él. En este tiempo murió peleando en la frontera de España oriental Niam el Chalaf ben Abi Chasib de Tutila, que era caudillo frontera en

aquella tierra, y era tan esforzado con ingenioso poeta.

Cuando el wazir Abu Otman Obeidala ben el Gamri se retiró á Córdoba, el rey Abdala le hizo capitan de su guardia de esclavos ,que era jente estranjera oriental muy estimada, de mucha jentileza y valentía, y de mucha fidelidad : esta guardia era interior en el alcázar, y usaban de espada de dos manos, escudo y maza de armas. El príncipe Abderahman Almudafar fue á mandar las tropas que hacian la guerra al rebelde Aben Hafsun, y desde luego principió á perseguir á los insurjentes de la provincia con tan ardiente empeño que no osaban parecer en campo contra él· cuantos venian á sus manos de los rebeldes eran luego alanzeados ó descabezados, y en la disciplina militar era en estremo duro y rigoroso, de suerte que de los enemigos y de los suyos era temido. En Córdoba el walí Obeidala ben Gamri se declaró como protector del jóven Abderahman, hijo del príncipe Muhamad el Mactul, y procuraba ganar el corazon del rey y la aficion de los jeques, walies, wazires y otros principales á favor de este mancebo: su jentileza y amables prendas eran las delicias de Córdoba, solo el rey Abdala no se manifestaha á las claras por no dar inquietud á su hijo Almudafar; pero oia con mucha complacencia las alabanzas de su nieto.

Suleiman ben Wenasos, el berberí, era capitan de los africanos de la guardia del rey, y era wazir y del consejo de estado, harto célebre por su erudicion y prudencia y por su carácter severo y libre: refiere Aly ben Ahmed que este wazir entró un dia á la presencia del rey Abdala ben Muhamad con una luenga y espesa barba (1) que él tenia, cuando le vió el rey, que estaba de buen humor, le dijo

(1) La barba entre los árabes era signo de autoridad y de libertad, solo á la juventud en sus floridos años se disimulaba el no llevarla, y aun ahora á los esclavos no se permite el tenerla crecida: pero un muslime ya casado y con hijos no puede honradamente presentarse sin sus barbas.

unos versos satíricos vituperando y ridiculizando el uso de tan desmesurada barba, y luego le dijo: sentaos Barbarillo, y se sentó, y sin poder disimular su enojo por aquellos versos, dijo al rey: si los hombres no fuéramos tan fatuos, ni viniéramos á estos alcázares con nuestras necedades, ¡de cuántos disgustos y humillaciones nos escusaríamos! pero la fatuidad y locura nos engaña, y no acabamos de saciarnos de desengaños, ni acabaremos hasta que nos pongan en franquía nuestros estrechos sepulcros: allí reposará nuestra vanidad y nuestras máquinas aereas: y diciendo esto puso su mano en tierra, y se levantó, y sin mas salutacion ni cortesía se fué á su casa. Disgustó al rey esta salida rústica, y como pasaron algunos dias sin que Aben Wenasos pareciese, le depuso de su capitanía, y la encargó á otro. No pasaron muchos dias cuando se acordó el rey Abdala del buen juicio y prudente consejo del wazir Aben Wenasos, y manifestó á sus wazires que deseaba verle; pero dudaba como decírselo: uno de los wazires llamado Muhamad ben el Walid ben Ganim, dijo al rey que si le daba licencia, que él iria, y esperaba que viniese: dióle el rey licencia, y pasó ben Ganim á casa de Wenasos, llamó, y se anunció que era un wazir del rey, porque era costumbre del gobierno de los Omeyas de España que un wazir no entraba sino en casa de wazir de su misma clase: tardó en responder como despreciando su visita, ya dió licencia, y fue conducido á su estanza, y permaneció sentado en su almohadon sin levantarse ni ofrecerle su estrado: Ben Ganim le dijo· ¿qué es esto? ¿no sabes que soy wazir del rey como tú? ¿por qué no te levantas y me ofreces tu estrado con el honor debido? y le respondió Wenasos: eso era en tiempo pasado, cuando yo era fatuo siervo como tú; pero ya soy horro, como ves: Ben Ganim no pudo persuadirle que dejara su estravagante retiro, y lo dijo al rey, que manifestó que sentia que tan honrada barba como aquella hubiese perdido su consejo.

En este tiempo Muhamad ben Adha el Hamdani, caudillo de los rebeldes de sierra Elvira, como desde el principio del levantamiento se hubiese desavenido de con los otros caudillos rebeldes de las Alpujarras, anduvo mucho tiempo errante y sin lugar seguro: por último se estableció en Hisn Novales, que los pueblos mismos le llamaron para que los defendiese de los robos y vejaciones que les causaban los bandidos. Este prudente caudillo logró reunir mas de cien poblaciones por la mayor parte fuertes por su situacion, y persuadió á la jente principal de estos pueblos que se pusiesen en obediencia del rey, y le enviaron á pedir perdon y seguridad: se presentó en Córdoba, y fue muy bien recibido del rey; pero no faltaron impedimentos maliciosos para que no se acabara su pretension tan pronto como él deseaba: despues hubo tales incidentes, que el rey les dijo que todos los asientos en el consejo eran iguales, que solo era precedente y distinguido el suyo, y que ya su padre Amir Muhamad habia declarado que en caso de precedencias los de Siria precediesen á los árabes veledines.

CAPITULO LXVII.

DE LA EDUCACION DEL PRÍNCIPE ABDERAHMAN, Y MUÈRTE DEL REY SU ABUELO.

Habíase puesto mucho cuidado en la crianza de Abderahman desde que se desteló, que fue al tiempo de la desgraciada muerte del príncipe Muhamad, su padre: de órden de su abuelo el rey Abdala se le pusieron los mas famosos maestros, que le enseñaron luego que empezó su niñez en las mejores enseñanzas: leyéronle Alcoran, y aprendió de memoria sus doctrinas, y cuando tuvo ocho años le enseñaron la sunna y ciencia de hadices, ó historias tradicionales, la gramática, poesía y proverbios árabes, vidas de príncipes, ciencia de gobierno y otros conc-

cimientos humanos: luego aprendió á bien cavalgar y manejar con jentileza un caballo, flechar y lanzar, usar de todas armas y estratajemas de guerra, y en esto se ejercitaba desde sus once años. Cuando Abderahman jugaba con otros mancebillos de su edad, le miraba el rey su abuelo tan embebido, qne se olvidaba de todo, y en una de estas ocasiones, como distraido no viese que ya sobrevenia á mas andar la noche, se lo avisó su wazir y capitan de guardias Abu Otman Obeida ben Gamri, y dijo estos versos celebrando á su nieto y escusando su distraccion.

¿De qué sirves, alcohol, en ojos de mi corzillo?
Inútil como las marcas, siendo mas que todos lindo
¡Cómo si no fuesen rosas entremezcladas con lirios
Sus mejillas, y su talle cual tierno ramo de mirto!
Cuando la mirada vuelve, de sus ojos al hechizo
Ni del dia ni la noche la diferencia percibo (1).

En el año 299 fue el eclipse grande de sol, que 911 se oscureció todo: fue miércoles, á 29 de la luna de xawal, despues de la oracion de alazar, que muchos se adelantaron á venir á las mezquitas para la oracion de almagrib ó puesta del sol, porque oscureció y se veian las estrellas: luego principió á clarear como un tercio de media hora, se puso el sol y concurrió la jente á la oracion. En este mes falleció en Córdoba el sabio Gebir ben Gaith de Libla, que fue maestro de los hijos de Haxem ben Abdelaziz, y era famoso por su insigne erudicion. En este mismo año 299, al principio de la luna de safar, falleció la sultana Athara madre del rey Abdala, á la que el rey amó, honró y respetó toda su vida, y lloró con amargas lágrimas en su muerte. Mandó labrar un magnífico sepulcro

(1) Quiere decir que el resplandor de sus ojos suplia la luz del sol: le llama corzillo, espresion cariñosa usada en las costumbres y poesía oriental.

para enterrarla en el alcázar de la Rusafa, y se celebró su entierro con gran pompa: triste desde entonces, no pensaba sino en su muerte, y mandó hacer otro sepulcro cerca del de su madre para que en él le diesen sepultura. En este tiempo de su tristeza y profunda melancolía hizo aquellos versos suyos ascéticos, llenos de vivísimas imájenes que principian:

¿El estrépito no escuchas?
rápido bate las alas
El plazo fatal que llega
burlando tus esperanzas:
¿No ves que á su fin camina
el mundo con presta marcha,
Y que nada permanece,
y en él no es estable nada?
El da prisas sin avisos,
ningunas insignias alza,
A todos á su fin lleva,
y en sus caminos no para.

De su continua tristeza y gran melancolía adoleció gravemente, perdió el dormir y la apetencia, y en pocos dias de calentura conoció que se llegaba su muerte: congregó á sus wazires y walíes, y declaró por futuro sucesor del imperio á su nieto Abderahman, hijo de su hijo mayor Muhamad, encargando de esta declaracion á su hijo Almudafar que protejiese y amparase al jóven Abderahman como si fuera su hijo propio. Un año y un mes despues de la muerte de su madre en la accesion de una calentura falleció á principio de la luna de rabié primera del año 300 de la Hejira, á los veinte y cinco años de su reinado, y sesenta y dos de su edad: dejó once hijos, fue un rey bueno, animoso en medio de las alteraciones y discordias de todas las provincias de España, fue escelente caudillo de sus tropas en la guerra, político y observador de sus pactos, y por esto fue censurado de los fanáticos como mal muslim porque no hizo continua guerra á los cristianos.

CAPÍTULO LXVIII.

DE ABDERAHMAN ANASIR LEDINALA.

Acabada la pompa funeral del rey Abdala, en el mismo dia quinto de la luna de rabié primera del año 300 de la Hejira, fue aclamado con jeneral alegría Abderahman, hijo del príncipe Muhamad, y nieto del difunto rey Abdala: apellidábase Abulmatoraf: la madre que le parió se llamaba María, hija de padres cristianos: estaba Abderahman en la flor de su edad, apenas tenia veinte y dos años, era de mucha jentileza y de hermosura y gravedad digna de príncipe, de color blanco y sonrosado, de ojos azules, y de muy agradable mirar; pero todavía era mas la bondad de su corazon y virtuoso ánimo. Era de buen injenio, de mucha erudicion, y prudente mas que prometian sus pocos años, afable y de graciosa conversacion. Estas prendas eran muy conocidas de todos, y así fue jeneral el contento de los pueblos en su jura y aclamacion. El príncipe Abderahman Almudafar, su tio le amaba como si fuera su hijo, y fue el primero que le juró obediencia, y este juramento fue recibido de Abderahman con tan manifiestas demostraciones de amor y respetuoso decoro, que se rasaron de lágrimas los ojos de los circunstantes. El mismo dia de su jura restituyó al cadí Muhamad ben Said ben Muza ben Hodeira el cargo judicial que habia servido con mucha integridad. En todas las mezquitas principales se hizo la chotba ú oracion pública por el nuevo rey. Por amor y respeto á su abuelo se llamó tambien Abdala, y sus pueblos por el mucho amor que le tenian, y esperanzas que habian concebido de su bondad le llamaron Anasir Ledinala, defensor de la ley de Dios, Amir Almumenin, príncipe de los fieles, y otros títulos que andaban discurriendo para honrarle y engrandecerle. Desde luego se dedicó á pro-

curar la reduccion de los rebeldes, y allanamiento de los pueblos que estaban fuera de su obediencia. Con su afabilidad logró deshacer enemistades y desavenencias antiguas, redimió quejas y venganzas de sangre entre algunas antiguas familias, y con su dulzura y prudencia ganó los corazones de muchos ofendidos.

Mandó el rey Abderahman Anasir allegar las jentes de pelea para perseguir á los rebeldes, y se juntaron tantas, que fue necesario indicar el número de los que debian seguir cada bandera, para que no dejasen todos sus familias. Entró en tierra de Toledo con cuarenta mil hombres con ciento y veinte y ocho banderas. Ocupó esta hueste las fortalezas que tenian en su poder los rebeldes: Hafsun temió el encuentro de este ejército, y se retiró á España oriental, á fin de levantar mas jente y venir con ella á oponerse al nuevo rey, dejando entretanto en Toledo á su hijo Jiazar con harta jente para defender aquella ciudad, y bien abastecida para mantener un largo cerco. De toda la provincia sola esta fuerte ciudad no se vino á la obebiencia del rey: todos los pueblos acudieron á porfía á ponerse bajo su fe y amparo. No pareció conveniente detenerse en el cerco de Toledo, sino dirijir estas fuerzas á la parte de España oriental; y en las primeras marchas hubo aviso de la venida de Hafsun con poderoso ejército. Esta nueva causó alegría á todos los esforzados caudillos y valientes tropas de Aberahman. Su tio Almudafar ordenó sus haces, tomó á su cargó el órden de batalla, y quiso acaudillar la delantera: dió al rey el centro y principal cuerpo de batalla: su derecha al walí Abderahman ben Badr, y su izquierda al walí Gehwar ben Abdala el Hezami, y la zaga y jente de reserva al respetable anciano Obeida ben Gamri. Los de Hafsun superaban en número, pero eran inferiores en armas y caballería, sus caudillos los hombres mas aguerridos y valientes de España oriental y de las sierras de Tadmir y de Elvira.

Encontráronse estas enemigas huestes en una espaciosa llanura la mas acomodada para los horrores de una batalla. Los campeadores de una y otra hueste trabaron algunas lijeras escaramuzas, y retrayéndose á los cuerpos de batalla, como de un acuerdo se acometieron ambos ejércitos con espantoso alarido y estruendo de añafiles y trompetas: estuvo mucho tiempo incierta la suerte de la pelea; pero la fuerza de la caballería de Abderahman atropelló y puso en desórden á la jente de Hafsun á pesar del valor y constancia de sus caudillos, y á la caida del sol abandonaron el campo á los vencedores, dejándole cubierto de muertos y heridos. Huyeron aquella noche las reliquias del vencido éjército, dejando siete mil tendidos en aquel horroroso campo: tambien murieron muchos de la hueste del rey, que los enemigos eran valientes y sabian bien el menester de las armas, se contaron perdidos mas de tres mil. Se retiró Hafsun á Hisn Conca y á otros fuertes de aquella tierra. Llenó de horror al rey Abderahman el campo de batalla. Viendo desperdiciada tanta sangre de muslimes, como sino tuviera el islam enemigos en España, y no hubiese todavía en sus fronteras sangre no vengada. Mandó curar con igual cuidado los heridos de ambas huestes.

Despues de esta victoria el rey Abderahman acompañado de los caudillos de Andalucía y de su guardia vino á Córdoba, y su tio Almudafar continuó haciendo la guerra al rebelde Hafsun: se allanó en esta espedicion toda tierra de Toledo, desde las vertientes de Axarrat al mediodia hasta tierra de Tadmir, y el rebelde Hafsun no se atrevió á salir de los fuertes mas enriscados. En el año 302
mandó el rey Abderahman Anasir mudar el cuño de 914
la moneda de oro y de plata: sus antecesores habian conservado el mismo tipo y forma de la moneda de los califasde Damasco, y solo se diferenciaba la de España de *la de* Oriente en el lugar y época en que se labraba, así

en los dinares ó monedas de oro, como en los dirhames ó monedas de plata, y en los feluces ó monedas menudas de cobre, y ordenó que se pusiese por un lado su nombre y títulos, y por otro la confesion de la unidad de Dios y la mision profética, y en la orla de un lado el lugar y año en que fuese labrada. Asimismo hizo poner en sus títulos en ella el de imam ó príncipe de la relijion, como hacian los califas de Oriente. En este año 302 falleció en Sevilla su patria el docto Ibrahim ben Ahmed ben Maad, hombre muy respetado en aquella ciudad; fue sobrino del célebre Saad ben Maad, y discípulo suyo en toda especie de erudicion. Asimismo murió este año en Zaragoza Casim ben Thabita ben Hazami el Adfi; habia viajado en Africa, Ejipto y Siria, y habia tratado, estudiando en las célebres escuelas de todas partes, con los mas famosos sabios de aquella edad; vuelto á su patria le propusieron varias veces para el cargo de cadí de la Aljama de Zaragoza, y lo rehusó, y nunca quiso aceptarlo: llevaba esto á mal su padre, que era de los principales de la ciudad, y por úliimo le apuró tanto, que el hijo le pidió tres dias para resolverse á obedecerle en esto, y en el último de los tres dias murió, que no le queria Dios por aquel camino: mereció siempre la estimacion de cuantos le conocieron y trataron: habia nacido en 20 de dylhajia, año 247.

CAPÍTULO LXIX.

DE LA ESPÈDICION DEL REY ABDERAHMAN ANASIR AL MEDIODIA DE ESPAÑA.

En tanto que Almudafar seguia la guerra contra el rebelde Hafsun en la frontera oriental, el rey Anasir quiso visitar las comarcas de la parte del mediodia de España, y sujetar á los alárabes de sierra Elvira y Somontan, que no daban un momento de reposo á los pueblos de aquella

tierra. Entró en ella el rey con la jente de Córdoba y parte de su guardia, y con su presencia sola hacia tantas conquistas como por la fuerza de sus armas. Se pusierou en su obediencia muchos pueblos, que al mismo tiempo que voluntarios se ofrecian á la merced del rey, le pedian armas y le juraban emplearlas en defender su tierra contra rebeldes y bandidos, y mantenerla siempre en su servício: el rey los recibia bien á todos, y quedaban tan adictos á su señor, que los mas esforzados seguian el campo del rey, y querian ser los primeros en todos los trabajos y peligros de la guerra. Los principales secuaces de Hafsun que andaban en estas comarcas, se vinieron á someter al rey Anasir, y con su natural bondad á todos los recibia y destinaba conforme á sus circunstancias, olvidando su rebeldía y y los males que habia producido, deseando la paz de los pueblos para reparar con ella las calamidades y estragos de la guerra civil y de la discordia de las tribus. Entre los principales se vino á la merced del rey en este tiempo el walí Ahmed ben Muhamad ben Adha el Hamdani, caudillo de los rebeldes de sierra Elvira: recibióle bien Abderahman, y dió la alcaidía de Alhama, sitio muy fuerte de aquella comarca: asimismo se presentó á la obediencia del rey Anasir un noble jeque llamado Obeidala ben Omeya, que estaba apoderado de Cazlona, y seguia las banderas de Hafsun, y mandaba las jentes de Huescar: el rey atendiendo á su nobleza y valor le hizo walí de Jaen. Despues de haber visitado todas las comarcas de Elvira sin hallar en ninguna parte resistencia, habiéndose pacificado los caudillos mas poderosos de los rebeldes, con mas de doscientos pueblos fuertes, se volvió el rey á Córdoba, despidiendo muy contentos á los jeque: y alcaides que le habian acompado: su entrada en Córdoba fue un dia grande de fiesta y jeneral alegría. En este año de 303 falleció en Toledo el cadí de la aljama de aquella ciudad Ishac ben Dhezame, hombre de mucha integridad y de loa-

ble vida , y poco despues murió en la misma ciudad con sentimiento de todos sus vecinos el noble jeque Ismail ben Omeya , insigne por su grande liberalidad ; y acompañó su féretro todo el pueblo. El Mahedi que se habia levantado en Africa , principió este año á edificar una ciudad que de su nombre se llamó Almahedia , pues pasando por la costa de Africa vió un sitio como península unida al continente con un estrecho istmo, como la mano está unida al brazo , y ordenó que allí se edificase la ciudad con fuertes y torreados muros , y puertas muy grandes de bronce , que cada puerta pesaba cien quintales, y puso allí su corte el Mahedi , y principió la obra dia sábado , 25 de dylcada de este año 303 : cuando la vió acabada dijo : ya puedo vivir seguro en Africa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

